



LARA ADRIAN

**EL DESPERTAR DE LA
MEDIANOCHIE**

Lectulandia

Con una daga en su mano y la venganza en mente, la hermosa Elise Chase recorre las calles de Boston en busca de venganza contra los descastados vampiros que le arrebataron todo cuando apreciaba. Haciendo uso de un extraordinario don psíquico, rastrea a su presa, muy consciente de que el poder que posee puede destruirla. Debe aprender a aprovechar su don, y para ello debe apelar a un hombre en particular: Tegan, el más letal de los guerreros de la Estirpe.

Tegan, que no es ajeno a la pérdida, conoce el dolor de Elise. Sabe lo que es estar furioso, pero cuando se enfrenta a sus enemigos sólo hay hielo por sus venas. Hasta ahora, ha conservado perfectamente el control de sí mismo..hasta que Elise busca su ayuda en su particular guerra personal.

Es entonces cuando se forja entre ellos una impía alianza, un vínculo que les une mediante la sangre y un juramento, y les sumerge en una tempestad de peligro, deseo y las más oscuras pasiones del corazón.

Lectulandia

Lara Adrian

El Despertar de la Medianoche

Raza de Medianoche 3

ePub r1.1

Marley2 09.08.15

Título original: *Midnight Awakening*

Lara Adrian, 2007

Traducción: Denise Despeyroux

Editor digital: Marley2

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



ANIVERSARIO
E P U B L I B R E

*“Sólo el que sabe es libre,
y más libre el que más sabe...
Sólo la cultura da libertad.*

*No proclaméis la libertad de volar,
sino dad alas;
no la de pensar,
sino dad pensamiento.*

La libertad que hay que dar al pueblo es la cultura.”

EDICIÓN CONMEMORATIVA

WWW.EPUBLIBRE.ORG

Caminaba entre ellos sin ser notada, como cualquier otro transeúnte en la hora punta de la tarde, recorriendo con dificultad el camino hacia la estación de trenes bajo una nevada de febrero. Nadie prestó atención a la pequeña mujer oculta bajo la capucha de una parka excesivamente grande, con una bufanda que le tapaba la cara justo hasta debajo de los ojos, esos ojos que miraban la multitud de peatones con agudo interés. Demasiado agudo, ella era consciente, pero no podía evitarlo.

Se sentía ansiosa por hallarse entre ellos, y estaba impaciente por encontrar a su presa.

En su cabeza retumbaba la atronadora música de rock que le llegaba a través de los diminutos auriculares del MP3. No era suyo. Habían pertenecido a su hijo adolescente. A Camden. El dulce Cam, muerto hacía cuatro meses, una víctima de esa guerra infernal de la que Elise ahora también formaba parte. Él era la razón de que ella estuviera allí, merodeando por las calles de Boston con un puñal en el bolsillo y una espada con el filo de titanio atada a su pierna.

Ahora más que nunca, Camden era su razón para vivir.

Su muerte no podía quedar sin venganza.

Elise cruzó un semáforo y se encaminó por la calle de la estación. Podía ver personas hablando al pasar ante ellas, sus labios moviéndose silenciosamente, sus palabras, y más importante aún, sus pensamientos, resultaban amortiguados por las agresivas letras de las canciones, el griterío de las guitarras y el pulsante latido del bajo que llenaban sus oídos y vibraban en sus huesos. No sabía exactamente qué era lo que estaba escuchando, y no le importaba. Lo único que necesitaba era el ruido, sonando lo bastante fuerte y el tiempo suficiente hasta que ella llegara al lugar de la caza.

Entró en el edificio, tan sólo una persona más en la corriente humana. Luces chillonas se derramaban desde los tubos fluorescentes que colgaban del techo. El olor de la suciedad de la calle y de demasiados cuerpos sudorosos la asaltó a través de la bufanda. Elise se adentró aún más en el edificio, deteniéndose lentamente al llegar al centro de la estación. Obligada a dividirse al llegar hasta ella, la multitud pasaba a cada uno de sus lados, muchos golpeándola, empujándola con las prisas al intentar llegar al próximo tren. Más de uno le lanzaba una mirada de odio al pasar, murmurando insultos por encontrarla ahí parada impidiendo el paso.

Dios, cuánto despreciaba todo aquel contacto, pero era necesario. Respiró para calmarse, luego metió la mano en el bolsillo y apagó la música. El barullo de la estación la envolvió como una ola, asaltándola con un estrépito de voces, ruido de pasos, el tráfico del exterior y el chirrido metálico y el retumbar del tren que se acercaba. Pero esos ruidos no eran nada comparados con los otros que empezaban a invadirla.

Pensamientos horribles, malas intenciones, pecados ocultos, odios explícitos... todo eso daba vueltas a su alrededor como una negra tempestad de corrupción humana que la perseguía y martilleaba sus sentidos. Siempre la dejaba estupefacta esa primera ráfaga de viento enfermo que le resultaba casi insoportable. Elise se tambaleó. Luchó contra la náusea que la invadía e hizo todo lo que pudo por resistir la agresión física.

«Pedazo de perra, ojalá le den una patada en el culo...»

«Jodidos turistas paletos, por qué no se van a su casa...»

«¡Imbécil! Sal de mi camino, o te daré un mamporro en...»

«¿Y qué importa que sea la hermana de mi mujer? Si no hubiera ido detrás de mí todo este tiempo...»

La respiración de Elise se agitaba más con cada segundo, y un dolor de cabeza se instalaba en sus sienes. Las voces se mezclaban en su cabeza sin cesar, en una cháchara casi indistinguible, pero se mantuvo en pie, abrazándose a sí misma mientras llegaba el tren, las puertas se abrían y un nuevo mar de gente inundaba el andén. Se extendieron a su alrededor, añadiendo más voces a la cacofonía que la trituraba por dentro.

«Pandilla de perdedores, todos esforzándose para conseguir un maldito trabajo...»

«Lo juro, si me pone las manos encima una vez más mataré a ese hijo de puta».

«¡Vamos, ganado! ¡Volved a vuestro redil! Criaturas patéticas, mi amo tiene razón, merecéis ser esclavizadas...»

Elise abrió los ojos de golpe. La sangre se le heló en las venas desde el instante en que su mente registró aquellas palabras. Aquella era la única voz que esperaba oír.

La única que había venido a buscar.

No sabía el nombre de su presa, y tampoco qué aspecto tenía, pero sabía lo que era: un secuaz. Como todos los de su clase, había sido humano una vez, pero ahora era menos que eso. Su humanidad le había sido arrebatada por aquel que él llamaba su amo, un poderoso vampiro líder de los renegados. Era por culpa de ellos —de los renegados y de aquel diabólico líder que los guiaba hacia una guerra cada vez mayor contra la raza de los vampiros—, que el único hijo de Elise estaba muerto.

Tras haberse quedado viuda hacía cinco años, Camden era lo único que le quedaba y lo único que le importaba en la vida. Al perderlo había encontrado una nueva razón de vivir. Una decisión inquebrantable. Era la decisión que la había llevado hasta allí, obligándola a desplazarse entre aquella multitud, en busca de aquel que debería pagar por la muerte de Camden.

La cabeza le daba vueltas con el continuo bombardeo de pensamientos horribles y dolorosos, pero finalmente consiguió concentrarse sólo en los del secuaz. Iba varios metros por delante de ella, llevaba un gorro de lana negro y una chaqueta de camuflaje de un verde desteñido que estaba hecha jirones. La animosidad emanaba de él como un ácido. Su corrupción era tan extrema que Elise podía hasta sentirla como

un gusto de bilis en el fondo de la garganta. Y no tenía más remedio que permanecer cerca de él, a la espera de la oportunidad de actuar.

El secuaz salió de la estación y caminó por la acera a paso rápido. Elise lo siguió, apretando el puñal dentro de su bolsillo. Afuera, con menos gente, el sonido atronador había disminuido, pero el dolor que la había sobrecogido en la estación todavía estaba presente, como clavado en su cráneo con pinchos de acero. Elise mantuvo los ojos en su presa, aumentando la velocidad cuando el tipo se introdujo en un comercio. Fue hasta la puerta de vidrio y miró a través del logo del servicio de mensajería pintado, alcanzando a ver al secuaz, que esperaba junto al mostrador.

—Disculpe, señorita —dijo alguien detrás de ella, sorprendiéndola con el sonido de una voz verdadera, en lugar del zumbido de palabras que llenaba su cabeza—. ¿Va a entrar o no?

El hombre que estaba detrás de ella empujó la puerta mientras le hablaba y la sostenía expectante. Ella no tenía intenciones de entrar, pero ahora todo el mundo la estaba mirando, incluido el secuaz, y si se negaba llamaría más la atención. Elise entró en el comercio brillantemente iluminado, e inmediatamente fingió interés en una exposición de cajas para enviar por barco que había en el escaparate principal.

De reojo observó al secuaz, que esperaba su turno en la fila. Estaba tenso y violento, maldiciendo en sus pensamientos a los clientes que tenía delante. Finalmente llegó hasta el mostrador e ignoró el saludo que le dirigió el empleado.

—Un paquete a nombre de Raines.

El empleado tecleó algo en su ordenador y luego vaciló por un segundo.

—Aguarde un momento. —Se dirigió a un cuarto trasero y volvió un momento más tarde sacudiendo la cabeza—. Todavía no ha llegado. Lo siento.

La furia invadió al secuaz, apretándose como un tornillo en las sienes de Elise.

—¿Qué quiere decir con que todavía no ha llegado?

—Anoche nevó en casi toda Nueva York, por eso hoy muchos envíos se han retrasado...

—Se suponía que estaba garantizado —ladró el secuaz.

—Sí, lo está. Puede recuperar su dinero, pero tendrá que rellenar una reclamación...

—¡Que te jodan con tu reclamación, maldito idiota! Necesito ese paquete. ¡Ahora!

«Mi amo me dará una patada en el culo si no vuelvo con esa entrega, y si me revienta el culo volveré aquí y te desgarraré tus malditos pulmones».

Elise contuvo la respiración ante la virulencia de la amenaza silenciosa. Sabía que los secuaces vivían tan sólo para servir a aquel que era su amo, pero siempre resultaba chocante enfrentarse a la terrible profundidad de su lealtad. No había nada sagrado para los de su clase. Las vidas no significaban nada, fueran humanas o de los vampiros de raza. Los secuaces eran casi tan poderosos como los renegados, esa facción criminal y sedienta de sangre de la nación de los vampiros.

El secuaz se inclinó sobre el mostrador, apretando los puños a cada lado.

—Necesito ese paquete, imbécil, y no me iré sin él.

El empleado se echó hacia atrás, mostrando una expresión cautelosa. Cogió el teléfono.

—Mira, tío, como ya te he explicado no hay nada que pueda hacer por ti. Tendrás que volver mañana. Y ahora, si no sales de aquí llamaré a la policía.

«Inútil pedazo de mierda —gruñó el secuaz para sus adentros—. Desde luego que volveré mañana. ¡Y espera a que vuelva!».

—¿Hay algún problema, Joey? —Un hombre mayor apareció más atrás, muy serio.

—Trataba de explicarle que su paquete aún no ha llegado por culpa de la tormenta, pero él insiste. Como si yo tuviera que sacarlo de alguna parte...

—¿Señor? —dijo el encargado, interrumpiendo a su empleado y clavando en el secuaz una mirada seria—. Voy a pedirle educadamente que se vaya. Tiene que irse, o llamaremos a la policía para que lo saque de aquí.

El secuaz gruñó algo incomprensible, pero sin duda repugnante. Golpeó el mostrador con el puño, luego se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Al acercarse a la puerta junto a la cual se hallaba Elise tropezó contra una muestra que había en el suelo, desparramando rollos de cinta adhesiva y papel acolchado. A pesar de que Elise se apartó, el secuaz fue con demasiada ira hacia ella. Le lanzó una mirada de odio con ojos inhumanos y vacíos.

—¡Sal de mi camino, bruja!

Ella apenas se movió antes de que él pasara a su lado y saliera por la puerta, empujando con tanta fuerza los vidrios que éstos vibraron como si fueran a hacerse añicos.

—Imbécil —murmuró uno de los clientes de la cola cuando el secuaz ya se había ido.

Elise sintió la oleada de alivio que invadió a los otros clientes tras su marcha. Una parte de ella también se sentía aliviada, se alegraba de que nadie hubiera resultado herido. Deseaba permanecer por un momento allí, en la calma de la tienda, pero era un lujo que no podía permitirse. El secuaz iba ahora por la calle, y pronto anochecería.

Contaba como mucho con una hora y media antes de que llegara la oscuridad y los renegados salieran a la calle a alimentarse. Si lo que hacía ya era peligroso a la luz del día, por la noche sería una especie de suicidio. Podía dar muerte a un secuaz con sigilo y acero... —ya lo había hecho, en realidad, más de una vez—, pero como cualquier otro ser humano, mujer o no, no tenía ninguna oportunidad contra la fuerza de los renegados adictos a la sangre.

Juntando valor para lo que iba a hacer, se escabulló por la puerta y siguió al secuaz a través de la calle. Estaba enfadado y caminaba bruscamente, dando golpes a los otros peatones al pasar y gruñendo amenazas contra ellos. Una artillería de dolor

mental llenó su cabeza a medida que más voces se unían al estruendo que aún sonaba en su mente, pero Elise mantuvo el paso para perseguir a su blanco. Se mantenía a unos pocos metros de distancia con los ojos fijos en su chaqueta verde pálida a través de la ráfaga de nieve que caía. Él giró a la izquierda en la esquina de un edificio y se metió por un callejón estrecho. Elise apresuró el paso, desesperada por no perderlo.

A mitad de la estrecha calle, abrió de golpe una magullada puerta de acero y desapareció. Ella se movió sigilosamente hacia aquel pedazo de metal sin ventanas, con las palmas de las manos sudándole a pesar del aire helado. Los violentos pensamientos de él llenaban su cabeza. Pensamientos asesinos. Todas las cosas espeluznantes que haría por obediencia a su amo.

Elise se metió la mano en el bolsillo para sacar su puñal. Lo mantuvo firme a su lado, preparado para atacar, pero oculto por la larga tela de su abrigo. Con la mano libre recorrió el pestillo y abrió la puerta. Los copos de nieve entraron tras ella al lúgubre vestíbulo que apestaba a moho y a rancio humo de cigarrillo. El secuaz se hallaba de pie cerca de los buzones de correspondencia, apoyando un hombro contra la pared mientras abría un teléfono celular igual al que todos llevaban, la línea directa de los secuaces para hablar con su amo vampiro.

—¡Cierra la jodida puerta, puta! —gruñó, echando chispas por aquellos ojos sin alma. Frunció las cejas al ver que Elise avanzaba hacia él con propósito mortal—. ¿Qué demonios...?

Ella le hundió el puñal con fuerza en el pecho, sabiendo que el elemento sorpresa era su mayor ventaja. La ira de él la sacudió como un golpe físico, empujándola hacia atrás. Su corrupción se filtró en su mente como un ácido, quemándole los sentidos. Elise luchó contra el dolor físico, y le volvió a clavar el puñal, ignorando el repentino calor de la sangre salpicándole la mano.

El secuaz se tambaleó, agarrándola mientras caía contra ella. Su herida era mortal, con tanta sangre que a ella se le revolvió el estómago al verla y al olerla. Elise se quitó de encima el peso del secuaz y corrió hacia la salida mientras éste caía al suelo. Estaba sin aliento, el corazón se le salía del pecho, la cabeza a punto de estallarle mientras la descarga mental de la ira de él aún continuaba.

El secuaz se revolcó y masculló mientras le llegaba la muerte. Luego, finalmente, se quedó inmóvil.

Por fin se hizo el silencio.

Con dedos temblorosos, Elise recogió el teléfono móvil que había a sus pies y se lo guardó en el bolsillo. La cabeza asesina la había consumido, aquella combinación de esfuerzo físico y psíquico era demasiado difícil de soportar. Parecía que cada vez le llevaba más tiempo recuperarse, que cada vez le costaba más. Se preguntó si llegaría el día en que se sumergiría tan profundamente en el abismo que no podría volver a salir. Probablemente sí, se dijo, pero no hoy. Y seguiría luchando mientras le quedara aire en los pulmones y el dolor de la pérdida en el corazón.

—Por Camden —susurró, contemplando fijamente al secuaz mientras encendía el

MP3 preparándose para volver a casa. La música retumbó desde los diminutos auriculares, ensordeciendo el don que le otorgaba el poder de alcanzar a oír los más oscuros secretos del alma humana.

Había oído bastante por hoy.

Con la grave misión del día cumplida, Elise se dio la vuelta y huyó de la carnicería que había hecho.

El aroma de la sangre se transmitía a través de la delgada brisa invernal. Era débil, dulce, apenas un cosquilleo en las fosas nasales del vampiro guerrero que saltaba silenciosamente de tejado a tejado en los edificios en sombras. Los copos de nieve caían a su alrededor como cenizas blancas, cubriendo la ciudad que se extendía a unos seis pisos por debajo de él.

Tegan se puso en cuclillas en la cornisa e inspeccionó la maraña de calles y callejones bulliciosos. Como miembro de la Orden, un pequeño cuadro de vampiros de la raza comprometidos en una guerra contra sus hermanos salvajes, los renegados, el primer objetivo de Tegan aquella noche era dar muerte a sus enemigos. Era algo que hacía con fría eficacia, una habilidad perfeccionada durante sus más de siete siglos de existencia. Pero en lo más profundo de sus entrañas sentía que era un miembro de la raza, y no había ninguno entre los suyos que pudiera ignorar la llamada de la sangre humana recién derramada.

Curvó los labios hacia atrás y sorbió el aire frío a través de los dientes. Sintió un cosquilleo en las encías, un dolor creciente allí donde sus caninos comenzaban a convertirse en colmillos. Su visión aumentó con esa agudeza sobrenatural, las pupilas se le estrecharon hasta convertirse en dos rendijas en el centro de sus ojos verdes. La urgencia de cazar, de alimentarse, creció rápidamente. Era una respuesta automática que ni siquiera él, con su disciplina férrea y su capacidad de autocontrol, podía impedir.

Aún era peor para él, ya que pertenecía a la primera generación de vampiros engendrada en la tierra. Los apetitos de la primera generación, físicos, carnales y de otro tipo, ardían con mayor fuerza.

Tegan se arrastró por la cornisa del edificio, luego dio un salto hasta otro tejado, con los ojos pendientes de los movimientos de las personas de abajo, buscando al miembro más débil de la manada. Pero nunca escudriñaba a la multitud únicamente para satisfacer sus necesidades: si encontraba a un humano con una herida abierta en la carne sabía que los renegados no andarían muy lejos.

Sólo que ahora que se estaba acercando a la fuente del aroma de la sangre se daba cuenta de que aquel aroma tenía cada vez un toque más añejo. Era sangre derramada. En absoluto fresca, sino que ya tenía varios minutos.

Siguiendo el olor metálico, la mirada de Tegan se detuvo en una figura pequeña y delgada, encapuchada con una parka, que se movía rápidamente por la calle principal, pasada la estación de tren. Había algo de ansiedad en la manera de andar de aquella persona, y un deseo evidente de no ser advertida, ya que mantenía la cabeza inclinada hacia abajo mientras se alejaba de la multitud de peatones y se dirigía hacia una calle vacía.

—¿En qué diablos te habrás metido? —murmuró Tegan por lo bajo mientras

seguía a la figura.

Hombre o mujer, no podía estar seguro con tanta oscuridad. Fuera como fuese aquella persona estaba a punto de toparse con una compañía no deseada.

Tegan vio al renegado un instante antes de que éste saliera de su escondite junto a un contenedor a varios metros del humano. No podía oír lo que decía, pero por su andar arrogante y sus encendidos ojos ámbar podía ver que estaba burlándose de la persona, simplemente divirtiéndose un poco antes de hacer su movimiento. Dos renegados más aparecieron ahora por otra esquina, rodeando al humano.

—Maldita sea —gruñó Tegan, pasándose una mano por la mandíbula.

Nunca había sido de esos vampiros que disfrutaban con actos que los convierten en salvadores de los seres humanos con quienes comparten el planeta. Aunque él tenía algo de humano también, se consideraba ante todo de la estirpe, y hacía mucho tiempo que había renunciado a su necesidad de ser un héroe. Había visto demasiada sangre derramada, demasiada carnicería sin sentido y pérdidas trágicas por ambos lados.

Su propósito durante los últimos cinco años, desde la brutal tortura y la muerte de la única mujer que había amado, era bastante simple: acabar con tantos renegados como le fuera posible o morir en el intento. En realidad le importaba una mierda cual de las dos posibilidades se diera primero.

Pero había una antigua parte de él que todavía se encendía al pensar en las injusticias terribles, como la situación que tenía lugar en la calle de abajo.

La persona de la parka manchada de sangre estaba siendo rodeada. Como tiburones al acecho para matar, los renegados comenzaron a acercarse. La cabeza encapuchada se giró de repente, para advertir la amenaza que se aproximaba desde atrás. Demasiado tarde. Ningún ser humano tendría una oportunidad contra un chupador enfermo de lujuria de sangre, y menos contra tres.

Profiriendo una maldición, Tegan avanzó en su posición y saltó sobre un tejado más bajo, encima del callejón.

Justo en ese momento, el renegado que estaba frente a la mujer entró en acción.

Tegan oyó un grito de terror femenino cuando el renegado atrapó su presa. Éste agarró a la mujer de la capucha y la hizo caer al suelo cubierto de nieve, dejando escapar un aullido de salvaje diversión ante la dura caída.

—Dios santo —silbó Tegan, al tiempo que sacaba una larga espada de la funda de su cadera. Dio un gran salto para bajar de la cornisa del edificio, aterrizando suavemente en el suelo de cuclillas. Los dos renegados que había cerca de él se separaron, uno se puso a cubierto mientras el otro gritaba que los estaban atacando. Tegan silenció la advertencia a mitad de la frase, deslizando su arma de acero con borde de titanio a través de la garganta del chupador de sangre.

A pocos metros delante de él en el callejón, la hembra estaba tendida boca abajo, arrastrándose para escapar de su asaltante. Tegan se sorprendió al ver que ella también tenía un arma, pero el renegado lo advirtió al mismo tiempo y se la quitó. El

renegado le puso la pesada suela de la bota en el centro de su espalda, inmovilizándola en el suelo al apretarle la columna con el talón.

Tegan se abalanzó contra él inmediatamente. Sacó al renegado de encima de la mujer y mientras éste gruñía lo condujo hacia una pared del edificio de ladrillos. Lo mantuvo sujeto allí apretando el antebrazo debajo de su barbilla.

—¡Vete de aquí! —le gritó a la humana mientras ésta comenzaba a levantarse del suelo—. ¡Corre!

Ella lanzó una mirada asustada por encima del hombro, y esa fue la primera vez que Tegan pudo verle la cara. Su mirada se detuvo sobre unos ojos enormes de un pálido color lavanda. La mujer lo contemplaba asomando los ojos por encima de una bufanda oscura que difícilmente podía disimular su delicada belleza.

«Maldita sea».

Él la conocía.

Y no se trataba de cualquier mujer; era una compañera de sangre. La joven viuda de un vampiro de los Refugios Oscuros de la ciudad. Tegan no la conocía muy bien. No la veía desde hacía varios meses, desde la noche en que la había llevado a casa desde el recinto de la Orden después de saber que su único hijo se había convertido en renegado.

Aquella era la última vez que la había visto, pero no la última vez que había pensado en ella.

«Elise».

¿Qué demonios estaría haciendo allí?

Tegan mantuvo la mirada clavada en Elise durante un momento que pareció estirarse de forma interminable. Ella notó un atisbo de reconocimiento en la mirada fija del guerrero, y sintió la fría ráfaga de su furia emanando hacia ella desde la distancia que los separaba.

—Tegan —susurró, atónita al comprobar que era él quien había acudido en su rescate. Había conocido al terrorífico guerrero durante la época de la desaparición de su hijo. Tegan la había llevado a casa desde el recinto de la Orden después de saber que Camden se había unido a los renegados. Había sido amable con ella al llevarla a su hogar en los Refugios Oscuros, y a pesar de que no había visto al guerrero en los cuatro meses transcurridos desde entonces, no había olvidado su inesperada compasión.

Pero nada de eso estaba presente en él ahora. La furia de la batalla había transformado completamente su rostro descubriendo su verdadera naturaleza: un vampiro de la Estirpe, con brillantes colmillos y ojos feroces que habían perdido su habitual tono verde y ahora eran llamas ámbar que ardían en su cráneo.

—¡Corre! —gritó él. Su voz sonó como un gruñido profundo y de otro mundo por encima de la música atronadora que aún salía de los auriculares que llevaba puestos—. ¡Vete de aquí! ¡Ahora!

Ese breve descuido en su atención le costó caro. El renegado que tenía sujeto

contra la pared de ladrillos frente a él giró su gran cabeza, con la mandíbula abierta y los enormes colmillos chorreando saliva. Mordió con fuerza el antebrazo de Tegan, desgarrando la carne del guerrero. Sin dejar escapar un sonido de dolor o de ira, con escalofriante rapidez y eficacia, Tegan levantó el otro brazo y clavó la espada en el cuello del vampiro. Éste cayó sin vida, con el cuerpo chisporroteando por el titanio que había envenenado su sistema sanguíneo.

Tegan se dio la vuelta, su aliento se vio salir de entre sus labios, formando una nube en el aire helado.

—¡Maldita sea, mujer, lárgate! —aulló, justo cuando el renegado que quedaba saltó para atacarlo.

Elise se puso en movimiento.

Salió corriendo del callejón y se metió en otra calle, tan rápido como le permitían sus piernas. El pequeño apartamento que había alquilado no estaba lejos, sólo a unas pocas manzanas de la estación de tren, pero le parecieron millas. Estaba exhausta por su propia terrible experiencia de aquel día, además de sacudida por la violencia de la que había sido testigo en el callejón.

También estaba preocupada por Tegan, a pesar de estar segura de que él no necesitaba su preocupación. Era un miembro de la Orden, probablemente el más letal de todos ellos, si su reputación era cierta. Para todos los que conocían su nombre era una máquina de matar. Al ver lo que había hecho por ella, Elise no lo dudó ni por un segundo.

Y ahora que había sido descubierta sola en la ciudad, sólo podía desear que aquel guerrero no sintiera interés por lo que ella estaba haciendo. No podía permitir que la obligaran a volver a los Refugios Oscuros, ni siquiera a un hombre tan aterrador como Tegan.

Elise atravesó velozmente la última manzana que la separaba de su apartamento y subió corriendo las escaleras de hormigón. La puerta principal solía estar cerrada con llave, pero alguien había roto la cerradura hacía cinco semanas y el encargado del edificio todavía no la había reparado. Elise abrió la puerta de un empujón y atravesó corriendo el pasillo del primer piso hasta su vivienda. Abrió el cerrojo y se deslizó en el interior, encendiendo inmediatamente todas las luces.

A continuación encendió también el equipo de música y la televisión, no para buscar nada en particular, sino sólo para hacerlos sonar a volumen alto. Elise dejó el MP3 sobre la encimera de aglomerado de la cocina, junto al teléfono averiado del secuaz. Se deshizo de su parka estropeada dejándola en el suelo cerca de su cinta trotadora. Sintió que se le descomponía el estómago con sólo ver las oscuras manchas rojas de la sangre del secuaz bajo la luz de la bombilla desnuda que iluminaba la cocina-comedor. También tenía las manos manchadas; los dedos pegajosos de sangre.

Y sentía aún los fuertes latidos en la cabeza, la habitual migraña atroz que le sobrevenía siempre después de usar su habilidad por un periodo prolongado. Pronto sería todavía más fuerte. Aún tenía tiempo de lavarse y meterse en la cama antes de

que llegara lo peor.

Elise se arrastró hasta el cuarto de baño y encendió la ducha. Le temblaron los dedos al desatar la funda de cuero del cuchillo que tenía sujeta a la pierna y al colocarla sobre el lavamanos. La funda estaba vacía. Había perdido el cuchillo de titanio en la nieve cuando el renegado se lo sacó. Tenía otros para reemplazarlo. Un buen arsenal de armas y de equipo de entrenamiento... cosas que siempre había preferido ignorar pero que ahora consideraba necesarias.

Dios, qué drásticamente había cambiado su vida en tan sólo cuatro meses.

Nunca podría volver a ser lo que era. En el fondo de su corazón sabía que ahora no había vuelta atrás. La persona que había sido durante la época en que había vivido bajo la protección de los de la raza ya no existía... había muerto, igual que su compañero amado y su hijo. El dolor de esas pérdidas había aniquilado con la fuerza del fuego su antigua vida, reduciéndola a cenizas. Y ella era ahora lo que quedaba... el ave fénix que renace de sus cenizas.

Elise levantó la vista hacia el espejo empañado y se encontró con su propia mirada angustiada. La sangre manchaba su mejilla y su barbilla, también tenía una mancha en la frente, era como un maquillaje de guerra. Había un brillo feroz en los ojos cansados que le devolvían la mirada desde el espejo.

Dios, estaba cansada... tan cansada. Pero mientras pudiera sostenerse en pie también podría luchar. Mientras su corazón siguiera anhelando la venganza, usaría aquel don físico que durante tanto tiempo había sido su mayor debilidad. Soportaría cualquier apuro, se enfrentaría a cualquier riesgo. Sería capaz hasta de vender su alma si tuviera que hacerlo. Cualquier cosa con tal de hacer justicia.

Tegan secó la sangrienta espada en la chaqueta del renegado muerto y observó despreocupadamente la veloz desintegración del último cuerpo en el callejón. La limpieza post mórtem era cortesía de las armas de titanio de Tegan, un metal que actuaba como ácido venenoso para el sistema celular enfermo de los vampiros de la estirpe que se habían convertido en renegados. Los tres cuerpos se disolvieron en la nieve; la carne, los huesos y las ropas quedaron reducidos a manchas de ceniza en la blancura prístina.

Tegan soltó una maldición, con los nervios aún temblando por el ardor del combate. La vista agudizada por la batalla se detuvo sobre el cuchillo que Elise había perdido en su lucha con el renegado que la había atacado. Tegan caminó hasta allí y recuperó el arma.

—Cristo —murmuró, levantando el cuchillo de la nieve. No se trataba de un delicado puñal que una dama podría llevar para protegerse, sino de algo bastante más serio. Medía diecisiete centímetros, la punta de arriba era dentada y, a menos que estuviera confundido, no se trataba del típico acero de carburo, sino del titanio devorador de renegados.

Lo cual sólo le llevaba a formularse la pregunta otra vez: ¿qué diablos hacía una mujer de los Refugios Oscuros por la calle sola, cubierta de sangre y transportando armas propias de un guerrero?

Tegan levantó la cabeza y olisqueó el aire, buscando su aroma. No le costó mucho encontrarlo. Sus sentidos estaban siempre alerta, agudos como los de un depredador; el combate los encendía como rayos láser.

Inspiró llenando sus pulmones del aroma a brezo y a rosas de la compañera de sangre y dejó que éste lo guiara a través de la ciudad.

La fragancia lo condujo hasta un grupo de apartamentos de un área de alquiler en uno de los lugares más sórdidos de la ciudad. No era en absoluto el tipo de lugar donde esperaba encontrar a una mujer distinguida como Elise, que había pertenecido a los Refugios Oscuros. Pero, sin duda, ella estaba en el interior de aquellas paredes de ladrillo y de hormigón cubiertas de *graffiti*; él estaba seguro.

Subió los peldaños y frunció el ceño al ver la débil puerta con la cerradura rota. En el interior del vestíbulo sus botas dejaron marcas en la alfombra manchada y andrajosa que echaba un tufo a orina, mugre y décadas de abandono. A la izquierda había una escalera de madera estropeada, pero el aroma de Elise venía de la puerta del fondo del primer piso.

Tegan pasó delante de otra puerta a su derecha y oyó una música que hacía vibrar el suelo y las paredes. Podía oír también una televisión, una descarga ensordecedora de ruido de fondo que parecía aumentar conforme se acercaba al apartamento de Elise. Golpeó la puerta y esperó.

No hubo respuesta.

Golpeó otra vez, sacudiendo los nudillos con fuerza en el deteriorado metal. Nada. Probablemente ella no podía oír nada ahí dentro con todo aquel jaleo.

Tal vez él no debería estar ahí, no debería involucrarse en aquello que había llevado a esa mujer a aquel lugar. Tegan sabía que había pasado un periodo muy duro desde la desaparición y posterior muerte de su hijo. La Orden sabía que había sido el cuñado de Elise, Sterling Chase, quien había dado muerte a Camden cuando el chico apareció en el Refugio Oscuro enfermo de lujuria de sangre. Según la versión que Tegan había oído, Camden estaba a punto de atacar a Elise cuando Chase le disparó con varias balas de titanio, justo delante de ella.

Sólo Dios sabía lo que podía haber representado para esa mujer ser testigo de la muerte de su hijo.

Pero no era asunto suyo.

No, no era un problema de su incumbencia. ¿Entonces qué mierdas hacía allí, parado junto a ese apartamento esperando que ella se dignara a dejarlo entrar?

Tegan echó un vistazo al conjunto de cerraduras de la puerta. Al menos éstas funcionaban y ella se había mostrado prudente cerrándolas al entrar. Pero para un vampiro de la estirpe, con el poder y el linaje de Tegan, abrir las cerraduras con la mente le llevó apenas dos segundos.

Se deslizó dentro del apartamento y cerró la puerta tras él. El nivel de decibelios en el pequeño estudio era suficiente para destrozarle la cabeza. Recorrió el espacio con la mirada afilada, observando la extraña decoración. Los únicos muebles eran un futón y una librería, en la cual había un aparato de música estéreo y una pequeña pantalla de televisión, ambos encendidos y a todo volumen.

Al lado del futón, en el lugar que podía haber estado ocupado por una mesa con sillas, había en cambio una máquina de entrenamiento. La parka de Elise, manchada de sangre, estaba tirada en el suelo, y sobre la encimera amarilla de la cocina, que daba pena verla, había un teléfono móvil y un MP3. El estilo decorativo de Elise dejaba mucho que desear, pero lo que Tegan encontró más peculiar fue su elección a la hora de recubrir las paredes.

Clavados a las cuatro paredes del estudio de un solo espacio había paneles acústicos de espuma... de un material a prueba de sonido. Todas las paredes, ventanas y también la puerta estaban recubiertas de ese material.

—¿Qué demonios...?

En el cuarto de baño adyacente se oyó un chirrido metálico y la ducha se paró de golpe. Tegan se volvió hacia la puerta un momento después de que ésta se abriera. Elise se cubría con un albornoz al tiempo que levantaba la vista y se encontraba con su mirada. Ahogó un grito, sobresaltada, llevando su delgada mano hacia la garganta.

—Tegan. —Su voz era apenas audible por el estruendo de la música y la televisión. No hizo ningún movimiento para bajar el volumen, simplemente salió del baño y permaneció lo más lejos posible de él en el pequeño apartamento—. ¿Qué

estás haciendo aquí?

—Yo podría preguntarte lo mismo. —Tegan paseó los ojos por la pequeña y precaria habitación, sólo para volver a detenerlos rápidamente en ella con su estado cercano a la desnudez—. Menuda porquería de espacio que tienes aquí. ¿Quién es tu decorador?

Ella no le respondió. Sus pálidos ojos color amatista permanecieron fijos en él, pero como si no confiara mucho, nerviosa por encontrarse a solas con él. ¿Quién podría culparla?

Tegan sabía muy bien que desde hacía mucho tiempo los residentes de los Refugios Oscuros no sentían mucho afecto por los miembros de la Orden. Más de uno de la clase de civiles protegida de la que Elise formaba parte lo había llamado asesino frío como la piedra, aunque a él no le importaba. Su reputación personal era simplemente una cuestión de hecho. Pero aunque le importara una mierda lo que otros pensarán de él, le fastidiaba que Elise lo mirara ahora con miedo. La última vez que había visto a esa mujer no demostró más que amabilidad, deferencia y el debido respeto por lo que la joven viuda de los Refugios Oscuros estaba pasando. No le había hecho daño que su belleza quitara el aliento, tan frágil como una flor helada.

Algo de aquella fragilidad había desaparecido, Tegan lo advirtió al ver las líneas que definían los músculos de sus brazos. Su rostro seguía siendo hermoso, pero no tanto como lo recordaba. Sus ojos aún estaban llenos de inteligencia, pero su brillo era algo frágil, una característica que se volvía más pronunciada por el rastro de sombra que dejaban sus pobladas pestañas.

Y su pelo... Dios santo, se había cortado los largos rizos rubios. Aquella mata de pelo que parecía hilada en oro y antes caía en cascada hasta sus caderas era ahora una corona de tupidas y sedosas púas que se alzaba en su cabeza como si fuera un hada despeinado y enmarcaba el delgado óvalo de su rostro.

Su belleza era todavía impactante, pero de una forma totalmente diferente, y Tegan jamás hubiera podido imaginar ese cambio.

—Te olvidaste algo en el callejón. —Le ofreció el horrible cuchillo de caza. Cuando ella se acercó para cogerlo, él lo puso fuera de su alcance—. ¿Qué hacías ahí fuera esta noche, Elise?

Ella sacudió la cabeza y musitó algo inaudible con aquel estruendo que llenaba el apartamento. Impaciente, Tegan apagó el aparato estéreo con una orden mental. Lanzó una mirada al televisor, dispuesto a apagarlo también.

—¡No! —Elise negó con la cabeza, haciendo un gesto de dolor y agarrándose la sien con los dedos—. Espera... déjalo, por favor. Necesito... el ruido me tranquiliza.

Tegan frunció el ceño sin entender, pero dejó la televisión puesta.

—¿Qué te ha pasado esta noche, Elise?

Ella parpadeó, cerró los ojos y bajó la cabeza en silencio.

—¿Alguien te hizo daño ahí fuera? ¿Fuiste atacada antes de que los renegados te descubrieran en el callejón?

Ella tardó en responder.

—No. No fui atacada.

—¿Quieres explicarme por qué había toda esa sangre en tu abrigo? ¿Y por qué estás viviendo en una zona de la ciudad donde sientes la necesidad de llevar ese tipo de armamento?

Ella sostuvo su cabeza entre las manos, y su voz sonó como un suspiro huraño.

—No quiero explicar nada. Por favor, Tegan. Desearía que no estuvieras aquí. Por favor... ahora tienes que irte.

Él se rio con aspereza.

—Acabo de salvar tu pequeño y dulce trasero, mujer. Creo que no es mucho pedirte que me expliques ahora por qué he tenido que hacerlo.

—Ha sido un error. No quería estar fuera al caer la noche. Sé que es peligroso. —Levantó la mirada, y se encogió de hombros ligeramente—. Simplemente las cosas duraron un poco más de lo que preveía.

—Las cosas —repitió él, sin saber a dónde llevaba todo aquello—. ¿No estamos hablando de ir de compras o tomar un café con amigos, verdad?

La mirada de Tegan volvió a dirigirse hacia la encimera de la cocina, donde estaba el teléfono móvil cuyo diseño le resultaba familiar. Frunció el ceño, con una sospecha instintiva que aumentaba mientras se acercaba a cogerlo. Había visto docenas de esos aparatos últimamente. Era uno de esos teléfonos desechables del tipo que tenían los humanos vinculados con los renegados. Levantó la tapa y sacó el chip de localización por satélite.

Tegan sabía que si llevaba el teléfono al laboratorio del recinto, Gideon descubriría que éste contenía únicamente un número, súper codificado e imposible de descifrar. Aquel aparato en particular estaba salpicado de sangre humana, la misma que había empapado la parte delantera del abrigo de Elise.

—¿De dónde sacaste esto, Elise?

—Creo que lo sabes —respondió ella, en un tono tranquilo pero a la vez desafiante.

Él se volvió para mirarla.

—¿Se lo quitaste a un secuaz? ¿Tú sola? Dios santo... ¿cómo?

Ella se encogió de hombros, frotándose la cabeza como si le doliera.

—Lo encontré en la estación de trenes. Lo seguí y cuando tuve la oportunidad lo maté.

Tegan no se sorprendía a menudo, pero oír aquellas palabras de esa pequeña mujer, fue para él como ser golpeado con un ladrillo en la cabeza.

—No puedes estar hablando en serio.

Pero sí hablaba en serio. La mirada que ella le lanzó no dejaba ninguna duda.

Tras ella, en la pantalla del televisor comenzaron a aparecer las últimas noticias. Un periodista declaró que una víctima de apuñalamiento había sido descubierta hacía unos minutos:

«... el difunto fue hallado a dos manzanas de la estación de tren, las autoridades sospechan que se trata de uno más entre la ola de asesinatos relacionados...»

Mientras continuaba el reportaje y Elise lo miraba tranquilamente, a Tegan se le helaba la sangre sin poder comprender.

—¿Tú? —preguntó, aunque ya sabía la respuesta por muy increíble que pareciera.

Elise no respondió y Tegan se acercó a un pequeño baúl cerca del futón. Lo abrió de golpe y vio ante sus ojos un gran surtido de espadas, revólveres y munición. Muchas de las armas estaban nuevas, pero se notaba que otras habían sido usadas.

—¿Desde hace cuanto tiempo, Elise? ¿Cuándo empezaste con esta locura?

Ella lo miró fijamente, sosteniendo firme su fina barbilla.

—Mi hijo ha muerto por culpa de los renegados. Todo lo que amaba lo he perdido por culpa de ellos —dijo finalmente—. No puedo quedarme sentada sin hacer nada. No pienso volver a sentarme sin hacer nada.

Tegan notó lo decidida que sonaba su voz, pero no por eso le cabreaba menos lo que pasaba.

—¿Cuántos?

Era evidente que aquella noche no había sido la primera vez.

—¿Cuántas veces has hecho esto, Elise?

Ella no dijo nada durante un largo rato. Luego, lentamente fue hasta la estantería y se arrodilló para sacar una caja de madera del estante inferior. Con la mirada clavada en Tegan, levantó la tapa y con calma la depositó a un lado.

En el interior había más teléfonos móviles de secuaces.

Al menos una docena de esos malditos aparatos.

Tegan se dejó caer en el futón y se pasó los dedos por el pelo.

—Maldita sea, mujer. ¿Has perdido la cabeza?

Elise se frotó la frente con la palma de la mano, tratando de aliviar algo del dolor punzante que sentía en la cabeza. La migraña llegaba deprisa, atacándola con fuerza. Cerró los ojos, deseando que no llegara a empeorar. Bastante tenía con haber sido descubierta esa noche; no necesitaba la humillación de venirse abajo físicamente y ser incapaz de enfrentarse a nada, y menos aún de tratar con un guerrero de la estirpe en su apartamento.

—¿Tienes idea de lo que estás haciendo? —La voz de Tegan, a pesar de no sonar muy alta y estar teñida básicamente de incredulidad, retumbó en la cabeza de Elise con la fuerza de un cañón. Sosteniendo la caja de teléfonos en la mano, él comenzó a caminar de arriba a abajo por el pequeño estudio, logrando que el ruido de sus pesadas botas sobre la estropeada y mugrienta alfombra rechinara en la cabeza de ella.

—¿Qué demonios estás tratando de hacer, mujer, conseguir que te maten?

—Tú no lo entiendes —murmuró ella, sintiendo el martilleo del dolor detrás de

los ojos—. No podrías... no es posible que lo entiendas.

—Inténtalo. —Su voz sonó cortante, brusca. Una orden emitida por un hombre poderoso que esperaba ser obedecido.

Lentamente, Elise abandonó su posición de rodillas frente a la estantería y se trasladó hasta el otro extremo de la habitación. Cada paso le costaba un esfuerzo difícil de disimular, y sólo sintió algo de alivio cuando consiguió apoyar la espalda contra la pared para poder sostenerse. Prácticamente se dejó caer contra las planchas acústicas de la pared, deseando que Tegan se marchara para poder desmoronarse en privado.

—Eso es asunto mío —dijo, consciente de que probablemente él notara que le faltaba el aliento, ya que era incapaz de ocultarlo del todo—. Es algo personal.

—Por el amor de Cristo, Elise. Es un maldito y jodido suicidio.

Ella se estremeció ante la rudeza con que se expresaba el vampiro, pues no estaba acostumbrada a ese tipo de lenguaje. Quentin nunca había pronunciado nada más rudo que algún ocasional «maldita sea» en su presencia, y eso sólo en sus peores momentos de frustración por la agencia o por la política restrictiva de los Refugios Oscuros. Había sido un perfecto caballero en todos los sentidos, suave aunque ella sabía que pertenecía a la estirpe, y que por tanto su fuerza era inconmensurable.

Tegan representaba un crudo y terrible contraste respecto a su compañero muerto... y ella había crecido aprendiendo a temerlo como pupila de los Refugios Oscuros desde que era una niña. Para Quentin y para la agencia de la policía de la cual él había formado parte, Tegan y los demás de la Orden eran considerados vigilantes peligrosos. Para muchos de los Refugios Oscuros, los guerreros eran simplemente un cuadro de salvajes y matones con una mentalidad primitiva que hacía ya tiempo que no servían para su propósito de defender la nación de vampiros. Eran despiadados... algunos no se regían por la ley... y a pesar de que Tegan le hubiese salvado la vida esa noche, Elise no podía evitar sentir desconfianza hacia él, como si fuera un animal salvaje metido en su hogar.

Observó cómo él metía su gran mano dentro de la caja de aparatos telefónicos de los secuaces, y oyó el ruido del plástico y del fino metal mientras inspeccionaba la colección.

—Los chips GPS de estos ya están desconectados. —Le lanzó una mirada desconfiada—. ¿Sabías apagarlos?

Ella asintió débilmente con la cabeza.

—Tengo un hijo adolescente —respondió, haciendo una mueca de dolor al tiempo que las palabras salían de sus labios, con su cuerpo debilitado por la fatiga—. Tenía un hijo adolescente —se apresuró a corregir—. A Camden no le gustaba que lo tuviera controlado, por eso solía apagar el chip GPS de su teléfono cuando salía. Yo aprendí a reactivarlo, pero él siempre lo descubría y volvía a apagarlo.

Tegan hizo un ruido con la garganta, un ruido bajo y poco definido.

—Si no hubieras inutilizado esos aparatos de rastreo, tendrías muchas

posibilidades de estar muerta. Mejor dicho, es seguro que lo estarías. El amo de los secuaces que has cazado te habría encontrado, y no quieras saber lo que es capaz de hacer.

—No me da miedo morir...

—Morir —se burló Tegan, interrumpiéndola con una brusca maldición—. La muerte sería la más pequeña de tus preocupaciones, mujer, debes creerme. Puede que hayas tenido suerte con unos pocos secuaces descuidados, pero esto es una guerra, y tú no estás a la altura. Lo que te ha pasado esta noche debería bastarte para probarlo.

—Lo que me ha pasado esta noche ha sido un error y no volverá a pasar. Salí demasiado tarde y me llevó demasiado tiempo. La próxima vez me aseguraré de estar en casa antes de que caiga la noche.

—La próxima vez. —Tegan frunció el ceño con dureza—. Dios santo, lo dices en serio.

Durante un largo rato el vampiro se limitó a observarla. Su mirada firme de un verde esmeralda resultaba indescifrable y falta de emoción. La expresión de su rostro no daba ni una pista sobre sus pensamientos. Finalmente, sacudió su cabeza leonada y se dio la vuelta para juntar la colección de teléfonos de los secuaces. Los guardó en los bolsillos de su abrigo, sus movimientos bruscos hicieron sacudirse el conjunto de armas que llevaba bajo los pliegues del cuero negro.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Elise cuando vio desaparecer el último de los aparatos en uno de los bolsillos interiores—. ¿No irás a entregarme, verdad?

—Debería hacerlo. —Su mirada de piedra la recorrió con desprecio—. Pero lo que haces no es de mi incumbencia, siempre y cuando no te cruces en mi camino. Y no esperes que la Orden acuda a rescatarte la próxima vez que te metas en un lío.

—No lo haré. No espero nada... quiero decir. —Lo observó dirigirse hacia la puerta, sintiendo una oleada de alivio al saber que pronto estaría sola para enfrentarse a la marea de dolor que crecía rápidamente. Cuando el guerrero abrió la puerta para dirigirse al maltrecho pasillo, Elise se esforzó por sacar lo que le quedaba de voz.

—Tegan, gracias. Se trata sencillamente... de algo que tengo que hacer.

Se quedó en silencio, pensando en Camden y todos los demás jóvenes de los Refugios Oscuros que habían sido envenenados por los renegados. Incluso la vida de Quentin le había sido arrebatada por un miembro enfermo de la estirpe convertido en renegado; éste lo había atacado mientras estaba detenido en la agencia.

Elise no podía recuperar esas vidas perdidas, lo sabía. Pero cada día que salía de caza, cada secuaz que eliminaba significaba un arma menos en el arsenal de los renegados. El dolor que sufría por aquella tarea no era nada comparado con lo que su hijo y otros habían tenido que soportar. La verdadera muerte para ella sería verse obligada a permanecer sentada en el cobijo de los Refugios Oscuros sin hacer nada, mientras las calles se volvían rojas de sangre inocente.

Eso no podría soportarlo.

—Esto es importante para mí, Tegan. Hice una promesa. Quiero cumplirla.

Él se detuvo y le lanzó una mirada por encima del hombro.
—Es tu funeral —le dijo, y cerró la puerta tras él.

Tegan tiró el último de los recuerdos de cacería de Elise en una zona apartada del río Charles y observó las ondas del agua oscura mientras el teléfono móvil se hundía en el líquido. Al igual que el resto de los teléfonos que él y otros guerreros habían confiscado en sus patrullas, esos aparatos codificados no tenían ninguna utilidad para la Orden. Y tenía claro que no iba a dejarlos con Elise, tuvieran los chips GPS desactivados o no.

Cristo, no podía creer lo que había hecho esa mujer. Y todavía más increíble resultaba el hecho de que llevara desempeñando su lunática venganza desde hacía semanas, o tal vez meses. Sin duda su cuñado no tendría ni idea, o el exagente de la policía de los Refugios Oscuros se hubiera puesto en acción para detenerla rápidamente. Todo el mundo en la Orden sabía que Sterling Chase había estado enamorado de la viuda de su hermano, y probablemente todavía era así. No es que eso fuera asunto de Tegan. Como tampoco lo era el aparente deseo de morir de Elise.

Metió las manos en los bolsillos de su abrigo desabrochado y caminó de vuelta hacia la calle, con el aliento que salía entre sus labios formando nubes de vapor. Estaba nevando de nuevo en Boston. Una borrascosa cortina de finos copos de nieve cayó sobre una ciudad que ya estaba helada desde hacía semanas, en un invierno inusualmente frío. Tegan sabía que debían de estar a unos cuantos grados bajo cero, pero sin embargo no sentía el frío. Le costaba recordar la última vez que había sentido alguna incomodidad de algún tipo. Y todavía más, la última vez que había sentido placer.

Diablos, ¿cuándo era la última vez que había sentido algo en absoluto?

Recordaba el dolor.

Recordaba la pérdida, la ira que una vez lo había consumido... hacía mucho, mucho tiempo.

Recordaba a Sorcha y cuánto la había amado. Lo inocente que ella era y de qué manera había confiado en él para salvarla y protegerla.

Dios, cómo le había fallado. Nunca olvidaría lo que le habían hecho, de qué manera salvaje habían abusado de ella. Para sobrevivir al golpe de su muerte, él había aprendido a desprenderse de su dolor, de su cruda furia. Pero nunca podría olvidarlo. Nunca podría perdonarlo.

Llevaba más de cinco años asesinando renegados, y no estaba ni siquiera cerca de considerar las cuentas saldadas.

Él había visto algo de ese mismo dolor y de esa misma furia en los ojos de Elise esa noche. Le había sido arrebatado lo que más amaba, y quería justicia. Qué pasaría si eso la llevaba a la muerte. Si su trato con los renegados y sus esclavos humanos no la mataban, seguramente moriría por la debilidad de su cuerpo. Había intentado disimular su fatiga ante él, pero a Tegan no le había pasado inadvertida. El cansancio

que había visto en ella iba más allá de una cuestión meramente física, aunque él podía asegurar, por sus facciones demacradas, que no se había cuidado desde que abandonó los Refugios Oscuros... o tal vez desde hacía más. ¿Y por qué tendría toda esa gomaespuma acústica clavada en las paredes?

Mierda. Por lo que fuera.

Realmente no era de su incumbencia, se recordó a sí mismo mientras se dirigía a pie hacia el recinto secreto que albergaba la Orden, a las afueras de la ciudad. La mansión de ladrillo y piedra caliza y todos los acres de la finca estaban rodeados de una cerca de alto voltaje y una enorme verja de hierro equipada con cámaras, rayos láser y alarmas con sensores al movimiento. Aunque nadie se había acercado tanto como para activarlas.

Muy pocos entre la población de la estirpe sabían la localización precisa, y aquellos que la conocían eran muy conscientes de que la propiedad pertenecía a la Orden y eran lo bastante inteligentes como para permanecer lo bastante lejos a menos que fueran invitados. En cuanto a la especie humana, cuatrocientos voltios de electricidad eran suficiente para disuadir a los curiosos; los más estúpidos despertaban aturridos por la descarga eléctrica o sufriendo una monumental resaca después de un meticuloso lavado de cabeza hecho por los guerreros. Ninguna de esas opciones eran particularmente agradables. Pero sí efectivas.

Tegan tecleó su código de acceso en el panel oculto cerca de la verja, y se deslizó en el interior cuando el pesado hierro se abrió para permitirle el paso.

Una vez dentro dio un giro para adentrarse por el camino pavimentado dejando que el entorno arbolado lo envolviera. Tras recorrer por más de cien metros pudo ver el débil brillo de las luces de la mansión a través de los pinos cubiertos de espesa nieve. A pesar de que la verdadera sede de la Orden se hallaba en un recinto subterráneo bajo la mansión gótica, no era inusual encontrar uno o más de los guerreros y sus compañeras en la casa al caer la noche, para cenar o para divertirse.

Pero quien quiera que estuviera allí aquella noche no estaba disfrutando de ningún tipo de esparcimiento agradable.

Mientras Tegan se acercaba al edificio, oyó el fiero rugido de un animal, seguido del estallido de cristales rotos.

—¿Qué demonios...?

Se oyó otro fuerte estrépito, más violento que el primero, que provenía del opulento vestíbulo de la mansión. Como si algo o alguien grande estuviera desgarrando el lugar. Tegan subió de un salto los escalones de mármol de la puerta principal y abrió de un golpe el viejo bloque de madera lacada en negro, sosteniendo un cuchillo en la mano. En el interior, sus botas crujieron sobre un caos de porcelana y vidrio roto.

—Jesús —murmuró, asimilando cuál era la fuente de la destrucción.

Uno de los guerreros se hallaba de pie junto a un antiguo aparador en el centro de la entrada revestida de azulejos. Sus manos color oliva llenas de cicatrices se

aferraban al mueble de madera labrada como si fuera lo único que lo mantenía en pie. Estaba empapado y desnudo de cintura para arriba, y llevaba unos pantalones de chándal grises que parecía que acababa de ponerse rápidamente tan sólo hacía unos segundos.

Tegan bajó su arma, ocultando el cuchillo con la mano hasta meterlo en la funda otra vez.

—¿Cómo va eso, Río?

El guerrero gruñó por lo bajo, no tanto como señal de reconocimiento sino más bien como una secuela de su rabia. El agua chorreaba formando un charco alrededor de sus pies desnudos y de los pedazos del cuenco de cerámica de Limoge que había tirado del aparador. Vidrio pulido cubría la superficie de la vitrina caoba; arriba, el espejo de la pared y su marco ornamentado estaban llenos de marcas de los nudillos ensangrentados de la mano derecha de Río.

—¿Estás haciendo algunas mejoras nocturnas en el hogar? —Tegan se acercó, manteniendo los ojos pegados en los tensos músculos del enorme guerrero—. Yo por mi parte, nunca le he dado ningún uso a esa mierdecilla francesa.

Río respiró agitadamente, luego volvió la cabeza para mirar a Tegan. Sus ojos color topacio tenían todavía un brillo ámbar; la luz que surgía de ellos se veía a través del cabello oscuro que le tapaba la cara, ardiendo con el calor de una persistente locura. El brillo blanco de los colmillos asomaba a los labios separados del vampiro que tomaba el aire por la boca.

Tegan sabía que no era la lujuria de sangre lo que había sacado a la luz el lado salvaje del vampiro. Era la furia. Y el remordimiento. El olor penetrante de esa furia llenaba el aire, surgiendo de Río en oleadas calientes.

—Podía haberla matado —dijo con voz dura y cargada de angustia, y sin el habitual tono de barítono con acento hispano—. Tenía que haber salido de allí, pronto. Algo dentro de mí simplemente... estalló. —Tomó aire emitiendo un gruñido feroz—. Mierda, Tegan... Quería... necesitaba hacer daño a alguien.

Cualquier otro hubiera sentido una corriente de alarma ante aquellas palabras, pero Tegan las asimiló observando con calma, afilando la mirada sobre el lado izquierdo del rostro de Río, con cicatrices de quemaduras y de metralla, que no quedaba del todo oculto por los mechones de pelo. No quedaba mucho del hombre atractivo y sofisticado que una vez había sido el miembro más relajado de la Orden, siempre con una broma a punto o una sonrisa fácil. La explosión a la que había sobrevivido el último verano había acabado con la mayor parte de su belleza; el descubrimiento de que su propia compañera de sangre, Eva, lo había traicionado tendiéndole una emboscada mortal había acabado con todo lo demás.

—Madre de Dios —susurró Río con rudeza—. Nadie debería estar cerca de mí. ¡Estoy perdiendo mi condenada cabeza! Y qué pasaría si... Cristo... ¿qué pasaría si le he hecho algo? Tegan, ¿qué pasará si la he herido?

Los sentidos de Tegan se pusieron en estado de alarma. El guerrero no estaba

hablando de Eva. Ella misma se había dado muerte el día en que su traición fue descubierta. La única mujer que mantenía ahora un contacto regular con Río era Tess, la compañera de sangre de Dante. Desde su llegada al recinto hacía algunos meses, Tess había estado trabajando con Río, empleando su don curativo para arreglar lo que podía de su cuerpo roto y tratando de ayudarlo a rehabilitarse tanto de la ruina física como mental culpa de su traumática experiencia.

«Ah, mierda».

Si el guerrero le había hecho algún daño, accidentalmente o no, el coste a pagar sería muy alto. Dante amaba a esa mujer con una intensidad que había sorprendido a todo el mundo en el recinto. Dante había sido una vez un «chico malo» e imprudente, sin embargo ahora se había rendido completamente a los encantos de Tess. Mataría a Río con sus propias manos si le pasara algo a su compañera.

Tegan soltó una maldición.

—¿Qué has hecho, Río? ¿Dónde está Tess?

Río sacudió miserablemente la cabeza e hizo un gesto vago señalando el ala trasera de la enorme mansión. Tegan estaba a punto de ir en esa dirección cuando oyó el ruido de pisadas urgentes provenientes del largo corredor que conducía al área de la piscina interior de la finca. Se vio el suave destello de una luz y el sonido de unos pies desnudos se acercó, seguido de una voz femenina que se alzaba preocupada.

—¿Río? ¿Río, dónde estás?

Tess apareció por la esquina dando un patinazo. Llevaba pantalones de trabajo negros sobre un bañador de embarazada que estaba empapado. Su atuendo era puramente deportivo para sus sesiones de terapia, pero cualquier hombre con ojos en la cabeza y con sangre roja en la venas estaría loco si no advirtiera lo bella que estaba vestida con nylon y licra. Su pelo color miel estaba recogido en una cola de caballo, con las puntas húmedas y rizadas por el agua de la piscina. Las uñas de sus pies, pintadas de color melocotón, se detuvieron justo al borde de los pedazos de porcelana rota del vestíbulo.

—Oh, dios santo. ¿Río, estás bien?

—Él está bien —le dijo Tegan de forma contundente—. ¿Y tú? ¿Tú estás bien?

Tess se llevó la mano al cuello de forma inconsciente, pero asintió con la cabeza.

—Estoy bien. Río, mírame, por favor. Está todo bien. Puedes ver que estoy perfectamente.

Pero algo había pasado hacía unos minutos; eso era evidente.

—¿Qué ha pasado?

—Tuvimos algún retroceso en la sesión de hoy, pero nada importante.

—Dile lo que te hice —murmuró Río—. Cuéntale cómo perdí el conocimiento en la piscina y al recobrarlo me encontraba apretando las manos en torno a tu garganta.

—Jesús. —Tegan frunció el ceño, y ahora que Tess había apartado los dedos de su cuello pudo ver la débil marca de un moretón—. ¿Seguro que estás bien?

Ella asintió.

—Él no quería hacerlo, y paró en el mismo instante en que se dio cuenta de que lo estaba haciendo. Estoy bien, de verdad. Y él también lo va a estar. ¿Sabes eso, verdad, Río?

Tess avanzó unos pasos con cautela, evitando los pedazos de cerámica rota a sus pies y manteniéndose a una distancia razonable de Tegan, pues éste representaba para ella una amenaza mayor que la fiera de Río.

Tegan no se ofendió. Prefería su existencia solitaria y se esforzaba por mantenerla. Observó cómo Tess se movía lentamente hacia Río, que permanecía muy rígido junto al aparador.

Colocó la mano suavemente sobre el hombro marcado del guerrero.

—Mañana irá mejor, estoy segura. Cada día hay pequeños progresos.

—No estoy mejorando —murmuró Río. Podía sonar a autocompasión, pero en realidad era una sombría constatación. Retiró la mano de Tess con un gruñido—. Debería ser sacrificado. Sería una bendición para todo el mundo, y especialmente para mí. Soy inútil. Este cuerpo... mi cabeza... ¡soy un jodido inútil!

Río dio un puñetazo contra el aparador, haciendo vibrar el espejo roto y provocando un temblor en el mueble caoba de doscientos años que había debajo.

Tess se estremeció, pero había un matiz de firme resolución en sus ojos verde azulados.

—No eres inútil. Curarse lleva tiempo, eso es todo. No puedes abandonar.

Río gruñó algo horrible por lo bajo y sus ojos echaron un brillo ámbar a modo de advertencia. Pero ni siquiera la feroz bravuconería de un vampiro medio loco era capaz de disuadir a Tess de prestarle su ayuda si podía. Sin duda había visto aquel tipo de gruñido antes en Río —y posiblemente incluso en su propio compañero— y no había salido huyendo aterrorizada.

Tegan observaba cómo Tess se mantenía firme, calmada, segura, tenaz. No era difícil imaginar por qué Dante la adoraba tanto. Pero Tegan podía ver que Río se hallaba en un estado particularmente inestable e impredecible. Puede que no quisiera herir a nadie, y mucho menos a Tess, cuyo don de curación extraordinaria casi lo había liberado de la psicosis, pero la rabia unida a la angustia forman un cóctel emocional muy poderoso. Tegan lo sabía de primera mano; lo había vivido una vez hacía mucho tiempo. Añadiendo a eso las secuelas que quedaban de una herida traumática en el cerebro como la que Río había sufrido, podía decirse que el guerrero era un barril de pólvora a punto de estallar.

—Déjame a mí —dijo Tegan cuando Tess comenzó a acercarse de nuevo a Río—. Bajaré con él hasta el recinto. Iba hacía allí.

Ella le sonrió con cautela.

—De acuerdo, gracias.

Tegan se acercó a Río con movimientos pausados y lo guio con cuidado, apartándolo de la mujer y de los escombros que había a sus pies. Los pasos del hombre eran pesados, carecían de la elegancia antes tan natural en él. Río se apoyó

con fuerza en el hombro y el brazo de Tegan, y su pecho desnudo se agitaba con cada nueva bocanada de aire que inhalaba.

—Eso es, bien y despacio —lo alentó Tegan—. ¿Estamos mejor ahora, amigo?

La cabeza morena se inclinó con torpeza.

Tegan lanzó una mirada a Tess mientras ésta se arrodillaba y comenzaba a recoger los pedazos de vidrio y de porcelana de las baldosas del vestíbulo.

—¿Has visto a Chase por aquí esta noche?

—Hace rato que no lo veo —dijo ella—. Él y Dante están todavía fuera patrullando.

Tegan sonrió. Cuatro meses atrás los dos hombres estaban dispuestos a estrangularse el uno al otro. Lucan los había obligado a trabajar juntos contra su voluntad cuando el agente de los Refugios Oscuros, Sterling Chase, se presentó en el recinto con información acerca de una peligrosa droga llamada carmesí y con el propósito de solicitar ayuda de la Orden para eliminar esa porquería de las calles.

Ahora él y Dante se habían vuelto prácticamente inseparables, desde que Chase había abandonado los Refugios Oscuros y se había convertido en un miembro oficial de la Orden.

—Ahora están tan unidos como el Gordo y el Flaco.

Una nota divertida asomó a los ojos de Tess, que levantó la cabeza apartando la vista del desastre que tenía a sus pies.

—Más bien como Larry y Curry, los dos chiflados, si me preguntas a mí.

Tegan se rio con ironía mientras conducía a Río por el pasillo. Lo llevó hasta el ascensor de la mansión, lo hizo entrar allí y luego tecleó el código para comenzar el viaje hacia las oficinas centrales subterráneas de la Orden.

Tras dejar a Río en los apartamentos del recinto de los guerreros, Tegan se dirigió hacia el laboratorio tecnológico para registrarse. Gideon estaba en su puesto, como era habitual, el vampiro rubio se movía de un lado a otro en su silla de oficina con ruedas, trabajando mágicamente con nada menos que cuatro ordenadores al mismo tiempo. Llevaba un teléfono móvil inalámbrico sujeto a la oreja y se hallaba dando unas coordenadas por el pequeño micrófono a la altura de su mejilla.

El hábil realizador de tareas múltiples, levantó la vista hacia Tegan cuando éste entró en el laboratorio, le hizo un gesto y le mostró una serie de fotogramas de satélites en uno de los monitores.

—Niko posiblemente ha dado con el paradero de un laboratorio de carmesí —informó a Tegan. Luego retomó su conversación mientras sus dedos trabajaban en el teclado de otro ordenador—. De acuerdo. Lo estoy comprobando ahora mismo.

Tegan contempló las imágenes que Gideon había abierto en la pantalla. Algunas eran guaridas conocidas de los renegados —la mayoría antiguas guaridas, debido a los esfuerzos de la Orden— y otras mostraban renegados y secuaces que iban y venían en distintas localizaciones de la ciudad y sus alrededores. Un rostro capturó la atención de Tegan. Era el humano traficante de carmesí, Ben Sullivan.

Aunque Dante había eliminado al bastardo en el mes de noviembre, el paradero de su laboratorio continuaba siendo desconocido. Los problemas con la droga habían menguado desde que la Orden se había involucrado en el asunto, pero mientras los renegados estuvieran en poder de los medios de fabricación, la amenaza de que el carmesí resurgiera entre la estirpe todavía existía.

—Espera. Tengo la pista de una localización fuera, en Revere —decía ahora Gideon—. Sí, vete a saber, pero creo que es una pista legal. ¿Podéis acercaros por el río Chelsea, a ver qué encontráis?

Tegan centró su atención en la foto del rostro sonriente y golpeado de Ben Sullivan. Ese humano había matado a muchos vampiros jóvenes con su droga, incluido Camden Chase, el hijo adolescente de Elise. Si no fuera por el carmesí, ese chico nunca se hubiera transformado en renegado y no hubiera tenido que ser eliminado. Y una mujer delicada como Elise no estaría escondida en una pocilga del centro de la ciudad, mal de la cabeza por el dolor y la ira, y empeñada en una especie de venganza materna que probablemente la llevaría también a la muerte.

Tegan sintió un peso encima al considerar todo el derramamiento de sangre y los siglos durante los cuales él y otros como él habían estado luchando contra el lado salvaje de la estirpe. Había habido momentos cumbre alternados con periodos de tregua, por supuesto, con tiempos de relativa paz, pero el conflicto estaba siempre ahí, enterrado dentro de la raza misma. Ulcerando y corrompiendo.

—¿Esta mierda nunca va a parar, verdad?

—¿Cómo dices?

Tegan ni se dio cuenta de que había hablado en voz alta hasta que no vio a Gideon mirándolo por encima de la montura de sus gafas de sol color azul pálido. Tegan sacudió la cabeza.

—Nada.

Se alejó de los ordenadores, con los pensamientos volviéndose oscuros y agitados mientras Gideon volvía a inclinarse sobre sus monitores y usaba uno de los teclados. Otra imagen satélite llenó la pantalla. Ésta mostraba un viejo polígono industrial que no estaba lejos de la orilla del río.

Tegan conocía el lugar. No necesitaba nada más.

—Sí, Niko —dijo Gideon por el pequeño micrófono—. De acuerdo. Suena bien. Si las cosas se ponen feas por allí llama pidiendo refuerzos. Dante y Chase están a menos de una hora de camino y Tegan está justo... aquí estaba.

Pero Tegan ya no estaba allí.

Ahora caminaba decidido por el corredor que conducía fuera del laboratorio tecnológico, oyendo el rastro de la voz de Gideon mientras la puerta de vidrio se cerraba tras él.

—Es aquí. Colócate a la izquierda de la señal de stop —dijo Nikolai desde el asiento trasero del todoterreno negro de la Orden. Estaba ocupado recargando las armas a las que tanto él como los otros dos nuevos reclutas guerreros habían dado un buen uso aquella noche, en el lado este de la ciudad. Las municiones que había traído eran sus preferidas para aniquilar renegados: letales cilindros huecos llenos de titanio en polvo. Una ración de aquel metal significaba una muerte segura para los miembros de la raza de vampiros adictos a la sangre. Niko recargó la Beretta 92FS que había convertido en automática y luego guardó el arma en su funda debajo del abrigo.

—Aparca detrás de esa camioneta de reparto hecha una mierda —dijo al guerrero que conducía. Aquella parte de Revere estaba llena de casas y de almacenes, densos racimos humanos apiñados a las afueras de Boston, a lo largo del tramo del río Chelsea—. Haremos el resto del camino a pie. Iremos despacio para observarlo todo bien.

—Hecho. —Brock, un luchador reclutado en Detroit, de una estatura que daba miedo, era tan suave con las ruedas como con las mujeres. Deslizó el vehículo por la curva nevada y apagó el motor.

Junto a Brock, en el asiento delantero, el otro recluta de Niko, se volvió y extendió la mano para coger el arma recién cargada. Los ojos plateados de Kade, voraces como los de un lobo, todavía brillaban por la anterior aventura de la noche, y su pelo negro estaba de punta y mojado por la nieve derretida.

—¿Crees que vamos a encontrar algo ahí fuera?

Niko sonrió.

—Estoy segurísimo, diablos. —Les entregó pistolas y cargadores nuevos a los dos, luego sacó un par de silenciadores de la bolsa de lona y cuero que había a sus pies y los lanzó a las palmas de los guerreros. Cuando Brock arqueó una ceja de su oscura frente, Niko dijo:

—Estoy de acuerdo en cocinar a un puñado de renegados con una 9 milímetros, pero no hay necesidad de despertar a los vecinos.

—No —asintió Kade, mostrando las puntas de sus colmillos de un blanco perla —, eso sería de muy mala educación.

Nikolai recogió el resto de su equipo y cerró la cremallera de la bolsa de lona.

—Vamos en busca de un poco de carmesí.

Salieron del coche y bordearon la zona residencial a pie, los tres manteniéndose en las sombras mientras se dirigían hacia un viejo grupo de almacenes, ateniéndose al descubrimiento de Niko.

El exterior del edificio tenía un aspecto terrible, se trataba de un engendro industrial de cemento, madera y vidrio. Postes de acero de lo que una vez había sido parte de un alambrado sencillo sobresalían del perímetro de la zona desde varios

ángulos. Ni uno de ellos estaba recto, aunque eso no importaba. El lugar parecía estar abandonado y en ruinas, y no invitaba a entrar, incluso a pesar de la tormenta de nieve que caía aquella noche. Cuando se acercaron al edificio, Niko vio una mancha de cenizas oscuras en el suelo. La forma, grande e irregular era todavía visible, todavía ardía y crepitaba mientras los delicados copos de nieve caían sobre ella y se derretían al contacto. Hizo un gesto señalando el montón de restos desintegrándose cuando Brock y Kade se acercaron.

—Alguien ha quemado a un renegado —les dijo con una voz que era un susurro—. Está todavía fresco.

Gideon no había mencionado que enviaran refuerzos, así que lo sabio sería ser prudentes, pues no sabían con quién podrían encontrarse. Los renegados eran básicamente salvajes, y no era nada extraordinario que se aniquilaran unos a otros por cualquier conflicto insignificante. Por lo que respectaba a la Orden era una buena cosa; ahorra tiempo y esfuerzo a los guerreros que los bastardos enfermos de lujuria de la sangre perdieran la calma y se mataran por su cuenta.

Otro chupador de sangre había recibido su ración letal de titanio cerca de la entrada del edificio. Había un gran candado tirado en el suelo junto a aquella mugre celular, y Brock se dirigió hacia la estropeada puerta de acero. Estaba ligeramente entreabierta, tras ella se veía apenas una delgada cuña de oscuridad.

Kade lanzó una mirada interrogante a Niko, esperando la señal para actuar.

Nikolai negó con la cabeza, inseguro.

Algo allí no estaba bien.

Oyó el débil ruido de algo en el interior del lugar, un ruido que retumbó como una ligera vibración en la suela de sus pies. En el suave aire de la noche captó el ligero aroma de algo dulce y empalagoso, químico. Era... ¿queroseno?

El ruido aumentaba cada vez más. Como si fuera a convertirse en un trueno.

—¿Qué demonios es eso? —Silbó Kade.

Niko olió la acidez del metal caliente.

—Oh, mierda. —Miró a los otros vampiros—. ¡Vamos! ¡Moveos! ¡Vamos, vamos, vamos!

Todos emprendieron una carrera mortal, arrastrándose por el suelo mientras el ruido se hacía atronador. Hubo un fuerte y violento estallido cuando la explosión estalló del interior de las entrañas del viejo edificio. Cayeron vidrios desde las ventanas del último piso, lanzando llamas y un espeso humo negro en su estela.

Y mientras los tres lo observaban todo sobrecogidos, la puerta principal del edificio se abrió de golpe, con una ruptura limpia de sus bisagras. No debido a la fuerza de la explosión, sino por la voluntad de un simple individuo.

Una silueta de fuego naranja iluminaba desde atrás al guerrero de anchos hombros y andar despreocupado. Mientras salía de aquel infierno, los extremos de su abrigo negro suelto eran como alas detrás de él, como la capa del mismísimo príncipe de la oscuridad.

¡Por el sagrado infierno! —murmuró Brock—. Es Tegan.

Niko sacudió la cabeza, riendo de hasta qué punto se reflejaba en la cara de los nuevos lo impresionados que estaban. No era para menos. Ellos no llegaban a ser tan imponentes como Tegan, y aquella exhibición se convertiría en una leyenda, él estaba seguro. Detrás de Tegan, el almacén había sido engullido por las llamas, y ardía como el mismísimo horno del infierno. Era realmente increíble, algo de una crepitante y violenta belleza. Por la displicente expresión de Tegan al acercarse, simplemente podría estar volviendo de echar una meada.

—¿Va todo bien por ahí, T? —bromeó Niko—. ¿Necesitas refuerzos o alguna cosa? ¿Una bolsa de malvaviscos para asarlos en esa pequeña fogata que acabas de hacer?

—Todo controlado.

—No, mierda —respondió Niko. Él y los otros dos guerreros vieron chispas que anunciaban una nueva explosión en el almacén quemado y un penacho de fuego que se elevaba hacia lo alto del cielo.

Tegan pasó por delante de ellos con toda la frialdad de que era capaz, sin dar ninguna excusa ni explicación. Pero ese era siempre su estilo. Era el fantasma que nunca veías venir, la muerte que respira junto a tu cuello antes de que te des cuenta de que estás en el punto de mira.

Siempre era riguroso en el combate, pero la forma en que había aniquilado el laboratorio de carmesí iba más lejos de lo que Niko había visto hacer al guerrero hasta ahora. Basándose en la información que tenía de aquel lugar, probablemente estaba manejado por media docena de renegados, todos asesinados en manos de Tegan, y un edificio reducido a escombros ardiendo en un par de horas. Si Niko no lo conociera mejor, hasta diría que se trataba de algo personal.

—Encantados de poder ayudarte, amigo —gritó Niko tras él, soltando una irónica maldición.

—Demonios, qué frío es ese tipo —comentó Brock mientras Tegan desaparecía en la oscuridad y la ráfaga de nieve que se esparcía.

—Es de hielo —dijo Niko, encantado de que aquel guerrero de la primera generación estuviera de su lado—. Vamos, salgamos de aquí antes de que aparezca un enjambre de humanos.

Tegan caminó solo de regreso a la ciudad, oyendo tras él el chillido de las sirenas que gemían en la distancia. No necesitaba darse la vuelta para saber que un brillo abrasador iluminaba la noche cerca de Chelsea. Sonrió en la oscuridad. No importaba cuánta agua arrojaran sobre el viejo almacén los federales de Revere, no conseguirían salvarlo. Tegan ya se había asegurado de que no quedara nada una vez el humo comenzara a despejarse. Había deseado que aquel lugar ardiera, con una ferocidad que no había sentido en años.

Mierda, habían transcurrido más que años desde que no sentía el tipo de ferocidad que hoy recorría sus venas. Probablemente siglos.

Y lo más gracioso era que se sentía condenadamente bien.

Tegan agitó las manos contra la ráfaga de nocturno aire invernal. Todavía era capaz de sentir el dolor que había causado a los renegados esa noche... el delicioso horror que inundó los corazones de todos esos que había matado en el laboratorio de carmesí aquella noche. Había gozado al ver su angustia cuando el titanio comenzaba a circular a través de su sangre, cocinándolos desde el interior.

Aunque hacía tiempo que había aprendido a desconectarse de sus emociones, el poder físico que poseía estaba más allá de su control. Como todos los de la estirpe, él tenía, además de las características de los vampiros heredadas de su padre, cierta habilidad extrasensorial única heredada de su madre. En el caso de Tegan, le bastaba con tocar a otro individuo —fuera humano o vampiro— para saber qué era lo que estaba sintiendo. Cuando tocaba a alguien absorbía las emociones en su interior, alimentándose de esa conexión como una sanguijuela de una herida abierta.

Aquel don había sido durante toda su vida tanto un arma como una maldición; y ahora se había convertido en un vicio privado. Lo usaba con tan poca frecuencia como le era posible, pero cuando lo hacía era con deliberado y sádico placer. Era mejor disfrutar del dolor y el miedo de los demás que dejar que sus propios sentimientos lo gobernaran, como le ocurría antes.

Pero esa noche sintió el despertar de una especie de satisfacción interior mientras daba muerte a los renegados y el par de secuaces que evidentemente habían sido reclutados para continuar produciendo el carmesí. Y después de que todos ellos quedaran sin vida y el suelo de cemento del viejo almacén estuviera rojo por la sangre derramada y apestara por las células de los renegados, derretidas con los cuchillos y las balas, Tegan había necesitado algo más.

Por razones que no tenía interés en examinar ni siquiera ahora, había permanecido de pie en el centro de la carnicería provocada, deseando nada menos que la destrucción total.

Fuego y ceniza, escombros ardiendo. Había deseado que la existencia del laboratorio de carmesí fuera borrada, que lo único que quedara de él fuera una marca de ceniza negra en el espacio vacío donde ahora se erigía.

Y quisiera reconocerlo o no, sabía que su deseo de destrucción tenía más que una relación pasajera con Elise. Había sido su rostro el que tenía en la mente mientras contemplaba arder aquel lugar. Era el hecho de pensar en su dolor lo que lo había llevado a saborear cada una de las muertes que procuró a los renegados aquella noche.

Metió las manos en los bolsillos de su abrigo y caminó en dirección contraria al viento, atravesando un callejón del extremo sur. No estaba seguro de dónde iba, aunque suponía que debería saberlo. Reconoció el vulgar vecindario de Elise incluso antes de girar hacia la calle que llevaría a parar a su manzana.

Tegan todavía no podía entender cómo era capaz de vivir en esas miserables condiciones. Como viuda de un alto cargo del gobierno oficial de la estirpe, Elise tenía que estar financieramente más que cubierta. Podía vivir en cualquiera de los Refugios Oscuros, sin carencias de ningún tipo, escogiera o no tener un nuevo compañero. Que hubiera escogido abandonar su antigua vida para subsistir junto a individuos básicos de la especie humana resultaba sorprendente. Parecía tan protegida y tan frágil cuando la conoció cuatro meses atrás. Nada podía haberlo sorprendido más que encontrarla aquella noche, empapada con la sangre de un secuaz y armada como alguien de la Orden.

Pero por mucho que ella mostrara su rebeldía y determinación, a Tegan no le había pasado desapercibida la debilidad de Elise. Parecía estar exhausta, de una forma que iba más allá de la simple fatiga. Él supuso que sería por eso que ahora se hallaba de nuevo ante su apartamento.

No es que pensara dirigirse a la puerta principal. Era tarde y probablemente estaría dormida, y mientras fuera de noche su prioridad era la Orden.

Aunque debía haber continuado caminando, en lugar de eso Tegan se deslizó entre el edificio de Elise y el de al lado, encaminándose hacia la parte trasera. El interior de su piso estaba extremadamente oscuro, pero la espuma acústica que recubría las ventanas debía estar impidiendo que pasara nada de luz. A pesar de que la habitación estuviera insonorizada, Tegan podía oír el fuerte sonido del aparato estéreo y la charla de la televisión compitiendo con éste. Se pasó una mano por el pelo empapado por la nieve, luego dio una vuelta y avanzó tres grandes pasos entrando en el patio trasero del edificio.

«Olvídate de ella y sigue caminando».

Sí, eso era lo que debería hacer, desde luego. Sacarse de la cabeza a esa hermosa mujer de corazón roto que se encaminaba a una muerte segura y largarse.

«Sólo que...»

Se acercó sigilosamente al edificio, frunciendo el ceño ante el vidrio que bloqueaba las ventanas. No oía otra cosa que ruido de música y televisión, pero eso era lo que ponía los sentidos del guerrero en estado de alerta.

Eso y el débil cosquilleo del aroma a sangre que venía del interior del apartamento. La sangre de Elise. Su olfato registró el sutil y dulce aroma a brezo y rosas que sólo podía ser de la compañera de sangre que había ahí dentro. Estaba sangrando, tal vez no demasiado, por lo sutil que era el aroma, pero era imposible decirlo con seguridad por el ladrillo y el vidrio y los ocho centímetros de espuma que se interponían en el camino.

Tegan abrió con la mente la cerradura del marco de la ventana —sería la segunda vez que hacía algo así en su casa esa noche— y levantó la pesada hoja de vidrio desde el exterior. No había cortina, y le llevó tan sólo un segundo empujar a un lado el panel acústico y escudriñar en el interior.

No había luces encendidas, pero su visión era aún más aguda en la oscuridad.

Elise estaba allí, en el futón, acurrucada en posición fetal, y todavía llevaba el albornoz con que había salido de la ducha hacía varias horas. Se envolvía la cabeza con las manos como protegiéndola, la corona de sedoso pelo rubio estaba despeinada y de punta, completamente desaliñada por el sueño.

Ella ni siquiera se movió cuando Tegan pasó por encima del alféizar de la ventana y se metió dentro, aunque es cierto que lo hizo en silencio y que el ruido de la música era ensordecedor. Tegan apagó con una orden mental el aparato estéreo y la televisión, y fue entonces cuando ella se incorporó de golpe, no del todo despierta, pero sacudiéndose en un ataque de pánico semiinconsciente.

—Está bien, Elise. Está todo bien.

Ella no parecía oírle. Sus ojos lavanda estaban abiertos pero no enfocaban, y no era sólo por la falta de luz del apartamento. Ella gimió como si sintiera dolor y se desplomó sobre el futón, estirándose con torpeza y buscando con las manos frenéticamente el control remoto. Forcejeó con el aparato y comenzó a pulsar los botones de forma histérica.

—¡Vamos, enciéndete, maldita sea, enciéndete!

—Elise. —Tegan caminó hasta ella y se arrodilló a su lado. Sintió más fuerte el aroma a sangre y al levantarle la barbilla suavemente vio que estaba sangrando por la nariz. Gotitas color escarlata manchaban su ropa, algo de su piel y también había un poco de sangre anterior—. ¡Dios!

—¡Enciéndelo! —gritó ella. Luego levantó la vista y vio las ventanas abiertas, con la espuma acústica suelta y colgando—. ¡Oh, Dios! ¿Quién ha movido ese panel? ¡Quién haría una cosa así!

Se levantó y se acercó corriendo para repararlo, cerrando la ventana de un golpe y poniendo el cerrojo. Sus manos se movían sin descanso sobre el material de insonorización mientras trataba de volver a colocarlo en su sitio sobre el vidrio.

—Elise.

No hubo respuesta, tan sólo un gesto en la pequeña figura de albornoz blanco que sugería de qué modo crecía su ansiedad.

Con un intenso quejido, Elise se sujetó las sienes con ambas manos y lentamente se dejó caer en el suelo junto a la ventana, como si sus piernas simplemente no la sostuvieran. Con las rodillas dobladas y acurrucada, se inclinó hacia delante, meciéndose de un lado a otro, adelante y atrás.

—Haz que pare —susurró, como quebrándose—. Por favor... sólo hazlo parar.

Tegan se acercó a ella lentamente, pues no quería angustiarla más. Soltó un taco y se agachó a su lado, colocando con delicadeza la palma de la mano en su columna. Extendió la mano, abrió sus sentidos al contacto y el dolor de Elise entró de golpe en él como un choque de corriente eléctrica.

Sintió el martirio de la migraña que la atenazaba, el ruido sordo de los latidos de su corazón sonando en sus oídos como si fuera el propio. El gusto ácido en la lengua, el dolor en los dientes por la fuerza con que apretaba la mandíbula para combatir el

tormento que la afligía.

Y oyó las voces.

Asquerosas, corrosivas, voces terribles que viajaban por el aire alrededor, inaudibles para todo el mundo menos para la compañera de sangre que estaba en el suelo acurrucada ante él.

En su mente —a través de la conexión que mantenía con Elise— Tegan registró la pelea denigrante de una pareja en el corredor. Al otro lado, un hombre sentía lujuria por su propia hija.

En el apartamento encima de Elise, un yonqui se estaba pegando un chute que valía lo que costaba mantener a un niño durante un mes mientras su bebé hambriento lloraba, totalmente ignorado, en la habitación contigua.

Cada pensamiento y experiencia humana negativa y destructiva contenida en determinado radio de distancia parecía albergar la mente de Elise, picoteándola como buitres en busca de carroña.

Era el infierno en la tierra, y Elise lo vivía cada momento que permanecía despierta. Tal vez incluso cuando dormía. Ahora él entendía los paneles de espuma y el volumen de los aparatos. Ella trataba de ahogar el embate con otro ruido... el aparato estéreo, la televisión, e incluso el MP3 que estaba sobre la encimera de la cocina, con los cables enredados.

Se engañaba a sí misma si pensaba que podía arreglárselas de ese modo en el mundo de los humanos. Por no hablar de la locura de su intento de vengarse de los renegados y sus secuaces.

—Por favor —murmuró ella, su suave voz vibraba contra la palma de la mano de él—. Necesito que esto pare ahora.

Tegan interrumpió el contacto y lanzó un insulto apretando los dientes.

Eso no estaba bien. No podía dejarla así. Debía hacerla regresar a los Refugios Oscuros. Tal vez lo haría. Pero ahora lo que necesitaba era que se aliviara el dolor que sentía. Ni siquiera él era tan frío como para quedarse sentado contemplándola sufrir.

—Está bien —le dijo—. Ahora relájate, Elise. Estás bien.

La cogió en brazos y la llevó de nuevo hasta el futón. Era tan, tan ligera, pensó. Elise era una mujer pequeña, pero pesaba tan poco como una niña en sus brazos. ¿Cuándo sería la última vez que se había alimentado? Al tenerla tan cerca, Tegan no pudo dejar de notar el agudo ángulo de sus mejillas, la fragilidad de las líneas de su mandíbula.

Ella necesitaba sangre. Una buena dosis de células rojas de la estirpe le darían fuerza y calmarían algo de su dolor, si es que Tegan estaba dispuesto a ofrecerse como voluntario. Elise era una compañera de sangre, una de esas poquísimas mujeres humanas genéticamente compatibles con miembros de la raza vampiro. Darle alimento de sus venas la revitalizaría de muchas maneras, pero poner esa sangre dentro de su cuerpo significaba también crear un lazo irrompible entre los dos. Ese

tipo de unión estaba reservada a la pareja, el más sagrado de los votos de la estirpe. Sólo la muerte podía romper un lazo de sangre, por eso había pocos en la raza que lo formaran a la ligera o por caridad.

Elise era viuda, y los años que llevaba sin la sangre de un hombre —por no mencionar el daño físico que se infligía a sí misma cada día de su vida entre los humanos— comenzaban a pasarle una alta factura. Tegan la depositó cuidadosamente sobre el grueso futón.

Con lentitud y delicadeza estiró sus delgadas piernas y la colocó en una postura que parecía confortable. El cinturón del albornoz se desató y su cuerpo quedó ligeramente a la vista, desde el muslo hasta el pecho. Él tuvo que esforzarse para recuperar el cinturón que quedó debajo de ella, tratando de no advertir la piel que quedaba expuesta durante el proceso. Era imposible pretender que uno era ciego a las curvas femeninas, o a sus senos pequeños y perfectos. Pero fue el repentino atisbo de un precioso muslo lo que lo dejó sin respiración.

Allí, en la parte interior de su pierna derecha, estaba la diminuta imagen de una lágrima sobre una medialuna que era la marca de nacimiento que todas las compañeras de sangre tenían en su cuerpo. La de Elise se encontraba en la parte más tentadora de su muslo, justo debajo del suave triángulo de su sexo.

—Ah, joder. —Tegan se echó hacia atrás, la boca se le hizo agua al instante y sintió la urgencia de probar el sabor de esa dulce zona.

«Eso está más allá de los límites —se dijo a sí mismo con severidad—. Y desde luego más allá de tu cometido».

Sus movimientos ahora eran rápidos. El aire que respiraba pasaba entre las puntas de sus colmillos emergentes mientras tiraba de los bordes de la tela para tapar la desnudez de su cuerpo. La nariz había vuelto a sangrarle por la migraña. El hilo brillante y escarlata manchaba la suave blancura de su mejilla. Él le limpió la sangre con el dobladillo de su camiseta negra, tratando de ignorar la dulce fragancia que recordaba a todo su ser que él pertenecía a la estirpe. El pulso de ella latía con fuerza, como un tambor en los oídos de él. El rápido tictac de su carótida dibujaba ante sus ojos la bella línea de su cuello.

Maldición, pensó, apartando la mirada con la fuerza de su mente. Su apetito se agudizaba al estar junto a ella. Estaba hambriento, ferozmente, a pesar de que no había transcurrido mucho tiempo desde la última caza. No es que los humanos contaminados y hartos de la calle que él escogía para nutrirse pudieran compararse con la tierna belleza que tenía ahora ante él.

Elise hizo una mueca con los párpados cerrados, gimió débilmente. Todavía sentía dolor. Estaba tan vulnerable ahora, tan indefensa ante la angustia física.

Y en aquel momento, él era todo lo que tenía.

Tegan alargó la mano y suavemente puso sus dedos sobre la fría y húmeda frente. Apretó con la palma sobre los ojos cerrados.

—Duerme —le dijo, poniéndola en un ligero trance.

Cuando la respiración de ella cobró un ritmo más cercano a lo normal y la tensión de su cuerpo se aligeró, Tegan se sentó y la observó entregarse a un sueño calmado y reparador.

Elise se despertó lentamente, sintiéndose como si su conciencia hubiera sido transportada a un lugar lejano y tranquilo, sólo para regresar a su cuerpo como una pluma mecida suavemente por la brisa. Tal había sido su sueño. Un largo y dulce sueño... una paz que no había sentido desde hacía meses. Se estiró un poco en el futón, con las piernas desnudas sintiendo el roce del albornoz y la suavidad de una manta que la cubría desde la barbilla hasta los pies. Se acurrucó en el agradable calor, suspirando, y el sonido de su propia respiración la sorprendió.

No había ruido.

No había música atronadora ni la cháchara del televisor, a pesar de que era incapaz de dormir sin ellos.

Abrió los ojos de golpe y esperó que el asalto psicológico la golpeará. Pero sólo había silencio. Dios santo. Transcurrieron segundos, luego un minuto entero o más... y ahí seguía, únicamente el bendito silencio.

—¿Has dormido bien?

La profunda voz masculina surgió desde algún lugar del estudio. Sintió el aroma del pan tostado y ese mantecoso olor de los huevos chisporroteando en la sartén. Tegan se hallaba de pie en su precaria cocina, por lo visto, cocinaba el desayuno. Lo cual sólo contribuía a que la mañana resultara todavía más surrealista.

—¿Qué ha pasado? —Su voz sonó suavemente ronca. Se aclaró la garganta y volvió a intentarlo—. ¿Qué haces aquí?

Oh, Dios. Él no tuvo que responder porque ella lo recordó tan pronto como las palabras salieron de sus labios. Recordó la migraña que la había hecho venirse abajo, y el inesperado regreso de Tegan unas horas después de que la encontrara con los renegados. Había vuelto a su apartamento y entrado a la fuerza por alguna razón. Había apagado el ruido amortiguador que ella necesitaba tan desesperadamente.

Elise recordó haber despertado con un dolor terrible. En una repentina oleada de humillación, recordó haberse desplomado en el suelo ciega de histeria junto a la ventana, tratando de reparar la espuma aislante, que ahora estaba de nuevo colocada en su sitio, según pudo advertir.

Y recordó también la sensación de sumergirse en un agradable estado de sopor...

¿Fue Tegan?

Elise se puso bien el albornoz, apartó la manta y se incorporó con cuidado hasta quedar sentada en el futón. Todavía no confiaba en su entorno, segura de que la ráfaga de angustia mental la asaltaría en cualquier momento.

—¿Qué me hiciste anoche?

—Necesitabas ayuda, así que te ayudé.

Lo hizo sonar como una acusación, mientras se apoyaba contra la encimera, cerca de la estufa y la observaba con fría indiferencia. Iba vestido con las ropas negras de

batalla: camiseta negra y pantalón de trabajo negro; la funda de cuero de su revólver y el cinturón con los terribles cuchillos estaban sobre la encimera tras él.

Elise enfrentó la mirada aguda y escrutadora que la observaba desde el otro extremo de la habitación.

—¿Me golpeaste con algo?

—Sólo te provoqué un ligero trance para que pudieras dormir.

Se agarró los bordes del albornoz con el puño, consciente de repente del hecho de que no llevaba nada debajo. Y esa misma noche, aquel guerrero le había provocado un sueño forzoso, de modo que ella había quedado totalmente a su merced. Un temblor de alarma la recorrió al pensarlo.

Tegan debió de leerlo en su mirada, porque tosió un poco y habló por lo bajo.

—¿Así que las gentes de los Refugios Oscuros no sólo nos veis como asesinos de sangre fría sino además como violadores? ¿O es que ese privilegio me está reservado solamente a mí?

—Tú nunca me harías daño —dijo Elise, lamentando que los prejuicios arraigados la hicieran dudar de él—. Si hubieras querido herirme creo que ya lo habrías hecho.

Él sonrió.

—Menuda declaración de confianza. Supongo que debería sentirme halagado.

—Y yo realmente debería darte las gracias, Tegan. Me ayudaste dos veces anoche. Y nunca te di las gracias por tu amabilidad hace unos meses, cuando me llevaste a casa desde el recinto de la Orden.

—Olvídalo —dijo él, encogiendo uno de sus anchos hombros, como si el tema estuviera cerrado antes de darle a ella la oportunidad de revivirlo.

Aquella noche de noviembre nunca se había alejado de la mente de Elise. Tras ver a Camden en un vídeo de vigilancia capturado por la Orden, Elise se había esfumado por uno de los muchos corredores de la Orden. Estaba fuera de sí y quería negarlo todo, y había sido Tegan quien la encontró en ese estado. Había sido Tegan quien la llevó hasta su hogar en los Refugios Oscuros en las pocas horas que quedaban antes del amanecer.

Ella se había sentido avergonzada porque sus lágrimas parecían no tener fin, pero él le había permitido derramarlas todas. La dejó llorar, y lo más sorprendente es que además la dejó acurrucarse contra él, acompañándola silenciosamente en su dolor. Envolviéndola con sus fuertes brazos, él la ayudó a mantenerse entera cuando creía que iba a romperse en pedazos por tanto dolor.

Él no podía saber que aquella noche había sido su tabla de salvación. Tal vez no había significado nada para él, pero ella nunca olvidaría aquella ternura inesperada. Cuando por fin encontró la fuerza para salir del coche, Tegan se había limitado a verla marchar, luego dio la vuelta con el coche y salió de su vida... hasta la pasada noche en el callejón, cuando la salvó de los renegados.

—El trance al que te sometí anoche todavía está activo —dijo Tegan,

evidentemente decidido a cambiar de tema—. Es por eso que tu don ha enmudecido ahora. El bloqueo durará mientras yo permanezca aquí.

Él se cruzó de brazos, bajando la mirada hacia los *dermoglifos* de elaborado diseño que se veían en sus antebrazos y desaparecían por debajo de las mangas cortas de su camiseta. Mientras los *dermoglifos* servían como barómetro emocional para los miembros de la estirpe, los de Tegan eran apenas un poco más oscuros que el tono dorado de su piel en aquel momento, así que no delataban los sentimientos del guerrero.

Elise ya había visto antes esas impresionantes marcas en la piel, la primera vez que había hablado con él meses atrás, en el recinto de la Orden. Ahora no quería mirarlos, pero era difícil no maravillarse ante las elegantes espirales y los diseños geométricos entrelazados que distinguían a Tegan como uno de los más antiguos de la raza. Pertenecía a la primera generación de la estirpe; si la fuerza de sus poderes no bastaba para demostrarlo, el predominio y complejidad de sus *dermoglifos* ciertamente lo hacía.

Pero el hecho de pertenecer a la primera generación también lo hacía más vulnerable a cosas como la luz del sol, que a la hora de la mañana en curso era una preocupación muy real.

—Son más de las nueve —dijo ella, por si no lo hubiera advertido—. Te has quedado aquí toda la noche.

Tegan se limitó a darse la vuelta para servir un plato lleno de huevos revueltos. Apagó el quemador eléctrico, luego hizo saltar el tostador y añadió la rebanada de pan al plato.

—Ven aquí y come ahora que está caliente.

Elise no se dio cuenta de lo hambrienta que estaba hasta que probó el primer bocado. No pudo hacer nada para reprimir el pequeño gemido de placer al masticar.

—Oh, está riquísimo.

—Eso es porque estás famélica.

Tegan fue hasta la mini nevera y regresó con un batido de proteínas en una botella de plástico. Aparte de huevos, yogur y un par de manzanas no había mucho más que encontrar allí. Se había estado alimentando de un modo precario, no por cuestión de dinero, sino porque resultaba difícil pensar en comer sufriendo migrañas tan severas. Lo cual le ocurría diariamente desde que había abandonado los Refugios Oscuros, y peor los días en que se aventuraba entre los humanos para ir a la caza de secuaces.

—No vas a aguantar, lo sabes. No de esta manera. —Tegan colocó el batido delante de ella y luego volvió a su lugar, al otro lado de la encimera—. Sé lo que te está pasando por vivir entre los humanos. Sé el duro dolor psíquico que supone, Elise. No tienes control sobre ellos y es peligroso. Puede destruirte. Sentí lo que tú sentías cuando te levanté del suelo hace unas horas.

Ella recordó los primeros encuentros con Tegan, como el don que él tenía al tocarla que la había hecho sentirse expuesta ante él. La primera vez que experimentó

el toque del guerrero había sido cuando él y Dante se presentaron ante los Refugios Oscuros en busca de su cuñado. Los guerreros se habían enfrentado con Sterling frente a su residencia, y cuando Elise salió corriendo conmocionada, fue Tegan quien la agarró y la mantuvo alejada de la reyerta.

Ahora, después de esa noche, él entendía el defecto que la había llevado a ser prisionera de los Refugios Oscuros durante toda su vida. A juzgar por la forma desapasionada en que la miraba, ella se preguntaba si pretendía volver a meterla en esa jaula otra vez.

—Tu cuerpo se está debilitando por la tensión a la que lo estás sometiendo, Elise. No estás preparada para manejar lo que estás haciendo.

Ella agitó la botella de plástico que él le había dado, y luego rompió el precinto.

—Me las arreglo bastante bien.

—Sí, ya lo veo. —Él lanzó una mirada significativa a las paredes que ella había forrado de espuma en un esfuerzo por contrarrestar su don—. Anoche me pareció que te las arreglabas realmente bien.

—No tenías que ayudarme.

—Lo sé —dijo él, sin ninguna expresión ni en su tono ni en su rostro.

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué regresaste de nuevo aquí?

Él se encogió de hombros.

—Pensé que te gustaría saber que la Orden se cargó el laboratorio de carmesí. El laboratorio, los suministros de fabricación, las instalaciones, los tipos que manejaban el centro... todo eso ha quedado reducido ahora a cenizas.

—Oh, gracias a Dios.

Una oleada de alivio la embriagó como un bálsamo. Elise cerró los ojos, notando lágrimas calientes detrás de los párpados. Al menos la insidiosa droga que le había arrebatado a Camden ahora ya no podría hacer daño al hijo de ninguna otra mujer. Le llevó un momento reponerse lo suficiente como para poder volver a mirar a Tegan, y al hacerlo, descubrió que sus ojos verde esmeralda estaban fijos en ella.

Se secó las lágrimas que corrían por sus mejillas, avergonzada de que el guerrero la hubiera visto venirse abajo.

—Lo siento. No quería ponerme tan emotiva. Es sólo que tengo este... agujero... en el corazón, desde que Quentin murió. Luego, cuando perdí a mi hijo... —se fue quedando sin voz, incapaz de explicar lo vacía que se sentía—. Es sólo que... duele.

—Pasará. —Su voz era seca y fría, como una bofetada en la cara.

—¿Cómo puedes decir eso?

—Porque es cierto. El dolor es una emoción inútil. Cuanto antes resuelvas eso, tanto mejor.

Elise lo miraba boquiabierta, horrorizada.

—¿Y qué me dices del amor?

—¿Qué pasa con el amor?

—¿Has perdido alguna vez alguien a quien amabas? ¿O es que los hombres como

tú, que viven para la muerte y la destrucción, ni siquiera saben lo que es amar?

Él ni siquiera pestañeó ante su arrebató de rabia. Le sostuvo la mirada firme e imperturbable, y ella sintió ganas de lanzarse por encima de la encimera para pegarle.

—Acábate el desayuno —le dijo con un tono educado de lo más molesto—. Deberías descansar mientras puedas. En cuanto se ponga el sol, me iré de aquí y volverás a tener que usar tus propias defensas. Tal como éstas son.

Él se acercó a su larga gabardina negra, que estaba doblada sobre la máquina de ejercicios, y con frialdad sacó su teléfono móvil. Cuando empezó a marcar un número, Elise sintió la repentina urgencia de coger el plato que tenía ante ella y arrojárselo a la cabeza, únicamente para causar alguna reacción en ese guerrero de piedra.

Pero al oírlo hablar con alguien del recinto de la Orden, con esa voz profunda, práctica e imperturbable, Elise se dio cuenta de que en realidad no le disgustaba tanto, sino que lo envidiaba. ¿Cómo conseguía mantenerse tan frío y tan distante? Su don psíquico no era tan diferente al de ella. La noche pasada había experimentado su propio tormento al tocarla, y sin embargo no parecía haberle afectado tanto como a ella. ¿Cómo podía soportar el dolor?

Tal vez era la fuerza que tenía por pertenecer a la primera generación lo que lo hacía tan impenetrable, tan absolutamente distante. Pero tal vez se trataba de entrenamiento. Si era algo que había aprendido, entonces podría enseñarlo.

—Enséñame cómo lo haces —le dijo Elise cuando él acabó la llamada y cerró el teléfono.

—¿Qué te enseñe qué?

—Dijiste que tenía que aprender cierto control sobre mis poderes mentales, entonces muéstrame lo que necesito hacer. Enséñame. Me gustaría ser como tú.

—No, tú no.

Ella caminó hasta el borde la encimera donde él estaba parado.

—Tegan, enséñame. Puedo ser una gran baza para ti y para la Orden. Quiero ayudar. Necesito ayudar, ¿acaso no lo entiendes?

—Olvídalo. —Comenzó a apartarse de ella.

—¿Por qué? ¿Por qué soy una mujer?

Con un movimiento tan rápido que la dejó sin aliento, Tegan se dio la vuelta y clavó en ella sus fieros ojos de depredador.

—Porque estás motivada por el dolor, y esa es una debilidad fatal que te coloca fuera de juego. Eres demasiado novata. Estás demasiado ahogada en tu propia autocompasión como para ser útil a nadie.

El fuego ardió en su mirada, luego se apagó tan rápido como se había encendido. Elise tragó saliva con dificultad mientras asimilaba sus cortantes palabras. La afirmación dolía, pero era cierta. Pestañeó lentamente, luego asintió despacio con la cabeza.

—El mejor lugar para ti está en los Refugios Oscuros, Elise. Aquí fuera, como

estás, eres una carga... para ti misma especialmente. No lo digo para ser cruel.

—No, por supuesto que no lo eres —admitió ella suavemente—. Porque incluso la crueldad implica algún tipo de sentimiento, ¿verdad?

Ella no dijo ni una palabra más. Ni siquiera lo miró mientras retiraba el plato de la encimera y lo ponía en el fregadero.

—¿Qué quieres decir con que ya no existe? —El líder de los renegados se echó hacia delante en su silla de cuero, plantando los codos en la superficie de un gran escritorio de caoba y juntando los dedos, mientras la voz del nervioso secuaz se oía a través del auricular del teléfono.

—La llamada llegó al parque de bomberos a altas horas de la noche, señor. Hubo una explosión. El jodido almacén entero ardió como una vela romana. Según los tipos que respondieron la llamada, no se salvó nada. Los primeros informes indican que parece haber sido una pérdida de gas...

Con un gruñido, Marek cortó la comunicación, interrumpiendo el inútil informe de su criado humano.

Era completamente imposible que el laboratorio de carmesí hubiera sido destruido por casualidad o por algún defecto en el funcionamiento. Aquellas nefastas noticias estaban firmadas con el sello de la Orden. Lo único que le sorprendía era que a su hermano Lucan y a los otros guerreros de la Orden que luchaban junto a él les hubiera llevado tanto tiempo encontrar el lugar. Marek los había mantenido ocupados luchando contra los renegados en las calles desde el verano pasado.

Y era exactamente allí donde deseaba que permaneciera el foco de atención de la Orden.

Sujetarlos allí con una mano para poder hacer con la otra el verdadero trabajo sin ser advertido ni molestado.

Aquella era la principal razón por la que había venido a Boston. La razón por la que esa ciudad en particular estaba experimentando un aumento del problema de los renegados. Todo era parte de su plan de generar confusión mientras perseguía un objetivo más importante. Si podía acabar con los guerreros en el proceso, tanto mejor, pero simplemente con mantenerlos distraídos se contentaba. Una vez alcanzara su verdadera meta, incluso la Orden perdería su poder contra él.

Y por mucho que la pérdida del laboratorio de carmesí lo enfureciera, mayor irritación le provocaba el hecho de que uno de sus otros secuaces hubiera fallado en proporcionarle una información que le había exigido. Marek estaba esperando esa información, una información vital, y tenía muy poca paciencia, incluso en el mejor de los casos.

No era una buena señal que el secuaz se retrasara. El hombre que había reclutado para aquel trabajo en particular era imprevisible y arrogante, pero también de confianza. Todos los secuaces lo eran.

Cuando se le extraía hasta la última gota de vida, la mente humana se volvía esclava bajo el completo control del vampiro que la dominaba. Sólo los más poderosos entre la raza de los vampiros podían crear secuaces, y la ley de la estirpe había prohibido mucho tiempo atrás la práctica de esa barbarie.

Marek se burló alegremente de la castración autoimpuesta y burocrática de los de su clase.

Tan sólo era un ejemplo más de por qué el reino de los vampiros estaba exigiendo un cambio. Necesitaban un nuevo liderazgo para gobernar en una nueva era.

La nueva era que le pertenecería a él.

Había conseguido enfadarla, probablemente la había herido, pero a pesar de tener una disculpa en la punta de la lengua durante la mayor parte del día, Tegan se contuvo. Después de todo, no tenía por qué disculparse. No le debía nada a esa mujer, y menos aún explicaciones o excusas sobre por qué se había convertido en el insensible bastardo que todo el mundo sabía que era.

Y no estaba dispuesto a considerar su petición de enseñarla a ser capaz de controlar su don. Le había resultado sorprendente que lo sugiriera. La idea de que una mujer, y especialmente una viuda como ella, que había vivido al amparo de los Refugios Oscuros, quisiera ponerse a su cuidado por alguna razón estaba más allá de su comprensión. Como si pudiera confiarse en él para algo como eso.

Sí... No era nada probable.

Elise se lo hubiera hecho más fácil evitando ese asunto. Desde el momento en que él la había hecho callar, ella ya no había vuelto a dirigirle la palabra. Se mantuvo ocupada con el apartamento, arreglando el futón, lavando los platos del desayuno, quitando el polvo a las estanterías, usando la máquina de entrenamiento durante treinta minutos, y en general manteniéndose tan lejos de él como podía en el estrecho cuarto.

Cuando él la oyó en la ducha se concedió unos pocos minutos de sueño sentado en el suelo, pero en cuanto cesó el ruido del agua se despertó y oyó cómo Elise se vestía tras la puerta cerrada. Apareció con unos tejanos azules y una camiseta de Harvard con capucha que le llegaba hasta los muslos. Se había secado el corto cabello rubio con una toalla y brillaba tanto como el oro, resaltando sus pálidos ojos lavanda.

Ojos que se deslizaron sobre él con una rabia fría cuando se dirigió hacia el armario y descolgó de una percha un chaleco blanco. Se inclinó en el interior del armario y sacó un par de botas de ante.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó mientras ella se arreglaba para salir, en silencio.

—Tengo que irme. —Cerró la puerta del armario y se subió la cremallera del grueso chaleco—. Probablemente habrás notado que mi nevera está prácticamente vacía. Tengo hambre. Necesito comer, así que voy a buscar algunas cosas.

Tegan se puso en pie, consciente de que estaba frunciendo el ceño.

—El trance no aguantará si sales, lo sabes.

—Entonces simplemente tendré que arreglármelas sin él.

Con frialdad, Elise se acercó a la encimera y cogió el MP3. Metió el fino aparato negro en el bolsillo delantero de sus tejanos, luego pasó los auriculares por debajo de su camiseta y los dejó colgando delante de su pecho. No cogió el cuchillo que había quedado sobre la encimera por la noche, tras su caza del secuaz, y él tampoco detectó que llevara otras armas encima.

Ni siquiera lo miró mientras se ponía la capucha de la camiseta sobre la cabeza.

—No sé cuánto tardaré. Si te marchas antes de que regrese, te agradecería que cerraras la puerta. Llevo mis llaves.

Maldita sea. Puede que tuviera hambre, tal como decía, pero por la rigidez de su columna, él podía ver que aquella mujer quería demostrar algo.

—Elise —le dijo, alcanzándola mientras se dirigía hacia la puerta del apartamento. Si quería detenerla, le bastaba con un pensamiento. Él lo sabía, y por la forma en que ella lo miró al darse la vuelta, lo sabía también—. Sé que estás enfadada por lo que te dije antes, pero es la verdad. No estás en forma para esto.

Cuando él dio otro paso, y estaba a punto de decirle que había decidido llevarla de vuelta a los Refugios Oscuros por su propia seguridad, ella puso la mano en el pomo de la puerta y la abrió violentamente.

No podía haber escogido un arma más efectiva contra él.

La brillante luz del sol de la tarde entró a raudales desde el vestíbulo y por el pasillo, haciendo que Tegan retrocediera con un bufido. Saltó para apartarse de la luz del día que lo abrasaba, y por debajo del brazo que puso ante sus ojos a modo de escudo, observó la mirada mordaz de Elise mientras salía tranquilamente y cerraba la puerta tras ella.

Elise se tomó su tiempo caminando por el mercado de la esquina y comprando algunos comestibles básicos. Con una pequeña bolsa de artículos en la mano, cruzó al otro lado de la acera, apartándose de su manzana. El aire helado le pinchaba las mejillas, pero necesitaba el frío para aclarar su cabeza.

Tegan estaba en lo cierto al decirle que su trance pasaría una vez estuviera fuera del apartamento. Por debajo del chirrido de las guitarras eléctricas y las letras gritadas del rock que se vertían en sus oídos desde el iPod de Camden podía sentir las voces humanas, el ácido gruñido de corrupción humana e insultos que la acompañaba constantemente desde que se había aventurado en su viaje más allá de los Refugios Oscuros.

Tenía que reconocerlo, la intervención psíquica de Tegan había sido un regalo. A pesar de que la hubiera enfurecido, y hasta insultado, las horas que pasó protegida bajo el efecto del trance habían sido de lo más necesarias. Aquella interrupción le había dado la oportunidad de pensar, de concentrarse, y con la mente en calma, bajo la lluvia caliente de una larga ducha, recordó un detalle específico sobre el secuaz al que había dado caza el día anterior.

Él había estado tratando de recoger un paquete para aquel a quien llamaba amo. El secuaz —Raines, según había dicho que se llamaba— se había mostrado muy indignado al saber que el paquete no había llegado cuando esperaba. ¿Qué podía ser tan importante para él? O mejor dicho, ¿qué podía ser tan importante para el vampiro que le daba órdenes?

Elise pretendía descubrirlo.

Había estado ansiosa por salir del apartamento desde el momento en que recordó aquel intrigante detalle, pero un guerrero enorme y arrogante se interponía en su camino. Aunque Tegan pensara que ella no podía contribuir en la lucha contra los renegados, Elise no veía ninguna razón para molestarlo con su información hasta que no estuviera segura de qué podía significar.

Tardó unos minutos en llegar hasta la tienda de mensajería cercana a la estación. Elise merodeó fuera durante un buen rato, ideando un plan no muy preciso y esperando que el puñado de clientes que había dentro terminaran y salieran. Cuando el último se dirigió hacia la salida, Elise se quitó los auriculares y avanzó hasta el mostrador.

El empleado de turno era el mismo chico del día anterior. La saludó distraídamente con la cabeza cuando se acercaba, y ella agradeció que no la reconociera.

—¿En qué puedo ayudarla?

Elise respiró tranquila y profundamente, luchando duramente por sobreponerse a la desagradable confusión de sonidos que aumentaba en su mente ahora que el sostén de la música atronadora había desaparecido. No tardaría mucho en sentirse totalmente abrumada.

—Necesito recoger un paquete, por favor. Tendría que haber llegado aquí ayer, pero se retrasó por la tormenta.

—¿Nombre?

—Raines —respondió, tratando de sonreír.

El joven levantó la mirada hacia ella al tiempo que tecleaba algo en el ordenador.

—Sí, aquí está. ¿Puedo ver algún documento de identidad?

—¿Disculpe?

—El carné de conducir, tarjeta de crédito... necesito una firma y un documento que la identifique para la recogida.

—No tengo nada de eso. No aquí ahora, me refiero.

El empleado negó con la cabeza.

—No puedo entregárselo si no me presenta algún documento. Lo siento. Son las normas y no puedo permitirme perder este empleo.

—Por favor —dijo Elise—. Es muy importante. Mi... marido estuvo ayer aquí para recogerlo, y se disgustó mucho por el retraso.

Ella captó la animosidad del empleado hacia el secuaz. Estaba pensando en pelotas de béisbol, callejones oscuros y huesos rotos.

—No pretendo ofenderla, señora, pero su marido es un gilipollas.

Elise sabía que parecía ansiosa, pero eso podía servirle en aquel momento.

—No estará muy contento conmigo si aparezco hoy en casa sin ese envío. De verdad, tengo que llevárselo.

—No sin un documento. —El chico la miró durante un largo momento, luego se

pasó la mano por la barbilla y el pequeño bigote triangular que tenía bajo el labio inferior—. Claro que si lo dejara sobre el mostrador y saliera a fumar un cigarrillo, cabría la posibilidad de que al paquete le crecieran piernas y se marchara caminando mientras estoy fuera. Las cosas se pierden de tanto en tanto...

Elise sostuvo la mirada del muchacho con cautela.

—¿Harías eso?

—No a cambio de nada, desde luego. —Lanzó una mirada a los auriculares que colgaban desde el cuello de su camiseta—. ¿Es el nuevo modelo? ¿El que lleva vídeo?

—Oh, esto no...

Elise comenzó a mover la cabeza en señal de negación, dispuesta a decirle al empleado que aquel aparato era de su hijo y ella no podía entregarlo. Además, lo necesitaba, pensó desesperadamente, a pesar de que la razón le decía que tenía medios suficientes para poder comprarse cien como aquel. Pero ese era de Camden. El único lazo tangible que conservaba con él ahora era la música que él había estado escuchando los días antes... las horas, de hecho... las horas antes de salir de casa por última vez.

—Eh, da lo mismo —dijo el empleado, encogiéndose de hombros y quitando la caja del mostrador—. No debería estar haciendo travesuras por ahí...

—De acuerdo —soltó de golpe Elise antes de poder cambiar de opinión—. Es tuyo. Puedes quedártelo.

Sacó los cables por debajo de la camiseta, luego los enrolló alrededor del iPod y colocó el brillante aparato negro frente al empleado. Le costó un momento apartar la mano. Cuando lo hizo, fue con una mueca de profundo pesar.

Y con una inflexible determinación.

—Me llevaré el paquete ahora.

Tegan despertó de un breve y ligero sueño, completamente recobrado, al oír unos pasos que se aproximaban al apartamento desde el exterior. Reconoció el sonido de las suaves pero decididas pisadas de Elise incluso antes de que la llave se deslizara en la cerradura anunciando su llegada.

Había estado fuera casi dos horas. Al cabo de otras dos, se habría ido el sol y él sería libre para salir de allí y volver a sus asuntos habituales.

Sentado en el suelo con los codos descansando sobre las rodillas y la espalda apoyada contra la pared forrada de espuma, observó cómo la puerta se abría con cuidado y Elise se deslizaba dentro. Esta vez no parecía tener tantas ganas de chamuscarlo con la luz del pasillo, sino que estaba concentrada en sus propios movimientos y cerró la puerta con cuidado tras ella. Una bolsa de plástico colgaba de su mano izquierda.

—¿Encontraste lo que querías? —preguntó él mientras ella descansaba un momento con la frente apretada contra la puerta. Un débil asentimiento con la cabeza fue su única respuesta—. ¿Se avecina otra migraña?

—Estoy bien —respondió en voz baja. Hizo acopio de fuerza, se dio la vuelta y, con la mano derecha sobre la sien, se dirigió a la cocina—. No es de las peores... No he estado fuera mucho rato, así que pasará pronto.

Sin soltar la bolsa de plástico ni quitarse el chaleco, pasó delante de la máquina de entrenamiento y entró en la estrecha cocina. Estaba fuera de su línea de visión, pero Tegan oyó un grifo que se abría y el agua llenando un vaso. Se levantó y se movió para poder verla, dudando si ofrecerle el confort del trance otra vez. Dios sabía que lo necesitaba.

Elise bebió el agua ávidamente, su delicada garganta trabajaba con cada trago. Había algo feroz en su sed, esa necesidad tan fundamental le pareció a él absurdamente erótica. Tegan pensó cuánto tiempo llevaría sin probar la sangre de uno de los de la estirpe. Por lo menos cinco años. Su cuerpo comenzaba a mostrar la falta, el conjunto de músculos se hacía más delgado, la piel menos rosada y más pálida. Se desenvolvería mejor con su don si se nutriera con la sangre de uno de la estirpe, pero ella tenía que saberlo, ya que había vivido entre la raza de los vampiros mucho tiempo.

Bebió más agua, y después del tercer vaso lleno, Tegan notó que algo de la tensión de sus hombros se aligeraba.

—El aparato estéreo, por favor... ¿puedes encenderlo?

Tegan envió una orden mental a través de la habitación y la música se elevó llenando el silencio. No era atronadora, como prefería ella, pero pareció ayudarla a recuperarse un poco. Un momento más tarde, Elise comenzó a sacar las cosas que había traído a casa. Con cada segundo que pasaba, su fuerza se renovaba ante los ojos

de él. Ella tenía razón; aquella migraña no era tan grave como la que él había presenciado la noche anterior.

—Es peor cuando te acercas a los secuaces —observó él en voz alta—. Estar expuesta a ese nivel de maldad, lo suficientemente cerca como para poder tocarla, es lo que te provoca esas migrañas y las hemorragias nasales.

Ella no trató de negarlo.

—Hago lo que debo. Y antes de que me digas que no soy útil para la Orden en esta lucha, tal vez te interese saber que el secuaz que maté anoche estaba tratando de cumplir un recado para el vampiro que lo creó.

Tegan se quedó helado, y clavó los ojos en la pequeña mujer que por fin se volvió a mirarlo.

—¿Qué tipo de recado? ¿Qué es lo que sabes?

—Lo seguí desde la estación de tren hasta una tienda de mensajería. Fue allí para recoger algo.

El cerebro de Tegan se puso instantáneamente en modo interrogatorio. Empezó a lanzarle preguntas una tras otra.

—¿Sabes lo que era? ¿O de dónde venía? ¿Qué fue exactamente lo que el secuaz dijo o hizo? Todo lo que recuerdes podría servir...

—¿De ayuda? —sugirió Elise, con un tono que no transmitía más que placer, a pesar de que brillaba en sus ojos la chispa del desafío.

Tegan optó por ignorar el ligero aguijonazo. Puede que ella quisiera blandir el hacha contra él por lo de aquella mañana, pero aquella mierda era demasiado crítica. No tenía ni tiempo ni ganas de juegucitos con esa mujer.

—Dime todo lo que recuerdes, Elise. Ten en cuenta que ningún detalle es insignificante.

Ella hizo un resumen básico de lo que había observado en el secuaz cazado la noche anterior. Había que reconocer que esa mujer era una excelente rastreadora. Incluso había obtenido el nombre del secuaz, lo cual podía resultar útil si Tegan decidía localizar la residencia del humano para buscar más información.

—¿Qué harías tú? —preguntó Elise mientras él formulaba el plan de la noche.

—Esperar a que oscurezca. Entrar en la mensajería. Coger el maldito paquete y esperar que contenga algunas respuestas.

—Faltan un par de horas para que oscurezca. ¿Qué pasará si los renegados envían a alguien a buscarlo antes de que tú tengas la oportunidad?

Sí, él también había pensado en eso. Maldita sea.

Elise lo miró con la cabeza ladeada, como si estuviera evaluándolo.

—Puede que ellos ya lo tengan. Y como tú eres uno de la estirpe, tienes que quedarte aquí clavado esperando a que el sol se ponga.

Tegan no apreció el recordatorio, pero ella tenía razón. Joder. Necesitaba actuar ahora, ya que había una buena probabilidad de que aún no fuera tarde.

—¿En qué calle está la mensajería? —le preguntó a ella, abriendo su móvil y

llamando al 411.

Elise le dio la dirección y Tegan la recitó al ordenador del otro lado de la línea. Mientras la llamada se conectaba con la tienda, él se preparó para dar un golpe mental de persuasión a quien fuera que atendiera el teléfono. La llamada fue atendida y la voz de un hombre joven, que decía llamarse Joey, saludó sin mucho interés.

Tegan hipnotizó la vulnerable mente humana como una víbora, tan concentrado en extraer información del hombre que apenas advirtió que Elise se acercaba hacia él desde la cocina. Sin decir una palabra, dejó una pesada bolsa de plástico frente a él sobre la encimera, en el fondo había una caja rectangular.

A través del logo estampado en la bolsa, una cara amarilla y sonriente, Tegan vio una etiqueta con el nombre de un tal Sheldon Raines... el mismo secuaz que Elise había matado la noche anterior.

«Diablos».

No era posible que ella...

Liberó inmediatamente la mente del empleado y cortó la llamada, verdaderamente pasmado.

—¿Fuiste a buscar esto hoy?

Aquellos pálidos ojos violetas sostuvieron la mirada a sus ojos sorprendidos con claridad y entusiasmo.

—Pensé que podría resultar útil, y por si acaso lo era, no quería arriesgarme a que los renegados se anticiparan.

«Maldita sea».

Aunque ella no lo dijera, Tegan sabía que los modales adquiridos por haber sido educada en los Refugios Oscuros era lo único que impedía que Elise no le echara ahora en cara el hecho de que unas horas atrás él hubiese asegurado que no podía servir de ayuda para la Orden en esta guerra. Y ya fueran las ganas testarudas de desafiarlo, o su inteligencia y su coraje lo que la había movido esta tarde, tenía que reconocer, al menos para sí mismo, que aquella mujer era como mínimo sorprendente.

Él estaba entusiasmado por el hallazgo, fuera cual fuese su contenido, pues si los renegados —y particularmente su líder, Marek— esperaban ese paquete, debía tener algún valor para ellos. La cuestión era por qué.

Tegan sacó la caja y abrió el precinto de la tapa con uno de los puñales que llevaba sujeto a las caderas. La dirección del remitente parecía ser la de una de esas oficinas compartidas por varias empresas. Probablemente era falsa. Gideon podría verificarlo, pero Tegan estaba convencido de que Marek no habría sido tan descuidado como para dejar una pista auténtica.

Volcó la caja y el contenido se deslizó en su mano: un delgado libro encuadernado en cuero y envuelto con un plástico de burbujas. Al sacar el plástico protector de la antigüedad, frunció el ceño con perplejidad. Era un libro sin nada especial y medio vacío. Una especie de diario. En unas pocas de las páginas había

fragmentos escritos a mano en lo que parecía ser una mezcla de alemán y latín; el resto de las hojas estaban en blanco, excepto por símbolos primitivos garabateados en los márgenes aquí y allí.

—¿Cómo conseguiste hacerte con esto, Elise? ¿Tuviste que firmar para ello, dejar tu nombre o algo así?

—No. El empleado que atendía me exigió un documento de identidad, pero no tenía ninguno. Cuando vivía en los Refugios Oscuros no necesitaba nada de eso.

Tegan pasó las amarillentas páginas del libro, encontrando más de una referencia a una familia llamada Odolf. El nombre no le resultaba familiar, pero apostaría que se trataba de una familia perteneciente a la estirpe. Y la mayoría de los fragmentos eran tan sólo repeticiones de algún tipo de poema o versos. ¿Qué pretendería Marek con una oscura crónica como aquella? Tenía que haber alguna razón.

—¿Diste a la casa de entregas algún tipo de información que pudiera servir para identificarte? —preguntó Elise.

—No. Yo... hice un intercambio. El empleado aceptó darme la caja si yo le entregaba el iPod de Camden.

Tegan la miró, dándose cuenta en aquel momento de que ella había hecho el trayecto de vuelta al apartamento sin la ayuda de música para obstaculizar su don. No era extraño que pareciera afectada al entrar. Pero ahora ya no. Si continuaba sintiendo algún tipo de malestar, ya no lo demostraba. Elise se inclinó para examinar el libro, concentrándose totalmente en la tarea igual que él, con la mente totalmente entregada a ello.

—¿Crees que el libro podría ser importante? —le preguntó, escudriñando la página por la que ahora estaba abierto—. ¿Qué podría significar para los renegados?

—No lo sé. Pero estoy condenadamente seguro de que significa algo para aquel que los lidera.

—No es un extraño para ti, ¿verdad?

Tegan estuvo a punto de negarlo, pero se permitió asentir ligeramente con la cabeza.

—No, no es un extraño. Lo conozco. Su nombre es Marek. Es el hermano mayor de Lucan.

—¿Un guerrero?

—En otro tiempo lo fue. Lucan y yo combatimos en muchas batallas con Marek de nuestro lado. Le confiábamos nuestra vida y hubiéramos estado dispuestos a dar las nuestras por él.

—¿Y ahora?

—Ahora Marek ha demostrado ser un traidor y un asesino. Es nuestro enemigo... no sólo de la Orden, sino también de toda la estirpe. Ellos todavía no lo saben. Con un poco de suerte, lo sacaremos de juego antes de que tenga la oportunidad de hacer lo que sea que está planeando.

—¿Y qué pasará si la Orden falla?

Tegan la miró con dureza.

—Reza para que no sea así.

En el silencio que siguió a la respuesta, siguió examinando más páginas. Marek quería ese libro por alguna razón, así que tenía que haber algún tipo de pista secreta en aquel material.

—Un momento. Vuelve hacia atrás —dijo de repente Elise—. ¿Eso es un glifo?

Tegan lo había advertido justo en el mismo momento. Volvió a mirar el pequeño símbolo garabateado en una de las páginas, cerca del final del delgado volumen. El diseño de arcos geométricos entrelazados y florituras podía parecerle meramente decorativo a un ojo desentrenado, pero Elise tenía razón. Eran símbolos *dermoglifos*.

—Mierda —murmuró Tegan, contemplando lo que sabía que era la marca de un linaje muy antiguo de la estirpe. No pertenecía a nadie llamado Odolf, sino a otro de los apellidos de la estirpe. Se trataba de alguien que había vivido— y muerto —mucho tiempo atrás.

¿Qué razón podía tener Marek para desenterrar un pasado tan antiguo?

El salón de la opulenta finca de Berkshires se llenó de gritos. Los alaridos provenían de debajo de un ático con ventanas en el tercer piso de la casa principal. La habitación contaba con una pared llena de ventanales con vistas despejadas al valle arbolado que había debajo.

Sin duda el escenario cortaba el aliento, bañado con los últimos y abrasadores rayos del sol.

El vampiro que estaba cautivo allí arriba, vigilado por guardias secuaces, ciertamente sonaba impresionado. Había sido invitado a contemplar sentado en primera fila el espectáculo de los rayos UV desde hacía veintisiete minutos. Se oyeron más gritos bajando por las escaleras centrales, y la agonía dio paso a sollozos cansados.

Con un suspiro de aburrimiento, Marek se levantó de su elegante sillón estilo Luis XVI y cruzó la habitación hasta las puertas dobles de su *suite* privada iluminada con luz tenue. A diferencia del ático que servía para los interrogatorios, el resto de las ventanas de la mansión estaban tapadas durante el día con persianas electrónicas que impedían totalmente el paso de la luz del sol.

Marek fue tranquilamente hacia el pasillo y llamó a uno de los secuaces encargados de servirle. Ante el gesto de Marek, el humano se apresuró a subir la escalera para indicar a los otros que su amo estaba en camino y se asegurasen de que las ventanas estuvieran cubiertas para su llegada.

Al vampiro cautivo que daba esos alaridos le faltaba sólo un momento para agotarse completamente. Marek subió los anchos escalones de mármol hasta el segundo piso, luego siguió subiendo por el tramo más pequeño de escaleras que conducían al ático. Conforme avanzaba, la furia volvía a encenderse en él.

Ese era solamente uno de los varios interrogatorios exhaustivos y frustrantes a los que había sometido al vampiro que tenía bajo su custodia las últimas dos semanas. La tortura era divertida, pero raras veces eficaz.

Había poco de divertido en los acontecimientos del día en Boston. El secuaz mensajero que había enviado para recoger una importante entrega, en lugar de conseguirlo había ido a parar a la morgue, una víctima de apuñalamiento por alguien no identificado, de acuerdo con el contacto de Marek en la oficina del juez de instrucción. Como había sido asesinado a plena luz del día, eso eliminaba a la Orden o cualquier otra intervención de la estirpe, pero Marek seguía teniendo sospechas.

Y sintió mucho interés al saber que el paquete que estaba esperando había desaparecido de la tienda de mensajería ese mismo día. La pérdida era seria, pero él pretendía recuperarla. Y cuando lo hiciera obtendría un gran placer en interrogar al ladrón personalmente.

Más arriba, al final de la escalera del ático, uno de los secuaces de guardia abrió la puerta para permitir que Marek entrara en la habitación, ahora a oscuras. El vampiro estaba desnudo, atado a una silla con cadenas y grilletes de acero en cada tobillo y cada muñeca. Su piel tenía quemaduras de los pies a la cabeza, y emitía un olor a sudor enfermizo y a carne quemada.

—¿Disfrutando las vistas? —preguntó Marek mientras entraba y miraba al varón con repulsión—. Es una pena que ya estemos en invierno. Tengo entendido que los colores aquí arriba son fantásticos en otoño.

El vampiro tenía la cabeza caída sobre el pecho, y al intentar hablar, el sonido no fue más que un ruido en el fondo de su garganta.

—¿Está preparado para decirme lo que necesito saber?

Un gemido lastimoso se escapó de los labios hinchados y con ampollas del varón.

Marek se puso en cuclillas ante su cautivo, ofendido por la fetidez y el aspecto que tenía.

—Nadie sabrá que te desmoronaste. Puedo garantizarte eso si cooperas conmigo ahora. Puedo enviarte lejos para curarte, y asegurarte protección. Eso es fácil con mi poder. ¿Lo entiendes?

El vampiro gimoteó, y Marek sintió un posible titubeo en aquel sonido de dolor. No tenía intención de cumplir con las promesas mentirosas que hacía a su cautivo. Eran simplemente medios para intentar doblegarlo, ya que la tortura y el sufrimiento no lo conseguían.

—Habla y líbrate de esto —trató de convencerlo, en un tono tranquilo y sin prisas a pesar de la urgencia que lo invadía por saber la respuesta—. Dime dónde está él.

Hubo un ruido audible proveniente de la garganta del prisionero cuando intentó tragar, y un vago temblor de cabeza cuando luchó por levantarla de su devastado pecho. Marek esperó, entusiasmándose con esperanza y sin preocuparse de que los secuaces que había a su alrededor probablemente sintieran la vibración de esa esperanza.

—Dímelo ahora. No necesitas seguir soportando esta carga.

Un silbido comenzó a salir de entre los labios del vampiro, una expiración interminable y vibrante. Un estremecimiento lo recorrió, pero se recobró de nuevo y volvió a intentarlo, comenzando por fin el principio de su confesión.

Marek abrió los ojos con expectación, interrumpiendo su propia respiración mientras esperaba las palabras que conformarían su destino.

—Aaargg... —Un ojo asomó apenas un poco por detrás de los párpados quemados del vampiro. El iris era de un brillante ámbar por el sufrimiento prolongado, la pupila una delgada raja negra que se encontró con la mirada de Marek y se clavó en ella con odio. El cautivo tomó aire, luego escupió las palabras con un grave gruñido.

—Jooo... jódete.

Con una completa calma que desmentía la tormenta de rabia que sintió crecer instantáneamente en su interior, Marek se levantó y comenzó un pausado paseo hacia las escaleras del ático.

—Abrid las persianas —ordenó a los secuaces guardianes—. Dejad a ese despreciable despojo al sol. Si no ha muerto cuando se ponga el sol, dejadlo aquí para que se cocine al amanecer.

Marek abandonó la habitación, ni siquiera se estremeció cuando los primeros gritos aterrorizados arrancaron otra vez en su estela.

A los pocos minutos de anochecer, Tegan reunió el libro y sus armas, y luego fue a alcanzar su abrigo oscuro. Elise había pasado la última hora o más —desde el momento en que le había entregado el paquete— observando cómo él estudiaba minuciosamente cada página mientras juntaba coraje para pedirle de nuevo que la ayudara a involucrarse más en la guerra contra los renegados. Ahora, mientras él se ponía la gabardina de cuero negro, sintió que era su última oportunidad.

—Tegan... espero que el libro resulte útil.

—Sin duda lo será. —Sus asombrosos ojos verdes se detuvieron en ella, pero Elise podía notar que su mente estaba concentrada en la nueva información que tenía en las manos. Él pestañeó y pareció totalmente dispuesto a retirarse, ansioso por apartarse de ella—. Tienes la gratitud de la Orden por esto.

—¿Y la tuya?

—¿La mía?

Cuando él se detuvo frunciendo el ceño, Elise le dijo:

—No es pedir demasiado, ¿no? Tú eres el único que puede ayudarme a lidiar con este... defecto mío. Enséñame cómo enmudecerlo, cómo evitar sentir. Puedo ser una gran baza para ti y para la Orden. Quiero ayudar.

Su respuesta pareció ofensiva por su tono cortante.

—Trabajo solo. Y no sabes lo que me estás pidiendo. Además, ya hemos dejado claro este asunto.

—Puedo aprender. Quiero aprender. Por favor, Tegan. Necesito aprender.

—¿Y tú crees que soy yo quien puede ayudarte?

—Creo que eres mi única esperanza.

Él se burló, sacudiendo la cabeza. Cuando se apartó de ella, Elise se volvió a acercarse, impertérrita, como si pudiera impedirle físicamente la salida. Se mantuvo a menos de una pulgada del contacto, y dejó caer la mano a un lado.

—¿No crees que recurriría a otro, a cualquier otro, si pudiera?

Él permaneció un momento en silencio, ella tenía esperanzas de que considerara la cuestión. Pero finalmente soltó un taco y fue hasta la puerta.

—Ya te di mi respuesta.

—Y yo te procuré ese libro. Eso tiene algún valor, supongo.

Él soltó una risa cortante y volvió a girarse hacia ella.

—Pareces creer que estamos negociando. Pues no es así.

—Si ese libro contiene algo que ayuda a entender a los actuales renegados, estoy segura de que los Refugios Oscuros estarán tan interesados como lo estás tú. Todo lo que necesito es hacer una llamada a alguno de los contactos que mi marido tenía entre las autoridades y en menos de una hora el recinto de la Orden estará inundado de agentes.

Era cierto. El rango de Quentin en la policía había sido de los más altos, y el propio estatus político de su viuda, Elise, era considerable. Ella personalmente conocía un buen número de personas influyentes en los Refugios Oscuros. Y el nombre de Quentin por sí solo le abriría diez veces más puertas si sentía necesidad de usarlo.

Tegan no necesitaba explicárselo. La ira explotó en su mirada normalmente de hielo, el primer atisbo de emoción que ella había visto en él.

—Ahora me estás amenazando. —Su risa crispada le hizo sentir un nudo de miedo en la garganta—. Mujer, te lo aviso: estás jugando con fuego.

La piel de Elise se puso tensa por la ansiedad, pero no podía echarse atrás. Había pasado demasiado tiempo viviendo en una pequeña y pulcra caja, mimada y protegida. Y si tenía que desafiar el temperamento de un guerrero —incluso de uno letal de la primera generación, como Tegan— para conseguir salir de esa caja, entonces simplemente tendría que juntar valor para hacerlo y rezar para poder resistir entera.

—Lo apruebes o no, formo parte de esta guerra. Yo no me lo busqué; los renegados llamaron a mi puerta cuando Camden murió. Lo único que te estoy pidiendo es que me enseñes a ser más eficaz. Creo que la Orden debería dar la bienvenida a todos los aliados que puedan conseguir.

—Esto no tiene que ver con la Orden, y lo sabes. Tiene que ver con la venganza, con la ley del ojo por ojo. Tus emociones están al rojo vivo desde que viste a tu hijo quemado delante de tus ojos.

Las duras palabras de Tegan se clavaron en ella como un vidrio, la realidad de lo que decía era como un ácido vertido sobre sus heridas abiertas.

—Te estoy hablando de justicia —le dijo bruscamente—. ¡Necesito hacer esto bien! Maldita sea, Tegan, ¿tengo que suplicártelo?

No debería haberlo tocado. Estaba tan desesperada por convencerlo que antes de poder detenerse, llegó hasta él y le puso la mano sobre el brazo. Los duros músculos de Tegan se doblaron bajo las yemas de sus dedos, poniéndose tan tensos como la expresión impenetrable de su rostro.

Él no retiró el brazo, pero sus fríos ojos verdes se apartaron de ella y se dirigieron al aparato de música que sonaba en el fondo. Lo silenció con una orden mental. Se hizo el silencio y los oscuros resultados del talento psíquico de Elise comenzaron a producirse.

Las voces inundaron su mente, y por el penetrante brillo de la mirada de Tegan, que permanecía fija en ella con un frío y vigilante propósito, ella supo que estaba leyendo cada matiz de su desesperación. La estaba absorbiendo, se dio cuenta, sintiendo su reacción a través del punto de contacto de las pieles.

Elise luchó contra la horrible tormenta que maltrataba su mente, pero las voces continuaban creciendo. Ella casi se tambaleó por la obscenidad y corrupción que llenaba su cabeza.

Tegan se limitaba a observarla como si estudiara un insecto detrás de un cristal.

Maldito sea, estaba disfrutando de aquello, ganándole terreno con cada segundo de asalto emocional que ella intentaba soportar. Cuando se le cerraron los ojos, Elise comenzó a entender que él de algún modo estaba controlando la artillería de dolor que golpeaba en su cráneo. Estaba ampliando la entrada, del mismo modo que era capaz de enmudecer la música y la televisión.

—Dios mío —jadeó ella—. Eres tan cruel.

Él ni siquiera intentó negarlo. De una manera totalmente inexpresiva, con un estoicismo que resultaba exasperante, rompió el contacto con ella y se quedó en silencio contemplándola, mientras ella se alejaba de él, más herida de lo que quería permitirle ver.

—Lección número uno —murmuró fríamente—. No cuentes conmigo para nada. Siempre te fallaré.

Era un cabrón y un gilipollas, pero habría sido más que deshonesto por su parte permitir que Elise pensara algo diferente. Tras dejarla en un extremo del pequeño apartamento, mirándolo con dolor y con desprecio, Tegan se metió en el callejón para escapar.

Tal vez debería sentirse culpable por tratarla de manera tan dura, pero francamente no necesitaba aquel fastidio. Y sería mejor que ella acudiera a otro para lo que fuera que necesitaba.

Sosteniendo el libro por debajo del abrigo, Tegan aceleró el paso adentrándose en la noche. La curiosidad lo hizo acortar por una calle lateral, y luego se metió en otra que lo conduciría por delante de la tienda de mensajería. La descripción que Elise hizo del secuaz y todo lo que había ocurrido allí había resultado útil, pero una parte de él se preguntaba si sería capaz de descubrir algo más interrogando al propio empleado.

A menos de cien metros del lugar, descubrió que no era el único interesado en hacer averiguaciones, y que había llegado demasiado tarde.

Tegan sintió el olor de sangre fresca recién derramada. Mucha. El interior de la tienda estaba a oscuras, pero Tegan pudo ver el cuerpo sin vida del empleado inclinado sobre el mostrador. Los renegados ya habían estado allí. En el monitor de vídeo de un rincón, la imagen de la pantalla se hallaba congelada. Era una imagen borrosa pero reconocible de Elise, capturada en mitad de un movimiento, con el paquete en las manos.

«Maldición».

A partir de ahora y desde ya, los renegados que habían estado allí, no dudarían en registrar el área en su búsqueda.

Tegan dio la vuelta y se trasladó al edificio de apartamentos, empleando toda la velocidad sobrenatural a su disposición. Golpeó la puerta, maldiciendo la atronadora

música que resultaba insoportable.

—¡Elise! ¡Abre la puerta!

Estaba a punto de romper la cerradura y meterse dentro cuando la oyó del otro lado. Ella abrió la puerta apenas un poco, mirándolo con odio. Antes de que pudiera decirle que se fuera al diablo como se merecía, él la empujó dentro con el peso de su cuerpo y cerró la puerta de golpe.

—Ponte tu abrigo y tus botas. Ahora.

—¿Qué?

—¡Hazlo!

Ella se estremeció ante el grito, pero se mantuvo firme.

—Si crees que voy a permitir que me lleves de vuelta...

—Se trata de los renegados, Elise. —Él no veía razón para embellecer la situación para ella—. Acaban de matar al empleado de la tienda. Ahora te están buscando. No tenemos mucho tiempo. Coge tus cosas.

Ella se puso pálida al oír las noticias, pero pestañeó como si no se fiara mucho de él... lo cual era sensato, ya que no le había dado ninguna razón para confiar. Especialmente después de lo que le había hecho hacía unos minutos.

—Tengo que sacarte de aquí —le dijo cuando ella vaciló otro segundo—. Ahora.

Ella asintió, con un gesto grave de aceptación en sus ojos color amatista pálido.

—De acuerdo.

No tardó nada en coger el abrigo de lana y calzarse un par de botas. Cuando se dirigía hacia la puerta con él, de pronto retrocedió.

—Espera. Voy a necesitar un arma.

Tegan dio dos zancadas y la cogió de la muñeca.

—Te protegeré. Vamos.

Salieron a toda prisa del apartamento, y lo primero que encontraron fue a un renegado mirando a través del cristal de la entrada del edificio, sus fieros ojos ámbar brillaron al verlos desde el estrecho callejón. Hizo un gesto de desprecio con sus labios manchados de sangre y gruñó algo por encima de su grueso hombro, sin duda llamando refuerzos de la calle.

—Oh, dios mío —ahogó un grito Elise—. Tegan...

—Vuelve dentro. —Le entregó el libro que llevaba y la empujó hacia el apartamento—. Quédate ahí hasta que venga a buscarte. Pon el cerrojo.

Ella lo obedeció inmediatamente, retirándose precipitadamente y cerrando la puerta mientras el renegado de ahí fuera se abría camino en el interior del edificio. Otro lo siguió, ambos chupadores de sangre miraban de manera psicótica y lasciva con sus colmillos alargados. Ambos eran vampiros grandes, armados para atacar.

Comenzaron a dirigirse hacia él y Tegan se enfrentó al ataque, saltando desde su posición cerca de la puerta de Elise. Se estrelló contra el renegado que tenía delante, haciéndolo chocar contra el otro que iba tras él. El renegado que iba a quedar debajo del montón se lanzó hacia la izquierda en el último segundo, evitando la caída

mientras Tegan agarraba a su compañero con fuerza asesina.

La conmoción provocó que uno de los residentes se asomara al pasillo, pero cuando el humano echó un vistazo a la pelea sabiamente decidió recular.

—¡Oh, mierda! —chilló. Luego inmediatamente volvió a entrar en su piso, cerró la puerta y puso el cerrojo.

Totalmente perturbado, Tegan atacó rápida y duramente al renegado que sostenía en el suelo, desgarrando con una de sus espadas la garganta del vampiro chupador de sangre. Éste rugió y crepitó por efecto del rápido veneno del puñal con borde de titanio, rezumando sangre coagulada a medida que su cuerpo se iba derritiendo.

—Es tu turno —dijo Tegan al otro mientras éste intentaba escabullirse.

El vampiro estiró un brazo, golpeando a Tegan con su cuchillo, pero era un movimiento descuidado, incluso para un renegado. Cuando éste tuvo la posibilidad de atacarlo, vaciló, comenzando a avanzar lentamente hacia un lado. Lo estaba distraendo, Tegan se dio cuenta en el instante siguiente, cuando oyó el súbito estrépito de cristales rotos viniendo del apartamento de Elise.

—Hijo de puta —gritó él cuando el grito de la mujer traspasó las paredes.

El renegado aprovechó ese segundo para huir de él, pero Tegan estaba preparado para el ataque. Dio un salto e interceptó el camino del chupador de sangre, aterrizando en cuclillas detrás de él y manejando el cuchillo rápidamente. Traspasó a aquel cabrón en un movimiento que duró apenas medio segundo y salió disparado hacia la puerta de Elise antes de que la mole muerta del renegado cayera al suelo.

Usando voluntad mental y fuerza bruta, Tegan sacó de sus bisagras la puerta del apartamento e irrumpió dentro. Elise estaba en el suelo, cabeza abajo, con la columna atrapada bajo la pesada bota del renegado que había entrado a través de la ventana. Tenía el libro apretado contra su pecho, protegiéndolo con su cuerpo.

Dios santo.

Había recibido algún corte con la lucha; en la parte superior de su brazo había un tajo de un rojo brillante, del cual salía mucha sangre. Y la visión y el aroma de ésta hacían que su atacante babeara llevado por la lujuria de sangre. En lugar de agarrar el libro, que sin duda era lo que aquel trío había venido a hacer, el renegado encima de Elise tenía una sola obsesión: calmar su insaciable sed.

—¡Tegan! —gritó ella cuando su afligida mirada se detuvo sobre él. Comenzó a luchar ahora por sacar el libro de debajo de sí, como si quisiera pasárselo a él aunque su vida estuviera colgando de un hilo—. No dejes que se lo queden. ¡Coge el libro, Tegan!

«Maldito cabrón», pensó él, con las sienes latiendo por la necesidad de derramar más sangre de renegado. Se concentró en el chupador de sangre, noqueando al renegado con un fiero golpe de su mente. Sin tocar al bastardo, usando sólo su voluntad y su estallido de ira salvaje, Tegan arrojó al renegado contra la pared más lejana y lo sostuvo allí, unos cien kilos de basura suspendida a tres pies del suelo.

Vio el hambre en los ojos del vampiro, esas pupilas que eran dos hendiduras fijas

en Elise, a pesar de que Tegan concentrara su fuerza mental en apretar el cuello del vampiro con una fuerza mortal. Los largos colmillos chorreaban saliva, la mente que había dentro del enorme cráneo ya no era capaz de pensar en nada más que en alimentarse de sangre. Tegan despreciaba a ese tipo de elementos... los conocía mejor que la mayoría, lo suficiente como para saber que la aniquilación era la única solución para un vampiro con esa enfermedad.

Pero no fue el deber ni la lógica fría lo que lo llevó a sacar la espada y a clavársela al renegado en el corazón. Fue el aroma a brezo y rosas de la sangre derramada de Elise, el olor ácido de su miedo, que permanecía en el aire como una niebla. Aquel cabrón la había herido, a ella, una mujer inocente, y eso era algo que Tegan no podía permitir.

Dejó al renegado muerto desintegrándose en el suelo, instantáneamente olvidado.

—¿Estás bien? —le preguntó a Elise, volviéndose para verla acercarse por su propio pie.

Ella asintió.

—Salgamos de aquí.

Ya en la calle, Tegan sacó su teléfono móvil y llamó al recinto.

—Necesito que me recojan —dijo a Gideon cuando el guerrero atendió la llamada—. Y que sea rápido.

Hubo una mínima vacilación al otro lado, sin duda porque Tegan, aún estando solo, jamás llamaba pidiendo refuerzos.

—¿Estás herido?

—No, estoy bien. Pero no estoy solo. —Miró la herida de Elise y soltó un exabrupto—. Estoy con una mujer de los Refugios Oscuros. Está sangrando, y acabo de aniquilar a tres renegados en el centro de la ciudad. Tengo la sensación de que muy pronto van a venir más.

Y si era así, él y Elise podrían ser capaces de quitarse de encima a sus perseguidores temporalmente, pero mientras llevaran consigo el aroma de la sangre, los renegados les seguirían la pista como perros de caza.

—Ah, mierda —murmuró Gideon, comprendiendo esa cuestión—. ¿Dónde estáis ahora?

Todavía corriendo, y con Elise corriendo a su lado, Tegan dio su localización y la dirección que llevaban.

—Sí, ya lo tengo —dijo Gideon al tiempo que se oía el ruido de sus dedos tecleando en el ordenador—. Rastrearé el GPS de los otros para ver quién está más cerca... Ahí está, parece que Dante y Chase están patrullando justo al norte de vosotros, a unos quince minutos.

—Diles que será mejor que estén aquí en cinco. Y... ¿Gideon?

—Sí.

—Hazles saber que la mujer herida que está conmigo... diles que es Elise.

—Joder, T. ¿Lo dices en serio? —La voz de Gideon sonaba llena de incredulidad

—. ¿Qué demonios estás haciendo con esa mujer?

Tegan advirtió un tono receloso en la voz del vampiro, pero lo ignoró.

—Simplemente dile a Dante que nos salve el culo.

Elise se esforzó por mantener el paso de Tegan mientras se metían por calles oscuras, una tras otra. Ella sabía que él iba más lento de lo normal por ella, no hay humano que pueda igualar la increíble velocidad que logran alcanzar los de la estirpe. El renegado que iba tras ellos también era mortalmente rápido. Tan pronto como Tegan terminó su llamada al recinto, éste ya estaba pisándoles los talones.

—Por aquí —dijo Tegan, cogiéndola de la mano y empujándola hacia un estrecho pasaje entre dos edificios de la época colonial.

Detrás de ellos, Elise oyó las pisadas de botas pesadas y luego un repentino silencio, seguido, un segundo más tarde, de un fuerte sonido metálico. Lanzó una mirada por encima del hombro y vio que un nuevo renegado los seguía ahora. El enorme vampiro había llegado por el aire, saltando y aterrizando sobre una escalera de incendios adherida a la vieja estructura de ladrillos del edificio. Saltó de nuevo, luego se balanceó sobre el tejado para perseguirlos desde arriba.

—¡Tegan, allí arriba!

—Lo sé.

Su voz sonó desalentada, y apretó firmemente la mano de ella mientras se acercaban al final del pasaje. La forma en que la agarraba tenía la solidez del hierro; era como una promesa tácita de que no iba a soltarla. Elise se dejó conducir por su fuerza, tratando de que sus piernas fuesen más rápido, ignorando que a sus pulmones parecía faltarles el aire y que la herida que le había hecho el renegado en el brazo al atacarla seguía abierta.

Mientras salían del pasaje y se dirigían por una calle adyacente, un todoterreno negro apareció rugiendo desde un semáforo y se detuvo de golpe patinando frente a ellos en la curva con nieve medio derretida. La puerta trasera se abrió.

—Entra.

Tegan la empujó dentro del vehículo, y ella se echó sobre el asiento de cuero, con el corazón acelerado en su pecho. Con un movimiento tan rápido que ella apenas lo pudo registrar, él se dio la vuelta, sacó un puñal y salió corriendo hacia el callejón. Desde algún lugar en la oscuridad se oyó un grito de dolor, y luego el aullido grave y angustiado de un renegado derritiéndose y desapareciendo ante el filo de titanio del arma de Tegan.

Tegan subió al todoterreno junto a Elise y cerró la puerta de un golpe.

—Vámonos, Dante. Hay más en camino. Nos siguen desde arriba...

En ese instante algo pesado cayó sobre el techo del vehículo. Haciendo rechinar los neumáticos, Dante lanzó el todoterreno hacia atrás, haciendo desplazarse al renegado encima del capó. Con una rápida maniobra zigzagueante, lo tiró fuera del coche completamente, y mientras el fiero vampiro se levantaba del suelo en la calle, el guerrero vestido de cuero que ocupaba el asiento del copiloto abrió la ventanilla y

disparó al renegado un puñado de balas sin piedad. El guerrero que apretó el gatillo lanzó un grito de batalla parecido a una explosión interminable que desgarró la noche como un trueno.

Cuando al fin terminó, Dante le dijo con ironía:

—Un poco excesivo, amigo. Pero creo que el chupador de sangre te da la razón.

No hubo una respuesta graciosa por parte del ceñudo guerrero sentado junto a Dante, sólo el frío ruido metálico y el chirrido de un arma al ser recargada.

—¿Estás bien? —preguntó Tegan a Elise, apartando su atención de la violencia.

Ella asintió, respiraba con demasiada dificultad como para poder hablar y el miedo todavía le aceleraba el corazón. Era demasiado consciente del cuerpo de Tegan cerca del suyo, el calor de él y el extraño consuelo que le procuraba. Su musculoso muslo se apretaba contra el de ella, y su brazo descansaba despreocupadamente sobre el respaldo del asiento tras ella. Elise sabía que el decoro exigía que ella pusiera más espacio entre los dos, pero se sentía demasiado débil como para moverse.

Y mientras el todoterreno se apresuraba en la noche, su mente absorbía el estruendo de la corrupción de la ciudad, su talento la hacía estar totalmente expuesta.

—Ven aquí —murmuró Tegan. Apretó la palma ligeramente contra su frente, haciéndola entrar en trance con el contacto y aliviando su dolor antes incluso de que hubiera empezado. Sus manos eran suaves con ella, aunque su rostro se mantuviera frío y desapasionado—. ¿Estás mejor así?

Ella no pudo reprimir un suspiro de alivio.

—Sí, mucho mejor.

Él tardó un momento en apartar su mano. Al hacerlo, Elise advirtió que los ojos del copiloto estaban fijos en ella. Ella alzó la vista y se encontró con la mirada evaluadora del guerrero que estaba sentado allí. La mirada azul era intensa, bajo las delgadas cejas y el gorro de lana negro, y no muy amigable.

«Dios santo».

—Sterling —susurró ella, atónita.

Él no dijo nada, y el silencio se hizo interminable.

Ella llevaba cuatro meses sin verlo, desde la terrible muerte de Camden que había tenido lugar aquella noche junto a su casa. Sterling se había marchado caminando solo esa noche, y desde entonces nadie en los Refugios Oscuros sabía nada de él. Elise sabía que él se culpaba por haberle quitado la vida a Camden... y ella también lo culpaba.

Sin embargo, aquella culpa estaba fuera de lugar, y al verlo ahora, tan inesperadamente, ella sentía que el corazón le dolía y que ansiaba decirle cuánto lo sentía... cuánto sentía todo lo sucedido.

Pero esos ojos que antes la miraban con noble compasión, incluso con cariño, ahora la despreciaron; el guerrero parpadeó lentamente y volvió la cabeza. Sterling Chase ya no era su cuñado. Era un guerrero, y si ella esperaba reclamarlo como aliado, como el último pariente que le quedaba, esa esperanza se vino abajo mientras

el todoterreno rugía por la ciudad, en dirección al cuartel de la Orden.

—¿Está Lucan arriba? —preguntó Tegan a Gideon cuando él y los demás llegaron al recinto.

—Regresó de patrullar hará unos veinte minutos. Decidió quedarse por aquí después de tu llamada.

—Bien. Necesito verle. ¿Está en el laboratorio tecnológico?

Gideon negó con la cabeza.

—Está en las oficinas centrales con Gabrielle. ¿Qué diablos está pasando, T?

—Comprueba si necesita ayuda médica para esa herida —dijo él en lugar de responder, señalando el brazo ensangrentado de Elise y ya encaminándose por el pasillo que conducía a los apartamentos privados de Lucan en el recinto, con el libro en sus manos.

Encontró al líder de la Orden de la primera generación en la habitación favorita de su compañera de sangre: el estudio biblioteca, que estaba lleno de estanterías del techo hasta el suelo, tenía un tapiz pintado a mano donde estaba representado el propio Lucan, con una armadura y cota de malla, a horcajadas sobre un caballo de guerra encabritado bajo el reflejo nebuloso de una luna creciente. Al fondo, en la cima de una colina, se veía un castillo en llamas, su muralla echando humo y sitiada: una declaración de guerra instigada por Lucan.

Tegan recordaba la noche representada en el intrincado bordado. Recordaba la carnicería que se había producido antes. Y la que vino después. Él había estado allí con Lucan cuando la Orden fue concebida, con sangre y furia: ellos dos y otros seis unidos en una promesa para luchar por el futuro de su raza, la Estirpe.

Dios, había transcurrido mucho tiempo desde entonces. Toda una eternidad.

Muchas muertes habían seguido a la Orden hasta aquel momento, tanto entre sus tropas como fuera de ellas. La mayoría de los guerreros originales se perdieron con el tiempo y el combate. Del cuadro original de ocho, sólo Tegan, Lucan y su hermano mayor, Marek —ahora su adversario más peligroso, resurgido recientemente para autoproclamarse líder de los renegados— habían sobrevivido.

Tegan se detuvo en el umbral de la puerta abierta y Lucan levantó la vista de un conjunto de fotografías en color, que Gabrielle había esparcido ante él en la pequeña mesita del centro de la habitación. Ella tenía un don que se extendía más allá de un ojo artístico para la belleza. La lente de la cámara de Gabrielle se desfundaba a menudo para capturar las localizaciones de los vampiros, tanto los de la estirpe como los renegados. Fue en parte así como ella y Lucan se conocieron el verano pasado; ahora no era poco habitual para la compañera de sangre volver de cualquier jornada ocasional por la ciudad y los suburbios con fotografías que resultaban útiles para la labor de investigación de los superiores de la Orden.

Pero aquel conjunto de fotos en particular tenía algo especial.

Incluso de lejos, el ojo de Tegan captó las brillantes imágenes iluminadas por el sol del paisaje invernal y los jardines de una mansión. El hielo brillaba sobre las ramas como diamantes, y en uno de los disparos un cardenal rojo fue captado de muy cerca, un estallido de sorprendente color en medio del campo de nieve blanca. Unas pocas fotos estaban sacadas en la ciudad, algunas mostraban niños en una de las zonas de parques, abrigados con sus brillantes trajes de invierno, haciendo grandes bolas de nieve o un muñeco. Todas esas cosas que los de la estirpe raramente tenían la oportunidad de ver, especialmente los guerreros.

La mujer de Lucan había sacado las fotos por procurarle placer, por llevarle esas imágenes del rico mundo de la luz del día que existía fuera de su alcance.

Tegan observó las imágenes desde lejos con cierta indiferencia; no se sentía bien compartiendo esa alegría. No le pertenecía, y estaba condenadamente seguro de que no había acudido allí a ver carantoñas.

—No me gusta que hayas tenido que llamar a la caballería, Tegan —le dijo Lucan arrastrando las sílabas. Había el atisbo de una sonrisa en los formidables ojos grises del guerrero cuando miró a Tegan, pero se puso serio al instante—. ¿Tenemos noticia de que se avecinan problemas?

—Puede ser.

El líder de la primera generación de la Orden asintió con gravedad, comprendiendo a través de un simple intercambio de miradas que la noche estaba a punto de estropearse.

«Va directa al desastre», pensó Tegan. Sostenía el extraño diario bajo el brazo, pero el antiguo protocolo lo hacía dudar de la pertinencia de discutir los asuntos de la Orden delante de una mujer. Aunque no dejó de notar que en lugar de salir de la habitación o de pedirle a Gabrielle que los dejara a solas, Lucan se estiró para cogerle la mano. El ligero gesto de asentimiento que ella le dedicó al inclinarse hacia atrás junto a él fue una señal de respeto y solidaridad.

La afirmación era clara: eran una unidad. Lucan sería capaz de caminar sobre el fuego para protegerla, pero el venerable guerrero no tenía secretos para ella. Sin duda, la mujer no lo hubiera consentido de otra manera.

Había sido así en la pareja desde el día de su llegada al recinto como la compañera de Lucan. Lo mismo podía decirse de Gideon y Savannah, que llevaban juntos más de treinta años y eran una pareja igual de sólida. Dante y Tess eran también dos mitades del mismo todo, aunque sólo llevaran unidos unos pocos meses.

Las compañeras de sangre tenían sus propias libertades, incluso aquellas unidas a los miembros de la Orden, pero no existía un solo hombre en la nación entera de los vampiros capaz de aprobar lo que Elise había estado haciendo los últimos meses. Lo que pretendía seguir haciendo, incluso aunque ello la condujera a la muerte.

—Dime de qué se trata —dijo Lucan, haciendo un gesto a Tegan para que entrara en la biblioteca—. Gideon dijo que telefoneaste y que te encontrabas con una mujer de los Refugios Oscuros que estaba herida.

Tegan arqueó una ceja a modo de asentimiento.

—Elise Chase. Y ya no pertenece a los Refugios Oscuros, según parece.

—¿Se marchó?

—Tras la muerte de su hijo. Ha estado viviendo en la ciudad por su cuenta.

—Dios. ¿Qué le ha pasado esta noche?

Tegan sonrió, todavía sin dar crédito a la tenacidad de esa mujer.

—Atrajo la atención de los renegados y fueron a buscarla a su apartamento.

Eludió el hecho de que uno de ellos se le lanzó encima antes de que él pudiera detenerlo. Esa idea todavía le quemaba en el interior, haciéndolo hervir de ira bajo su barniz de hielo.

Gabrielle frunció el ceño.

—¿Qué querían de Elise?

—Esto. —Tegan entregó el libro a Lucan y éste frunció el ceño al tocar el ejemplar de cubierta descolorida por el tiempo. Luego se dedicó a hojear las páginas amarillentas—. Era una entrega que iba a ser recogida por un secuaz. Alguien tenía mucho interés en recibirla.

La expresión de Lucan era de gravedad. No preguntó de quién se trataba.

—¿Y la mujer de los Refugios Oscuros?

—Ella lo interceptó.

—Cristo. ¿Y qué pasó con el secuaz de Marek?

—Está muerto —se limitó a explicar Tegan—. Marek debe de haberse enterado y envió a sus perros de caza para recuperar el libro. Les fue fácil seguir el rastro de Elise tras verla en el circuito de cámaras de la tienda.

—¿Y qué es? ¿Una especie de diario? —preguntó Gabrielle, escudriñando las páginas que Lucan iba pasando.

—Eso parece —dijo Tegan—. Por lo visto perteneció a una familia apellidada Odolf. ¿Has oído hablar de ellos, Lucan?

El vampiro sacudió la cabeza mientras volvía a examinar el diario. Antes de que Tegan pudiera mostrarle el inquietante símbolo del final del texto, el propio Lucan volteó la página. Tan pronto como sus ojos se detuvieron sobre el dermaglifo dibujado a mano, murmuró una maldición.

—Infierno bendito. ¿Es esto lo que creo que es?

Tegan asintió sombrío.

—Sin duda reconoces el diseño.

—Dragos —dijo Lucan. Un gran peso colgaba de esa única palabra.

—¿Quién es Dragos? —preguntó Gabrielle, tratando de ver por encima de Lucan el glifo trazado en la página.

—Dragos es un nombre muy antiguo de la estirpe —explicó Lucan—. Fue uno de los miembros originales de la Orden, de la primera generación de vampiros. Como Tegan y yo, Dragos fue engendrado por una de las antiguas criaturas que dieron comienzo a la raza de los vampiros tal y como hoy la conocemos. Dragos luchó a

nuestro lado cuando la Orden declaró la guerra a nuestros padres alienígenas.

Gabrielle asintió, sin mostrar sorpresa ni confusión. Evidentemente Lucan ya la había puesto al corriente acerca de los orígenes sobrenaturales de la estirpe, y también de la sangrienta guerra que tuvo lugar durante el siglo catorce de la era de los humanos.

Fue una época tumultuosa, donde reinaba la traición y la violencia... en su mayor parte ocasionada por las criaturas longevas y salvajes venidas de un planeta lejano, que merodeaban por las noches y se alimentaban a su antojo, a veces arrasando con pueblos humanos enteros. Los antiguos estaban hambrientos y eran brutales, con un poder supremo. Sin la intervención de la Orden, hubieran resultado una plaga tan sanguinaria que harían que el peor de los renegados pareciera un chico travieso.

La mirada de Gabrielle fue de Lucan a Tegan.

—¿Qué le ocurrió a Dragos?

—Murió en una batalla durante la guerra con los antiguos —respondió Tegan.

—¿Podéis estar seguros de eso? —preguntó ella—. Hasta el verano pasado todo el mundo creía que Marek también estaba muerto...

Lucan asintió con la cabeza.

—Dragos está muerto, cariño. Vi su cuerpo con mis propios ojos. Ninguno de la estirpe puede resucitar cuando le cortan la cabeza.

Tegan recordaba también esa noche. Fue un momento marcado por muchas pérdidas, empezando por la compañera de Dragos, que se quitó la vida tras oír la noticia de su muerte. Kassia había sido una mujer buena y comprensiva, tan cercana a Sorchá como una hermana. No fue mucho después de la muerte de Kassia que Tegan perdió también a Sorchá. Era una época oscura que prefería no recordar, ni siquiera ahora. Había aprendido a suprimir el dolor, pero todavía tenía tantos recuerdos...

Tegan se aclaró la garganta con brusquedad.

—¿A qué nos lleva el nombre de Odolf? ¿Qué es? ¿Y qué puede significar para Marek?

—Quizás Gideon pueda averiguar algo —sugirió Lucan, devolviéndole el libro a Tegan mientras se ponía en pie—. La base de datos no es un registro completo, pero es lo que tenemos.

—Id vosotros a hacer vuestra búsqueda —los interrumpió Gabrielle al llegar al pasillo—. Yo voy a ver cómo está Elise. Parece que ha pasado por algo muy duro esta noche. Tal vez necesite un poco de compañía y algo de comer.

Los ojos de Lucan se oscurecieron cuando le sostuvo la mirada a su mujer. Le susurró algo al oído y luego le dio un beso en los labios. Había un tono rosado en las mejillas de ella al separarse del abrazo.

Tegan apartó la vista de la pareja y comenzó a dirigirse hacia el laboratorio de Gideon. Lucan fue tras él enseguida, y Gabrielle se marchó en la dirección contraria para ver a Elise.

Era imposible no advertir la calma que envolvía al guerrero cuando se hallaba

junto a su compañera de sangre. No mucho tiempo atrás, Lucan había sido un poderoso barril de pólvora a la espera de una llama. Él fingía mantener el control, pero Tegan lo conocía mucho mejor que los demás del recinto y sabía que Lucan había estado tan sólo a unos pocos pasos del desastre total.

La lujuria de sangre era el error fatal para todos los de la estirpe, un punto de inclinación que podía empujar incluso al más estable de los vampiros hacia el filo de la adicción permanente. Todos los de la estirpe necesitaban consumir sangre para sobrevivir, pero algunos lo llevaban demasiado lejos. Algunos se volvían renegados, y a Tegan le había sorprendido descubrir que Lucan estaba columpiándose en el mismísimo filo del abismo. Había estado a punto de perderse.

Hasta conocer a Gabrielle.

Ella le procuró una estabilidad, le dio a Lucan lo que necesitaba a través de su lazo de sangre, confianza para no caer. Salvó al guerrero, y estaba claro que continuaba haciéndolo con cada momento que pasaban juntos.

—Tienes una buena pareja —dijo Tegan mientras Lucan le daba alcance y caminaba a su lado por el pasillo.

Lo había dicho como un elogio, pero sonó duro, casi como una acusación. Lucan no pareció sorprenderse por el tono rudo, y no se molestó como hubiera podido sucederle en otro momento.

—A veces pienso en ti y en SORCHA, cuando miro a Gabrielle y me imagino lo que sería mi vida sin ella. Es sin duda un infierno que no me gustaría visitar. Cómo puedes...

—Pasa —murmuró Tegan, con un poco de tensión excesiva, incluso para sus propios oídos—. Y el único fantasma del que estoy interesado en hablar ahora es Dragos.

Lucan renunció al tema mientras los dos entraban al laboratorio. Gideon en su lugar habitual detrás de la gran consola, estaba tecleando algo en uno de los numerosos ordenadores.

—¿Qué traéis? —preguntó en cuanto entraron, sin dejar que ni sus ojos ni sus manos abandonaran la tarea.

Tegan colocó la etiqueta del paquete y el libro encima de la mesa.

—Necesito que compruebes el origen de este paquete, pero primero haz una búsqueda en la base de datos con el nombre de Odolf.

—Eso está hecho. —El vampiro agarró un teclado inalámbrico, se lo puso encima y comenzó a teclear—. ¿Busco en los archivos criminales, los archivos de nacimiento, los archivos de defunciones...?

—Cualquiera de esos —dijo Tegan, observando cómo la pantalla se llenaba con una larga lista de datos. Continuaron apareciendo datos y datos, pero nada de nada. De pronto, apareció un registro en la parte superior de la pantalla mientras el programa continuaba buscando más resultados—. ¿Lo tienes?

—Fallecido —respondió Gideon—. Un tal Reinhardt Odolf, de los Refugios

Oscuros de Munich. Se convirtió en renegado en mayo de 1946. Murió al año siguiente por suicidio solar. Otra entrada, éste es Alfred Odolf, enfermo de lujuria de sangre en 1981. Hans Odolf, lujuria de sangre, 1993. Un par de registros perdidos... aquí tienes otro más: Petrov Odolf, Refugios Oscuros de Berlín.

Lucan se movió para poder ver mejor la pantalla.

—¿También fallecido?

—Ahora mismo no. No todavía. Petrov Odolf, institucionalizado para rehabilitación. De acuerdo con el registro, este chico es renegado desde hace algunos años y un protegido de las fuerzas del orden en Alemania.

—¿Eso es coherente? —preguntó Tegan—. ¿Puede ser interrogado? Y lo más importante, ¿pueden ser fiables o válidas sus respuestas?

Gideon negó con la cabeza.

—El informe no está completo. No dice nada sobre su condición actual, sólo que respira y se encuentra bajo la supervisión de la institución en Berlín.

—¿Así que Berlín? —Lucan dirigió una mirada interrogante a Tegan—. ¿Crees que puedes pedir algún favor ahí?

Tegan se apartó de la pantalla y sacó su teléfono móvil.

—Supongo que éste es tan buen momento como cualquier otro para descubrirlo.

Elise miró la herida cicatrizada de su brazo izquierdo, y luego levantó al vista hacia Tess, cuyas manos sanadoras habían borrado toda huella del sangriento corte y curado la carne desgarrada tan sólo con el tacto.

—Es increíble. Dime: ¿cuánto tiempo hace que posees este talento?

—Casi toda mi vida, supongo. —Tess se colocó un rizo rubio detrás de la oreja y se encogió ligeramente de hombros—. Durante mucho tiempo no lo empleé. Sólo deseaba que desapareciera, ¿sabes? Así podría ser... normal.

Elise asintió, entendiéndola perfectamente.

—Sin embargo eres afortunada, Tess. Tu habilidad te hace fuerte. Sirve para hacer el bien.

Los ojos de un pálido verde azulado de la compañera de sangre se ensombrecieron.

—Ahora sí. Sobre todo gracias a Dante. Antes de conocerlo, no tenía ni idea de por qué era tan diferente de otras mujeres. Entendía mi talento como una maldición. Ahora desearía que fuese aún más profundo. Me gustaría poder hacer mucho más de lo que hago, para ayudar a Río, por ejemplo.

Elise sabía a qué guerrero se refería Elise. Lo había visto en una de las otras habitaciones de la enfermería cuando Gideon la condujo allí. Al pasar junto a su puerta abierta, Río la había mirado desde la cama donde estaba acostado, con un lado de la cara deformado por viejas quemaduras y los músculos de su torso desnudo llenos de marcas de metralla y cicatrices que eran señal de heridas graves. Sus ojos color topacio se veían apagados, bajo su cabello castaño oscuro, excesivamente largo. Elise no quería mirar, pero la angustia que captó en su rostro era llamativa, incluso aún más que la condición devastada de su persona.

—No puedo curar las heridas antiguas y las cicatrices —dijo Tess—. Y algunos de los peores males de una persona están en el interior. Río es un buen hombre, pero sufre algunos daños de los que nunca se podrá recuperar, y no hay ninguna compañera de sangre que pueda curar ese tipo de heridas.

—¿Tal vez el amor? —sugirió Elise esperanzada.

Tess negó con la cabeza mientras se lavaba las manos en la pila.

—El amor lo traicionó una vez. Eso es lo que lo dejó como está ahora. No creo que permita que nadie vuelva a estar tan cerca. La única razón que lo impulsa a vivir es volver a combatir en el campo de batalla junto a otros guerreros. Dante y yo estamos tratando de convencerlo para que se tome las cosas con calma, pero cuando intentas serenar a Río sólo consigues que presione con más fuerza.

De alguna manera, Elise podía identificarse con la necesidad de ponerse en acción que sentía el guerrero, aunque fuera sólo en nombre de la venganza. Ella estaba motivada por una necesidad similar, y como le pasaba a Río, el hecho de que otros le

aconsejaban que se contuviera, no contribuía a aplacar en nada su necesidad.

Fuera de la habitación se oyeron las suaves pisadas de una mujer, acompañadas del rápido y rítmico andar de un compañero de cuatro patas. Savannah y un alegre terrier marrón aparecieron en el umbral. La hermosa compañera de sangre de Gideon dedicó a Elise una cálida sonrisa.

—¿Todo bien por aquí?

—Acabamos de terminar —dijo Tess, secándose las manos con una toalla de papel e inclinándose para rascarle la barbilla al pequeño perro, que obviamente la adoraba. El chucho saltó encima de ella, llenándola de húmedos besos.

Savannah entró y pasó los dedos con cuidado por el brazo curado de Elise.

—Está como nuevo. ¿Es increíble, verdad?

—Todas vosotras sois increíbles —respondió Elise, con absoluta sinceridad.

Había conocido a Savannah y a Gabrielle hacía tan sólo un rato, cuando las dos mujeres acudieron a ver cómo estaba después de su llegada al recinto. Savannah, con su hermosa tez de color moca, sus ojos de un marrón aterciopelado y sus maneras suaves y comprensivas, había conseguido que Elise inmediatamente se sintiera en casa. Gabrielle también era dulce, una hermosa mujer de cabellos rojizos cuya belleza parecía avivarse tras los años. Y ahí estaba la bonita y silenciosa Tess, que había cuidado de Elise con tanta compasión como si fuera de su propia familia.

Elise se sentía humilde ante todas ellas. Al haberse criado en los Refugios Oscuros, donde los guerreros de la Orden eran considerados en el mejor de los casos una facción anticuada y peligrosa dentro de la raza de los vampiros —y en el peor, una pandilla letal que ejercía la justicia vigilante—, le resultaba sorprendente encontrar a esas mujeres amables e inteligentes que tenían a los miembros de la Orden como sus compañeros.

No era capaz de imaginar a ninguna de esas mujeres unida más que a un hombre de honor e integridad. Le sorprendía que fueran tan agradables y cálidas, no muy distintas de las mujeres de los Refugios Oscuros que Elise consideraba amigas.

—Si habéis acabado, ¿por qué no venís conmigo? —dijo Savannah interrumpiendo los pensamientos de Elise—. Gabrielle y yo acabamos de preparar unos sándwiches y ensalada de frutas. Tienes que estar hambrienta, Elise.

—Lo estoy... o al menos debería estarlo —se apresuró a admitir. Llevaba muchas horas sin comer y sentía el cuerpo agotado, necesitado de nutrición, aunque pensar en comida le resultaba poco estimulante. Todo le parecía insípido, incluso las cosas que solía disfrutar cuando Quentin estaba vivo.

—¿Cuánto tiempo ha pasado desde la última vez, Elise? —El tono de Savannah era cauteloso y preocupado—. He oído que perdiste a tu marido hace unos cinco años...

Elise sabía lo que la mujer estaba preguntando, por supuesto. Cuánto tiempo llevaba sin sangre. En los Refugios Oscuros se consideraba de mala educación hacer preguntas sobre los lazos de sangre de otra mujer con su compañero —y todavía peor

preguntar a una viuda si ha tomado o no ha tomado sustento de otro hombre en ausencia de su compañero—, pero allí, entre aquellas mujeres, parecía que no había ninguna razón para ocultar la verdad.

—Quentin fue asesinado por un renegado mientras cumplía su servicio hace cinco años y dos meses. Desde entonces no ha habido otro hombre que haya colmado mis necesidades... ninguna de ellas. Ni lo habrá.

—Cinco años sin sangre de la estirpe es mucho tiempo —reconoció Savannah. Afortunadamente no hizo ningún comentario sobre la otra implicación de la confesión de Elise: que no había tenido ningún amante en todo ese tiempo.

—Tu cuerpo envejece —dijo Tess, con una mirada de curiosidad en sus ojos, y tal vez de tristeza—. Si no escoges a otro hombre como compañero...

—Finalmente, moriré —completó Elise—. Sí, lo sé. Sin sangre de la estirpe para mantenerme en un estado de perfecta salud, necesito hacer trabajar mis músculos y mantenerme en forma, como cualquier otro ser humano. Y, al igual que el de cualquier otro humano, mi cuerpo comenzará a acumular años... como ya está ocurriendo. Con el tiempo, como cualquier otro humano, me haré vieja.

Los oscuros ojos de Savannah eran comprensivos.

—¿Eso no te preocupa, pensar en la muerte?

—Sólo cuando creo que probablemente me iré a la tumba sin haber logrado hacer de éste un mundo mejor. Es por eso que... —Bajó la mirada, pues todavía le resultaba difícil hablar sobre aquello que la había impulsado a abandonar los Refugios Oscuros y comenzar otra vida—. Perdí a mi hijo hace cuatro meses. Se involucró con el carmesí, y la droga lo convirtió en renegado.

—Sí —dijo Savannah, acercándose para tocarle suavemente el hombro—. Supimos lo que pasó. Y cómo murió. Lo lamento tanto.

—Yo también —añadió Tess—. Al menos el laboratorio de carmesí ha sido destruido. Tegan se aseguró de ello personalmente.

Elise levantó la cabeza sorprendida.

—¿A qué te refieres con lo de personalmente?

—Arrasó el lugar —dijo Tess—. Nikolai, Kade y Brock no han hecho más que hablar de ello desde que han vuelto. Evidentemente Tegan fue allí por su cuenta y acometió solo la operación antes de que los otros llegaran al escenario. Hizo arder el edificio desde los cimientos.

—¿Tegan hizo eso? —preguntó Elise atónita. Estaba casi segura de que él había dado a entender que la Orden había sido la responsable de acabar con el laboratorio, y no él solo. ¿Por qué dejó que ella creyera eso?

—Niko dijo que Tegan salió de ese almacén en llamas como un fantasma saliendo de una pesadilla —continuó Tess—. Luego se adentró en la noche sin dar ninguna explicación.

Y se dirigió a su apartamento para ver cómo estaba, se dio cuenta ahora Elise.

—Vamos, seguiremos hablando mientras tú comes. Gabrielle nos espera arriba en

el comedor.

Las tres mujeres dejaron la enfermería, y el pequeño perro de Tess trotaba tras ellas mientras caminaban por un confuso laberinto de pasillos en el corazón del recinto subterráneo de la Orden. Estaban llegando al ascensor cuando se abrió una puerta de cristal cerca de ellas y se oyeron profundas voces masculinas. Elise reconoció entre ellas la voz de Sterling, pero sonaba más ruda de lo normal, hablando sobre patrullas nocturnas y llevando la cuenta de los renegados que había matado con fanfarronería, como si se tratara de una especie de deporte para él.

La voz del otro hombre tenía un acento extranjero, que a Elise la hizo evocar las olas de un océano turquesa y dorados atardeceres. Era Dante, se dio cuenta ella, cuando los dos guerreros armados aparecieron por la esquina y el que iba con Sterling se adelantó para envolver a Tess en un fuerte abrazo.

—Hola, ángel —le dijo arrastrando las palabras y rozándole el cuello con los labios, mientras ella se reía por su repentino asalto amoroso. Sus ojos tenían un destello ámbar por el deseo que le inspiraba esa mujer, una emoción que nunca trataba de ocultar.

—Te echaba de menos —susurró ella, acariciándole el cabello oscuro—. Siempre te extraño.

—Bueno, ahora ya estoy en casa. —Habló con voz grave mientras entrelazaba sus dedos entre los de ella. Elise pudo ver las puntas de sus colmillos cuando él le sonrió pícaramente a su compañera de sangre—. Y estoy sediento de ti, Tess.

La sonrisa de la mujer estaba llena de anhelo.

—Estaba justo a punto de ir a picar algo con mis amigas.

Savannah se rio.

—Creo que te ha salido un plan mejor. Te guardaremos un sándwich. Dios sabe que probablemente vas a necesitarlo.

Tess sonrió satisfecha por encima de su hombro mientras Dante la guiaba. Los dos se marcharon juntos, y nadie en la habitación tenía la menor duda de que pronto ocurriría algo privado entre ellos.

Cuando el perrito de Tess comenzó a ladrar mientras Dante se llevaba a su dueña, Savannah se inclinó para levantarlo en brazos.

—Vamos, querida bestia. También encontraré algo para ti. —Lanzó una mirada a Elise—. Voy un momento a ver cómo le va a Gideon en el laboratorio. Vuelvo enseguida, ¿de acuerdo?

Elise asintió. Y cuando apartó la vista de Dante y Tess fue para encontrarse con Sterling, que la miraba desde el otro extremo del pasillo. Sus ojos la hirieron por su sarcasmo, examinando su aspecto desde su cabeza con el pelo esquilado hasta su camisa y sus pantalones manchados de sangre y las botas mojadas. Había desaprobación en sus ojos, incluso algo peor que la primera reacción que había tenido Tegan. Vio que la mirada de Sterling se dirigía a sus manos, a sus dedos, que se retorcían ansiosos en el dobladillo de la camisa. También miró su cinta de boda, y un

músculo se tensó en su barbilla ensombrecida por la barba.

—¿Ni siquiera vas a decirme hola? —preguntó ella tras un silencio insoportable—. En algún momento tendremos que hablar, ¿no crees?

Pero Sterling no dijo ni una palabra.

Sacudió vagamente la cabeza, y se limitó a darse la vuelta y marcharse, dejándola sola en aquel largo pasillo.

Tegan se puso tenso cuando las luces se encendieron sobre la piscina interior. Había ido allí tras hacer su llamada a los Refugios Oscuros de Berlín, en busca de soledad y de un medio para desprenderse de un exceso de energía. Le fastidiaba, aunque no le sorprendía, que Gideon no hubiera podido descubrir el verdadero origen del paquete. La red de secuaces del vampiro tenía que ser muy extensa. Aquel diario probablemente habría pasado de mano en mano como en una carrera de relevos, haciendo media docena de paradas antes de llegar a Boston, simplemente para enturbiar su pista.

En cuanto al libro en sí, ni siquiera la impresionante habilidad psíquica de Savannah para leer la historia emocional de un objeto había demostrado ser de ayuda. Lo único que la compañera de sangre de Gideon había podido captar en el diario era la profunda demencia —una mente enferma por la lujuria de la sangre— de aquel que había escrito sus páginas.

Frustrado por todo eso, Tegan había nadado unas cuantas piscinas y ahora se hallaba sentado en un rincón del espacio abovedado, con las piernas desnudas a horcajadas sobre una silla de madera de teca. Tenía mojado el pelo y también el breve traje de baño negro que se le pegaba al cuerpo. Había disfrutado de la soledad y la oscuridad, hasta que las hileras de luces de la bóveda que había encima de la piscina se encendieron iluminando el espacio con la brillante luz de una sala de interrogatorios.

Se puso de pie, esperando ver a Río desganado junto a Tess para una sesión de terapia. Pero no fue ninguno de los dos quien salió de la habitación de las duchas y se dirigió al área de la piscina.

Era Elise.

Ella no lo vio, mientras caminaba descalza con un traje de baño blanco como la nieve, cortado por la mitad a ambos lados y sujeto por unos delicados anillos de bronce. Por delante tenía un escote en pico muy abierto y otro anillo en el centro, entre la perfecta curva de sus pechos. El atrevido traje de baño era casi tan sorprendente como verla allí. Tegan jamás hubiese imaginado que la reservada viuda de los Refugios Oscuros luciera tan bien con una ropa tan impúdica.

Y maldita sea, qué bien le sentaba.

Una conciencia primitiva y profunda se agitó en él mientras la observaba quitarse la toalla de baño que llevaba en torno al cuello. La dejó caer sobre las baldosas junto

al borde del agua, luego pisó el primer escalón sumergido en la parte poco profunda de la piscina.

Sin hacer ruido, Tegan volvió a ocupar su lugar en el rincón, casi sin respirar en el resquicio de sombra que lo ocultaba. A pesar de ser evidente que su cuerpo era más delgado que si hubiera estado fortalecido por sangre de la estirpe, Elise era preciosa. Estaba bien formada, desde la elegancia de sus largas piernas y la suave expansión de sus caderas, hasta las estilizadas curvas de su cintura, sus pechos y sus delicados hombros.

Él había visto atisbos de su figura cuando salió de la ducha la noche anterior, y cuando yacía inconsciente en el futón, pero la tela gruesa había ocultado más de lo que revelaba. El pedazo de tela elástica blanca que llevaba ahora no hacía más que aumentar sus valores. Considerablemente.

Ella se metió en el agua, comenzó a nadar lentamente hacia el centro de la piscina. De repente se sumergió, desapareciendo de su vista para volver a emerger mucho más lejos en busca de aire. Cuando su rostro asomó a la superficie, abrió los ojos y le vio. Lanzó un pequeño grito que hizo eco en la cavernosa habitación.

—Tegan. —Levantó el brazo para sujetarse al borde la piscina, pero mantuvo su cuerpo sumergido como si el agua pudiera servirle de escudo ante su mirada inquisidora—. Creí que estaba sola.

—Yo también. —Caminó hacia la luz y no le pasó desapercibido el sonrojo que apareció en las mejillas de ella cuando advirtió que él estaba casi desnudo.

Él se acercó al borde y sonrió un poco mientras ella se apartaba, dirigiéndose al centro de la piscina.

—Tus brazos están mejor.

—Tess me curó la herida —dijo ella—. Gabrielle y Savannah me dieron de comer y me ofrecieron ropa limpia. Savannah sugirió que podía sentarme bien venir aquí a darme un baño...

Tegan se encogió de hombros, observando la huella que ella dejaba en el agua, sus pequeños brazos y piernas moviéndose sinuosamente bajo la superficie.

—Haz lo que quieras. No tienes por qué darme explicaciones.

Ella le sostuvo la mirada.

—¿Entonces por qué haces que me sienta como si tuviera que dártelas?

—¿Eso hago?

En lugar de responder, ella se dio la vuelta y comenzó a nadar relajadamente, poniendo más distancia entre los dos.

—¿Pudisteis averiguar algo sobre el diario?

—Estás buscando cómo cambiar de tema, ¿verdad? —Él la vio retirarse hacia la parte más profunda y, por alguna absurda razón, tuvo que emplear hasta la última gota de su control para resistir el impulso de zambullirse y seguirla—. Puede que tengamos una pista en Berlín. Iré allí mañana por la noche.

—¿Berlín? —Ella alcanzó el borde de la piscina y se volvió hacia él—. ¿Qué pasa

en Berlín?

—Tal vez podamos persuadir a alguien para que nos dé información. Lamentablemente, nuestra mejor pista por ahora es un renegado. Le han estado bajando los humos en un tanque de retención durante los últimos años.

—¿Está en un centro de rehabilitación? —preguntó Elise. Cuando Tegan asintió, ella añadió—: Esos lugares están controlados por las fuerzas oficiales.

—¿Y qué?

—¿Qué te hace suponer que te van a permitir entrar? Estoy segura de que sabes que la Orden no tiene muchos admiradores en los Refugios Oscuros. Jamás han aprobado vuestros métodos para tratar el problema de los vampiros de la estirpe convertidos en renegados.

Tenía que darle la razón: ella estaba al tanto de su política y era cierto que las fuerzas oficiales pretenderían impedir el acceso de la Orden al renegado prisionero. La llamada de Tegan a su antiguo aliado en Berlín, Andreas Reichen, no había hecho más que confirmar lo que él y Lucan esperaban. La única manera de que les permitieran estar cerca de Petrov Odolf sería pasar por un montón de trámites y basura burocrática.

Eso suponiendo que Tegan pudiera lograr que le concedieran una audiencia.

Elise también lo sabía.

—Yo tengo contactos en la agencia. Tal vez si fuera contigo...

Tegan se mofó.

—De ninguna manera.

—¿Por qué no? ¿Eres tan cabezota como para rechazar mi ayuda incluso en algo como esto?

—Yo trabajo solo, ese es el porqué.

—¿Aun si eso significa darte cabezazos contra una pared? —Ahora fue ella la que se rio, sorprendiéndolo por burlarse abiertamente—. Creía que eras más inteligente, Tegan.

Él sintió un aguijonazo de ira, pero se contuvo, negándose a permitir que ella se cebara. Elise sacudió la cabeza y se dio la vuelta para volver a dirigirse hacia el extremo en sombras de la piscina, nadando con brazadas decididas.

—Debería irme —murmuró.

Tegan la siguió, caminando junto al borde de la piscina.

—No pretendía interrumpir tu natación. De todos modos, ya me iba.

—Me refiero a que debería irme del recinto. Es evidente que no pertenezco a este lugar.

—No puedes volver a tu apartamento ahora —le advirtió él de forma tajante—. Los renegados ya habrán entrado. Marek tendrá sus espías metidos toda la noche en el vecindario, buscándote.

—Lo sé. —Su cuerpo delgado se deslizó a través del agua, casi hasta el final de la piscina—. No soy tan tonta como para pensar en volver allí.

Tegan soltó una risita, satisfecho de que al menos ella hubiera recobrado algo de cordura.

—Entonces supongo que Harvard te ha convencido de que vuelvas a los Refugios Oscuros.

—¿Harvard? ¿Ese es el nombre que usa ahora que es uno de los tuyos?

—Uno de los nuestros —respondió Tegan, advirtiendo el tono de acusación en su voz.

No es que ella tratara de ocultarlo.

Elise nadó hasta los escalones y salió del agua, evidentemente demasiado despechada como para preocuparse por el hecho de que Tegan contemplara descaradamente su cuerpo mojado. Los ojos de él se demoraron en la marca de nacimiento de la zona interior de su muslo, atraídos irresistiblemente como un proyectil programado para dar en el blanco.

La boca se le deshizo al observar los riachuelos de agua en sus suaves muslos desnudos. La piel de él se tensó y sintió como el calor circulaba en sus venas y en los *dermoglifos* que marcaban su cuerpo identificándolo como uno de la estirpe. Le dolieron las encías por la súbita presión de los colmillos. Apretó la mandíbula, refrenando la repentina sacudida de hambre. No quería mirar a esa mujer, pero no era capaz de apartar los malditos ojos de ella ahora.

—Sterling no me ha convencido de nada —dijo ella mientras cogía la toalla y se cubría—. Ni siquiera me ha dirigido la palabra, si quieres saber la verdad. Creo que me odia después de lo que ocurrió el último otoño.

Tegan estudió sus inteligentes ojos lavanda.

—¿Eso es realmente lo que piensas? ¿Que te odia?

—Sterling era el hermano de mi compañero... por matrimonio, es también hermano mío. Sería completamente inapropiado...

Tegan se burló.

—Los hombres pueden llegar a estar en guerra con sus propios hermanos por querer a la misma mujer. Al deseo le importa un carajo lo que es apropiado o no.

Elise mantuvo la toalla cerrada contra sus pechos y caminó hasta él.

—No me gusta hacia dónde está yendo esta conversación.

—¿Sientes algo por él?

—Por supuesto que no. —Miró a Tegan, claramente horrorizada—. ¿Y qué derecho tienes tú a preguntarme eso?

Ninguno en absoluto, pero de repente era importante para él saberlo. Se mantuvo de pie allí, impidiéndole el paso deliberadamente si es que ella pensaba en apartarse.

—Él te desea. Se acostaría contigo si se lo permitieras. Diablos, tal vez ni siquiera necesitaría tu permiso.

—Ahora estás siendo directamente grosero.

—Sólo estoy diciendo la verdad. No me digas que no sabías que Chase está loco por ti. Cualquiera con ojos en la cara puede verlo.

—Pero sólo tú eres tan maleducado como para hablar de ello.

Esa pálida mirada púrpura brilló de indignación, y por un segundo él se preguntó si estaba a punto de recibir una bofetada. Casi lo deseaba. Quería verla enfadada. Quería que ella lo odiara, especialmente ahora, cuando el aroma de su piel húmeda y cálida le estaba perforando los sentidos. Cada curva de su pequeño cuerpo se estaba fijando en el ojo de su mente.

Estaba lo bastante cerca como para tomarla en brazos. Demasiado cerca, porque a aquella distancia tan íntima, él podía ver el pulso de sus venas latiendo frenéticamente en su garganta, y era demasiado consciente de que no habría nadie capaz de detenerlo si la cogía en sus brazos y probara su sabor prohibido.

—Justificas tu crueldad utilizando la verdad como excusa —dijo ella adoptando un tono violento—. Así que tal vez puedas decirme por qué te pareció necesario mentirme acerca de lo que pasó en el laboratorio de carmesí.

Tegan la miró con dureza, pues la pregunta despertó algún tipo de alarma en él.

—Yo no te he mentido sobre nada.

Ella no se estremeció, se limitó a sostenerle la mirada con firmeza, en actitud desafiante.

—Fuiste tú quien destruiste el laboratorio de carmesí, no la Orden. Tú personalmente, Tegan. Nadie más. Lo he oído decir.

A él se le escapó un bufido. Retrocedió, consciente de que ahora era él quien se retiraba, pero incapaz de contener esa necesidad de huida. Elise se movió con él, poniendo de nuevo su cuerpo húmedo y casi desnudo demasiado cerca. Demasiado condenadamente tentador.

—¿Por qué hiciste una cosa como esa, Tegan? No puedo creer que tuvieras algún interés personal en ver el laboratorio arrasado. Así que dímelo. ¿Por qué? ¿Lo hiciste por mí?

Él no dijo nada, incapaz de hablar e inclinándose peligrosamente hacia una emoción que no quería sentir.

Ella lo observó con dureza.

—¿Dónde está ahora tu verdad, guerrero?

Tegan forzó una risa burlona, sintiendo cómo ésta se le quedaba atrapada en la garganta.

—Te lo advertí una vez, mujer. Estás jugando con fuego. No seré lo bastante caballero como para advertírtelo de nuevo.

Elise cerró los ojos cuando Tegan soltó una maldición y se alejó de ella. No se atrevió ni a moverse, y apenas respiró mientras oía las pisadas de Tegan dirigiéndose hacia la salida de la piscina. Lo oyó salir. Sólo entonces se permitió soltar la tensión de su cuerpo.

¿En qué diablos estaba pensando? ¿Se había vuelto completamente loca,

atreviéndose a provocar a un guerrero de esa manera, haciéndolo encenderse de ira?

Y era ira lo que había visto en su expresión. Una inconfundible y ardiente furia brillaba en sus ojos verdes cuando la miraba, probablemente pensando en nada menos que en azotarla. ¿Acaso tenía tendencias suicidas, tal y como la había acusado él la noche anterior? Porque si su reputación de despiadado era cierta, provocarlo así podría hacer que terminara muerta.

Excepto que no fuera ira lo que había visto en sus ojos. Ella había querido ver algún tipo de sentimientos en él...

Sentimientos que él podría albergar hacia ella.

Lo cual era una completa estupidez.

Sin embargo, no podía dejar de preguntárselo. Se lo había preguntado desde aquella misma noche de noviembre en que Tegan la había acompañado a su casa desde el recinto. Elise no quería ni pensar en que hubiera algo entre ellos. Dios sabía que no necesitaba una complicación como esa ahora en su vida.

Pero en los tensos momentos antes de que Tegan abandonara la habitación, algo había ocurrido.

A pesar de la frialdad de su comportamiento, el color se había encendido en los *dermoglifos* del guerrero de la primera generación, las bellas marcas que se arremolinaban como elaborados y cambiantes tatuajes en torno a los músculos del pecho, los brazos y el torso de Tegan... y también por debajo del tirante traje de baño negro, que no hacía más que acentuar descaradamente su irreverente sexualidad.

Y ella estaba de pie ante él, lo bastante cerca como para notar el calor de su respiración sobre su propia piel, y cómo esos increíbles glifos habían empezado a latir con sombras de color índigo, burdeos y dorado: los colores del despertar del deseo.

—¡Eh, T! Parece que te vas a Berlín mañana por la noche —dijo Gideon cuando Tegan entró en el laboratorio tecnológico. Restregó una mano por su cabello rubio de punta, despeinándose todavía más y acentuando su habitual aspecto de genio obsesionado con la informática—. Acabamos de conseguir una autorización de la Agencia General de Aviación para utilizar nuestro avión privado. El piloto te estará esperando al anochecer en la terminal de la compañía de Logan. Tendrás que hacer una parada técnica en París para repostar combustible, pero llegarás a Berlín alrededor de una hora antes del amanecer.

Tegan asintió con un vago movimiento de cabeza. Habían transcurrido un par de horas desde su encuentro con Elise en la piscina, y aún sentía el latido de la sangre en las sienes y en su cuerpo todavía perduraba un hormigueo de deseo que francamente comenzaba a preocuparlo.

Al menos tenía un plan de huida. Mañana por la noche estaría de camino fuera del país, poniendo varias millas de distancia entre él y la mujer que lo estaba distrayendo de una manera fuera de lo habitual. No parecía que su misión en Berlín fuera a ser fácil; probablemente estaría allí al menos una semana, o tal vez más. Tiempo suficiente para sacar a Elise de su mente. Sí, lo mismo que había hecho de manera tan efectiva durante los cuatro meses transcurridos desde el día que la conoció.

Llevarla a su casa desde el recinto aquella noche había sido un error. Un impulso estúpido... algo a lo que raramente sucumbía, y en las pocas ocasiones en que lo había hecho no había sido más que para lamentarlo después. La forma en que había reaccionado con ella hacía un rato sólo contribuía a hacer que ese punto fuera más peliagudo.

La deseaba, y no podía engañarse a sí mismo con la esperanza de que ella no hubiera visto claras evidencias de este hecho. Había sido incapaz de disimular la transformación de sus glifos en presencia de ella, y mucho menos impedir la involuntaria erección que había sufrido por tenerla cerca.

Dios santo, necesitaba marcharse, y marcharse cuanto antes.

Al otro lado del laboratorio, Dante y Chase estaban hablando de tácticas con Niko y los nuevos reclutas. Un par de cabezas se levantaron cuando Tegan entró y se sentó en una silla junto a Gideon en el área de ordenadores y monitores de vigilancia del recinto.

—¿Estás bien? —preguntó Gideon, arqueando una ceja al mirarlo—. Emanas calor como si fueras un radiador encendido.

—Nunca mejor dicho. —Tegan le dio al botón del altavoz en el teléfono que había al lado de su codo—. Demos a Reichen los detalles del vuelo y veamos si puede llegar a algún acuerdo con los encargados del centro de internamiento.

Tegan marcó el número de la línea privada de los Refugios Oscuros de Berlín e

inmediatamente le pasaron con Andreas Reichen.

—Todo está en orden —le dijo al vampiro alemán, sin molestarse ni siquiera en saludar por la impaciencia que tenía en llevar la misión a cabo—. Se supone que llegaré al aeropuerto de Tegal dentro de dos días justo antes de la salida del sol. ¿Crees que podrías llevarme a tu casa antes de que me achicharre?

Reichen se rio.

—Por supuesto. Tendré un coche esperándote para recogerte. —Su voz acentuada y profunda se oyó a través del altavoz—. Ha pasado mucho tiempo, Tegan. No he olvidado mi deuda contigo por tu ayuda con... el pequeño problema que tuvimos en cierta época.

Tegan recordaba aquella época. El «pequeño problema» de los Refugios Oscuros de Berlín había acarreado una ola de ataques de los renegados a sus residentes, y muchos de éstos terminaron en truculentos asesinatos. Tegan se había presentado allí como una unidad de comando de un solo hombre, siguiendo la pista del teléfono móvil de un renegado hasta los frondosos bosques de Grunewald. Allí eliminó a los depredadores enfermos de lujuria de sangre que aterrorizaban la región. Eso había sido hacía... casi doscientos años.

—Estaré conforme si consigues meterme en el centro de recuperación de la agencia —le dijo a Reichen.

—Eso está hecho, amigo mío. El jefe de seguridad telefoneó unos minutos antes de tu llamada. El director de la agencia en Berlín ha dado una autorización expresa para que accedas al centro de recuperación. No hay ningún problema en permitir a tu emisario el acceso al centro para interrogar a Petrov Odolf.

—Mi emisario...

Mientras las palabras salían de su boca una sospecha comenzaba a latir en su sangre. Tegan oyó el suave batir de las puertas de vidrio del laboratorio mientras éstas se abrían para permitir la entrada a alguien. Él sabía quién era ese alguien, incluso antes de ver cómo Chase, al otro lado de la habitación, tensaba la mandíbula. Tegan se dio la vuelta en la silla giratoria y se encontró con Elise de pie mirándolo, con un aspecto tan culpable como el mismísimo pecado.

—¿Qué demonios has hecho?

—No lo he hecho yo —dijo Reichen por el altavoz—. Supuse que era algo que habías decidido tú...

El líder alemán de los Refugios Oscuros de Berlín continuaba hablando, pero Tegan no oía ni una sola palabra. Elise avanzó unos pasos, de manera un poco vacilante. Una de las otras compañeras de sangre le había dado ropa para cambiarse. La túnica de punto color púrpura y los tejanos azules eran una mejora comparado con el trastorno que provocaba su traje de baño, pero su pequeña figura femenina no quedaba del todo oculta.

Y eso fastidiaba mucho a Tegan.

—Sea lo que sea lo que creas que estás haciendo, olvídale. Te lo dije, yo trabajo

solo.

—Esta vez no. Ya está hecho el acuerdo con la agencia y con el centro de recuperación. Me esperan a mí.

—Esto debe de ser una maldita broma.

—Es completamente en serio. Voy contigo.

Tegan le lanzó una mirada de desprecio y volvió a ocuparse de su conversación con Reichen.

—No habrá ningún emisario de los Refugios Oscuros acompañándome. Iré yo solo, Andreas, y entraré para ver a ese renegado, aunque tenga que ser a la fuerza...

—Tegan, creo que no lo has entendido bien. —La voz de Elise a sus espaldas no era vacilante, sino que sonaba peligrosamente atrevida—. No te estoy pidiendo permiso.

Se quedó helado, de piedra ante el atrevimiento de esa mujer.

—Estaremos en contacto —le dijo a Reichen. Luego cortó la conexión con un golpe demasiado brusco en la tecla.

—Yo soy quien entregó el diario a la Orden —le dijo Elise mientras él volvía a mirarla con odio—. Sin mí, no hubieras averiguado nada sobre el individuo que deseas interrogar. Y sin mí no permitiré que vayas a verlo, y mucho menos a hablar con él. Voy a ir contigo.

Tegan saltó de la silla. Elise se echó hacia atrás, sorprendida... el primer atisbo de sensatez que había tenido desde su entrada al laboratorio. Él clavó en ella una mirada que la recorrió con deliberada lentitud, desde sus mejillas ruborizadas hasta las puntas de los zapatos que le habían prestado.

—Tú no estás en condiciones para viajar. Mírate... estás débil, eres poco más que piel y huesos. Sin mencionar el hecho de que no puedes estar cerca de seres humanos sin que eso te provoque unas espantosas migrañas y te sangre la nariz.

—Lo conseguiré.

Él se mofó.

—¿Cómo?

Ella frunció el ceño, bajando la mirada mientras la voz de Tegan retumbaba a su alrededor.

—¿Qué harás para conseguirlo? ¿Solicitar la vena de un vampiro que te haga recobrar la fuerza? Porque eso es lo que funcionaría.

Ella palideció de repente.

—Tal vez alguno se ofrezca a servirte —dijo Tegan, de manera despiadada, haciendo un gesto hacia los otros vampiros, que observaban la conversación en tenso silencio.

—Mierda, Tegan —le advirtió Gideon detrás de él—. Cálmate un poco, por el amor de Dios.

Tegan estaba ciego a todo menos a la expresión conmocionada de la mujer de los Refugios Oscuros.

—Eso es lo único que funcionaría, Elise... sangre de la estirpe circulando a través de tu cuerpo. Nada menos. Sin eso, tu talento continuará doblegándose, como ocurre ahora. Sólo serás un estorbo.

Él vio el destello de indignación en sus ojos, pero fue el sentir que la había humillado lo que le provocó un nudo en el estómago. Era considerada una falta de sensibilidad extrema hablar de los lazos de sangre entre una mujer y su compañero públicamente... y mucho peor aún si la compañía era mixta.

Sugerir que una compañera de sangre que está sola tome el sustento de un hombre ya era en sí mismo una profanación.

—Soy viuda —dijo ella con calma—. Estoy de luto...

—Cinco años —le recordó Tegan, y su voz sonó tensa incluso para sus propios oídos—. ¿Qué será de ti dentro de otros cinco? ¿O de diez? Te estás dejando morir, y lo sabes. No me pidas que te ayude a hacerlo más rápido.

Ella lo observaba muda, haciendo esfuerzos para tragar saliva y reprimir probablemente un sollozo. O un insulto, pues debía querer enviarlo directamente al infierno, lugar al que probablemente él ya se estaba dirigiendo, incluso antes de esa horrible charla.

—Tienes razón, Tegan —susurró, sin una sombra de debilidad o algún otro problema en su voz—. Tienes razón... y acepto que has salido ganando.

Enderezando los hombros, ella se dio la vuelta y caminó con calma hasta salir del laboratorio, todo un ejemplo de dignidad estoica. Tegan se sintió como un idiota, observándola rígidamente y en silencio mientras se marchaba. Cuando desapareció de su vista soltó un insulto.

—¿Y tú qué narices estás mirando? —Le ladró a Chase, que se había levantado de la mesa donde estaba sentado. El exagente de los Refugios Oscuros tenía la mano en la culata de un revólver enfundado en su pecho. Su expresión era nada menos que asesina.

—A la mierda —gruñó Tegan—. Me largo de aquí.

Como era de esperar, Chase le siguió pisándole los talones. Le dio un fuerte empujón en el hombro y los dos salieron al pasillo fuera del laboratorio.

—Maldito cabrón. Ella no se merece ese tipo de trato, y mucho menos de alguien como tú.

No, no se lo merecía. Pero era necesario. No había ni una maldita posibilidad de que él estuviera dispuesto a volver a compartir con Elise un espacio reducido, y mucho menos iba a permitir que fuese su cómplice en la misión a Berlín. Tenía que hacerla desistir, y debía hacerlo con firmeza. No le importaba quedar como un completo gilipollas por haberlo tenido que hacer en público. No había hecho más que confirmar lo que todo el mundo ya pensaba de él.

Tegan miró a Chase con rabia y forzó una sonrisa cruel.

—¿Te importa mucho esa mujer, Harvard? ¿Por qué no vas a consolarla como estás deseando hacer? Haznos un favor a todos y apártala de mi camino.

Chase se mantuvo firme, con los ojos brillantes de rabia.

—Eres un verdadero cabrón. Lo sabes, ¿verdad?

—¿Sí? —Tegan se encogió de hombros—. Que yo sepa no estoy en campaña para ganar ningún premio a la amabilidad.

—Arrogante desgraciado de mierda...

Separando los labios, Tegan dejó escapar un siseo a través de sus colmillos crecidos mientras se echaba encima de Chase, interrumpiendo el insulto. Prácticamente esperaba que el airado vampiro lo empujara a la lucha. Una parte de él estaba ansiosa por saber los sentimientos de tormento y rabia que albergaba Chase, y con lo tenso que estaba en aquel momento no iba a dejar pasar la oportunidad de amoratarse los nudillos en un pequeño mano a mano.

Pero Dante intervino con habilidad, saliendo del laboratorio en ese mismo segundo para agarrar el brazo de Chase y apartar físicamente al guerrero del camino de Tegan.

—Mierda, Harvard. No te dejes matar ahora que ya casi te tenemos entrenado. Qué maldita pérdida de tiempo que sería eso, ¿verdad?

Tras unos segundos, Chase se tranquilizó, pero sus ojos seguían clavados en Tegan mientras Dante se lo llevaba por el pasillo. En el laboratorio, Gideon volvió a concentrarse en su teclado. Nikolai, Brock y Kade volvieron también a sus asuntos, todos ellos actuando como si Tegan no acabara de comportarse como un cabrón despiadado delante de una mujer indefensa.

Tegan soltó un insulto por lo bajo. Tenía que salir de allí, y por la manera en que se estaban desarrollando las cosas, el vuelo a Berlín de la noche siguiente no estaba lo bastante cerca.

Tenía un lugar donde podía ir... el lugar donde siempre iba cuando la mierda comenzaba a llegarle al cuello. A veces desaparecía allí durante noches enteras; ninguno de sus hermanos de la Orden había estado nunca allí. Era su infierno privado, un lugar abandonado y vacío, lleno de muerte. En aquel preciso momento sonaba como unas malditas vacaciones.

Elise estaba de pie en el centro de una gran habitación casi vacía del recinto, sintiéndose como si el viento la estuviera azotando. Todavía temblaba por la confrontación con Tegan, pero si era de humillación o de rabia no lo sabía con certeza. Lo que él le había hecho delante de sus hermanos era inexcusable, increíblemente frío. Él tenía que ser consciente de que lo que estaba sugiriendo era blasfemo, insultante y soez... no sólo para ella, sino también para los guerreros que estaban en la habitación oyéndolo. Entre las mujeres que vivían con la estirpe, únicamente las de más baja serían capaces de entregarse a un lazo de sangre sin un compromiso solemne y un amor compartido.

El lazo de sangre era la más sagrada comunión entre una compañera de sangre y

el hombre que ésta escogiera como propio. Era el máximo acto de intimidad, la mayoría de las veces un acto sexual, y nadie se lo tomaba a la ligera. Usar la sangre de un vampiro únicamente para aumentar la longevidad y la fuerza era algo que simplemente no se hacía. Por lo menos no lo había hecho nadie que Elise conociera.

Pero no podía negar que las observaciones que Tegan había hecho sobre ella eran ciertas.

Lo que le dijo era cruel y crudo... y totalmente preciso. Se estaba consumiendo por voluntad propia, lo cual era su derecho como compañera de sangre viuda. Pero quería tener parte activa en la lucha contra los renegados, y era una tontería por su parte pensar que podría hacerlo si continuaba como estaba.

Elise miró la inhóspita habitación a su alrededor. Las paredes blancas y sin ventanas no tenían ningún color... no había agradables obras de arte ni fotografías como había visto en el resto del recinto. Ni un sofá, ni equipos electrónicos, ni ordenadores, ni libros. Nada que expresara algo personal.

Cerca de la pared más apartada había un armario alto y negro, con un banco de madera al lado. Debajo de éste, había dos pares de grandes botas de cuero, dispuestas con precisión militar. Había una cama grande en la habitación de al lado, pero ésta tampoco era particularmente acogedora. Tenía sábanas de un gris metálico y una manta color carbón doblada pulcramente a los pies del enorme colchón. Elise nunca había visto los barracones de los soldados, pero se imaginaba que tendrían un aspecto parecido a aquel... o tal vez no tan frío e impersonal.

Sabía dónde se hallaba, por supuesto. Sabía a dónde se dirigía cuando se encaminó por el laberinto de pasillos tras conseguir recuperarse de la conmoción que había tenido que soportar en el laboratorio de la Orden.

Sabía lo que estaba a punto de hacer, pero eso no ayudaba a que su corazón latiera menos frenéticamente cuando oyó las duras pisadas de Tegan aproximándose a sus habitaciones privadas.

Los largos pasos se hicieron más lentos, luego cesaron a la vez que un soplo de aire frío anunciaba su llegada. Su inmenso cuerpo llenó el umbral de la puerta, cruzó los musculosos brazos y sus poderosas piernas vestidas con tejanos se separaron como si estuviera poniéndose en posición de batalla. Al principio no habló, pero no hubo necesidad de palabras cuando sus ojos de un verde esmeralda se posaron en ella, duros como una piedra e igual de helados.

—Tegan...

—Si has venido en busca de una disculpa ya puedes olvidarte.

Elise no bajó los ojos ante esa mirada amenazante y se esforzó para acercarse.

—No estoy aquí para eso —le dijo, sorprendida de que no le temblara la voz por la manera en que el pulso se aceleraba en sus venas—. He venido a decirte que tienes razón. Necesito la fuerza de un lazo de sangre, pero no estoy buscando un compañero. Necesito un arreglo sin complicaciones, con alguien a quien no le importe lo que yo haga o que un día me vaya... por eso... te he escogido a ti.

Cualquier respuesta indiferente o prepotente que hubiera podido acudir a sus labios huyó, junto a toda la sangre de su cerebro. Tegan permaneció parado en el umbral de la puerta de sus habitaciones, mudo como un estúpido ante lo que acababa de oír.

Tan seguro como el infierno que jamás lo hubiera visto venir.

Y por más que todo el sentido común le decía que debía negarse a la propuesta de Elise —enterrar la idea antes de que pasara un solo segundo más— su boca no parecía capaz de articular palabra. Una imagen erótica ardió instantáneamente en su mente: los labios de Elise apretados contra su piel, su dulce lengua rosada lamiéndolo, su boca chupando profundamente de su vena.

Lo deseaba, se dio cuenta en un destello de incredulidad.

Lo deseaba tan intensamente que se estremeció.

—Dios santo —murmuró, recobrando por fin el habla—. Tú estás loca. Y ya me iba, sólo venía a recoger unas cosas y me marchó de aquí.

Cuando él dio un paso para irse, con la intención de rechazarla a ella y a su ridícula sugerencia sin una palabra más, Elise se cruzó en su camino. Él la miró con odio, pero ella ni siquiera se estremeció bajo esa mirada letal capaz de amedrentar a guerreros y renegados por igual.

—¿De qué estás huyendo, Tegan? —Los suaves ojos lavanda se clavaron en él con actitud desafiante—. Estoy segura de que no puede ser que yo te dé tanto miedo.

Él se burló ante la idea, negándose a permitirle ver que había dado justo en el clavo.

—¿Sabes lo que me estás pidiendo? Si tomas mi sangre, una parte de tu voluntad estará ligada a mí tanto tiempo mientras viva. Se trata de una conexión irrompible.

—Sé muy bien lo que comporta un lazo de sangre. Todo lo que comporta.

Su rubor repentino pareció indicar que también era consciente de la naturaleza sexual del acto. La sangre de vampiro tiene una cualidad altamente afrodisíaca. En hembras sin la marca de las compañeras de sangre, el efecto es a menudo un arrebato de feroz deseo. En hembras como Elise, que son capaces de dar descendencia a la estirpe, beber sangre de la raza las conduce siempre a una potente hambre sexual, que exige ser saciada.

—No soy como el hombre al que estás acostumbrada —le dijo él severamente. Era la única advertencia que se le ocurría en ese momento—. No creas que seré suave contigo. No mostraré ninguna piedad.

La pequeña sonrisa de ella era burlona.

—Difícilmente esperarías que lo fueras.

Tras decir esto, se volvió y se apartó de él, con la columna extraordinariamente erguida mientras se dirigía hacia la cama para esperarlo. Tegan se pasó los dedos por

el pelo, sabiendo que le quedaban alrededor de dos segundos para lograr controlarse y apartarse de aquel desastre seguro. Si se lo pensaba un poco más, no sabía si sería capaz de rechazarla.

En la habitación de al lado, oyó el suave golpe de los zapatos de Elise cayendo sobre la alfombra. Él creía que iba a lograr asustarla con su advertencia, pero aparentemente no había hecho más que fortalecer su resolución. Ella había arrojado el guante, y él no era el tipo de hombre capaz de echarse atrás ante un desafío.

Ni siquiera ahora, cuando todo el instinto de supervivencia que poseía le decía a gritos que huyera de aquella situación que tenía la catástrofe escrita en ella.

Los segundos se hacían eternos.

Y ella continuaba esperando.

Tegan soltó una fuerte maldición.

Luego, casi de manera inconsciente, cerró la puerta de sus habitaciones con una orden de su mente y se dirigió a la habitación donde se hallaba ella.

Algo de la determinación de Elise se tambaleó cuando Tegan acudió a su encuentro en el dormitorio. Había una intensidad salvaje en sus pasos lentos y en la mirada que mantenía fija sobre ella. De pronto se sintió como si estuviera ante un depredador que valoraba sus opciones, disponiéndose a acercarse para matar.

—¿Cómo quieres que...? —Sus palabras se fueron apagando, estaba insegura de cómo proceder ahora que él estaba de verdad allí—. ¿Dónde me...?

—En la cama —fue su rotunda respuesta.

Él comenzó a quitarse su camisa de punto negro, dejando desnudo su torso marcado de *dermoglifos*. El tono habitualmente de color *henna* era ahora de un tono más intenso, ya no había esa tonalidad neutra que indicaba un estado tranquilo, sino que al volverse más oscuros, los diseños comenzaban a saturarse. Elise se sentó en la mismísima punta del colchón y volvió la cabeza para apartar los ojos de él. Oyó el crujido de una tela cuando Tegan dejó su camisa a un lado y se acercó más a la cama.

—Llevas demasiada ropa —dijo él, y ella sintió que su aliento cálido le hacía cosquillas en el cuello.

Su presencia tan cerca de ella le resultaba casi tan sorprendente como sus palabras. Elise se volvió y lo miró con ansiedad.

—¿Quieres decir que me desvista? Yo no veo razón para...

—Lo harás —dijo él, sin dejar espacio para la discusión—. Si yo fuera un hombre refinado de los Refugios Oscuros y no el crudo guerrero que soy, dudo que pretendieras que yo te tomara totalmente vestida.

Era verdad. El respeto por el acto de crear un lazo de sangre entre un vampiro y una compañera de sangre exigía que ambas partes se entregaran la una a la otra sin reservas, sin coacción y sin ocultar nada. Desnudos de cuerpo, comprometidos y resueltos.

Tegan se inclinó para bajarse la cremallera de sus tejanos azules.

Cuando éstos cayeron por su estilizada pelvis, los ojos de Elise se fijaron sin querer en la cadena de tensos músculos que lo definían, y en la senda de *dermoglifos* que obviamente continuaba bajando hasta su miembro erecto y desnudo. No llevaba nada debajo, se dio cuenta de pronto ella en un instante de pánico.

—Por favor —dijo con un grito entrecortado—. Tegan, por favor. ¿Podrías dejártelos... puestos?

Él no respondió, pero lentamente volvió a ponerse los tejanos y se subió la cremallera. Ella no pudo dejar de notar que el botón de la cintura continuaba desabrochado, dejando ver un breve resquicio de su suave piel rojiza.

—Esta es la única petición que te consentiré esta noche —dijo él con rudeza—. Todavía tienes tiempo de reconsiderarlo. Pero no demasiado. Ahora quítate la ropa, o pídemelo amablemente que te deje salir.

Él la estaba poniendo a prueba. Ella sabía que la estaba provocando deliberadamente, probablemente para tratar de hacerle cambiar de idea con unas pocas palabras amenazantes.

Realmente, debería estar asustada. No sólo por estar a solas con un guerrero como Tegan, sino también por el acto sagrado e íntimo que estaba a punto de profanar al beber la sangre de un hombre al que no tenía la intención de tomar como compañero. Verdaderamente, ella hacía que los dos se degradasen pidiéndole a Tegan que la ayudara de esa forma, y si él estaba disgustado con la propuesta, ella difícilmente podía culparlo.

—¿Qué vas a hacer, Elise?

Ella se puso de pie, demasiado consciente de que él la contemplaba esperando ver hasta dónde llegaba su audacia. Con apenas un leve temblor en los dedos, comenzó a levantar el dobladillo de su túnica y se la quitó por encima de la cabeza.

Tegan se quedó sin respiración. Permaneció totalmente quieto a su lado, pero ella podía notar el calor que emanaba de él mientras colocaba su túnica sobre la cama.

Cruzó los brazos sobre su sencillo sujetador de algodón blanco y le dirigió una mirada interrogante.

Cuando Tegan por fin habló, las puntas de sus relucientes colmillos blancos casi obstruían su voz.

—Los pantalones también. Puedes dejarte lo demás puesto por ahora.

Ella se quitó los pantalones tan rápido como pudo, luego se sentó en el borde de la cama.

—Muévete hacia el medio y ponte frente a mí sentada sobre tus rodillas.

Mientras ella se escabullía hacia el centro del enorme colchón, Tegan se subió a la cama. Fue avanzando de rodillas, hasta que únicamente el espacio de un pie los separaba. Las pupilas en el centro de sus ojos verdes comenzaron a estrecharse, hasta convertirse en dos hendiduras verticales. Cuando separó los labios para hablar, sus colmillos parecían enormes.

—Última oportunidad, Elise.

Ella negó con la cabeza, incapaz de hablar. Tegan gruñó algo desagradable por lo bajo, luego se llevó la muñeca a la boca. Con los ojos fijos en los de ella, mostró sus colmillos y los hundió en su propia carne, bajo la palma de su mano.

Sangre de un rojo oscuro brotó de la herida, cayendo suave e ininterrumpidamente sobre las sábanas grises.

—Ven aquí —dijo él, extendiendo el brazo hacia ella y con los labios teñidos de color carmesí por el mordisco.

Con los ojos cerrados y el corazón golpeándole en el pecho, Elise se inclinó hacia delante. Puso las manos debajo del grueso antebrazo de él y con cuidado llevó los dos pinchazos sangrantes hasta su boca. Ahí vaciló, sabiendo que no habría vuelta atrás. Sólo con probarlo, estaría unida a aquel terrible hombre. Sería siempre consciente de él, sentiría para siempre un cálido rumor en sus venas, hasta el día en que uno de los dos muriera.

Pero también se haría más fuerte.

Su tormento físico encontraría alivio y le sería mucho más fácil de manejar. Su cuerpo rejuvenecería y le costaría menos esfuerzo mantenerlo en forma y saludable.

La promesa que había hecho a Camden no sería tan vacía en cuanto algo del poder de Tegan circulara por sus venas.

¿Pero usarlo de esa manera?

Ella alzó la vista y se encontró con su mirada, sus labios separados y brillantes, su respiración pasando ásperamente a través de los dientes. Sus *dermoglifos* estaban ahora llenos de color, su belleza destacaba entre tanto músculo esculpido y piel dorada.

—Hazlo —gruñó, y su mirada fiera la alentaba a que lo acercara hasta su boca, al mismo tiempo que la maldecía por ello.

Elise se inclinó hacia su muñeca y con cuidado abrió la boca para recibirlo. En el instante en que sus labios tocaron la piel, Tegan se arqueó como si recibiera una descarga. Elise bebió con suavidad, usando la lengua para lamer los dos agujeros gemelos abiertos en su piel. La sangre era caliente y le provocaba un hormigueo al deslizarse por su garganta, llenándola de un calor que pronto se convertiría en un rugido de creciente poder.

La afectó tan rápidamente que gimió ante la intensa sensación que instantáneamente la sobrecogía. Ese calor hervía en sus extremidades y en su centro, latiendo fuerte, con las ondas de una marea.

Ella no estaba preparada para esa reacción tan rápida y sorprendente. Se estaba fundiendo por dentro, convirtiéndose en un líquido puro... y lujurioso.

Cuando trató de apartarse, Tegan le colocó la palma de la mano en la nuca. Sus dedos largos extendidos sobre su cráneo, hurgando en su pelo. No había que negar su fuerza, sin embargo la presión que ejercía sobre ella era ligera, pero también inflexible.

Elise alzó la vista hacia él, ahora ansiosa. Tal vez aquello no había sido una buena idea en absoluto. Tal vez se había equivocado.

Los ojos de Tegan brillaban, las pupilas inundadas de un fiero ámbar.

—No tenías que haber empezado si no estabas preparada para terminar. —Su rostro tenía una seriedad mortal, sin asomo de indulgencia—. Toma más. Sabes que lo necesitas.

A ella se le cortó la respiración ante su invitación. Que Dios la ayudara, pero era cierto que necesitaba más. Ya era capaz de sentir la sangre de Tegan mezclándose con la suya, latiendo en sus sienes. Se relamió los labios, saboreando el poderoso y salvaje sabor en su lengua.

La mandíbula de Tegan se puso visiblemente rígida.

—Cristo —dijo él apretando los dientes. Los dedos de él eran una presencia abrasadora en la nuca de ella y en toda la cabeza. Podía haberla empujado hacia abajo, hacia su muñeca, tan fácilmente, pero se limitó a sostenerla allí, con todo el poder de la estirpe contenido bajo esa ternura—. Bebe más de mí, Elise.

Ahora jadeando, con cada nervio en su interior estallando como una lluvia de explosiones sensoriales, ella bajó la cabeza y la hundió en él una vez más.

Tegan contuvo la respiración mientras Elise llevaba la boca a su muñeca y tomaba otro largo trago de sus venas abiertas. Ella gimió a medida que tragaba más y más. Su hambre aumentaba. La gula de más la llevaba a apretar más fuerte, más adentro, aunque ya estuviera saciada de él. Su lengua reclamaba más con una fuerza exigente, húmeda y caliente contra su piel, pero fue un ligero rasguño de sus dientes lo que hizo que la urgencia sexual de Tegan se hiciera aún más poderosa.

Él sabía que no era el único que estaba excitado. Podía sentir la respuesta del cuerpo de ella; absorbía sus pensamientos y emociones a través de las yemas de los dedos, enterradas en las sedosas capas del corto cabello rubio, descansando sobre la calidez de su nuca. Él se permitió hacerle unas breves caricias en la piel suave, luego retiró la mano cuando la sensación llegó a ser demasiado intensa.

Dios, ella estaba ardiendo de deseo... tanto de la sed física como de la lujuria carnal que la sangre de la estirpe provocaba en las hembras que llevaban la lágrima y la media luna como marca de nacimiento.

De manera absurda, Tegan luchó por distanciarse de la gravedad de lo que estaba pasando. Intentó mantener la mente ocupada haciendo un inventario mental clínico de los rasgos de ella... cualquier cosa que pudiera distraerlo de los eróticos movimientos de su boca, pero fue inútil. Elise era demasiado real, resultaba demasiado excitante la forma en que su columna se arqueaba con cada nuevo trago de su boca. Su respiración se hacía cada vez más pesada, más rápida y más profunda, y sus labios emitían deliciosos ruidos húmedos en el silencio de la habitación.

Sus párpados se abrieron de repente como pidiendo permiso, y Tegan se

sorprendió por el precioso color amatista de sus ojos, más oscuros ahora por el hambre y el deseo. Sus mejillas ya estaban más rosadas por la sangre que corría a través de su sistema, y sus labios manchados de un rojo brillante por el contacto con la sangre.

—Termina —le dijo él, con la lengua espesa y seca—. Bebe hasta hartarte.

Con un gruñido gutural, Elise lo empujó haciéndolo caer de espaldas, sin perder nunca el contacto y colocándose a gatas en la cama junto a él, manteniéndole el brazo levantado para seguir alimentándose.

Aunque su erección era tan dura como una roca de granito, Tegan quería permanecer distante de la completa catástrofe que se estaba desarrollando ante él. Necesitaba dejar de prestar atención al increíble deseo de aquella mujer que ahora se retorció contra él sin nada más que un pequeño sujetador de algodón y unas braguitas, latiendo de calor erótico como una caldera.

Y su emoción lo estaba inundando. Su deseo era tan crudo, tan honesto.

Cristo, había olvidado que aquello podía sentirse. No quería pensar cuánto tiempo había pasado desde la última vez que había estado con una mujer. No quería reconocer lo vacía y deliberadamente casta que había sido su vida, física y emocionalmente, en los últimos cinco siglos.

No quería pensar en Sorchá...

No podía pensar en ella, no ahora que Elise estaba conduciéndolo al borde del abismo con cada gemido y cada suspiro y cada movimiento felino de su cuerpo junto al suyo. Para su propia sorpresa, deseaba enormemente tocarla... no para ejercitar su talento psíquico un poco más, sino simplemente para tocarla.

Tegan alargó su mano libre y deslizó los dedos por la suave línea de su hombro y la parte superior de su brazo. Ella sintió un escalofrío que le erizó el vello de toda la zona de la piel por donde él pasó la mano. Bajo el delgado algodón de su sujetador, sus pezones se endurecieron como perlas. Él pasó el pulgar sobre uno de ellos, conteniendo la respiración en la garganta mientras ella se arqueaba sin inhibiciones, pues la fiebre de sangre que la alimentaba le había hecho perder toda vergüenza.

Podía poseerla, Tegan lo sabía. Ella probablemente así lo esperaba, ya que era muy extraño que cuando una compañera de sangre bebía ello no condujera al acto sexual para liberar a la mujer de su deseo.

Pero él le había dicho que no tendría piedad, y su parte más cruel quería cumplir con esa promesa.

Especialmente ahora que era él quien estaba siendo usado.

Elise flexionaba y cruzaba las piernas mientras él continuaba la exploración táctil de su cuerpo. Él pasó los dedos por la hondonada de su vientre plano, y luego los subió por la grácil erupción de su cadera. Los movimientos de ella eran líquidos, se ondulaba y se arqueaba a medida que las succiones a su muñeca se volvían cada vez más urgentes. Dejó escapar un ronco suspiro y abrió las piernas para él al tiempo que conducía su mano allí donde deseaba que estuviera. Luego juntó y apretó las piernas,

dejando su mano atrapada y haciendo rechinar los dientes cuando él dudó si tocarla o no.

Era demasiado como para poder resistirse, incluso para él.

Pasó los dedos a lo largo de la grieta húmeda protegida por sus braguitas y ella se agitó como si hubiera sido tocada por una llama ardiente. Él la acarició otra vez, con más intención, sintiendo que el deseo de ella se hacía más intenso con cada desliz de sus dedos.

—Tegan —jadeó ella, volviendo la cabeza para mirarlo con ojos aturridos y brillantes—. Tegan... por favor... haz algo.

Puso la mano sobre la de él, pero él ya la tenía en movimiento. Deslizó los dedos por debajo del trocito de algodón húmedo entre sus piernas. Los hilos rizados estaban empapados y pegajosos, y los pétalos de su sexo se apartaron dejando abierto el camino cuando él deslizó el pulgar a lo largo del delicado valle que había entre ellos.

Dios, era tan suave. Como terciopelo y satén.

Y su aroma...

La fragancia de su excitación era una aplastante combinación de brezo y rosas y fresca lluvia primaveral.

—Por favor —susurró, obligándolo a acelerar el ritmo cuando él quería tomarse su tiempo para saborearla.

Pero el deseo de ella había llegado demasiado lejos. Él la había amenazado con no tener piedad, y aunque sabía que era un bastardo de corazón helado, no podía negarle el alivio.

—Bebe algo más —dijo él, con la voz reducida a un tosco gruñido en la garganta—. Yo me ocuparé del resto.

Elise le obedeció, apresurándose a chupar su muñeca mientras Tegan la acariciaba para producirle un estallido de alivio. Ella se deshizo en una ola tras otra de escalofríos de placer, mordiéndolo fuerte con su desafilada dentadura humana mientras el clímax le tensaba todo el cuerpo.

Cuando terminó, los colmillos de Tegan estaban latiendo, y su sexo empujaba para liberarse y enterrarse en lo más profundo del húmedo y caliente centro del cuerpo de Elise. Apartó la mano de ella, con los sentidos inundados del tóxico perfume a sexo y sangre de aquella caliente y lánguida mujer.

Él deseaba abrirla las piernas y montarla como un animal. Lo deseaba tan desesperadamente que la cabeza le latía con la urgencia de arrancarse el pantalón que ella le había obligado a conservar puesto y arrojarse sobre ella con una lujuria salvaje y furiosa.

«Oh, sí».

Eso era justo lo que necesitaba hacer para convertir aquella ya de por sí mala situación en una auténtica catástrofe de dimensión nuclear.

Lo que realmente tenía que hacer era salir corriendo de ahí.

Ya era demasiado malo que no lo hubiera hecho antes de que ella consiguiera

persuadirlo de ofrecerle su vena.

Con un gruñido de frustración, Tegan apartó su brazo de la boca floja de Elise y se llevó la herida a los labios. Selló los agujeros con la lengua, lamiendo el último rastro de sangre y tratando de no notar el sabor de la piel de Elise. En eso también falló.

—Tengo que irme —dijo, y no quiso mirarla para evitar la tentación de cometer otra imbecilidad esa noche. Se desplazó hasta el borde de la cama y puso los pies en el suelo. Cogió su camisa y se la puso por encima de la cabeza—. Si insistes en ir conmigo a Berlín, tendrás que estar lista mañana por la noche. Saldremos tan pronto como anochezca.

A Elise, la espera hasta la noche siguiente se le hizo interminable. Se había vestido y abandonado la habitación de Tegan muerta de vergüenza inmediatamente después de que él se marchara, y de algún modo logró encontrar, sin ser vista, el camino hacia el cuarto que Gabrielle había preparado para ella en el recinto. Una vez dentro de la confortable habitación, se había refugiado allí como una ermitaña, fingiendo un dolor de cabeza para poder estar a solas y no tener que enfrentarse al escrutinio de las otras mujeres —y Dios no lo quisiera, de los otros guerreros— para que nadie pudiera sospechar lo que había pasado entre Tegan y ella.

No es que Tegan hubiera hablado de lo que habían hecho.

Desde luego estaba segura de que habría conseguido indignarlo, si no era por usarlo como su huésped de sangre, definitivamente sí por lo humillante que había sido su reacción durante el suceso. No podía dejar de pensar en eso, y dudaba que una disculpa bastara para excusar su comportamiento. Y eso suponiendo que él le diera la oportunidad de disculparse.

En las casi veinte horas que habían pasado desde que se había marchado, al parecer nadie había tenido noticia de él. No había dicho dónde iba, simplemente se había limitado a vestirse y ponerse las botas y luego había dejado a Elise sola en su cuarto como si no pudiera soportar estar cerca de ella ni un solo segundo más. Era comprensible, naturalmente, ya que ella los había avergonzado a ambos.

Una parte de ella consideró renunciar a la idea de ir con él a Berlín, al menos para conservar lo poco que le quedaba de orgullo. Pero ya había llevado las cosas demasiado lejos y era un poco tarde para echarse atrás ahora.

Podía sentir la sangre de Tegan en su interior, el vago rumor de poder que latía en sus sienes y en cada una de las zonas donde sentía el pulso de su sangre. Cinco años sin sangre de la estirpe en su cuerpo la había minado más de lo que había notado. Beber de Tegan fue una revelación. Lo sentía fluyendo a través de sus músculos, de sus huesos, de sus células, dotándola de una vitalidad que ella ya casi había olvidado que era posible. Incluso sus sentidos se habían afinado, volviéndose más agudos, simplemente con sólo probar la sangre de ese guerrero de la primera generación.

Y por causa de ese vínculo de sangre con él, ella sintió el momento preciso en que Tegan entró en el recinto. Estaba allí, en alguna parte, su llegada fue como una luz que se encendía en algún rincón oscuro de su mente.

Era un vínculo con él que ahora ya nunca se podría romper... esa conciencia profunda de él. Siempre estaría unida a Tegan, sería consciente de él en un nivel elemental, hasta el día en que uno de los dos muriera.

Dios, ¿qué era lo que había hecho?

Elise caminó de un lado a otro de la habitación, ansiosa ahora que llegaba el momento de partir hacia Berlín con Tegan. Tal vez le convendría aventurarse dentro

del recinto para asegurarse de que él no pretendía irse sin ella. O tal vez debería esperar a que viniera a buscarla.

Soltó un profundo suspiro y se dirigió hacia la puerta... En el mismísimo segundo en que alguien golpeaba al otro lado.

No era Tegan; sus sentidos se lo dijeron. Elise abrió la puerta y se quedó helada al encontrar una cara familiar.

—Oh. —Bajó la mirada, sorprendida y avergonzada—. Hola, Sterling.

No era capaz de mirarlo, especialmente ahora que él estaba allí de pie con una sincera preocupación en la mirada.

—He oído que no te encontrabas bien. Savannah dijo que te has pasado todo el día aquí sola, por eso... quise venir a comprobar si estabas bien.

Elise asintió.

—Estoy bien. Es sólo un dolor de cabeza. Para ser sincera, necesitaba estar un tiempo a solas.

—Por supuesto. —La voz de Sterling sonó escolar, casi torpe. Permaneció un rato en silencio antes de volver a hablar—. No puedo creer lo que él te hizo en el laboratorio, por qué sintió la necesidad de decirte lo que te dijo...

—No... No te preocupes por mí. No es necesario, Sterling.

Él soltó un áspero suspiro, irradiando ira desde su rígida posición en la puerta.

—Tegan se pasó de la raya. No tenía derecho a hablarte de esa forma. No espero que tenga el honor suficiente como para disculparse por lo que te hizo, por eso he venido a hacerlo yo.

—No tienes que hacerlo —dijo ella, alzando la mirada hacia aquellos ojos de piedra, azules y familiares.

—Sí, quiero hacerlo —insistió él—. Y no sólo por el comportamiento de Tegan, sino también por el mío propio. Ah, Cristo... Elise. Lo que pasó con Camden esa noche junto a los Refugios Oscuros... Lo lamento tanto. Lamento tanto cada una de las cosas que ocurrieron. Si pudiera haber intercambiado el lugar con él... si pudiera haber sido yo quien me convirtiera en renegado... yo quien hubiese estado frente a ese revólver cuando se apretó el gatillo...

—Lo sé. —Ella se acercó a su cuñado y le apretó con suavidad el musculoso antebrazo—. Yo también lo siento.

Él la miró sombrío, tratando de rechazar sus disculpas con una rígida sacudida de cabeza.

Pero ella no podía callarse el resto ahora.

—Sí, escúchame, por favor. Yo te culpé por la muerte de Camden, Sterling, y eso fue un error por mi parte. Tú hiciste todo lo posible por salvarlo. Sé lo que te costó. Soy yo la que te debe una disculpa. Te sentías responsable de él... de mí... y yo dejé que soportaras esa carga cuando no debería haberlo hecho. No era justo para ti.

Una expresión tierna apareció en el rostro de él.

—Tú nunca fuiste una carga.

—No para ti, es cierto —dijo ella, con tanta suavidad como pudo—. Estuvo mal por mi parte no haberte señalado nunca ese hecho. Tendría que haberme asegurado de que tú sabías lo que yo sentía.

Él se puso rígido ante sus palabras, con la mandíbula tensa.

—Sterling, yo nunca quise herirte, o hacer que tú pensaras que nosotros podíamos de alguna manera, con el tiempo...

—Tú nunca hiciste nada inapropiado, Elise.

Su tono entrecortado y prudente sonó crispado en los oídos de ella.

—Y sin embargo yo te hice daño.

Negó lentamente con la cabeza.

—Todas las decisiones las he tomado yo, Elise. Tú no tienes nada que lamentar.

—No estés tan seguro de eso —murmuró ella, pensando en todos sus errores pasados, uno de los cuales probablemente iba a ser el sacrilegio del lazo de sangre que había cometido con Tegan.

Sintió que la presencia del guerrero se hacía más fuerte en su interior y supo que se encontraba más cerca. Podía sentirlo en el calor que se extendía en sus miembros y en la manera en que se le erizaba el vello en la nuca.

—Agradezco tu preocupación, Sterling, sinceramente. Pero todo está bien. Yo estoy bien.

Él levantó sus cejas castañas frunciendo el ceño.

—No parece que estés bien. Estás sonrojada. Y tienes moratones en los brazos.

—No es nada.

Él la miró a la cara, que probablemente estaba rosada por haberse nutrido recientemente de la sangre de Tegan y por el súbito aumento de vergüenza al darse cuenta de que Sterling pronto averiguaría por sí solo por qué estaba tan incómoda.

En efecto, lo comprendió de un modo instantáneo. Era evidente por el cambio de su expresión, y por el brillo de rabia que encendió sus ojos con un fuego índigo.

—¿Qué te ha hecho?

—Nada —dijo ella, sintiéndose invadida por la humillación, pero sin culpar a Tegan.

—Bebiste de él.

Era una acusación que Elise no podía desmentir.

—No es nada. No te preocupes por mí...

—¿Te denigró hasta que pensaste que necesitabas hacerlo? ¿Te... sedujo para que bebieras de él? —Sterling masculló una blasfemia, y sus colmillos emergieron mostrando su rabia—. Voy a matarlo. Si te forzó, te juro que ese cabrón me las pagará...

—Tegan no me obligó a hacer nada. Yo acudí a él. Fue mi elección. Yo le pedí que me dejara usarlo. Lo hice yo, Sterling. No fue él.

—¿Tú acudiste a él? —La miró como si ella acabara de abofetearlo—. Bebiste de él por tu propia iniciativa. Dios, Elise... ¿por qué?

—Porque le prometí a Camden que haría todo lo que estuviera en mi mano para asegurarme de que nadie más resulte herido por los renegados o por aquellos que les sirven. Hice un juramento, pero no puedo cumplirlo si mi cuerpo no es lo bastante fuerte. Tegan tenía razón. Necesitaba la sangre de la estirpe, y él me la dio.

Sterling se pasó la mano por el pelo, y luego sobre la cara. Cuando se acercó para agarrarla de los hombros, sus ojos estaban llenos de dolor y sus dedos la apretaron con fuerza.

—No tenías que degradarte a ti misma con un extraño, Elise. Maldita sea, podías haber acudido a mí. ¡Tenías que haber acudido a mí!

Ella se sobresaltó ante la crudeza de su voz, y ante la ferocidad de su bello rostro. Cuando trató de soltarse, él la apretó con más fuerza.

—Yo hubiera cuidado de ti. Te hubiera tratado bien. ¿Es que no lo sabes?

—Sterling, por favor, suéltame. Me estás haciendo daño.

—Yo en tu lugar haría lo que la dama te pide, Harvard.

La gélida orden se oyó apenas a unos pocos pasos en el pasillo. Tegan estaba allí de pie, vestido con un suéter de color grafito y pantalones negros. Tenía los brazos cruzados y uno de sus gruesos hombros se apoyaba contra la pared de mármol blanco. Todo en su postura indicaba que no podía molestarle el pequeño conflicto que tenía lugar entre Elise y el hermano de su difundo compañero, pero sus ojos contaban una historia diferente. Su mirada permanecía clavada en Sterling, sin pestañear, de una forma completamente amenazadora.

Elise levantó las manos hasta aquellas otras que la mantenían aferrada.

—Sterling, por favor.

Él la miró, afectado, y la soltó inmediatamente.

—Lo siento. Ahora soy yo el que se ha propasado de la raya. No volverá a pasar, te lo prometo.

—Desde luego que no —dijo Tegan, con un tono que sonó extraordinariamente protector aunque continuaba sin moverse del pasillo. Cuando Sterling retrocedió, claramente afligido por su inusual demostración, Tegan finalmente apartó la mirada de él para dirigirla hacia Elise—. El avión está listo. ¿Vienes o no?

Elise tragó saliva, e hizo un tembloroso asentimiento con la cabeza.

—Sí, voy.

Torpemente, se apartó de Sterling. Sentía sus ojos clavados en ella mientras avanzaba por el pasillo. El peso de la severa mirada de su cuñado permaneció en ella cuando se colocó junto a Tegan y se marchó caminando a su lado.

Chase se quedó en el umbral de la puerta bastante tiempo después que Elise y Tegan desaparecieran de su vista. No podía fingir sorpresa por el hecho de que Elise lo hubiera rechazado. Esa era una herida que llevaba mucho tiempo viendo venir, y que él mismo se había infligido.

Ella nunca le había pertenecido, no importaba la intensidad con la que él deseaba que las cosas fueran diferentes. Había pertenecido a su hermano. Y en su corazón probablemente todavía era así, incluso ahora que finalmente había sustituido su ropa blanca de luto por ropa de calle.

Y ahora una parte de ella pertenecía irrevocablemente a Tegan.

Esa era la verdad que lo sorprendía más. Tegan, el más letal de la Orden, el más frío. Aquel que tenía menos apego a la vida, incluso a la suya propia.

Sin embargo, en su necesidad, Elise había recurrido a él.

¿Y él habría tenido sexo con ella durante el proceso? Chase rechazaba considerar esa posibilidad, a pesar de que prácticamente jamás había escuchado que un vampiro diera su vena a una mujer y eso no culminara con el impulso sexual de poseer su cuerpo a cambio. Tegan no era de los que alardeaban de sus conquistas —en todos los meses que Chase llevaba en la Orden no había oído ni un simple alarde ni tampoco ningún comentario de algún otro guerrero—, pero las muchas noches que Tegan pasaba fuera del recinto no dejaban lugar a dudas de que tenía sus propias maneras de desahogo. Una mujer protegida como Elise probablemente no sería más que un momento de diversión para un individuo de hielo como Tegan.

—Maldita sea —murmuró Chase, dando un puñetazo a la pared del pasillo. Fue una acción inútil que sólo le ocasionó más dolor. Pero en aquel momento, hasta dio la bienvenida al dolor. Quería sangrar. Y mucho mejor si podía eliminar a unos cuantos renegados en el proceso.

Se encaminó por el pasillo y encontró a Dante ante la entrada del laboratorio con Niko, Brock y Kade. Todos iban armados como Chase, preparados para la patrulla nocturna.

Dante lo saludó con la cabeza al verle acercarse, sus ojos de color *whisky* lo miraron comprensivos.

—Ya se han marchado —le dijo, como si Chase debiera sentirse aliviado al oírlo—. ¿Estás bien, Harvard?

—¿Tengo pinta de necesitar un maldito abrazo de grupo? —Ladró—. Estaré mucho mejor en cuanto ponga los pies en la calle y mis manos se manchen con sangre de renegados. ¿Alguien más quiere venir a fulminar chupadores de sangre esta noche? ¿O vais a quedaros aquí parados pensándolo?

No esperó una respuesta, simplemente se dirigió hacia el ascensor del recinto con un oscuro y mortal propósito. Los otros guerreros fueron tras él.

Elise dormitó la mayor parte de las nueve horas de vuelo hasta Berlín. Tegan, en cambio, permaneció despierto. Nunca disfrutaba especialmente de los medios de transporte modernos, y aunque era capaz de apreciar la eficacia del viaje en avión, estar situado a más treinta mil pies por encima del suelo y a una velocidad de quinientas millas por hora estando atrapado dentro de varias toneladas de metal seguramente se situaba casi en el último lugar de su lista de cosas favoritas.

Se sintió aliviado cuando notó que el avión privado comenzaba su descenso gradual una vez llegaron al aeropuerto de Tegel, en Berlín. Minutos después, las lustrosas ruedas del aeroplano tocaron tierra firme.

—Ya estamos aquí —le dijo a Elise cuando la suave sacudida del aterrizaje la despertó.

Ella se estiró de manera recatada, tapándose la boca al bostezar.

—¿He estado dormida todo este tiempo?

Tegan se encogió de hombros.

—Necesitabas descansar. Tu cuerpo todavía se está adaptando a la sangre que consumiste. Eso puede llevarte un día o dos.

Ella se ruborizó con un rosado mucho más intenso que el que había aparecido en sus mejillas la noche anterior al alimentarse. Volvió el rostro como si quisiera ocultarle la reacción a él, levantó la persiana de la pequeña ventana ovalada que había junto a ella y miró la imagen de la ciudad que se extendía a sus pies, horas antes del amanecer.

—Es bonito —dijo, con la voz agradablemente ronca por el sueño—. Nunca he estado en Berlín. ¿Y tú?

—Una vez. Hace mucho tiempo.

A modo de respuesta ella le lanzó una débil sonrisa a través de la elegancia minimalista del fuselaje, luego volvió a apartar la mirada. No habían hablado de lo ocurrido entre ellos y Tegan no tenía ningún interés en sacar el tema. Ya era bastante malo que hubiera sido incapaz de quitarse de la cabeza la imagen de ella —y su increíble tacto de seda— todo el tiempo que había pasado fuera del recinto. Había albergado la esperanza de que ella se echara atrás con lo del viaje a Berlín, e incluso consideró la idea de cambiar los planes y salir sin ella.

No quería pensar qué era lo que lo había impulsado a acudir a buscarla y a intervenir cuando la encontró con Chase en el pasillo. La sacudida de instinto protector que sintió al ver las manos de otro hombre sobre ella fue instantánea. Quería culpar de eso al vínculo de sangre, pero el problema era que ese vínculo se había establecido en realidad sólo a medias. Él no había tomado sangre de Elise, así que no debería sentir un instinto posesivo hacia ella.

A lo largo de varios siglos había perfeccionado su estado general de apatía como

una armadura que había formado una malla con su propia piel, así que a menos que lo deseara, no debería tener ni una maldita sensación.

Pero la tenía.

Con sólo mirar a Elise, una tormenta de sensaciones no deseadas se desencadenaba en él, y una de ellas era una lujuria que le producía tirantez en cada centímetro de su piel y hacía que su sexo se levantara hasta dolerle. Difícilmente podía resignarse al deseo que sentía por aquella mujer. Haberla visto desatada cuando chupaba su muñeca no había hecho más que amplificar un deseo que ya de antes estaba allí. Ahora él se moría de deseo, y eso estaba condenado a ser desastroso. Porque si alguna vez llegaba a tenerla desnuda debajo de él, no habría quien le impidiera beber de la tierna vena de la compañera de sangre.

Ella lo sorprendió mirándola al apartar de repente la vista de la ventana.

—Hay un gran Rolls-Royce negro acercándose a nosotros por la pista.

—Será Reichen.

—¿Quién?

—Andreas Reichen. —Tegan se puso en pie mientras el avión se detenía—. Supervisa la mayor parte de los Refugios Oscuros de aquí. Nos quedaremos con él en su finca a las afueras de la ciudad.

La puerta de la cabina de mando se abrió y dos pilotos uniformados salieron para saludar a Tegan con la cabeza y preparar el desembarco. Ambos eran humanos, de primera clase y estaban disponibles las veinticuatro horas del día para la Orden. Todo lo que los pilotos sabían era que trabajaban para una empresa privada sumamente rica que exigía absoluta lealtad y anonimato a cambio de una sustanciosa suma de dinero.

Para la mayoría de los humanos, con eso era suficiente. Aquellos que demostraban ser poco dignos de confianza eran recompensados con un lavado total de la mente y tirados a la calle de una patada.

—Disfrute su estancia en Berlín, señor Smith —dijo el capitán, mientras abría la puerta del avión donde habían sido colocadas las escaleras para descender. Dedicó a Elise una sonrisa de cortesía cuando ella pasó junto a él al salir del avión—. Señora Smith —dijo educadamente—, ha sido un placer estar a su servicio. Que tenga un buen día.

En la pista, un chófer vestido con traje negro bajó de la limusina y abrió las puertas de pasajeros de la parte posterior del vehículo. Andreas Reichen también salió del vehículo mientras Tegan y Elise bajaban los últimos peldaños y caminaban hacia el coche.

Su aspecto era más el de un rico ejecutivo que el del libertino que Tegan sabía que era; su camisa gris y sus pantalones negros deportivos no tenían ni una sola arruga por debajo de su abrigo de sastre hecho a medida. Únicamente su cabello oscuro mostraba su lado más hedonista: lo llevaba largo y suelto, las gruesas ondas de color castaño se mecían con la brisa invernal que entraba en la pista.

—Bienvenidos, amigos —dijo con la misma voz de barítono tan elegante y

refinada que recordaba Tegan. El vampiro no había cambiado mucho en las muchas décadas que Tegan llevaba sin verlo, no sólo en su apariencia de estrella de cine, que era un descarado motivo de orgullo para él, sino también en su atrevida apreciación de la belleza femenina.

—Andreas Reichen —ronroneó felinamente, ofreciendo su mano a Elise.

—Yo soy Elise Chase —respondió ella—. Encantada de conocerle.

Cuando ella se acercó para aceptar su saludo, Reichen capturó suavemente sus dedos y los llevó hasta sus labios para darles un casto beso, haciendo a la vez una inclinación de cabeza.

—Encantado. Y es un honor darle la bienvenida a mis dominios.

Elise le sonrió tímidamente.

—Gracias, *Herr* Reichen.

El alemán frunció el ceño como si lo hubiera herido su formalidad.

—Llámame Andreas, por favor.

—Muy bien. Si tú me llamas Elise.

—Será un honor, Elise. —Tardó todavía un momento antes de apartarse para saludar a Tegan—. Qué alegría volver a verte, amigo mío, y más todavía en circunstancias más agradables que las de antes.

—Eso está por verse —dijo Tegan, sin preocuparse demasiado por el hecho de que su actitud sombría pudiera estropear las cortesías—. ¿Está todo preparado para la visita al centro?

—Sí, todo está en orden. —Reichen señaló el vehículo detenido—. ¿Nos ponemos en marcha? Klaus se ocupará de vuestro equipaje.

—Aquí está —dijo Tegan, levantando un petate de cuero negro que contenía su traje de combate y algunas armas extras—. No nos quedaremos más que un par de días. No puede llevarme mucho tiempo averiguar lo que necesito saber de ese tal Odolf.

Dos hoyuelos idénticos aparecieron en las mejillas cinceladas de Reichen.

—No me sorprende que lo único que te interese a ti sea el trabajo, Tegan, ¿pero qué hay de la dama?

Elise negó con la cabeza.

—Este viaje ha surgido tan de imprevisto que no he tenido ocasión para prepararme...

—No importa —dijo Reichen—. Yo me ocuparé de eso. Tengo cuentas en varias casas de diseño exclusivo de la ciudad. Llamaré desde el coche y pediré que hagan una selección para los dos y la traigan hoy a la finca.

Abrió el teléfono móvil y comenzó a hablar incluso antes de que estuvieran sentados en la limusina. Tegan entendía un poco de alemán por los viejos tiempos, cuando toda la estirpe vivía en Europa, el suficiente como para saber que Reichen estaba encargando costosos vestidos y zapatos en tallas pequeñas adecuadas para Elise.

Cuando llamó a otra tienda y pidió un traje de sastre que estuviera hecho a medida para dentro de una hora, Tegan le lanzó una mirada amenazante.

—¿Dónde demonios vamos, Reichen?

—A una recepción, naturalmente. No es habitual en los Refugios Oscuros de Berlín recibir tan selecta compañía. Hay gente en la agencia en particular que han insistido en que les permita saludarte apropiadamente.

—Ya lo supongo —se mofó Tegan—. No tengo interés en desfilar como un mono vestido con esmoquin delante de un puñado de burócratas de los Refugios Oscuros. Sin ningún ánimo de ofenderte, Reichen, el resto de tus compinches embutidos en trajes me la sudan...

El alemán se aclaró la garganta como para recordar a Tegan que estaba en presencia de una dama y debía refrenar su lengua. Malditos tipos sofisticados con sus modales intachables. Una parte oxidada de Tegan reconoció que Elise probablemente no tenía por qué oírle hablar mal de la sociedad en la que se había criado. No hacía mucho ella formaba parte de ese mundo... y aún sería así de no haber sido por las muertes de su compañero y de su único hijo.

Reichen sonrió, arqueando las cejas cuando Tegan reprimió el resto de sus ideas.

Pero había una pequeña chispa de satisfacción en los oscuros ojos de Reichen que tenía poco que ver con el ambiente refinado en que se había criado. Era humor, diversión irónica.

—De hecho, Tegan, la recepción ha sido organizada en honor a tu encantadora acompañante. Tal vez no estés al tanto de que Quentin Chase era una de las figuras más respetadas en la Agencia, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. —Reichen inclinó la cabeza galantemente en la dirección de Elise—. Es un gran honor para nosotros recibir a la viuda del director Chase tanto tiempo como ella quiera quedarse entre nosotros.

Tegan frunció el ceño en el oscuro vehículo, mirando de reojo a Elise. Ella parecía menos sorprendida que resignada ante aquello, como si estuviera acostumbrada al tipo de atenciones que Reichen describía. Como si hubiera vivido ese tipo de alborotos sociales un montón de veces.

«Mierda».

Ella no había bromeado al afirmar que podría tener a toda la agencia de la Orden a sus pies con una sola llamada de teléfono.

—Su hospitalidad me supera, *Herr* Reichen... Andreas —se corrigió recatadamente—. Gracias por recibirnos con tanta gentileza.

Tegan la miró ahora con dureza, al ver lo fácil que asumía un rol diplomático con Reichen. No había sido tan enojosamente decorosa la noche anterior en el recinto. No, con él se había mostrado lasciva y exigente, perfectamente dispuesta a usarlo para obtener lo que necesitaba.

¿Y por qué demonios no?

Él sabía cómo era vista la Orden por las gentes de los Refugios Oscuros. Con la

excepción de algunos hombres de la generación actual, que quedaron impresionados por la destrucción de renegados del área de Boston el verano anterior, la mayor parte de la sociedad de vampiros entendía la Orden como un grupo de toros fieros. Y los de la Agencia —cuyas políticas de captura y rehabilitación operaban en dirección opuesta a los métodos empleados por la Orden para acabar con los mortíferos renegados—, eran quienes más los depreciaban.

No era extraño que Elise, como compañera de uno de los más altos oficiales de la Agencia, no viera a Tegan más que como un medio para conseguir un fin.

El hecho de haberle permitido beber, de pronto quemó a Tegan como un rayo de sol a mediodía sobre la piel. Y el hecho de morirse de deseo por esa mujer hizo que le vinieran ganas de saltar del coche en plena marcha y correr hasta el amanecer.

Sí, era una buena cosa que por fin lo viera jodidamente claro. Antes de permitirse a sí mismo hacer algo todavía más estúpido con esa mujer.

Elise pasó las manos sobre los metros de brillante seda india que la cubrían. El diseño de aquel vestido sin mangas era para quitar el aliento, uno entre más de una docena de piezas de alta costura que Andreas Reichen había encargado traer aquel día desde la ciudad para que ella escogiera. Se decidió por el vestido más sencillo y del color menos llamativo, con el deseo de no tener que acudir finalmente a la recepción.

La habían tratado todo el día como a una reina, e incluso ahora, después de haber dormido una breve siesta, no estaba de tan buen estado de ánimo como para afrontar las horas de vida social que la esperaban abajo, en el gran salón de baile de la finca a orillas del lago. Pero los años de práctica de la mano de Quentin le habían enseñado lo que se espera de un miembro de la familia Chase: el deber es lo primero. Ese había sido el credo personal de su marido, y Elise había aprendido a hacerlo propio. Por eso, después de una ducha rápida en su *suite* de invitada, se había puesto el vestido de un intenso color púrpura, que se ajustaba perfectamente a sus formas y unas sandalias con joyas incrustadas. Luego se arregló el cabello corto, imprimiéndole su estilo propio, y salió de la habitación preparada para cumplir con su papel.

O al menos ella creía que estaba preparada.

Tan pronto como descendió el recodo de la escalera de la amplísima zona de salones de arriba, el barullo de voces y música elegante la hicieron detenerse.

Aquella sería la primera recepción pública a la que acudía desde la muerte de Quentin. Hasta que había dejado los Refugios Oscuros cuatro meses atrás, se había mantenido de luto, vistiendo la larga túnica blanca y la faja escarlata que la identificaba como una compañera de sangre viuda. Como tal, había podido mantenerse encerrada en casa, viendo únicamente a aquellas personas que deseaba ver y poniendo esmero en evitar las miradas compasivas y los comentarios que no hacían más que recordarle todavía más la ausencia de Quentin.

Ahora ya no habría manera de evitarlo, se dio cuenta al ver que Andreas Reichen se apartaba del abarrotado salón de baile y se dirigía hacia ella cruzando el vestíbulo de mármol. Vestía un esmoquin negro y una camisa de un blanco impecable. Llevaba el pelo apartado de la cara, peinado hacia atrás y sujeto en la nuca con una coleta suelta, destacando sus pómulos marcados perfectamente afeitados y el ángulo de su mandíbula. La cálida sonrisa del atractivo alemán al acercarse la hizo relajarse inmediatamente.

—Una elección perfecta. Estás exquisita —dijo él, recorriéndola de arriba abajo con su mirada intensa al tiempo que le cogía la mano y la llevaba hasta los labios. El breve beso con que la saludó fue un suave susurro cálido como terciopelo. La soltó y le hizo una pequeña reverencia con la cabeza. Cuando sus miradas se encontraron, él frunció el ceño—. ¿Te ocurre algo? ¿Hay alguna cosa que no te guste?

—Todo está bien —le aseguró ella—. Es sólo que... hace mucho tiempo que no

hago esto. Estar en público, me refiero. Durante los últimos cinco años he estado de luto.

Reichen frunció aún más el ceño con actitud comprensiva.

—¿De luto todo este tiempo?

—Sí.

—Oh, Dios. Debes perdonarme, pero no lo sabía. Lo siento. Sólo tienes que decirlo y haré salir a todo el mundo. No es necesario que sepan por qué.

—No. —Elise negó con la cabeza—. No, nunca te pediría que hicieras eso, Andreas. Te has tomado muchas molestias y es una reunión muy agradable al fin y al cabo. Puedo superarlo. Lo haré.

Ella no podía dejar de mirar por encima de los anchos hombros de Reichen, buscando la única cara que conocía. A pesar de que difícilmente podía considerar a Tegan como un amigo, sí era familiar, y fuera grosero o no su fuerza la reconfortaría. Por el murmullo en la corriente de sus venas ella sentía que estaba cerca, en algún lugar de la mansión, aunque no al alcance de su vista.

—¿Has visto a Tegan? —preguntó, tratando de mostrar tan sólo un interés pasajero en la pregunta.

—No desde que llegamos esta mañana. —Reichen se rio mientras la apartaba de la amplia escalera y la conducía hacia el salón—. Y no vamos a verlo cerca de la recepción, estoy seguro. Nunca ha tenido mucho apego a los eventos sociales.

No, eso se figuraba ella.

—¿Lo conoces bien?

—Oh, no especialmente. Pero dudo que haya quien pueda afirmar conocer bien a ese guerrero. Personalmente, sé todo lo que necesito saber de él para considerarlo un amigo.

Elise sentía curiosidad.

—¿Y cómo es eso?

—Tegan acudió en mi ayuda hace algún tiempo, cuando esta zona sufrió un repentino y persistente problema con un grupo de renegados. Fue siglos atrás, a comienzos de 1800... 1809, en pleno verano.

Doscientos años puede parecer mucho tiempo a los oídos de los humanos, pero la propia Elise había estado viviendo entre los de la estirpe durante más de un siglo, tras ser rescatada de una barriada de Boston por la familia Chase cuando era una niña. Las comunidades de los Refugios Oscuros de la estirpe existían en varias partes de Europa y de los Estados Unidos desde hacía mucho más tiempo que eso.

—Las cosas debían de ser muy diferentes entonces.

Reichen gruñó como si recordara aquellos tiempos.

—Las cosas eran diferentes, sí. Los Refugios Oscuros no eran tan seguros como lo son ahora. No había cercos eléctricos, ni sensores de movimiento, ni cámaras para avisar del peligro. Normalmente, nuestros problemas con los renegados eran incidentes aislados... uno o dos vampiros débiles de voluntad sucumbían a la lujuria

de sangre y armaban un poco de jaleo entre la población humana antes de ser capturados y contenidos. Pero esa vez fue distinto. Esos renegados comenzaron a atacar tanto a humanos como a vampiros de la estirpe. Se habían agrupado en una banda para cazar, haciéndolo por deporte, según parecía. Lograron infiltrarse en uno de nuestros Refugios Oscuros. En el curso de la primera noche violaron y asesinaron un gran número de mujeres y mataron salvajemente también a algunos hombres de la estirpe.

Elise hizo una mueca, imaginando el terror que habría sobrecogido los corazones de los residentes de la zona ante semejante episodio de violencia.

—¿Cómo ayudó Tegan?

—Él por lo visto había estado vagabundeando por el campo y al entrar en Grunewald se cruzó con un hombre herido de los Refugios Oscuros de mi comunidad. Cuando Tegan oyó lo que estaba pasando se presentó ante mi puerta y nos ofreció ayuda. Le hubiéramos pagado lo que fuera, naturalmente, pero él no aceptó ningún honorario a cambio. No sé cómo lo hizo, pero dio caza a cada uno de esos renegados y los mató a todos.

—¿Cuántos había?

Reichen parecía sobrecogido.

—Dieciséis enfermos salvajes.

—Dios santo. —Elise ahogó un grito, completamente atónita—. ¡Cuántos!

—El Refugio Oscuro de Berlín que ves hoy podría no existir si no fuera por Tegan. Encontró y mató a los dieciséis renegados él solo, luego simplemente siguió su camino. No volví a saber nada de él hasta muchos años después, cuando se instaló en Boston con los pocos miembros de la Orden que quedaban.

Elise no tenía palabras ante lo que acababa de escuchar. Una parte de ella se asombraba ante el relato de la hazaña heroica de Tegan, pero otra parte fue presa de repente de un profundo escalofrío de pánico que la hizo temblar. Ella sabía que Tegan era un guerrero experto, un individuo extraordinariamente letal, pero en realidad no tenía ni idea de cuánta violencia era capaz de cometer.

Y pensar que ella lo había forzado la noche anterior. Acosándolo para hacerle profanar un vínculo de sangre que ella había iniciado con él. Lo que le había hecho era un insulto y, sin embargo, por algún milagro, él no la había atacado a pesar de tener todo el derecho a despreciarla por haberlo usado.

Dios santo.

Si todas las cosas espantosas que le habían hecho creer sobre los miembros de la Orden fueran tan sólo remotamente ciertas, ella probablemente no estaría allí. Sintió las piernas un poco débiles. El zumbido de sus sienes se hizo más intenso, distrayéndola como un enjambre de mosquitos volando junto a sus oídos.

—Andreas, creo que... debería beber algo.

—Por supuesto. —Reichen le ofreció el brazo y ella lo aceptó encantada—. Ven, te presentaré a la gente y me aseguraré de que todo sea de tu agrado.

Tegan esperó a que ellos se alejaran antes de bajar del piso de arriba de la mansión. Fue por las escaleras, aunque también podía haber dado un sencillo salto por encima de la barandilla de caoba y aterrizar en el vestíbulo de mármol tres pisos más abajo.

Después de llevar un día encerrado en la mansión esperando la caída de la noche, estaba a punto de salir a cazar en busca de sangre y renegados cuando oyó la voz de Elise y se detuvo en las escaleras de arriba. Se asomó para mirar justo a tiempo para alcanzar a ver que Reichen acudía hacia ella, lleno de su habitual encanto, y le besaba la mano ya por segunda vez desde que la había conocido. Le dijo que estaba exquisita, y desde luego lo estaba.

El vestido púrpura que llevaba marcaba su pequeña figura justo en los lugares precisos, era una maravilla arquitectónica de capas de seda cruzadas que formaba faldas vaporosas y con mucha caída. Sus hombros desnudos y el pelo rubio corto acentuaban las elegantes líneas de su cuello, que atrajeron los ojos de Tegan como un faro. Su pulso latía frenéticamente debajo de la oreja, y él sentía ese eco en sus propias venas, incluso ahora que ya no la tenía al alcance de la vista.

Maldición, necesitaba alimentarse.

Lo antes posible.

Vestido con traje de combate, Tegan se dirigió hacia el vestíbulo de la puerta principal de la mansión, ansioso por salir de aquel jodido lugar. Pasó rápidamente por delante de las anchas puertas abiertas del imponente salón de baile, ignorando el quejido en alza del cuarteto de cuerda y el caótico rumor de las muchas conversaciones que tenían lugar en la recepción.

Trató de ignorar la visión de Elise cogida del brazo de Reichen mientras el elegante alemán la llevaba ante la multitud de sus pares. Ella parecía de lo más elegante y refinada en medio de esa reunión deslumbrante, encajando perfectamente con la elite de los Refugios Oscuros.

Aquel era su mundo; no podía haber ninguna duda sobre eso ahora que él veía cómo se desenvolvía allí. Ella pertenecía a ese mundo, mientras que el lugar de él estaba en las calles, manchándose las manos con la sangre de sus enemigos.

Sí, pensó, sintiendo que un arrebató de ira lo recorría. Él pertenecía a cualquier sitio menos a ese.

Mientras caminaba por el salón del brazo de Reichen, Elise escudriñaba la multitud de cincuenta personas o más, reconociendo varios rostros por eventos a los que había acudido con Quentin en el pasado. Todo el mundo la miraba, desde el primer instante en que había entrado en la habitación. Las conversaciones se detuvieron, las cabezas se volvieron hacia ella. El cuarteto de cuerda que tocaba en el otro extremo de la habitación redujo su música a suave hilo musical mientras Andreas

la presentaba a las personas reunidas.

Le presentó una persona tras otra, una vertiginosa serie de nombres y rostros que finalmente comenzaron a hacerse más borrosos en su mente. Recibió expresiones de condolencia por la muerte de Quentin y escuchó, no con poco orgullo, cómo muchos de los representantes de la agencia relataban sus relaciones con su respetado compañero. Más de una persona le preguntó por la naturaleza de sus asuntos en Berlín, pero ella eludió las preguntas con tanta destreza como pudo. No le parecía prudente hablar de los asuntos de la Orden en un lugar público, y además era prácticamente imposible mencionar su relación con los guerreros sin explicar en primer lugar cómo había llegado a conocerlos.

¿Hasta qué punto se habrían horrorizado esos políticos de los Refugios Oscuros al saber que ella había estado en las calles de Boston cazando secuaces apenas unos días atrás?

Una parte rebelde de ella casi deseaba poder soltar la verdad, aunque sólo fuera para ver la reacción de esos estirados ciudadanos. Sin embargo, Elise se limitó a beber el vino que Reichen le trajo poco después de presentarle a la concurrencia, con la atención sólo parcialmente concentrada en el agente que llevaba quince minutos hablándole sin parar.

Inclinando ligeramente su nariz aguileña hacia ella, el imponente vampiro rubio ponía mucho interés en impresionarla mostrándole que había servido a la agencia la mayor parte de su vida, atormentándola con más de cien años de historias de guerra que lo engrandecían y que parecía dispuesto a describir con todo detalle.

Ella asentía y sonreía en los momentos apropiados, preguntándose cuánto podría tardar en terminarse la copa de vino.

Unos tres segundos, se decidió, bebiendo distraídamente el último sorbo del fino vino francés.

—Sus años de servicio son encomiables, agente Waldemar —dijo ella, logrando por fin interrumpir la conversación—. ¿Tendrá la amabilidad de excusarme? Me temo que este vino se me ha subido directamente a la cabeza.

El arrogante agente murmuró algo acerca del hecho de que ella todavía no había oído el episodio en que necesitó que le cosieran veinte puntos tras una pelea con un renegado, pero Elise se limitó a sonreírle educadamente mientras se colaba por la zona más abarrotada de la multitud.

En medio de los cuerpos perfumados y vestidos de seda, una mano femenina se estiró para alcanzar la suya.

—¿Elise? ¡Oh, Dios santo, qué maravilla volver a verte!

De pronto se vio inmersa en un cálido y fuerte abrazo. Cuando retrocedió, una ola de alegría la inundó al ver el rostro de su vieja y querida amiga Anna.

—Anna, hola. Tienes tan buen aspecto.

—Sí, estoy bien. Y tú... ¿cuántos años hacía que no nos veíamos? Los chicos eran tan jóvenes. ¿Fue cuando tenían seis años la última vez que nos vimos?

—Tenían siete —dijo Elise, golpeada por la ráfaga de un recuerdo. Camden y Tomás, el hijo de Anna se habían hecho amigos rápidamente, al pasar un verano entero juntos antes de que la agencia trasladara al compañero de Anna al otro lado del océano.

—No puedo creer lo rápido que pasa el tiempo —exclamó la otra compañera de sangre cogiendo la dos manos de Elise entre las suyas—. Supimos lo que le pasó a Quentin, por supuesto. Lo siento tanto por tu pérdida.

Elise intentó sonreír.

—Gracias. Fue... una época muy difícil. Pero me estoy adaptando a vivir sin él lo mejor que puedo.

Anna chasqueó la lengua.

—Y pobre Camden. Puedo imaginarme lo duro que ha sido para él también, perder a su padre cuando apenas había entrado en la adolescencia. ¿Cómo le está yendo? ¿Ha venido contigo a Berlín? Sé que a Tomás le encantaría verlo.

A Elise le pareció que toda la sangre se le iba de la cabeza ante esas preguntas bienintencionadas. El dolor de su corazón estaba aún muy vivo ante esa pérdida más reciente. Tan vivo que apenas le salía la voz para responder.

—Camden... bueno, él no está aquí. Hubo un accidente hace unos meses en Boston. Él... se metió en graves problemas y... —Tuvo que tomar aire y sacó las palabras de golpe—. Camden fue asesinado.

Anna se puso lívida.

—¡Oh, Elise! Perdóname, no tenía ni idea...

—Ya sé que no. No te preocupes. La muerte de Cam fue algo muy repentino y no hay mucha gente que lo sepa.

—Oh, querida amiga. Has pasado por demasiadas tragedias. Debes de ser la mujer más fuerte que conozco. Perder tanto en tan poco tiempo... a mí me hubiera destruido, estoy segura. Creo que simplemente me hubiera acurrucado hasta extinguirme.

Elise lo habría hecho también. Dios sabía que era exactamente eso lo único que quería hacer al principio. Pero la ira se apoderó de ella tras el sufrimiento inicial. El deseo de venganza la acompañó el resto del camino.

—Una hace lo que debe para poder sobrevivir —se oyó decirle a la afectada mujer que la miraba con tanta lástima—. Una simplemente... hace lo que puede.

—Por supuesto —respondió Anna. Sonrió, pero fue un esfuerzo tembloroso que no disimuló la incomodidad ante el giro que había tomado la conversación—. ¿Cuánto te quedarás en la ciudad? Tal vez si tienes tiempo podría mostrártela. Tenemos parques estupendos, y museos...

—Tal vez. —Elise miró su copa como si acabara de darse cuenta de que estaba vacía—. ¿Me disculpas? Creo que me daré un pequeño paseo y repondré mi bebida.

—Sí —dijo Anna, con una mirada todavía de compasión—. Ha sido una alegría verte, Elise. De verdad.

Elise apretó con suavidad la mano de su amiga.

—Para mí también.

Mientras comenzaba a alejarse, el murmullo de una conversación le llegó a través de la multitud. Elise no necesitaba volverse para saber lo que la había provocado; sintió una alteración en lo profundo de sus huesos y en la súbita sensación que se despertaba en su pecho.

—Por el amor de Dios —murmuró el agente Waldemar a unos pocos metros de ella. Él y algunos de sus colegas miraban con descarado desprecio hacia la puerta del salón—. Creo que al menos podía haber tenido la decencia de vestirse como corresponde a la situación. Son unos salvajes despreciables, todos y cada uno de ellos.

Elise giró la cabeza y vio a Tegan abriéndose paso entre la concurrencia. Era una imagen espantosamente sombría, vestido enteramente con traje de combate y cargado de armas. Su cabello rojizo demasiado largo caía suelto por sus anchos hombros vestidos de cuero, y había una expresión letal en sus ojos verdes que escudriñaban distraídamente a la multitud.

Él tenía que saber hasta qué punto su aspecto debía parecer una pesadilla para esos civiles refinados, pero se limitaba a hacer un gesto de desprecio a aquellos individuos que se atrevían a mirarlo fijamente.

—Mira a ese bárbaro inculto de la primera generación —se rio Waldemar ante sus compañeros de la agencia, autosuficiente y divertido—. Puede que las jóvenes generaciones estén impresionadas por los métodos violentos de la Orden, especialmente después de aquel espectáculo del verano pasado en Boston, pero basta simplemente con mirar bien a éste para ver a los guerreros como lo que verdaderamente son: unos matones incivilizados que llevan demasiado tiempo cumpliendo con sus propósitos.

El grupito se rio, todos pomposos con sus esmóquines de seda, su arrogancia emanando de ellos como un vino agrio.

Elise odiaba la forma en que los hombres de los Refugios Oscuros miraban a Tegan. Y en un pequeño y avergonzado rincón de su conciencia sabía que en otra época había sido culpable de lo mismo. Ella se había criado en una familia de la agencia casi desde su infancia, y ésta le había enseñado a creer que la Orden era exactamente lo que este hombre afirmaba que era.

Y con relación al propio Tegan, Elise tenía que reconocer que lo había estado juzgando de una manera muy injusta.

—Dígame, agente Waldemar —dijo Elise, colocándose frente al hombre de la estirpe y mirando fijamente sus ojos sorprendidos—. ¿Hace mucho que vive en los Refugios Oscuros de Berlín?

Él hinchó el pecho con orgullo.

—Hace ciento treinta y dos años, mi querida dama. Como mencioné antes, la mayor parte de ellos al servicio de la agencia. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido pensar que mientras usted y sus amigos participan en lujosas fiestas, dándose palmaditas en la espalda los unos a los otros y condenando a la Orden por obsoleta, los guerreros están en las calles arriesgando sus vidas cada noche para proteger a una nación que ni siquiera se ha molestado en agradecerles todo lo que han hecho en los últimos cientos de años.

Waldemar palideció y sus ligeras cejas rubias se enarcaron peligrosamente.

—Usted es la viuda de Quentin, así que no quiero molestarla con relatos acerca de lo brutales que pueden llegar a ser esos matones. Pero le aseguro, señora, que son asesinos desalmados, todos y cada uno de ellos. Especialmente ese de ahí —dijo, bajando la voz con actitud de conspirador—. Sería capaz de degollarla mientras duerme si sintiera que tiene que hacerlo, hágame caso.

—Ese de ahí —dijo Elise, sabiendo que Tegan estaba cada vez más cerca, ya que sus propias venas se encendían como alambres eléctricos y le zumbaban las sienes. Estaba furiosa y más indignada a cada segundo—, ese guerrero que usted insulta con tanta libertad es la principal razón de que todos ustedes estén aquí esta noche.

—En efecto —se mofó Waldemar, claramente incrédulo.

—¿Acaso la memoria histórica de esta comunidad tiene tan poco alcance que ha olvidado usted al hatajo de renegados que se colaron en los Refugios hace cien años, cuando mataron a muchos ciudadanos? Fue ese guerrero quien dio caza a esos renegados. Él solo salvó su comunidad, sin pedir nada a cambio. Creo que tener un poco de respeto por él no estaría fuera de lugar.

Ninguno de los hombres de los Refugios Oscuros dijo una palabra cuando ella terminó su diatriba y quedó a la espera de su reacción. Todos se apartaron de ella, el agente Waldemar más pálido que ninguno. Mientras el grupo se alejaba lentamente perdiéndose entre la multitud, Elise se volvió para encontrarse a apenas unos breves centímetros de Tegan. Él la miró con rabia, parecía más furioso que nunca.

—¿Qué demonios crees que estás haciendo?

Tegan sabía que era un error entrar en la recepción. Había recorrido a pie un kilómetro de distancia desde la mansión, cuando de golpe sintió la urgencia de regresar y revelar su presencia ante todos esos tipos idiotas que se creían mejor que él.

O tal vez sólo quería revelar su presencia a la mujer que tenía metida en la cabeza desde el primer momento en que la vio. Una parte masoquista de él quería reivindicar su presencia allí, a pesar de que sabía que ella se sentiría horrorizada, sobre todo cuando todo el mundo lo hubiera visto entrar en esa agradable fiesta vestido para la guerra.

Lo que no hubiera esperado de ningún modo era oír a Elise expresándose en su defensa como si él necesitara ser protegido de un puñado de charlatanes jactanciosos vestidos con esmoquin y pajaritas. No era capaz de recordar la última vez que había sentido el azote de la humillación, pero lo sentía ahora, de pie junto a Elise mientras el resto de la multitud parecía encogerse.

—Discúlpame —dijo ella, ignorando el hecho de que le estuviera pidiendo una explicación. Sin darle ocasión de hablar, simplemente se alejó. Tegan permaneció allí de pie, siguiéndola con la vista mientras ella dejaba la copa vacía en una bandeja y se dirigía hacia las puertas de cristal de la parte trasera de la finca que daban al lago y los jardines. Cuando salió sola al exterior, Tegan gruñó un exabrupto y fue tras ella.

Estaba a medio camino del agua cuando la alcanzó, mientras la hierba helada crujía bajo los delgados tacones de sus zapatos.

Tegan la cogió del brazo y la hizo detenerse.

—¿Quieres explicarme qué es lo que ha pasado allí dentro?

Ella se encogió de hombros.

—No me gustó lo que estaba oyendo. Lo que decían esos pretenciosos embutidos en trajes, como los llamaste tú, no era cierto, y tenían que saberlo.

Tegan soltó aire bruscamente y su aliento formó una niebla en el aire helado.

—Mira, no necesito que nadie intervenga en mi defensa... y menos con un grupo de gilipollas como esos. Yo me enfrento a mis propias batallas. La próxima vez, ahórrate la preocupación.

Ella entrecerró los ojos en la oscuridad y lo miró fijamente.

—¿No eres capaz de aceptar ni tan siquiera el menor gesto de amabilidad por parte de nadie, Tegan?

—La última vez que lo analicé me di cuenta de que me las arreglaba muy bien yo solito.

Ella se rio. Echó su bonita cabeza hacia atrás y realmente se rio, directamente en su cara.

—¡Eres increíble! Puedes cargarte tú solo todo un ejército de renegados, pero te

provoca un miedo mortal que le importes a alguien realmente. O todavía peor, que haya alguien que te pueda importar.

—Tú no sabes ni una puñetera cosa sobre mí.

—¿Hay alguien que la sepa? —Ella apartó el brazo que él le había cogido. Su rostro parecía duro a la luz de la luna, sus suaves facciones estaban más tensas—. Vete, Tegan. Estoy cansada y sólo... realmente quiero estar un rato a solas ahora.

Él observó cómo se levantaba el vestido por encima de los pálidos tobillos y recorría otro trecho hacia el oscuro lago, que brillaba en el espléndido paisaje. Se detuvo a la sombra de un viejo varadero de piedra junto a la orilla, envolviéndose con los brazos.

Tegan consideró la posibilidad de hacer lo que le había pedido, simplemente marcharse y dejarle su espacio. Pero todo aquello le había fastidiado y no estaba dispuesto a permitir que Elise le diera una bofetada verbal en la cara y él simplemente se marchara.

Estaba preparado para echarle en cara que tuviera el atrevimiento de afirmar que entendía su manera de pensar o de sentir, pero cuando se acercó a ella notó que estaba temblando. No se trataba de un temblor de frío, sino que era como una sacudida.

Dios santo, ¿estaba llorando?

—Elise...

Ella sacudió la cabeza y dio un giro para apartarse de él.

—¡Te he dicho que te marches!

Tegan fue tras ella, moviéndose más rápido de lo que podrían detectar los ojos humanos. Se puso ante ella, bloqueándole el paso. Sus ojos pálidos y llenos de lágrimas se alzaron hacia él antes de volver a girarse para apartarse de nuevo. No consiguió ni dar un simple paso. Él la alcanzó, sujetándola, envolviéndole los hombros temblorosos con los dedos.

Sintió el dolor de ella en el instante del contacto. Él no había ayudado nada, pero la gran causa de su dolor era algo más deprimente que la ira que él había provocado en ella. Tegan sintió sus emociones filtrándose a través de las yemas de los dedos y registró el frío dolor de la pérdida. Estaba de nuevo fresco, como una herida abierta que no había cicatrizado.

—¿Qué ha ocurrido ahí dentro?

—Nada —mintió ella, con la voz ronca por el dolor—. Pasaré, ¿de acuerdo?

Eran las palabras que él le había dicho en su apartamento cuando había despreciado su sufrimiento de manera cruel. Ella las recordaba ahora, mirándolo con sus brillantes ojos lavanda para animarlo a decirle algo amable, como pensando que él podía ofrecerle algún consuelo.

Y él quería ofrecérselo. Darse cuenta de eso fue como sentir un golpe en el centro del pecho. No quería verla sufrir.

Quería... Dios, ni siquiera sabía lo que quería cuando se trataba de esa mujer.

—Sé lo que estás pasando —se apresuró a decir—. Entiendo la pérdida, Elise. Yo

también la he sufrido.

«Ah, diablos».

¿Qué era lo que acababa de hacer? Una antigua parte de él se alzó a la defensiva muerta de miedo tan pronto como las palabras salieron de su boca. Hacía siglos que no contaba su cruda historia. Sabía que estaba exponiendo la parte más vulnerable de una bestia que llevaba mucho tiempo dormida, pero era demasiado tarde para echarse atrás.

—¿A quién perdiste, Tegan?

Él lanzó una mirada al agua iluminada por la luna y a las titilantes luces que iluminaban el camino, volviendo a pensar en la noche que había revivido cientos de veces en su mente. Más de quinientos años imaginando escenas alternativas, un sinfín de cosas que podía haber hecho, que tenía que haber hecho, que debía haber hecho de un modo distinto... pero las consecuencias jamás cambiaban.

—Se llamaba Sorcha. Fue mi compañera de sangre durante mucho tiempo, desde que nació la Orden. Fue secuestrada por los renegados una noche en que yo estaba patrullando.

—Oh, Tegan —susurró Elise—. ¿Ellos... la hirieron?

—Está muerta —respondió él, simplemente constatando el hecho.

No creía que ella quisiera saber los horribles detalles acerca de cómo la habían devuelto sus captores, violada y sometida a todo tipo de abusos, una cáscara rota de lo que había sido. Dios sabía que no quería hablar del momento en que le habían devuelto a Sorcha con vida, pero completamente vacía de su sangre y de su humanidad. Para su horror, la habían convertido en una secuaz.

Tegan se había vuelto loco, realmente perdió su autocontrol en los siniestros días que siguieron al rapto de su compañera de sangre y su regreso. Había caído en las garras de la lujuria de sangre y estuvo peligrosamente cerca de llegar a convertirse en un renegado.

Todo para nada.

Cuando finalmente le sobrevino la muerte a Sorcha fue una bendición.

—No puedo recuperarla, y no puedo borrar lo que pasó.

—No —dijo Elise suavemente—. No podemos hacer eso. ¿Pero cuánto tiempo nos llevará dejar de culparnos a nosotros mismos por todo lo que hubiéramos deseado hacer diferente?

Él le devolvió la mirada, nada acostumbrado a este tipo de afinidad. Pero fue el dolor que vio en sus ojos lo que consiguió que algo en su interior se descongelara un poco.

—Tú no le diste a tu hijo la droga que lo corrompió, Elise. Tú no lo empujaste a ese abismo.

—¿No lo hice? Yo creía que lo estaba protegiendo, pero lo mantuve demasiado controlado todo el tiempo. Él se rebeló. Quería ser un hombre, era un hombre, pero yo no podía soportar la idea de perder a mi niño porque era lo único que me quedaba.

Cuanto más trataba de mantenerlo cerca más se alejaba él.

—Todos los chicos pasan por eso. Eso no significa que tú provocaras su muerte...

—Discutimos la última noche que lo vi —soltó ella—. Camden quería ir a una especie de fiesta, una *rave*, creo que la llamó. Por entonces, algunos jóvenes ya habían desaparecido, así que a mí me preocupaba que pudiera ocurrirle algo. Le prohibí que fuera. Le dije que si lo hacía no le permitiría regresar a casa. Era sólo una amenaza vacía. Yo no pensaba...

—Dios —murmuró Tegan—. Todos decimos cosas de las que nos arrepentimos, Elise. Tú sólo tratabas de mantenerlo a salvo.

—Y en lugar de eso lo maté.

—No. La lujuria de sangre lo mató. Marek y el humano al que pagó para crear el carmesí mataron a tu hijo. No fuiste tú.

Ella cruzó los brazos contra su pecho y negó con la cabeza sin decir nada. A él no le pasó inadvertida la repentina avalancha de lágrimas que llenaron sus ojos.

—Estás temblando. —Tegan se sacó su pesado abrigo de cuero y la envolvió con él antes de que ella pudiera negarse—. Hace demasiado frío. No deberías estar aquí fuera.

Y menos con él, pensó, ahora que se sentía tan tentado a acariciarla.

Antes de poder detenerse, llevó la mano a su mejilla y le secó las lágrimas que resbalaban por su bella piel. Acarició su rostro y pasó el dedo pulgar por sus labios. Era demasiado fácil recordar lo húmeda que había estado su boca al apretarse contra su muñeca. Lo caliente que estaba su lengua cuando lo lamía, haciendo fuerza para extraer su sangre.

La sensación de su cuerpo, hambriento y retorciéndose de anhelo, lograba inflamarlo.

Quería eso de nuevo, con una ferocidad que lo sorprendía.

—Tegan, por favor... no. —Elise suspiró, cerrando los ojos como si supiera lo que él estaba pensando—. No lo hagas si no quieres. No me toques así si no... si no lo sientes.

Él le levantó la barbilla y pasó con ternura las yemas de los dedos por sus párpados, suaves como pétalos de rosas, alentándola a mirarle. Ella abrió los ojos lentamente, sus pestañas oscuras enmarcaban esos estanques de hermosa luz amatista.

—Mírame, Elise. Dime lo que crees que estoy sintiendo —murmuró él, luego inclinó su cabeza hacia la de ella y apretó su boca contra sus labios, ligeramente separados.

La calidez de su beso fue como una llama, calentando el frío espacio de su pecho. Él hundió los dedos en el corto y sedoso pelo de su nuca, sosteniéndola contra él mientras deslizaba la lengua por la abertura de sus labios. Ella los separó y ahogó un grito, temblando en sus brazos mientras él saboreaba el terciopelo de su boca.

Cuando levantó las manos para tocarlo, fue Tegan el que tembló, conmovido por la sensación que lo embargaba al abrazarla, atónito al ver cuánto necesitaba aquello,

cuánto necesitaba a esa mujer. Llevaba tanto tiempo sin permitirse ese tipo de intimidad. Los siglos de soledad habían sido su consuelo, pero aquello...

El deseo que sentía hacia aquella mujer lo inundó con su intensidad. Las encías le latían al emergerle los colmillos. Aun con los ojos cerrados sabía que sus iris brillaban con luz ámbar, como prueba del deseo que sentía por Elise.

Notaba la piel tirante, los *dermoglifos* le picaban por la súbita ráfaga de sangre que avivaba su color creando intensos matices índigo, burdeos y dorados. Él sabía que ella tenía que notar la dura cresta de su sexo, que se apretaba entre los dos cuerpos, empujando contra el vientre de ella.

Elise tenía que ser consciente de todas las reacciones que causaba en su cuerpo, tenía que saber lo que significaban, y sin embargo no lo apartaba de ella. Él apretó aún más los dedos en sus hombros, sujetándola con una intensidad que le costaba entender.

Fue él quien se apartó, rompiendo el contacto mientras murmuraba una maldición en voz baja. Cuando alzó la vista hacia la mansión, vio varias caras junto a los cristales, los pares de Elise los contemplaban con abierto desprecio.

Elise también los vio. Siguió la mirada de él hacia el césped y los jardines helados, pero luego volvió a fijar los ojos en los suyos, sin ningún rastro de vergüenza en su expresión. Sólo una mirada de respeto, y el persistente calor del deseo en sus ojos.

—Déjalos que miren —dijo ella, acariciándole la mandíbula delante de aquel público desaprobatorio—. No me importa lo que piensen.

—Debería importarte. Tu mundo está ahí, al otro lado de esos cristales. —Tenía claro que ella no podía permanecer más tiempo allí con él a solas, no cuando el beso que se habían dado ardía todavía en sus venas—. Deberías entrar.

Ella dirigió la mirada hacia las luces doradas que salían del salón y negó lentamente con la cabeza.

—No puedo volver ahí dentro. Los miro y todo lo que veo es una bonita jaula. Me dan ganas de salir corriendo antes de que caiga la trampilla y me atrape otra vez.

A Tegan le sorprendió su franqueza.

—¿No eras feliz en los Refugios Oscuros?

—Eso era lo único que conocía. Quentin era todo lo que conocía. Su familia me cuidó desde que era una niña y me criaron como a una hija desde que llegué a los Refugios Oscuros. Les debo todo lo que la vida me ha dado.

Tegan gruñó.

—Eso me suena a gratitud. No tiene nada de malo, pero lo que yo te preguntaba es si eras feliz allí.

Ella le dirigió una mirada pensativa.

—La mayor parte del tiempo sí. Especialmente cuando llegó Camden.

—Has dicho que te sentías enjaulada.

Ella asintió ligeramente.

—Nunca he sido muy fuerte, físicamente. Mi don me hacía difícil salir de los Refugios Oscuros mucho tiempo, y Quentin creía que lo más prudente era que no fuese sola a ninguna parte. Él sólo quería protegerme, estoy segura, pero a veces era... agobiante. Y luego estaban todas las obligaciones de la agencia y todas las expectativas que tenías que cumplir por ser un miembro de la familia Chase. Era como estar caminando siempre por la cuerda floja: lealtad a la agencia en toda circunstancia, saber cuál es tu sitio y mantenerlo y no osar nunca hablar cuando no te toca. No puedo decirte las veces que tenía ganas de gritar, sólo para demostrarme a mí misma que podía hacerlo. La mayor parte de los días, todavía quiero.

—¿Y qué te detiene?

Ella lo miró con el ceño fruncido por encima del hombro.

—¿Cómo?

—Adelante. Grita ahora si quieres. Yo no lo impediré.

Elise se rio. Lanzó una mirada a la mansión que había tras ellos.

—Eso desde luego sería darles de qué hablar, ¿verdad? ¿Puedes imaginarte las historias que contarían mañana sobre tu manera de aterrorizar a mujeres civiles indefensas? Tu reputación no se recobraría jamás.

Él se encogió de hombros.

—Una razón de más para hacerlo, si me lo preguntas a mí.

Elise soltó un largo suspiro y su aliento se convirtió en vapor en el aire helado. Cuando se volvió para mirarlo una vez más, había un brillo suplicante en sus grandes ojos lavanda.

—No puedo volver a entrar ahí esta noche. ¿Te quedarías aquí fuera conmigo, Tegan, sólo durante un rato?

Los ojos de Marek se pusieron rojos de furia mientras escudriñaba el plan de vuelo que uno de sus secuaces le había traído hacía una hora desde el aeropuerto de Boston. Un avión privado fue programado en el último minuto la noche anterior para viajar hasta Berlín, llevando dos pasajeros, uno de los cuales era sin duda miembro de la Orden.

Tegan, estaba claro, basándose en la descripción visual procurada por el topo de Marek. Pero la mujer que lo acompañaba era un misterio. Tegan era un solitario consumado, y Marek no era capaz de imaginar qué podía haber llevado al estoico y letal guerrero a tolerar la presencia de una mujer más de los pocos minutos estrictamente necesarios.

Sin embargo, no siempre había sido así. Marek recordaba muy bien la devoción total del guerrero hacia la mujer que había escogido como compañera... Dios, ¿podían haber pasado ya quinientos años desde aquello? Era una mujer guapa, recordaba Marek, con un aire exótico y una sonrisa dulce y confiada.

Tegan sentía devoción por ella. Casi lo había destruido por completo perderla tan

salvajemente.

Lástima que finalmente se hubiera recobrado.

El hecho de que Tegan estuviera en Berlín ahora era una mala noticia. Eso unido a la pérdida del diario, un diario que a Marek le había llevado mucho tiempo encontrar, era nada menos que un maldito desastre. La Orden tenía el diario ahora, Marek estaba seguro.

¿Cuánto tiempo les llevaría encajar todas las piezas en sus sitio? Tendría que trabajar rápido si pretendía adelantárseles.

Lamentablemente, en aquel momento era de día, y a menos que quisiera arriesgarse a un baño de sol letal, tendría que esperar hasta que anocheciera para poder supervisar y tomar el control de la situación personalmente.

Hasta entonces, tendría que pedir a algunos secuaces que hicieran de ojos y oídos en su lugar.

Tegan abrió la puerta del varadero de piedra y de madera que había junto a la orilla del lago y condujo a Elise al interior. Ella no veía bien en la oscuridad, pero la mano de Tegan apretaba con firmeza la de ella y los pasos de él eran seguros mientras ella caminaba con cautela por el suelo de anchos tablones con sus zapatos de tacón alto.

El espacio donde había un bote grande estaba vacío durante el invierno, pues el agua estaba parcialmente helada cuando llegaba a la base del edificio.

—Debe de haber algún altillo por aquí arriba —dijo Tegan, guiándola hacia una escalera de piedra.

—¿Cómo lo sabes?

—Ésta era la cabaña del guardabosques la última vez que estuve aquí. Supongo que ya no lo necesitan, por eso Reichen la ha reconvertido para guardar uno de sus muchos juguetes.

Elise se subió los bordes de la falda y el abrigo demasiado largo de Tegan para subir las escaleras con él. Al llegar al último escalón, él abrió una puerta que reveló un amplio espacio construido con postes y vigas de madera en el techo. Era rústico, pero acogedor. La luz de la luna se colaba a través de una ventana de forma triangular que se abría al lago. Grandes sillones de cuero flanqueaban un sofá que estaba colocado para tener las mejores vistas, y en una de las paredes había una chimenea de piedra.

—Conociendo a Reichen tiene que haber electricidad por aquí —dijo Tegan detrás de ella. Un segundo más tarde, una lámpara de mesa se encendió al otro lado de la habitación, activada por su voluntad.

—De hecho, si no te importa, preferiría la oscuridad. Da tranquilidad.

La luz se apagó y fue reemplazada por el pálido brillo de la luna. Elise sintió los ojos de Tegan fijos en ella mientras caminaba hacia la ventana para apreciar el paisaje nocturno. Sus tacones se hundieron en una lujosa alfombra blanca... de piel de cordero, advirtió al bajar la vista hacia la suave y sedosa forma irregular que cubría el suelo. En un impulso, se quitó las elegantes sandalias y dejó que los dedos de sus pies se hundieran en aquella lujosa y gruesa piel.

Algo de su ansiedad se esfumó. Se entregó al tranquilo movimiento del agua y a la silenciosa oscuridad de aquel lugar. El estrés de la recepción la iba abandonando, pero su pulso aún latía con fuerza por el beso de Tegan. No había esperado que fuera tan tierno con ella, ni tan abierto como para compartir parte de su pasado.

No había esperado su deseo.

Él la deseaba, y ella también lo deseaba a él.

En el espacio alrededor de ellos prácticamente vibraba la conciencia de ese deseo, el aire tenso por todo lo que no se había hablado entre ellos.

—Ésta es una mala idea —murmuró Tegan acercándose a ella. Su voz grave le produjo una vibración en lo profundo de sus huesos—. No deberías estar a solas conmigo en este momento.

Elise se volvió a mirarlo y se sorprendió al ver el brillo ámbar en sus ojos. No se había extinguido desde que se besaron. Y tampoco el ardor de su cuerpo. Ella podía sentirlo, colándose a través del abrigo de cuero que la envolvía.

Tegan mostró sus dientes y sus colmillos en una sonrisa de reproche.

—En caso de que no estés segura, es tu momento para emprender una retirada rápida.

Ella no se movió. No tenía el menor deseo de salir en aquel momento, aunque supiera que Tegan no era de los que daban segundas oportunidades. Sostuvo su intensa mirada y lo observó mientras avanzaba hacia ella y le retiraba el abrigo de los hombros. Lo colocó en un sillón detrás de ella. Al enderezarse, pasó los dedos sobre la desnuda curva de su brazo. Su tacto irradiaba calor y sin embargo la hizo temblar.

Una espiral de deseo la embargó. Deseaba que él la acariciara, lo necesitaba tanto que un suave gemido se le escapó de la garganta.

Tegan frunció el ceño, sus cejas rojizas se alzaron encima de sus brillantes ojos ámbar. Apartó la mano con rabia.

—No —dijo con tensión—. No, es muy mala idea. Tomaría de ti más de lo que estás dispuesta a dar.

Cuando se volvió como dispuesto a marcharse, Elise se movió hacia él y llevó la mano hasta su rígida mandíbula.

—Tegan, espera. No quiero que te vayas.

Ella se acercó aún más, hasta que sus cuerpos se rozaron en la oscuridad. Ella oyó como él tomaba aire con dificultad a través de los colmillos y se puso de puntillas delante de él. Notó la ráfaga de calor que provenía de cada uno de los músculos de él en el instante antes en que sus labios se tocaron. Saboreó la ferocidad de su ansia en la manera en que la envolvía entre sus brazos, cada vez con más fuerza, su boca exigiendo mientras aceptaba el inseguro beso de ella y lo convertía en algo febril y oscuro.

Él gruñó, y Elise notó las largas puntas de sus colmillos contra los labios mientras él le pasaba la lengua. Ella se dejó, deleitándose en aquella invasión erótica, incapaz de reprimir una amorosa queja cuando él de golpe se apartó.

A él le pesaba el pecho cada vez que llenaba de aire los pulmones. La contempló fijamente, con sus ojos verdes totalmente inundados del brillo ámbar, sus pupilas eran dos finas hendiduras en el centro de ese dorado fogoso. Incluso en la oscuridad, envuelto por su traje de combate negro, ella podía notar que su sexo estaba completamente erecto. Había sentido la tensa cresta de su sexo apretándose insistentemente contra ella en el momento justo antes de que se apartara. Sabía que si se quitaba las armas y la camisa negra de punto, ella vería los *dermoglifos* agitándose vibrantes de color.

Nunca le había parecido un animal depredador tanto como ahora, un enorme y poderoso macho de la estirpe que podría tenerla debajo de él en un instante.

Más rápido aún, si quería.

Tal vez debería tener miedo, ahora más que nunca. Pero no era el miedo lo que hacía que le temblaran las rodillas. No era el miedo lo que aceleraba su corazón a un ritmo frenético.

Ni era tampoco el miedo lo que hacía que le temblaran los dedos mientras se los llevaba lentamente hacia la espalda para bajarse la cremallera del ajustado corpiño con la intención de quitárselo.

Antes de que se abriera ni tan siquiera unos milímetros, la gran mano de Tegan agarró la suya. La sostuvo allí, con el brazo de ella suavemente atrapado mientras su mano libre se situaba entre sus cuerpos. Sus dedos se movieron por encima del escote del vestido apartando un poco el borde de oscura seda que enmarcaba las cimas de sus pechos. Había algo deliciosamente posesivo en su forma de tocarla, en la manera en que con una mano contenía la mano de ella mientras que dejaba la otra deambulando libremente por su cuerpo.

Cuando volvió a besarla, fue de un modo descaradamente carnal, un profundo reclamo de su boca que imitaba el fuerte empujón de sus caderas apretándose contra ella. Con la mano que le sostenía la espalda la atrajo hacia delante y la miró con esos ojos encendidos de color ámbar para obligarla a entender lo cerca que estaba de precipitarse hacia el abismo.

Si ahora se lanzaba junto a él no habría vuelta atrás. Él tomaría su cuerpo y bebería su sangre. La fiera promesa de sus ojos no daba lugar a confusiones.

Como a punto de cumplir con su objetivo, Tegan estiró la mano y la pasó por la pendiente de su garganta. Dejó al descubierto su cuello y se inclinó hacia ella, recorriendo con la lengua el sendero de su carótida. Sus colmillos eran sutiles pero inconfundibles, abrasivos mientras su boca se movía hacia la tierna zona justo debajo de su oído.

Un temblor de inseguridad la hizo tensar al darse cuenta de dónde conducía aquello, no estaba preparada para que ocurriera tan rápido.

Realmente no debería estar allí.

No debería estar haciendo eso...

La pequeña risa de Tegan sonó cruel, oscuramente satisfecha. La soltó de inmediato, prácticamente empujándola para apartarla.

—Vete —le dijo, con una voz tan profunda que a ella le costaba reconocerla—. Vete de aquí antes de que haga algo que ambos lamentemos.

Ella se llevó la mano al cuello, donde todavía podía sentir el calor de su boca. Su pulso era ahora un martilleo, tan fuerte que resultaba audible para sus propios oídos. Cuando apartó la mano de su cuello vio que en las yemas de sus dedos había manchas de sangre.

Dios santo, ¿había estado tan cerca de morderla?

La mirada hambrienta de Tegan seguía cada uno de sus movimientos, y parecía en un estado lo bastante salvaje como para saltar sobre ella si vacilaba un solo segundo.

—¿Qué estás esperando? ¡He dicho que te largues! —gritó él con un aullido animal que la hizo entrar de golpe en acción.

Elise cogió las sandalias del suelo y salió corriendo del varadero, tan rápido como se lo permitieron sus piernas.

Tegan se dejó caer en el sillón más cercano tan pronto como oyó cerrarse de un golpe la puerta.

Tenía temblores por la necesidad física de ella, todos sus sentidos en tensión por la profundidad del hambre por esa mujer.

Cristo, había estado apenas a una fracción de segundo de hundir sus colmillos en ella.

Ese rasguño involuntario en su piel, que le había procurado el más ligero sabor de su sangre en la lengua, lo había dejado casi sin sentido. Se estremeció ante el dulce sabor de brezo y rosas que aún le quedaba en la boca. Sus colmillos latieron, junto con otra parte de su anatomía, ambas igual de hambrientas. Se maldecía por haber permitido que Elise se marchara.

La única cosa que lo había hecho detenerse fue notar en ella la repentina corriente de ansiedad. A través de la conexión que se establecía al tocarla sintió que una oleada de pánico se alzaba por encima de su deseo. Había estado tan maleable, tan receptiva, incluso cuando él la provocó deliberadamente, queriendo hacerle entender dónde quería llevar las cosas.

Y todavía quería llevarlas allí.

«Sí, directamente al infierno, con él abriendo el camino».

Se agarró a los brazos del sillón de piel, clavando los dedos en el cuero suave juntando fuerzas para ponerse en pie y correr tras ella. Que era lo que se moría de ganas de hacer.

La parte de él que era más salvaje que humana se indignaba ante la idea de controlarse. En su corazón era un depredador, y nunca lo había sentido tanto como en aquel momento, con sus ojos de vampiro reflejándose en el cristal y sus colmillos largos y afilados como cuchillas.

Cada uno de sus instintos oscuros estaba sintonizado para una sola cosa: Elise.

Le había bastado con probarla para encenderse con el deseo de más. ¿Qué ocurriría si alguna vez tenía la oportunidad de llenarse la boca con ese lujurioso néctar que corría a través de sus venas?

Ah, mierda. Estaba en muy mala forma.

Y necesitaba alimentarse.

No tanto por sustento como por distracción. Porque si no lograba saciar al menos una de las dos hambres que habían clavado sus garras en él, de seguro acabaría

teniendo a la exquisita Elise tumbada de espaldas debajo de él antes de que acabara la noche.

Elise no dejó de correr hasta que dio la vuelta a la mansión y encontró la entrada principal. Sabía que debía entrar. Era tarde y hacía frío. Sus pies desnudos estaban mojados y congelados, y el cuerpo le temblaba por el aire invernal de la noche. Sabía lo cerca que había estado del desastre con Tegan; debería sentirse agradecida de que él le hubiera dado la oportunidad de escapar de algo que finalmente sólo demostraría ser un error que le rompería el corazón.

Y sin embargo...

Permaneció de pie ante los escalones de mármol que conducían a su seguridad, y su mano se negó a alcanzar la puerta. El miedo que había sentido momentos antes en el varadero se había apagado convirtiéndose en otra cosa... algo que todavía la agitaba de muchas maneras, pero que ya no era tan duro.

Se había sentido ansiosa y aprensiva durante aquellos apasionados minutos con Tegan. Demasiado consciente del ansia que él sentía, y sorprendida al ver de qué manera ésta la excitaba. Ahora que había huido de él como una cobarde, se sentía... vacía.

Elise se alejó de la elegante finca.

Aquello no era lo que quería.

Tan pronto como las plantas de sus pies tocaron la hierba fría, se levantó la falda húmeda y echó a correr hacia la esquina de la mansión. Cruzó a través del gran patio y los jardines, y llegó casi sin respiración hasta la construcción de madera y piedra junto al lago. Abrió la puerta y subió las escaleras corriendo, preparada para que Tegan tomara de ella todo lo que quisiera.

Pero el lugar estaba vacío.

Él ya se había marchado.

Tegan se marchó a pie hacia la ciudad, moviéndose con la velocidad sobrenatural que hacía a los de la estirpe invisibles a los ojos humanos. Le había sentado bien la larga carrera desde los Refugios Oscuros de Reichen a la orilla del lago. El viento helado le había ayudado a aclarar sus ideas después de estar tan próximo a la catástrofe con Elise.

Pero sobre todo lo aliviaba ver la multitud de humanos que llenaban las calles de Lichtenberg en aquel distrito deprimido del este de Berlín. Filas y filas de monstruosos edificios de veinte pisos de altura se elevaban en aquel antiguo sector del Berlín este, contribuyendo a empeorar el aspecto del lugar. Había pocos turistas allí a esa hora de la noche. Sólo lugareños de rostro sombrío que se apresuraban para llegar a sus trabajos de mierda o las mugrientas cervecerías de la clase pobre

trabajadora, tipos que no abandonarían la República Democrática Alemana en sus vidas, con pared o sin pared de por medio.

Tegan escudriñó los alrededores con ojo hambriento. Estaba armado para buscar renegados, pero le bastaba con mirar para saber que no había ningún chupador de sangre en las proximidades. Mientras que en Boston esos cabrones enfermos de lujuria de sangre estaban por todas partes como cortesía de la reciente aparición de Marek, en Berlín y la mayoría de grandes ciudades apenas se había reportado una actividad mínima por parte de los renegados durante años.

Y ahora mismo eso le jodía.

Porque en aquel preciso momento, Tegan hubiera agradecido una buena pelea con sus enemigos... con unos cuantos si es que pudiese escoger.

Tuvo que reprimir su agresividad mientras caminaba por calles desoladas que lo harían adentrarse en el distrito. Observaba en busca de su presa de la noche, ignorando a una pareja de mujeres humanas que le echaron un vistazo al salir tambaleándose de un bar y cruzarse en su camino. Pasó ante ellas con un gruñido de fastidio.

No se alimentaría de una mujer.

No lo había hecho en todo este tiempo... no desde la muerte de Sorcha.

Había sido una decisión propia, algo que escogió autoimponerse como castigo por haberle fallado a la inocente muchacha que había hecho tan mal en confiar que él la mantendría a salvo de sus enemigos. Pero en algún momento del camino, la aversión de Tegan a beber de las mujeres, y sobre todo a unirse a otra compañera de sangre, se había convertido en un acto de desesperación.

Se había convertido en un acto de mera supervivencia.

Sus ansias eran demasiado profundas. Y él sabía por propia experiencia lo fácil que le resultaba perder el control. Había probado la lujuria de sangre una vez y no podía permitirse volver a estar cerca de nuevo.

Haberse sentido tan tentado por Elise aquella noche lo había puesto muy nervioso. Llevaba ya siglos sin desear llevarse a una mujer a la boca o a la cama. Había estado solo por su propia voluntad, vinculado únicamente a su misión de aniquilar renegados.

¿Pero ahora...?

—Joder —gruñó salvajemente entre los dientes y colmillos apretados.

Ahora le faltaban apenas dos segundos para decidirse a arrastrar el culo de vuelta hasta los Refugios Oscuros donde Elise probablemente estaba encogida de terror ante lo que él podría haberle hecho —lo que podía haber hecho a los dos— de haber sucumbido al impulso de beber de ella.

En lugar de eso, siguió hacia delante, y sus ojos se detuvieron en un trío de *skinheads* vestidos de cuero negro y con cadenas. Los cordones blancos de sus botas militares prácticamente brillaban en la escasa luz emitida por las farolas intermitentes encima de sus cabezas. Gritaban a una mujer mayor con un pañuelo en la cabeza que

avanzaba hacia ellos por la acera. Sus ojos oscuros miraron al suelo para evitar enfrentar la amenaza, y cuando empezó a cruzar la calle para apartarse de su camino, la banda de neonazis corrió tras ella, burlándose con horribles injurias racistas. La empujaron hacia el hueco de un edificio cercano, y uno de ellos le agarró el bolso. La mujer gritó y se resistió, y de pronto estaba siendo arrastrada hacia un callejón donde la situación sin duda iba a ponerse mucho peor.

Tegan se movió rápidamente, sintiendo que la furia de la batalla lo transformaba.

El primer *skinhead* no supo lo que lo golpeaba hasta que fue lanzado a varios metros de distancia. Se levantó, dio una mirada a Tegan y fue lo bastante prudente como para echar a correr en dirección contraria. Sus compañeros tardaron un poco más en convencerse. Mientras uno empujaba a la mujer hacia el interior del callejón sujetando la correa del bolso, el otro sacó una navaja y trató de clavársela a Tegan.

Falló.

Pero es condenadamente difícil acertar a un blanco que está delante de ti y al segundo siguiente está detrás, dislocándote un brazo. El *skinhead* aulló de dolor, tirando la navaja mientras caía de rodillas en la acera.

El aliento de Tegan salió de su boca formando una nube y sus manos estaban deseando acabar con aquel gilipollas, pero al que realmente necesitaba matar era al que estaba dando puñetazos a la anciana indefensa unos metros más allá.

—¡Fuera de mi vista! —le gritó al humano que estaba a sus pies y no paraba de gemir. Y mostró sus colmillos para asegurarse de que el tipo tuviera una buena imagen del infierno que lo esperaba si decidía quedarse.

—¡Ah, mierda! —gritó el humano, viendo muy claramente a Tegan. Se puso en pie y echó a correr, con el brazo dislocado oscilando de manera inútil a un lado.

Tegan dio la vuelta y se metió en el callejón, donde el último de los *skinheads* había conseguido quitarle el bolso a la anciana. Escarbó dentro de él, tirando al suelo el escaso contenido.

—¿Dónde está tu dinero, perra? ¡Debes tenerlo escondido en alguna parte por la fuerza con que sujetabas el bolso!

La mujer avanzó a gatas para recuperar una pequeña foto enmarcada del sucio pavimento.

—Mi fotografía —gimió, con un alemán teñido de acento árabe—. Es todo lo que me queda de mi marido. ¡Tú la has estropeado!

El *skinhead* se rio.

—Oh, me rompes el corazón. Asquerosa escoria extranjera.

Tegan fue hacia el tipo como un fantasma. Lo agarró del cuello y lo alejó de la mujer. Al hacerlo, vio como ella recogía sus escasas pertenencias y salía corriendo del callejón.

—¿Qué hay, superhombre? —susurró Tegan a un centímetro del oído del humano—. ¿Te cansarás algún día de aterrorizar a ancianas? ¿Tal vez quieras asaltar un hospital la próxima vez, eh? Apuesto que podrías atacar la planta de los niños. ¿O el

ala de enfermos con cáncer estaría más acorde con tu velocidad?

—Que te jodan —le respondió furioso el matón en inglés—. Tal vez debería mostrarte el depósito de cadáveres, gilipollas.

Tegan sonrió, dejando ver los colmillos.

—Qué divertido. Ese es exactamente el lugar donde vas a ir a parar.

El humano no tuvo ni la oportunidad de gritar antes de que Tegan le clavara los colmillos en la garganta y comenzara a alimentarse.

Tegan consiguió evitar a Elise durante todo el día. Elise no sabía dónde había ido la noche anterior, ni dónde había pasado las horas antes del anochecer, cuando estaba prevista su cita en el centro de recuperación de la agencia. Él ni siquiera le dirigió la palabra —de hecho apenas la miró— durante los cuarenta y cinco minutos que el coche de Reichen tardó en llevarlos a los tres hasta el sur de la ciudad, donde se hallaba el centro que albergaba al renegado Odolf.

La entrada contaba con una verja y un sistema de seguridad automático. No había ninguna señal que indicara qué había al otro lado de las altas y sólidas puertas de hierro, pero estaba claro por los cables de alto voltaje y el perímetro de pared de la fortaleza que lo que fuera que había dentro tenía que quedarse retenido allí. Mientras el coche se acercaba, Elise vio una delgada línea de luz roja que salía de uno de los dispositivos electrónicos que flanqueaban la entrada. Un momento más tarde, la pared de acero se abrió ante ellos.

El conductor hizo entrar el vehículo con facilidad, sólo para detenerse ante otro conjunto de grandes puertas. Cuatro guardias armados de la estirpe se acercaron a los dos lados del vehículo y abrieron las puertas. A Elise no le pasó inadvertido el profundo gruñido de Tegan cuando todos bajaron del coche prácticamente a punta de pistola.

Otro hombre de la estirpe apareció ahora, saliendo de un pequeño recinto sin ventanas construido en el interior del complejo, más allá de la verja. Tenía un aspecto serio y distinguido con su traje gris oscuro y su suéter negro de cuello alto, además de una barba castaña con reflejos pelirrojos perfectamente recortada en la perilla.

—Señora Chase —dijo, saludándola con un breve movimiento de cabeza—. Bienvenida. Soy Heinrich Kuhn, director de este centro. Si está preparada, la acompañaré al interior. —Miró a los dos hombres que venían con ella, echándole apenas un vistazo a Tegan—. Sus... acompañantes pueden esperarla aquí, si lo desea.

—Rotundamente no. —Tegan alzó la voz con fuerza, era la primera vez que hablaba desde que habían salido de la finca de Reichen, y sus palabras se deslizaron en el aire como una espada. Ignorando el ruido repentino del movimiento del metal cuando los guardias levantaron sus armas contra él, caminó hasta Elise, colocándose entre ella y el jefe del centro en una posición claramente protectora—. Ella no entrará ahí sola.

—Es completamente seguro —dijo el director, dirigiéndose claramente a Elise y no a Tegan, como si el guerrero no mereciese una explicación directa—. El paciente estará contenido, por supuesto, y además estará sedado por su alimentación, que debe de estar ahora a punto de terminar. No hay nada que temer por su parte, puedo asegurarlo...

—No me importa que tengas a ese chupador de sangre metido detrás de tres

metros de piedra sólida —ladró Tegan, con sus ojos verdes brillantes—. Ella no entrará a ese depósito de renegados sin mí.

Dos de los guardias lanzaron miradas nerviosas al director, como si esperaran la orden de actuar y, sin embargo, temieran la idea de mezclarse con ese guerrero de la primera generación cuya reputación letal era bien conocida.

Y hacían bien en vacilar. Elise no tenía ninguna duda de que si iban a más, se necesitaría más que unos guardias de seguridad entrenados en los Refugios Oscuros para dominar a Tegan. Andreas Reichen pareció comprenderlo también, y el alemán encontraba que la idea era medio divertida, pues se mantenía detrás sonriendo mientras contemplaba cómo sufría el ciudadano de traje.

—Señora, si es usted tan amable —dijo el director en un tono diplomático de falsa paciencia—. Las visitas al centro son muy raramente concedidas a nadie, debido al estrés que tienden a provocar a los residentes en tratamiento. Para complacer al director jefe de la Agencia, hemos hecho una excepción con esta entrevista, pero estoy convencido de que la mera visión de un guerrero dentro de la clínica puede ser perjudicial para el progreso de mis pacientes. Usted debe saber que los de su tipo se deleitan en afligir a los afectados de nuestra raza. Aquí en cambio nosotros practicamos la misericordia, y no la malicia.

Tegan se mofó.

—Entraré con ella. Eso está fuera de toda duda.

A pesar de que él mantenía la mirada fija en el director del recinto, Elise sabía que Tegan ya había valorado a los cuatro guardias y consideraba que no representaban ninguna verdadera amenaza. Por debajo del largo abrigo que llevaba puesto, el guerrero también iba armado con un terrible revólver y varias espadas letales alrededor de su torso y sus caderas. No hizo ningún movimiento para alcanzar alguna de sus armas, pero Elise sabía, por haberlo visto en acción, que le llevaría menos de un segundo convertir aquella extensión de pavimento en una sepultura empapada de sangre.

—Me gustaría que Tegan me acompañara dentro —dijo, tomando el control de la situación. Notó que Tegan la miraba de reojo por un instante, antes de volver a poner sus ojos de hielo en el director.

—Señora, realmente no creo que...

—Tegan viene conmigo. —Elise se quitó la chaqueta y la colocó sobre su brazo. Sonrió educadamente, pero su mirada era tan resuelta como su tono—. Me temo que debo insistir, director Kuhn.

La forma en que Elise manejó al engreído director fue impresionante. Ella conocía el protocolo de los Refugios Oscuros y de la Agencia y sabía cómo doblegarlos. Su condición de viuda de Quentin Chase podía conducirla muy lejos cuando no vacilaba en usarla.

El hecho de que hubiera apoyado a Tegan —cuando podría haberlo dejado luchar a él solo para conseguir entrar a interrogar al renegado— lo impresionaba aún más, sobre todo después de la forma en que habían acabado las cosas entre ellos la noche anterior. Elise se mantenía fría ante la presión, era una dama consumada y una estratega de nivel.

Ella era, él tenía que reconocerlo aunque sólo fuera en su interior, un recurso condenadamente valioso.

El hecho de que no pudiera quitarle los ojos de encima vestida con esos sensuales pantalones azul marino y la blusa de un blanco reluciente, no hacía más que aumentar su apreciación de ella. La prueba era una dura y gran presencia detrás de la cremallera de su traje de trabajo, mientras seguía el atractivo balanceo de sus caderas a través del segundo conjunto de puertas. Reichen había quedado atrás esperando junto al chófer.

Tegan ignoró las exclamaciones que reprimieron los empleados de la clínica cuando pasó ante ellos. Registró vagamente el desagradable barullo de las pisadas de los civiles a su alrededor... tanto aquellos que se precipitaban a apartarse de su camino, como esas otras pocas almas atrevidas que se asomaban desde detrás de sus monitores, o por las puertas de sus salas de reuniones, para echar un vistazo al oscuro y peligroso extraño que acechaba sus dominios.

El director del centro condujo a Tegan y a Elise al interior del lugar, a través de otro par de puertas de seguridad. Finalmente, doblaron por un largo pasillo de hormigón y se detuvieron ante una pesada puerta de acero que llevaba el rótulo de CENTRO DE TRATAMIENTO. El director marcó un código en el teclado insertado a la pared, luego puso su rostro delante de un escáner y esperó a que apareciera una luz haciendo una rápida lectura de sus retinas.

—Por aquí —dijo, sorbiendo el aire casi imperceptiblemente por la nariz, mientras sostenía la puerta abierta para que Tegan y Elise entraran a otro pasillo.

El espacio estaba iluminado con luz tenue. De manera intermitente se oían gemidos y aullidos de fieras que no resultaban del todo acallados por la suave música clásica que se oía a través de unos altavoces. A cada lado de las paredes había puertas cerradas, algunas con pequeñas ventanas que daban a las habitaciones ocupadas. Unas pocas estaban vacías, pero las demás albergaban a renegados en diferentes estados de conciencia, todos ellos atados con camisas de fuerza. Pesadas barras de acero equipadas con cerraduras electrónicas mantenían las puertas cerradas, manteniendo a los pacientes presos en sus habitaciones.

Tegan lanzó una mirada a una de las ventanas al pasar, captando la patética imagen de un vampiro de la estirpe, babeando y adicto a la sangre, su cuerpo flojo metido en un sucio mono blanco, la cabeza rapada y todavía con algunas pequeñas almohadillas de algodón por haber sido sometido a una reciente terapia de electroshock. Los feroces ojos ámbar del renegado estaban entrecerrados, como si le pesaran los párpados, y las pupilas se le iban hacia atrás sin control por efecto de

algún sedante que le habían dado.

—¿Ésta es la versión del Betty Ford^[1] en los Refugios Oscuros? —Tegan rio amargamente—. Y tu gente tiene la desfachatez de decir que la Orden carece de compasión.

Elise le lanzó una mirada para hacerlo callar, pero Kuhn hizo caso omiso al comentario provocador. Los condujo hasta la última de las celdas, deteniéndose para introducir un código de acceso. Cuando la luz situada encima de la puerta se puso verde, el director dijo:

—Mientras continúen alimentándolo, tendremos que esperar en la cabina de observación hasta que termine. Será cuestión de minutos.

Tegan siguió a Elise dentro del vestíbulo y tuvo que sostenerla, ya que ella retrocedió en el instante mismo en que vio el procedimiento que tenía lugar al otro lado del cristal.

—Dios santo —ahogó un grito, tapándose la boca con la mano.

En la habitación adyacente, el renegado llamado Petrov Odolf estaba atado con correas a una mesa de reconocimiento, como un espécimen en investigación. Estaba desnudo excepto por los múltiples conjuntos de gruesas abrazaderas de metal que le sujetaban cada miembro, el torso y el cuello y también todo el ancho de la frente. Su cabeza afeitada estaba envuelta con una máscara de cuero y cables que mantenían su mandíbula y sus enormes colmillos inmóviles con un tubo por el que caía sangre fresca dentro de su boca, proveniente del huésped que tenía la desagradable tarea de alimentarlo. El renegado se había orinado encima en algún momento del procedimiento, dejando un charco de orina debajo de la mesa, que sólo contribuía a hacer todavía más desagradable el espectáculo.

Y allí estaba la mujer.

Tegan soltó una buena maldición cuando su mirada siguió el tubo lleno de sangre que salía de la boca del renegado y llegaba hasta la parte interior del antebrazo de una mujer joven, que yacía en otra mesa de examen a poca distancia de él. Iba vestida con un mono clínico blanco sin mangas y estaba echada de espaldas muy quieta, de hecho tranquila, aunque sus mejillas estaban llenas de lágrimas.

—¿Metéis a una mujer con esa bestia?

—Es su compañera de sangre —replicó Kuhn—. Estuvieron juntos muchos años antes de que él sucumbiera a la lujuria de sangre y se transformara en renegado. Ella ha estado viniendo cada semana a alimentarlo, y también para continuar nutriéndose de él. Debe mantener su salud y longevidad para poder continuar cuidando de él. Verdaderamente él es afortunado por contar con su devoción. La mayoría de nuestros pacientes no tiene una compañera de sangre que cuide de ellos, así que deben alimentarse de donantes humanos.

Elise se acercó un poco más al cristal, obviamente paralizada ante aquel espectáculo repulsivo.

—¿Cómo encuentran esos otros donantes, director Kuhn?

Él se encogió de hombros cuando ella se volvió a mirarlo.

—No tenemos que buscar muy lejos. Estudiantes universitarios que quieren cursar estudios médicos por poco dinero, prostitutas, gente sin techo... drogadictos si estamos muy necesitados.

—Mierda —soltó Tegan, lleno de sarcasmo—. Es realmente una operación con clase la que hacéis aquí dentro.

—No hacemos daño a nadie, hablando en términos generales —dijo Kuhn con una irritante sonrisa—. Los procedimientos son supervisados cuidadosamente y ninguno de los huéspedes reclutados mantiene el mínimo recuerdo después de la operación. Simplemente los devolvemos a sus vidas con un poco de dinero en el bolsillo que no hubieran obtenido de otra forma. Pasar un poco de tiempo aquí es lo mejor que les puede pasar a algunos de esos desafortunados donantes que recogemos.

Tegan estaba a punto de escupir un comentario cortante ante aquel presuntuoso, pero hacía menos de veinticuatro horas él mismo había salido a la caza de sangre por las calles de Berlín. Y había matado, aunque pensara que podía justificarlo sabiendo que habría un criminal menos dispuesto a agredir a mujeres indefensas. Pero eso no lo convertía en un santo bajo ningún punto de vista. En su corazón, todos los de la estirpe eran depredadores despiadados. Algunos simplemente trataban de ocultarlo detrás de estériles paredes blancas y una flota de equipamiento clínico.

—Ya está —anunció el director del centro cuando sonó un breve pitido en la consola cercana a la ventana—. El procedimiento alimenticio está completo. Tan pronto como el paciente esté solo y descansando, podremos entrar.

Esperaron a que Odolf fuera desconectado de su tubo de alimentación. El vampiro luchó para evitarlo, y su insaciable adicción a la sangre lo hizo gruñir tras la máscara y los cables mientras los encargados interrumpían su suministro. Se agitó contra las correas que sujetaban su cuerpo, pero el esfuerzo fue torpe e inefectivo, sin duda por los sedantes que Kuhn había mencionado.

Los *dermoglifos* del renegado todavía variaban desde intensas tonalidades púrpuras al rojo y el negro, los colores del hambre feroz que viajaba hasta los diseños que había en su pecho desnudo y en sus hombros. Sus enormes colmillos aparecían como destellos blancos cada vez que había algún súbito rugido de protesta. Sus pupilas eran dos hendiduras verticales, los iris lanzaban una ráfaga de luz ámbar cada vez que trataba de levantar su enorme cabeza de la mesa, el sabor de la sangre lo había encendido hasta el punto de la locura, como les ocurría a todos los renegados.

Tegan debería saberlo. Él había vivido una sed similar, por mucho que le pesara reconocerlo. No había llegado tan lejos como ese macho, afortunadamente, pero había estado condenadamente cerca. Ver a ese hombre adicto a la sangre desde tan cerca le trajo vívidos recuerdos de esos meses oscuros en los que había luchado para superar su propia debilidad.

Mientras Petrov sacudía sus ataduras inútilmente, su compañera de sangre se levantó de la mesa cercana a la suya y se acercó con cautela a su lado. Mantuvo las

manos a los lados, aunque era claro por la angustia de su mirada que anhelaba tocar a su hombre. Dijo algo en voz demasiado baja como para oírse a través de los micrófonos, luego se dio la vuelta y se fue hacia la puerta de la habitación de observación, secándose las lágrimas de sus mejillas pecosas.

Kuhn le abrió la puerta, y ella pareció sorprenderse al ver que había público. Se sonrojó y bajó la mirada avergonzada.

—Perdón —murmuró, tratando de ir directamente hacia el pasillo.

—¿Estás bien? —le preguntó Elise con suavidad.

La compañera de sangre asintió temblorosa. Un sollozo roto y crudo se le atragantó en la garganta.

—¿Me disculpan, por favor?

—Por aquí —dijo el director Kuhn mientras la mujer del renegado se deslizaba de su lado y se dirigía hacia el pasillo—. No puedo permitirle más que diez minutos con él, señora Chase. Y debo insistir en que creo que sería mejor que el guerrero...

—En realidad —dijo Elise, con la voz llena de una confianza autoritaria—, me gustaría que Tegan condujera la entrevista sin mí.

—¿Cómo...? ¿Sin usted? —Kuhn alzó las cejas furioso—. Esas no son en absoluto las condiciones de nuestro acuerdo.

—Ahora sí. No voy a permitir que esa pobre mujer salga de aquí en ese estado de angustia —dijo ella. Luego miró a Tegan—. Tegan hablará con Petrov Odolf. Confío en él para esto, director Kuhn, y usted también puede confiar.

Ella no esperó a que el jefe del centro diera su consentimiento, se limitó a salir del cuarto de observación y fue directa tras la angustiada compañera de sangre, como un misil teledirigido vestido con traje de diseño y tacones.

Tegan tuvo ganas de sonreír, pero en lugar de eso dirigió a Kuhn una mirada inexpresiva.

—Después de usted —dijo, animando al director a tratar de sacarlo fuera de aquella celda de contención.

Elise encontró a la compañera de sangre a poca distancia en el pasillo. La mujer se hallaba sentada en un banco con cojines, tapándose la cara con las manos. Sollozaba en silencio, pero esos sollozos contenidos sacudían su cuerpo entero.

—Lo siento mucho —murmuró Elise, dudando si debería inmiscuirse en un momento tan íntimo, y sin embargo demasiado conmovida por lo que había visto como para dejar a la compañera de sangre sufriendo a solas. Sacó un pequeño paquete de pañuelos de papel de su bolso y se acercó a la mujer para ofrecérselos—. ¿Quieres uno?

Unos ojos marrones enrojecidos se alzaron para encontrarse con la mirada de Elise.

—Sí, gracias. Siempre pienso que seré fuerte por él, pero es tan duro. Y ver cómo está no lo hace más fácil.

—Por supuesto —dijo Elise, sentándose a su lado—. Yo soy Elise, por cierto.

—Irina —respondió ella débilmente—. Petrov es mi compañero.

—Sí, lo sé. El director del centro nos lo dijo.

Ella bajó la vista y cogió uno de los pañuelos de papel.

—¿Eres de Estados Unidos?

—De Boston.

—Qué lejos. El director Kuhn me informó que unas personas iban a venir a ver a mi compañero, pero no pudo decirme por qué. ¿Qué es lo que queréis de Petrov?

—Sólo necesitamos hacerle algunas preguntas, Irina. Eso es todo.

Había un brillo de preocupación en la mirada sesgada de la mujer.

—Ese hombre con el que estabas... no es de la estirpe de los Refugios Oscuros.

—No. Tegan pertenece a la Orden. Es un guerrero.

—¿Un guerrero? —Irina se puso visiblemente rígida, y su frente se arrugó—. Pero Petrov no ha herido a nadie. Es un hombre bueno. No ha hecho nada malo...

—Todo está bien —le aseguró Elise, colocando su mano sobre los dedos temblorosos de la ansiosa mujer—. Tegan no está aquí para hacerle daño, te lo prometo. Sólo para hablar con él.

—¿Sobre qué?

—Necesitamos cierta información sobre el linaje familiar de tu compañero. Necesitamos hablar con él, y ver si reconoce un símbolo dermoglífico en particular.

Irina suspiró y negó ligeramente con la cabeza.

—Prácticamente ya no me reconoce ni a mí. Dudo que os sea de mucha ayuda.

Elise sonrió, compasivamente.

—Tenemos que probarlo. Es muy importante.

—¿Me das tu palabra de que no le haréis ningún daño?

—Sí, te doy mi palabra, Irina.

La compañera de sangre contempló a Elise durante un largo momento, buscando y adivinando la verdad con sus cálidos ojos marrones.

—Sí —dijo finalmente—. Te creo. Confío en lo que me estás diciendo.

Elise apretó la mano de la mujer.

—¿Cuánto tiempo hace que tú y Petrov tenéis un lazo de sangre?

—Este verano hará cincuenta y siete años. —Había orgullo en la afirmación, y amor. Pero la tristeza se apoderó de su voz cuando continuó—. Lleva en... en este lugar... los últimos tres años.

—Lo siento mucho —dijo Elise.

—Yo creí que él sería más fuerte que la plaga que debilitó a su padre y a sus hermanos... creí que mi amor sería suficiente, ¿entiendes? Pero fue atrapado por demonios que nunca comprendí. Hace tres años, en las semanas anteriores a que lo perdiera por su enfermedad, era un hombre distinto.

—¿En qué sentido? —Elise formuló la pregunta con cuidado, sin querer entrometerse en la que había sido una época tan dolorosa para esa mujer.

—Cambió en muchos sentidos después de que su hermano mayor se convirtiera en renegado y muriera. Creo que tal vez Petrov sabía que estaba próximo el día en que él caería también. Era como si una terrible carga pesara de pronto sobre sus hombros. Se apartó de todo... de mí también. Se volvió reservado, escribiendo durante horas en su estudio, sólo para luego quemar los papeles hasta convertirlos en ceniza. Traté de recuperar alguna página, pero estaban llenas de cosas sin sentido, locuras incoherentes que no tenían explicación para mí. —Se encogió de hombros y bajó la cabeza—. Petrov comenzó a salir a alimentarse a altas horas de la noche mientras yo dormía. Casi me vuelvo loca en aquella época. Una noche me atacó, presa de la lujuria de sangre, y me di cuenta de que era el momento de que nos separáramos.

—Debe de haber sido muy difícil para ti, Irina.

—Sí —susurró—. La lujuria de sangre es una cosa terriblemente adictiva. Yo sabía que Petrov nunca volvería a casa. Es muy difícil que regresen de ese lugar. Pero todavía mantengo la esperanza.

La compañera de sangre agitó la mano mientras una nueva oleada de lágrimas caían de sus ojos.

—Escucha lo que voy a decirte. Necesito cambiarlo de este horrible lugar y llevarlo a mi propio hogar. Gracias por hablar conmigo. Y gracias por esto —dijo, cogiendo otro pañuelo de papel y secándose sus ojos húmedos.

—De nada, de verdad.

Elise se puso de pie junto a Irina y le dio un breve abrazo para que la otra mujer juntara fuerzas para irse. En cuanto se hubo marchado, Elise volvió a caminar por el pasillo hasta la celda de contención de Petrov.

Tegan estaba regresando, y no parecía muy contento. El director Kuhn iba justo detrás de él, murmurando algo acerca de «asegurar la comodidad del paciente» y de

«dosis perfectamente aceptables».

—¿Qué ha ocurrido?

Tegan se pasó una mano por el pelo.

—Odolf está tan medicado que se encuentra en estado prácticamente catatónico. No sacaremos nada de él en estas condiciones.

—Para el procedimiento de alimentación siempre se necesitan sedantes adicionales, por la seguridad del paciente y del huésped que lo alimenta —declaró Kuhn indignado.

—¿Y la otra media docena de drogas que le has metido? —lo desafió Tegan.

—Es sólo nuestro protocolo normal para asegurarnos de que nuestros pacientes están cómodos todo el tiempo.

—¿No has podido hablar con él en absoluto? —preguntó Elise, ignorando la bravuconería de Kuhn para concentrarse en Tegan.

—Un minuto después de que yo entrara ahí él estaba prácticamente inconsciente. Ha sido una mierda.

—Entonces tendremos que regresar mañana. —Elise se volvió hacia el jefe del recinto—. Estoy segura de que el director Kuhn podrá encargarse de que esté más lúcido cuando volvamos. ¿Verdad, director?

—Reducir la medicación de un paciente comporta un riesgo enorme. Si esa es su petición no nos haremos responsables del daño que pueda causar.

Elise lanzó una mirada a Tegan, quien le hizo un gesto de asentimiento.

—Está bien. Espérenos mañana por la noche a esta misma hora, y tenga a Petrov despierto y con la cabeza despejada para nuestra llegada.

La boca de Kuhn se puso tensa, pero inclinó la cabeza en señal de conformidad.

—Como usted desee, señora.

A pesar de que Tegan se mantuvo en silencio, ella notó sus ojos mirándola todo el tiempo desde que dejaron el centro de tratamiento y fueron escoltados de vuelta a donde esperaban Reichen y el conductor. Lo que fuera que había pasado la noche anterior entre ellos y lo que había quedado en sus conciencias desde entonces todavía estaba presente. Sólo con estar cerca de él, su cuerpo se llenaba de un inquietante calor.

Ella sabía que en parte era por el lazo que compartían a través de la sangre, pero había otra parte de ella que también respondía. Era esa otra parte —la elemental y conmovedoramente femenina— la que la turbaba más, porque después de la manera en que él la había dejado la noche anterior, parecía ser que ella estaba sola en su deseo.

Tegan se mantuvo estoico y silencioso con ella, caminando a su lado mientras el conductor del Rolls-Royce de Reichen abría la puerta trasera al verlos acercarse. Ella miró el interior del vehículo al subir y se sorprendió al encontrarlo vacío.

—¿Dónde está Andreas?

El conductor le hizo un educado y pequeño gesto con su cabeza calva.

—Con mis disculpas, señora, lo llamaron hace un momento para atender un asunto personal en la ciudad. Me pidió que contactara con él en cuanto usted y el caballero completaran su reunión aquí. Ahora lo iremos a buscar.

—Oh, está bien, Klaus. Gracias.

Elise se deslizó a la zona privada de pasajeros de la lujosa limusina. Tegan la siguió, sentándose frente a ella, con uno de sus musculosos brazos apoyado sobre el respaldo del suntuoso asiento de cuero. Sus piernas estaban indecentemente abiertas cuando se echó hacia atrás y la miró bajo la madeja de sus gruesos cabellos rojizos. La estaba evaluando con ese silencio suyo que era para enloquecer, con esos brillantes ojos verdes fijos en ella tanto tiempo que Elise ya no podía soportar el peso de su inexpresivo escrutinio.

Los pocos minutos que tardaron en llegar hasta el centro de Berlín parecieron una hora. Y había algo peor, a medida que se adentraban en el corazón de toda aquella humanidad, las sienas de Elise comenzaban a agitarse retumbando con el parloteo de cientos de pensamientos oscuros y voces horribles siseando impulsos corruptos en sus oídos. Volvió su rostro hacia el vidrio teñido de la ventanilla del coche, sintiendo la única barrera que separaba su don psíquico del exterior del vehículo.

«Dios, por favor, haz que el trayecto acabe pronto». Lo único que quería era acurrucarse en la cama y olvidar las últimas noches.

—... manejado muy bien.

La profunda voz de Tegan la arrancó de su creciente angustia. Estaba tan distraída que ni se había dado cuenta de que él por fin comenzaba a hablarle.

—¿Cómo has dicho?

—Antes, en el centro de rehabilitación. Estuviste muy bien... la manera en que maneja a Kuhn... y todo lo demás. Estoy impresionado.

La alabanza la reconfortó, especialmente porque sabía lo rara que era viniendo de Tegan. No era de los que daban mimos o repartían palabras amables a menos que lo sintiera realmente.

—Me hubiera gustado tener más suerte con Odolf.

—Averiguaremos lo necesario mañana.

—Eso espero.

Distraídamente, ella se frotó las sienas, que latían, y Tegan percibió el movimiento.

—¿Estás bien?

—Sí, bien —dijo ella, haciendo una ligera mueca de dolor cuando el coche se detuvo ante un semáforo en el centro de un cruce de la ciudad lleno de gente. Los peatones cruzaban por delante de ellos, un grueso nudo de gente cuyos pensamientos resonaban en la cabeza de Elise como el largo retumbar de un trueno—. Estaré bien en cuanto salgamos de la ciudad.

Tegan la miró fijamente.

—Necesitas más sangre —dijo, sin parecer muy feliz ante la idea—. Después de

tanto tiempo sin tomarla, alimentarte sólo una vez no te va a mantener.

—Estoy bien —insistió ella, deseando que fuera cierto—. No voy a tomar nada más de ti, Tegan.

—No lo estaba ofreciendo.

La humillación la inundó al oír aquella sombría afirmación.

—Tampoco lo ofreciste la primera vez, ¿verdad? Yo teforcé aquella noche en el recinto, Tegan. Lo siento.

—Olvídalo. Sobreviviré.

Desde luego con eso dio el tema por zanjado. De hecho parecía preocupado y nervioso, incluso más de lo habitual. Elise había visto lo mucho que habían horrorizado a Tegan las prácticas del centro de internamiento.

También había visto el modo en que miraba a Petrov Odolf, contenido y febril por la lujuria de sangre que le había robado la cordura y probablemente también su alma. Tegan, que normalmente era tan distante e incommovible, había sentido cierta compasión por el renegado cautivo en la celda; increíblemente, parecía como si Tegan pudiera incluso identificarse con la lastimosa condición del vampiro.

A Elise le costaba imaginarlo, sabiendo la rigidez con que el guerrero se aferraba al autocontrol. O tal vez se aferraba precisamente de esa forma porque sabía que si dejaba de hacerlo...

Debería considerar esa idea más profundamente, pero una nueva náusea la asaltó cuando otro gran grupo de gente pasó junto al coche mientras esperaban a que cambiara el semáforo.

Con un movimiento rápido, Tegan se colocó a su lado en el asiento.

—Ven aquí. Te provocaré un trance.

—No. —Ella se apartó de él, pues no quería su compasión—. No, necesito aprender a manejar sola con esto. Es mi problema, como tú has dicho. Quiero controlarlo yo sola.

Afortunadamente el vehículo se movió otra vez, doblando por la esquina de una vía pública del centro muy exclusiva, con sus brillantes *boutiques* iluminadas y un remolino de multitudes. Se sintió mejor allí, pero todavía tenía que luchar para soportar la constante batería de su mente. Su mente era como un receptor de radio averiado, que interceptaba sólo lo peor, bombardeándola con incontables entradas de cacofonías que parecían consumirla.

—Encuentra una en la que puedas concentrarte —le dijo Tegan a su lado. Su respiración era cálida, sus dedos tiernos pero exigentes al cogerle la mano. Pasó el pulgar sobre su piel, acariciándola—. Sólo necesitas una, Elise. Una voz que puedas identificar. Sepárala de las otras. Deja que el resto desaparezcan. Déjalas extinguirse.

Su voz profunda era casi hipnótica, entrenándola en el dolor de su don para que pudiera aprender a utilizarlo. Con los ojos cerrados, ella siguió sus instrucciones, escudriñando a través del terrible estruendo para encontrar algo a lo que agarrarse. Lentamente, poco a poco, ella se desprendió de las peores voces de su mente hasta

que consiguió oír aquella que la hería menos.

—Concéntrate en una sola —murmuró Tegan, todavía sosteniéndole la mano, todavía guiándola con sus palabras y el calor protector de su contacto—. Pon una voz más cerca, aun si las otras comienzan a amontonarse a tu alrededor. No pueden tocarte. Tú eres más fuerte que tu don, Elise. Tu poder está en ti, en tu propia voluntad.

Ella sentía todo lo que él estaba diciendo. Sabía que era verdad. Con la mano de él envolviendo la suya, y su voz casi un ronroneo junto al oído, ella pudo creer que era más fuerte. Creyó que era capaz de hacerlo...

—Siente tu fuerza, Elise —la alentó Tegan—. No hay pánico, sólo calma. Tu don no te domina a ti... eres tú quien tiene el control.

Y así era, se dio cuenta ahora por primera vez, sabiendo que lo que Tegan le había mostrado era tan sólo un débil atisbo del control que podía llegar a tener. Él estaba abriendo una puerta en su inconsciente, y fuera lo que fuese lo que su don de compañera de sangre originara dentro de ella, Tegan la estaba guiando a ese lugar, dejándole ver el poder de su propio potencial.

Era una revelación. Sus sienes todavía latían por el violento ataque de dolor físico, pero se trataba de una vibración apagada y manejable ahora que ella lograba concentrarse y afinar su don. Quería seguir trabajándolo, continuar empujándose a sí misma, pero ese ejercicio era también agotador. Esa única voz que había logrado aferrar comenzó a escapársele, mezclándose de nuevo en el estruendo.

Fuera de su cuerpo y de su mente, notó que el coche disminuía la velocidad para detenerse. Unos pasos se aproximaron, los pasos de dos personas, unidos al eficaz movimiento del conductor que se bajó rápidamente del vehículo para sostener la puerta.

En cuanto ésta se abrió, Tegan le soltó la mano.

Elise pestañeó, alzando la mirada para ver a Reichen fuera del coche, dándole un breve beso en los labios a una hermosa mujer de cabello negro. Iba envuelta en un abrigo de piel plateado y, hasta donde podía ver Elise, llevaba poca ropa debajo. En un lado de su elegante cuello había una marca de color rosado, apenas una débil mancha que señalaba sin duda la zona de la que Reichen se había alimentado hacía tan sólo un rato.

—Como siempre, ha sido un placer, mi querida Helene —le dijo él al separarse—. Me consientes tan bien.

Evidentemente, el asunto personal de Reichen había sido desde luego de lo más personal.

Los brillantes labios de la mujer se curvaron en una sonrisa felina ante el piropo. No esperó a que se marchara el coche, sino que se dio la vuelta con aquellos asombrosos zapatos de tacón de aguja y caminó tranquilamente hasta la puerta roja y sin marcar del edificio junto al cual estaba estacionado el coche de Reichen.

—Gracias por el servicio —dijo el alemán mientras se metía en la limusina y se

sentaba frente a Tegan y Elise—. No es que no disfrute de vuestra compañía, pero esperaba que vuestra cita os tomase más tiempo. Habéis acabado muy rápido.

Tegan sonrió.

—Y tú también, según parece.

Reichen se rio con descaro mientras se echaba hacia atrás en el asiento y el coche se ponía en marcha. Olía a perfume caro, a sangre y a sexo. Y no parecía preocuparle, pensó Elise al mirarlo. Su sonrisa ancha y satisfecha no podía parecer más feliz y familiar.

Andreas Reichen era un hombre muy atractivo, misterioso y sofisticado, pero incluso su ardiente sensualidad palidecía ante el crudo atractivo de Tegan. Elise prácticamente estaba ardiendo en el lugar donde sentía el contacto de la pierna de Tegan contra la suya. Él tenía la cabeza inclinada hacia abajo y sus párpados y espesas pestañas cubrían sus ojos.

Mantecía los brazos cruzados sobre el pecho, y ella echaba de menos el calor de su tacto. Lo anhelaba con ansia, especialmente ahora que la limusina circulaba a través de las calles atestadas de la ciudad y su don continuaba sacudiendo sus sentidos. Trató de emplear la breve lección que él le había dado, tomando sus instrucciones y blandiéndolas como un escudo contra el peso de su dolor psíquico.

Más que nada en el mundo, deseaba agarrar de nuevo la mano de Tegan y sentir el efecto calmante de su fuerza.

Pero él se limitó a poner cierta distancia entre ellos. Se apartó de ella en el asiento con un sutil movimiento de su muslo que dejó un pequeño espacio en el lugar. Poco más tarde, cuando llegaron al Refugio Oscuro de la orilla del lago, Tegan saltó del coche casi tan pronto como Klaus aminoró la marcha para detenerse en el camino de entrada.

—Tengo que dar mi informe al recinto —dijo, manteniendo apartada la vista. Se alejó antes de que ni Elise ni Reichen pudieran bajarse del coche.

—Ese tipo sólo piensa en el trabajo —señaló Reichen sacudiendo la cabeza—. ¿Te preparo algo para comer en casa, Elise? Debes de estar hambrienta.

Estaba muerta de hambre, de hecho, pues no había probado bocado desde el mediodía.

—Eso sería estupendo, gracias.

Elise dejó que Reichen la ayudara a bajar del vehículo, tomó el brazo que le ofrecía y caminaron hasta la entrada principal de la finca. Pero todo el tiempo sus pensamientos estaban fijos en Tegan y en sofocar el enorme deseo, evidentemente no compartido, que él despertaba en ella.

Tegan cerró su teléfono móvil después de dar su informe al recinto y se recostó en el ridículo sofá de terciopelo de su habitación privada en el Refugio Oscuro. Le fastidiaba que la noche hubiera acabado en un punto muerto con Petrov Odolf, y estaba más afectado de lo que quería reconocer por la visión de la lujuria de sangre en aquellas instalaciones. Ver a Odolf y a los otros renegados había sido una condenada manera de recordar el infierno que había atravesado tras la muerte de Sorcha.

Había conseguido vencer su lujuria de sangre durante todos esos años, pero la lucha había sido brutal. Y el hambre lo acompañaba siempre, aunque hiciera el máximo esfuerzo por negarlo.

Y estar cerca de Elise no hacía más que aumentar su ansia. Era una maldición, aquella mujer le hacía hervir la sangre lentamente y cada vez más.

Aquel momento con ella a solas en el coche de Reichen —tocándola, guiándola a través de su angustia psíquica— había sido un error colosal. Únicamente le había servido para darse cuenta de la profundidad con que deseaba ayudarla. No podía verla sufrir. A pesar de los siglos que llevaba afinando su apatía religiosamente, estaba comenzando a sentir. Estaba empezando a albergar sentimientos genuinos hacia ella, hacia esa llamativa y complicada belleza que podría escoger a cualquier hombre, de la estirpe o no. Realmente albergaba sentimientos por Elise. La deseaba... y sabía que sólo era una cuestión de tiempo que fuera tras ella como el depredador que era.

Tocar su piel suave le había hecho recordar qué bueno había sido sentir su cuerpo apretado contra el de él, de qué manera deliciosa se adaptaban sus bocas, lo dulce que era incluso el más mínimo gusto de su sangre en la punta de la lengua.

«Cristo».

No había sido capaz de salir del coche lo bastante rápido.

Y la hora que llevaba solo en su habitación de invitado no había servido para aplacar la necesidad que lo urgía a bajar las escaleras para encontrar a Elise. Saciarse con ella de la misma forma que Reichen había podido hacer tan libremente con esa mujer de la ciudad.

El fuego que Elise había avivado en él casi desde el primer momento en que había puesto los ojos en ella todavía ardía.

Tal vez podría sofocarlo, pensó Tegan, metiéndose en el baño para darse una ducha. Dios sabía que también quería sacarse de la piel la sensación que le había dejado el centro de reclusión. Ver a aquellos presos, la mayoría renegados catatónicos lo había empujado a volver a una época horrible de su vida, una época que no tenía deseos de revivir, ni siquiera como un recuerdo del pasado. Esa parte de él estaba profundamente enterrada, y ahí debía quedarse.

Se quitó la camisa y las armas y las dejó en una silla junto al sofá. Se estaba bajando la cremallera de los pantalones cuando oyó que alguien llamaba a la puerta.

Decidió ignorarlo, pensando que tal vez sería Reichen con la intención de arrastrarlo a algunas horas más de pecado por la ciudad. A una parte de él le tentó la idea, cualquier cosa con tal de saciar la espiral de deseo por Elise.

El golpe se oyó de nuevo, y esta vez Tegan fue a abrir la puerta sin pensárselo.

Cuando lo hizo se sorprendió —además de sentirse bastante enfurecido— al ver el objeto de su frustración parado delante de él. Justo lo que necesitaba en ese momento. Preciosa como siempre, todavía con el traje pantalón azul marino que llevaba en la clínica, la visión de Elise fue la mayor dosis de gasolina para atizar su fuego.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí? —Su voz sonó dura, más de lo que pretendía.

Elise ni siquiera se estremeció.

—Creí que podíamos hablar.

—¿Reichen no te iba a preparar algo de comer abajo?

—Lo hizo. Hace casi una hora. Yo... esperé un rato para ver si te decidías a bajar de tu habitación, pero como no lo hiciste decidí venir yo.

La miró durante un minuto, luego apagó la ducha mentalmente y cogió la camisa y las armas.

—Estaba a punto de salir.

—Oh. —No pareció convencerla—. ¿Qué podría ser tan urgente y repentino?

—Sólo una pequeña cosa llamada deber, corazón. No estoy acostumbrado a pasarme las noches sentado sobre mi propio culo cuando puedo estar fuera cargándome algo. —Dijo eso con la clara intención de perturbarla, y probablemente halló no poca satisfacción al ver que las arrugas aumentaban en su frente—. Necesito salir de este sitio un rato. Debería estar en la ciudad, en las calles, donde soy útil. No malgastar mi jodido tiempo sentado aquí.

Él esperaba que ella se apartara para dejarle paso y verlo marchar. Su actitud fría había ahuyentado a numerosos hombres de la estirpe, incluso a los de la Orden, así que no creía que esa mujer estuviera dispuesta a quedarse allí.

Por un segundo, pensó que realmente ella iba a retirarse, como él pretendía que hiciera.

Pero de pronto atravesó el umbral y entró en su habitación.

—Esta noche no vas a ir a ninguna parte —le dijo, con suavidad pero muy resuelta. Había cierta aprensión en su expresión, pero cerró la puerta tras ella y continuó avanzando hacia él—. Esta noche tenemos que hablar. Necesito saber cómo están las cosas. Cómo estamos nosotros, Tegan.

Él la miró con rabia.

—¿Te parece prudente encerrarte aquí conmigo? Reichen y el resto de la casa no tardarán mucho en imaginarse dónde estás y pensar lo peor. Puede que él sea discreto cuando es preciso, pero los demás...

—No me importa lo que piense nadie. Sólo quiero saber lo que piensas tú.

Él se burló, un sonido crispante que fue más burlón de lo que pretendía.

—Pienso que estás mal de la cabeza.

Ella bajó la mirada y asintió débilmente.

—Estoy confundida, lo reconozco. No sé si tú... no sé qué hacer contigo, Tegan. Desde el primer día. No sé cómo jugar a este juego que parecemos estar jugando juntos.

—Yo no estoy jugando ningún juego —dijo él, mortalmente serio—. No tengo interés ni tiempo...

—¡Tonterías!

Él arqueó una ceja ante tan inesperada reacción. Estuvo a punto de empujarla otra vez, furioso y con ganas de que se marchara antes de que se acercara aún más a la verdad sobre sus sentimientos. Pero el brillo de ira que vio en sus ojos lo hizo detenerse.

Ella se cruzó de brazos y dio un par de pasos para acercarse más, dejando ver claramente que si él la presionaba ahora ella iba a responder.

—¿Cómo explicas que durante un momento seas tierno conmigo y al momento siguiente parezcas de hielo? ¿Por qué me besas sólo para apartarme de ti al minuto siguiente? —Ella soltó el aire, dejando escapar un suspiro de frustración—. A veces me miras como si realmente sintieras algo por mí, pero luego... pestañeas y es como si ese sentimiento nunca hubiera existido. ¿A qué se debe eso, si no es a tu retorcida idea de diversión?

Dado que ella no estaba dispuesta a ceder, él se dio la vuelta gruñendo y fue a coger la bolsa de lona que contenía parte de su equipo y sus armas, ignorando su intento de agujonearlo. Lo alcanzó y agarró a ciegas un alijo de suministros de combate. Sacó una espada enfundada y luego munición de titanio para su 9 milímetros... cualquier cosa con tal de tener las manos ocupadas y concentrar su atención en otra cosa que no fuera la enloquecedora conciencia de esa mujer que se estaba acercando por detrás de él.

Increíblemente, los dedos le temblaban cuando puso su equipo sobre el sofá de terciopelo. Su visión se estaba haciendo más aguda, su campo de alcance cambiaba como si sus pupilas se estuvieran estrechando y un brillo ámbar lo bañó todo con una luz de cazador. Le dolían las encías por la emergencia de sus colmillos, la boca se le hacía agua por el hambre que apenas era capaz de controlar incluso antes de que Elise entrara a la habitación.

Ahora que ella estaba allí, provocándolo con su mera presencia, no sabía cuánto tiempo lograría mantener la bestia a raya. Había estado tratando de soltarse de su correa desde el primer momento en que él puso los ojos en ella.

Detrás de él, oyó que la alfombra persa crujía bajo el sutil movimiento de sus pies. Cerró los ojos, y sus sentidos se inundaron con la conciencia de ella.

Con el agudo e intenso deseo de ella.

—Dices que no te interesan los juegos, pero eres un maestro con ellos, Tegan. De

hecho, creo que llevas tanto tiempo jugándolos que no puedes recordar en qué consiste ser auténtico.

Él apenas era consciente de sus propios movimientos cuando se volvió hacia ella con un rugido furioso. La distancia entre ellos desapareció en una fracción de segundo... ni un pestañeo entre el momento en que se hallaba apartado de Elise y el siguiente, cuando se lanzó sobre ella como un tren en marcha, empujándola con la fuerza de su voluntad y de su cuerpo hasta que ambos se golpearon contra la puerta cerrada.

La mantuvo clavada allí, entre el duro e implacable cuerpo de él y la gruesa tabla de roble a su espalda.

—¿Es esto lo bastante real para ti, corazón?

Él soltó las palabras entre dientes, curvando los labios y dejando asomar los colmillos. El deseo lo había puesto terriblemente furioso, lo había transformado totalmente sacando el lado más furioso de su naturaleza. Con un gruñido, inclinó la cabeza y la besó con un ardiente y exigente beso.

Ella gritó, sorprendida, levantando las manos para defenderse empujando sus hombros. Él no hizo más que besarla con más fuerza, empujando la lengua entre sus dientes mientras ella jadeaba por respirar.

Dios, ella sabía tan dulce. Tan caliente y lujuriosa en su boca. Tan suave contra la abrasadora rigidez de su cuerpo.

Él no quería sentir aquella excitación. Tenía unas ganas infernales de rechazar esa necesidad que lo consumía. Pero estaba ardiendo con ella, y ahora ya no había ninguna forma de evitarlo.

No podía evitar que su sangre latiera con todo lo que había de la estirpe en él, con todo lo que en él era elementalmente masculino, con todo lo que había despertado el delicioso sabor de Elise.

Cuando él interrumpió el beso, ella estaba jadeando. Él también. Su cuerpo entero suspiraba con la fuerza de su hambre, su pulso latía con un eco que él podía sentir también en Elise.

—Anoche, en la cabaña, sentí que tenías miedo —susurró él ferozmente, sosteniendo su mirada, apretando su cuerpo más fuerte contra el de ella. Su sexo estaba erecto, creciendo y endureciéndose por sentirla—. Te dejé marchar en lugar de tomar lo que quería de ti. No voy a perdonarte esta vez. Así que ten miedo si quieres, Elise, pero no esperes que me importe...

—Anoche regresé. —Un débil sonido jadeante salió de su garganta, pero cuando logró hablar su voz sonó firme—. No tenía miedo de ti, Tegan. Volví a buscarte.

Las palabras se hundieron en su cerebro lentamente, calmándolo mientras registraba lo que estaba oyendo.

—Anoche, después de que me dijeras que me marchara... llegué hasta la puerta principal de la casa y me di cuenta de que no quería irme. Quería estar contigo.

Lo miró, ahora sin el menor atisbo de temor o inseguridad. Las manos de él

sostenían sus brazos y él sintió únicamente flexible aceptación, entrega consciente. Por la conexión a través del tacto, él pudo leer su deseo. Lo sintió irradiar hacia él, filtrándose en su interior.

—Quería estar desnuda contigo, Tegan. Te quería dentro de mí, por eso volví. Pero tú ya te habías ido.

«Maldición».

Él sabía que probablemente debería decir algo, pero no le salía la voz. Estaba preso de una mudez total como no le había pasado en la vida. Puso el peso sobre los talones y sintió de pronto que el impulso de apartarla de él para defenderse, para alejarla de su alcance, era casi irresistible.

Pero sabía que no podía dejarla.

No podía dejar de mirar sus claros ojos lavanda. La honestidad inquebrantable y la transparencia que vio en ellos lo sobrecogió.

—Quiero estar contigo ahora, Tegan... así que si me deseas, aunque sea un poco...

Tegan la atrajo hacia él y silenció su duda con otro beso. Ella lo rodeó con sus brazos y lo apretó contra sí, separando los labios y atrayendo la lengua de él, que se movía en el interior de su boca de la misma manera que deseaba moverse en el interior de su cuerpo. Él la apartó de la puerta y la guio hasta la cama, sin desprender en ningún momento sus labios. Las manos exploraban, la agarraban, temblaban.

La ropa fue arrancada rápidamente por la fuerza del deseo que los unía. Tegan le retiró la chaqueta a Elise y se apresuró a quitarle también la blusa blanca que llevaba debajo, desabrochando lo que le parecieron cien diminutos botones hasta dejar al descubierto el sujetador de satén y encaje. Pasó los dedos por la delicada tela blanca, observando con mirada hambrienta cómo sus pezones se ponían duros por el contacto.

Depositó el cuerpo de ella sobre la cama y se apresuró a quitarle los pantalones azul marino del traje deslizándolos por sus claras y delgadas piernas. Su sexo estaba oculto tras un pequeño pedacito de satén blanco, Tegan repasó la delgada línea triangular con los dedos, acariciando suavemente el cálido terciopelo de su cadera y la zona interior de su muslo. Con el dedo pulgar buscó bajo el satén para encontrar algo todavía más sedoso. El húmedo y pegajoso calor lo hizo gruñir, atrayéndolo a hurgar más profundo en esa grieta mojada y abrasadora.

Elise contuvo la respiración mientras él acariciaba los pétalos cubiertos de rocío y la gruesa y pequeña protuberancia acurrucada en la cima de su sexo.

Le separó las piernas y su mirada hambrienta se fijó en la pequeña marca de nacimiento en la parte interior de su muslo derecho. Tegan sonrió, sorprendido de que esa marca estuviera en una zona tan deliciosa de su cuerpo. Había deseado probar esa tierna zona suya desde el primer momento en que la había visto. Ahora podía besar la pequeña lágrima derramada en la medialuna, mordisqueándola suavemente al tiempo que alzaba la vista para mirarla.

Dios, era preciosa. Pura y tentadora a la vez.

Él quería darse un banquete con ella lentamente, pero su necesidad era demasiado fuerte, la suya y la de ella también. Podía sentir el hambre de Elise cada vez que la rozaba con sus dedos, y sabía que su deseo era tan poderoso como el de él, un ansia sexual creciendo en espiral hasta producir dolor.

Tegan se quitó el traje de trabajo con precipitación e impaciencia, tirándolo a un lado mientras empujaba a Elise más arriba en la cama. Le arrancó las bragas y se puso encima de ella, colocando los brazos a ambos lados de su cabeza. Su miembro colgaba entre los dos, gordo y rojizo, un grueso arpón de carne dura supurando gotas de humedad en la cuna de su vientre. Los *dermoglifos* que lo cubrían desde los hombros hasta la mitad de los muslos latían llenos de color, los diseños más vivos con las cambiantes tonalidades índigo, doradas y vino de la lujuria.

—¿Es esto demasiado real para ti, Elise? —Su voz no era más que un gruñido bestial, le costaba articular por culpa de los colmillos, que se habían alargado completamente en respuesta a su deseo—. Dios santo, creo que es condenadamente real para mí.

Si ella hubiera dado el menor indicio de que estaba insegura sobre lo que iba a pasar, él tal vez no habría encontrado la fuerza para echarse atrás.

Desde luego se hubiera esforzado, a pesar de que estaba prácticamente fuera de sí por la necesidad de poseerla. A pesar de sus estúpidas amenazas él sabía, al contemplar su suave mirada, que habría mostrado compasión. Una parte de él presa del pánico esperaba que ella no la necesitase.

Pero no, Elise no temblaba ante la fiera bestia subida encima de ella. Se incorporó un poco y colocó la mano en su nuca. Firmemente, lo atrajo hacia ella, con los ojos abiertos y fijos en los de él, buscando su boca.

Tegan se apretó contra ella mientras reclamaba sus labios con un ardiente beso. Que Dios lo ayudase, pero ella iba al encuentro de cada movimiento de invasión y retirada que él hacía, enloqueciéndolo con los lametones de su lengua dentro de su boca, recorriendo la longitud de sus colmillos.

Sin abandonar el contacto con sus labios, él se puso de rodillas y con la mano guió su grueso miembro poniéndolo entre sus piernas abiertas. Ella se arqueó para recibirlo, un temblor la recorrió mientras él jugaba con la cabeza de su pene a lo largo del húmedo centro de su cuerpo.

El juego era demasiado difícil de soportar, y pronto él se puso impaciente. Echó sus caderas hacia atrás, luego empujó dentro de su húmedo agujero con un golpe largo y completo.

Elise ahogó un grito cerca de su oído mientras él apretaba hasta llegar al fondo. El cuerpo de ella era pequeño debajo del suyo, y su sexo, tenso y caliente, era un horno derritiendo su miembro.

Todo lo que él creía que sabía acerca de estar dentro de una mujer —todo lo que pensaba que recordaba— fue desterrado por la increíble sensación de estar envuelto

por Elise. Aquello era diferente a todo lo que había conocido antes, más poderoso que nada de lo que pudiera imaginar. Estaba conectado a ella, en mente y cuerpo, sintiendo cómo el placer de ella se vertía en su interior por todos los lugares de contacto entre sus cuerpos. Elise era vibrante y fuerte, apasionada. Después de siglos de estar exiliado del tacto, de las sensaciones, Tegan miró el hermoso rostro de Elise y se entregó al cálido y húmedo éxtasis de ella.

No podía evitar que sus caderas continuaran empujando, no podía contener la creciente urgencia de perderse en su interior. Su mástil se hinchó con la subida de su orgasmo y supo que estaba apenas a unos segundos de estallar.

Gruñó, empujando más adentro mientras la espiral crecía más intensa. Su voz sonaba áspera, retenida en su garganta.

—¡Ah, Cristo... Elise!

No pudo contenerse. Con un duro empujón, clavó sus caderas en las de ella y se corrió con la fuerza con que estalla una tormenta. Gritó ante la fuerza de su liberación, y continuó empujando mientras olas abrasadoras lo sacudían, una tras otra.

Y todavía no era suficiente. Aún tenía una erección y aún sentía hambre de ella. Todavía bombeaba en el interior de ese guante de terciopelo que era el exquisito cuerpo de Elise.

Él miró sus ojos, ahora más oscuros, mientras la llenaba, necesitaba verla mientras le daba algo del mismo placer que ella le había ofrecido a él.

—Estaba ansioso —murmuró él, inclinándose para besarla a modo de disculpa. No se atrevía a acercarse a su exquisita garganta, no ahora que sus colmillos latían con otra necesidad que clamaba por ser saciada—. Si quieres, podemos ir más despacio.

—No te atrevas —dijo ella, rodeándole los muslos con las piernas.

Tegan rio débilmente, y en algún lugar de su interior se preguntó cuándo había sido la última vez que había sentido un atisbo de buen humor. ¿Cuándo fue la última vez que había sentido algo cercano a lo que Elise provocaba en él?

Él no quería explorar la zona que ella parecía haber abierto en él. Todo lo que ahora quería estaba allí.

—Había pasado mucho tiempo para mí —susurró Elise—. Y me siento tan bien contigo...

Sus palabras se fueron apagando con un gemido mientras Tegan empujaba más profundamente. Se retiró y empujó de nuevo, sintiendo las paredes del canal de ella agarrándose y contrayéndose en torno a él.

—Dios mío —dijo él entre dientes ante tanto placer.

Un nuevo orgasmo crecía en su interior.

El clímax de Elise también se aproximaba rápidamente. Lo tomaba para empujarlo más adentro en cada golpe furioso con que sus carnes se encontraban, agarrándolo de los hombros y jadeando, dominada por la necesidad de su cuerpo.

Tegan podía sentir su placer a través del contacto de los dedos en su cuerpo y con cada caricia sedosa de su centro. La emoción de ella se filtraba dentro de él a través de cada punto de contacto, inundándolo con un exceso de sensaciones. Él absorbió todo lo que ella le daba, con toda su concentración puesta en llevarla hacia un estallido que la liberase.

La besó apasionadamente, con la lengua, los dientes y los colmillos. Elise le respondía todo el tiempo, y cuando él notó el mordisco de su desafilada dentadura humana en su labio inferior, se agitó salvajemente, gruñendo mientras ella lamía con la lengua la pequeña herida que le había hecho. Ella chupó con más fuerza y él se halló totalmente perdido, enfebrecido con el deseo de tenerla en sus venas.

Antes de poder pensárselo mejor, Tegan se echó hacia atrás y se perforó la muñeca con los colmillos. La sangre cayó en continuos riachuelos sobre sus pechos desnudos y su cuello mientras él le ofrecía ese regalo apretando el brazo contra su boca.

—Bebe —le dijo—. Quiero alimentarte.

Con los ojos fijos en los de él, ella cerró los labios alrededor de su carne. Bebió de él a fondo, pulso tras pulso, creando con su lengua una cautivadora y erótica succión. Y todo el tiempo, Tegan continuaba empujando en su interior, tomando placer carnal con cada jadeo y cada sacudida del cuerpo de ella mientras se alzaba en una espiral cada vez más próxima a la liberación. Las uñas de ella se clavaban en la piel de su brazo, apretándolo más fuerte contra su boca, sorbiendo con ansia de su vena mientras llegaba al orgasmo.

Estalló con un temblor violento, gritando mientras Tegan se movía con ritmo implacable, persiguiendo ahora su propio clímax feroz. Se zambulló en picado, sintió la ráfaga de simiente caliente saliendo a chorros de su miembro, emergiendo de él en una efusiva oleada mientras el sexo de Elise lo ordeñaba como un puño húmedo y caliente.

—Ah, joder —jadeó él, apartándose de ella, satisfecho, pero no saciado.

Ni siquiera cerca de estar saciado.

El aroma de sangre y sexo llenaba la habitación, una poderosa fragancia que no hacía más que recordarle el lado salvaje de su naturaleza. Aquel lado que una vez lo había dominado... y que casi lo había destruido.

En la cama junto a él, Elise se arrastró para acercarse. Sus pechos desnudos se apretaron contra su hombro al inclinarse hacia él. Sus dedos acariciaron con ternura un lado de su rostro y apartaron de su frente un mechón de pelo empapado en sudor.

—No has terminado.

Él se rio débilmente, todavía agitado por las sacudidas de su liberación.

—Obviamente no estabas prestando atención.

—No, Tegan. Me refiero... a que no has acabado.

Ella levantó el brazo, colocándolo frente a su boca. Una alarma se disparó en el cerebro de él, conteniendo el fuerte impulso que lo hacía desear lanzarse sobre ella

como la bestia que era y llenarse la boca con el dulce sabor de brezo y rosas de su sangre.

Se levantó como si le hubieran dado con unas espuelas, poniéndose en pie de un salto junto a la cama. Lamió la herida de su muñeca, sellando los pinchazos con una eficiente pasada de lengua.

—¿No vas a beber de mí?

—No —dijo él, esforzándose por sacar las palabras—. No puedo hacerlo.

—Yo pensé que tal vez querías...

—Pensaste mal —le espetó él.

El hambre que trataba de negar hacía que su voz sonara incluso más arisca. Lanzó una mirada a sus ropas y armas esparcidas, preguntándose cuánto tardaría en ponérselas y salir de la habitación. Tenía que salir, antes de caer en la tentación que representaba Elise, sentada desnuda y hermosa en su cama, acunando en su regazo la delicada muñeca que él había rechazado de manera tan cruel.

Tegan soltó el aire bruscamente entre los colmillos.

—Mierda —dijo, y su voz sonó ruda, áspera y como de otro mundo—. Esto está yendo condenadamente lejos. Necesito... ah, joder. —Se pasó la mano temblorosa por la cara—. Necesito salir de aquí.

—No te preocupes. —Elise se arrastró fuera de la cama—. Es tu habitación. Me iré yo. —Recogió sus ropas rápidamente, poniéndose de golpe la blusa y la chaqueta azul marino encima, abotonándola con dedos firmes y seguros. Luego se puso también precipitadamente los pantalones sin dejar de avanzar hacia la puerta—. Esto ha sido un error. Otro más, como te preocupaba. Tú ganas, Tegan. Finalmente, abandono.

Ella salió corriendo, y él se obligó a dejarla marchar.

Elise cerró tras ella la puerta de la habitación de invitados y se dejó caer contra la pieza tallada de roble.

Se sentía completamente estúpida.

Ya era bastante malo de por sí que se hubiera arrojado a Tegan como una especie de idiota lasciva, pero para colmo lo había rematado ofreciéndole su sangre. Sangre que él había rechazado.

Por supuesto, no le sorprendía ese rechazo. Beber de ella sería completar de manera irrevocable la profanación del lazo de sangre, un hecho que Elise habría estado dispuesta a aceptar en esos ardientes momentos de pasión en la cama. Al menos Tegan había tenido la sensatez, el prudente autocontrol, para evitar ese tipo de desastre.

Su evidente horror ante la idea de unirse en un lazo de sangre con ella, incluso sin las promesas que las verdaderas parejas comparten, no era algo que sorprendiese a Elise en absoluto.

Pero Dios, dolía.

Especialmente cuando en sus venas estaba vivo el poderoso rugido de su sangre dentro de ella y cuando su cuerpo todavía latía y estaba blando por la intensidad con que habían hecho el amor.

Era una estúpida inocente, porque una parte esperanzada de ella había creído que compartían algo más que una no deseada pero sin embargo innegable atracción física. Cuando Tegan la tocó esa misma noche —cuando la besó tan hambriento y luego le ofreció su muñeca para que bebiera de él— realmente había creído que ella significaba para él algo más que una mera conquista. Había pensado que tal vez realmente la quería.

Peor aún, esperaba que así fuese.

Después de cinco años de estar sola, creyendo que nunca podría sentir nada por otro hombre, finalmente se había permitido abrir su corazón.

A un guerrero, pensó sombría. No era poca la ironía que había en la idea de que hubiera sucumbido ante uno de los más oscuros y peligrosos miembros de la Orden, especialmente después de que le hubieran enseñado durante toda su vida que éstos eran unos salvajes despiadados, en los que nunca se podía confiar.

Y a ella se le ocurría sentir algo por Tegan, probablemente el más frío de todos ellos...

Eso iba más allá de la estupidez.

En realidad había estado pidiendo ese tipo de herida desde aquella primera noche varios meses atrás, cuando le permitió que la acompañara a casa desde el recinto. Pero ahora él le había hecho un favor, evitándole cometer un error enorme que no tenía vuelta atrás.

Debería sentirse agradecida por ese pequeño acto piadoso, particularmente viniendo de un hombre que afirmaba no poseer piedad en absoluto.

Tegan era un rompecorazones que ella no necesitaba.

Sin embargo, al cruzar su habitación hasta el baño adyacente y abrir el agua de la ducha, no podía dejar de revivir los momentos que había pasado junto a él en la cama. Se quitó la ropa y se puso bajo el chorro caliente de agua, sintiendo las manos de él sobre su cuerpo, sus cuerpos unidos, ardiendo de placer.

Sufría por él, lo deseaba, incluso ahora.

¿Acaso se sentiría atraída por él para siempre, con el latir de su sangre dentro de ella atándola a él con invisibles cadenas?

Pero por mucho que quisiera echar la culpa de sus sentimientos por Tegan al desafortunado hecho de que hubiera bebido de él, dos veces ahora, ella sabía que el problema era más profundo que ese...

Sí, que Dios la ayudase. Era peor, mucho peor que ese.

Estaba enamorándose de él.

O tal vez ya estaba enamorada.

Tegan pasó un buen rato bajo la ducha de agua helada, y sin embargo su cuerpo seguía todavía inflamado pensando en Elise. Su piel estaba tirante, los *dermoglifos* latían bajo la helada paliza del agua. Apretó los puños contra la pared de baldosas de mármol que tenía enfrente, luchando contra la urgencia que lo empujaba a seguir a Elise hasta su habitación de invitados y acabar lo que habían empezado.

Cristo, realmente quería acabarlo.

Su visión seguía agudizada por las dos distintas hambres centradas en una única mujer, sus colmillos latían, las largas puntas no se habían hundido aún. Dejó caer la cabeza con un profundo y tosco suspiro. Su ansia por Elise no hacía más que empeorar, convirtiéndose en una fiebre en sus venas.

¿Cuánto tiempo pasaría antes de que se quebrara la débil cuerda de su control y sellaran la farsa de su lazo de sangre? ¿Y si se permitía a sí mismo probar algo tan dulce como la sangre de Elise, cómo podría estar seguro de que su sed no aumentaría para dominarlo de nuevo?

Era mucho más duro resistirse sabiendo que Elise estaba dispuesta a ofrecerse a él, incluso sin las promesas de amor y devoción que cualquier hombre se sentiría privilegiado de poder darle. Ella se había mostrado dispuesta a ofrecerle tanto por tan poco a cambio. Eso lo humillaba.

Lo avergonzaba, porque había estado tan condenadamente a punto de llevarse su bonita muñeca a los dientes...

Con un rugido, Tegan echó un brazo hacia atrás y dio un puñetazo a una dura baldosa de mármol de la ducha. La suave superficie pulida se quebró por el impacto, rompiéndose y cayendo junto a sus pies desnudos. Le dolía la mano y la muñeca,

pero las puso en remojo con deleite, contemplando las gotitas de sangre derramándose por el desagüe de la ducha.

«No. Maldita sea, no».

Él era más fuerte que esa necesidad animal que sentía por Elise. Podía resistirse. Tenía que hacerlo.

En realidad sólo conocía a Elise desde hacía unos días, pero se le había metido debajo de la piel, de algún modo había conseguido romper las paredes de protección que había tardado una eternidad en construir. No podía permitir que las cosas continuaran creciendo entre ellos.

Y no lo haría.

Incluso si tenía que pasar cada momento que le quedaba de su corta estadía en Berlín fuera de su vista.

Tegan levantó la cabeza y cerró el agua con un breve movimiento de su mente. Salió de la ducha y se envolvió con una de las gruesas toallas negras en torno a las caderas. Al entrar en su *suite*, vio que la luz de su teléfono móvil brillaba indicando que tenía un mensaje. Pulsó una tecla, con enormes esperanzas de oír órdenes del recinto que lo obligaran a regresar a Boston sin más demora porque lo necesitaban allí.

No hubo tanta suerte. No es que esperara que la buena fortuna le brindase algún tipo de ayuda. Hacía tiempo que el destino le había dado la espalda.

El mensaje de Gideon sonó en el altavoz, sombrío y conciso: se había enterado de que estaba en marcha una investigación sobre los registros de vuelos de la Orden en el aeropuerto de Logan. No había duda de que Marek estaba implicado, y probablemente pronto acudiría personalmente a Berlín, o al menos encargaría a sus contactos locales que determinaran cuánto sabía la Orden y qué pretendía hacer con sus averiguaciones.

«Mierda».

Tegan estaba ahora más seguro que nunca de que habían hallado algo grande al dar con Petrov Odolf y con el diario que Elise había interceptado al mensajero de Marek. No necesitaba más excusa que esa para quitarse rápidamente la toalla y vestirse para pasar unas horas patrullando en la ciudad. Con armas sujetas a sus caderas, muslos y tobillos, cogió el abrigo y bajó por la escalera principal de la finca.

Reichen se hallaba justo saliendo de su estudio de paneles caoba con una pareja de jóvenes de los Refugios Oscuros cuando Tegan llegó al vestíbulo. El hombre joven, de cabello rubio rojizo, estaba intensamente ruborizado, y murmuraba palabras de agradecimiento a Reichen a propósito de un favor que recientemente le había concedido. Su bonita compañera de sangre pelirroja sonreía satisfecha, con las manos amorosamente colocadas sobre su vientre prominente, en avanzado estado de embarazo.

—Felicidades —dijo Reichen en alemán—. Estaré ansioso por conocer a vuestro hijo, fuerte y sano, en cuanto llegue.

—Gracias por aceptar ser el padrino —dijo la joven—. Es un honor para nosotros.

Se puso de puntillas para darle a Reichen un beso en la mejilla, luego tomó de la mano a su compañero y los dos se apresuraron a salir, mirándose a los ojos como si el resto del mundo no existiera.

—Ah, el amor —dijo Reichen, lanzando una mirada a Tegan con una ancha sonrisa en cuanto la joven pareja se hubo marchado—. ¿Lanzará alguna vez su espiral de púas sobre alguno de nosotros?

Tegan le sonrió con ironía, pero en aquel momento estaba totalmente de acuerdo con ese cínico sentimiento. Bajó el último peldaño y vio que la mirada de Reichen se posaba en la mano que descansaba sobre la culata de su Beretta, enfundada y cargada. Había rozaduras y rastros de sangre en los nudillos de Tegan, por el puñetazo que le había dado al mármol de la ducha.

El alemán arqueó las cejas.

—He tenido un pequeño accidente arriba —dijo Tegan—. Te pagaré los daños.

Reichen rechazó la oferta con un gesto de la mano.

—Me sentiría ofendido si lo intentaras. A mi entender, soy yo quien está en deuda contigo.

—Olvídalo —dijo Tegan, sólo ligeramente menos incómodo por la gratitud que por el hecho de estar deseando salir de esa casa donde se encontraba Elise, probablemente en este momento odiándolo—. Tengo que ir a comprobar unas cosas a la ciudad. Nos han informado de cierta actividad en Boston, lo que probablemente significa que los problemas vienen de camino.

La expresión de Reichen se ensombreció.

—He oído que han aumentado los problemas con los renegados en tu ciudad. ¿Es cierto que hay docenas de ellos viviendo en el lugar que la Orden destruyó el verano pasado?

—No los hemos contado, pero sí. Es una guarida grande.

Reichen soltó una maldición en voz baja.

—Los vampiros de la estirpe que se convierten en renegados no son exactamente criaturas sociales. Que haya tantos en un mismo lugar es inquietante, por decirlo suavemente. ¿Tú crees que pueden estar tratando de organizarse?

—Es posible —dijo Tegan, sabiendo muy bien que era precisamente eso lo que Marek había estado haciendo. Por lo menos hasta que la Orden perpetró el gran asalto al asilo abandonado que servía de cuartel general al grueso de su ejército.

—Tegan. —Reichen se aclaró la garganta—. Si tú o la Orden necesitáis algo de mí, sólo tienes que pedirlo. Confío en que lo sepas. No necesitaré explicaciones de ningún tipo, y te aseguro que la Orden contaría con mi total cooperación. Y mi confianza.

Tegan vio sincera honestidad en los ojos de ese hombre de los Refugios Oscuros, y una aguda inteligencia que parecía decir que más allá de su descarado encanto y sus bravuconadas, Andreas Reichen no era de los que hacen frívolos gestos de alianza. Si

ofrecía su amistad, ofrecía también su honor.

—Considera tú mismo mis recursos —añadió Reichen, bajando la voz en tono confidencial, mortalmente serio—. Hombres, dinero, armas, subterfugios, espionaje... lo que quieras. Todas las herramientas a mi alcance están a tu disposición y la del resto de los guerreros.

Tegan asintió en señal de gratitud.

—Tienes que saberlo, alinearte con los de la Orden no te va a hacer muy popular entre tus colegas de los Refugios Oscuros, Reichen.

—Tal vez no. ¿Pero quién puede aguantar a esos bastardos pretenciosos? —El alemán le dio a Tegan una palmada en el hombro—. Déjame llevarte a la ciudad para que conozcas a alguien. Si necesitas información acerca de cualquier asunto turbio o cualquier movimiento que tenga lugar en los suburbios de Berlín, tienes que hablar con Helene.

—¿La mujer con la que estabas esta noche?

—Sí. Es una amiga muy querida... con alguna otra prestación. —Reichen sonrió—. Es humana, no una compañera de sangre, por si te lo preguntabas.

Tegan de hecho sí se lo había preguntado. No le había pasado inadvertida la marca de un mordisco en la garganta cuando Reichen se había despedido de ella en el borde de la acera, pero no había detectado ningún aroma especial en su sangre. Nada más allá de la insípida sangre ácida y cobriza de los glóbulos rojos de un *homo sapiens*.

Pero por otra parte tampoco parecía que Reichen hubiera borrado la mente de la mujer después de alimentarse de ella.

—¿Ella sabe de ti... sabe de la estirpe?

Reichen asintió.

—Es de confianza, te lo aseguro. La conozco desde hace demasiados años, y hemos sido también compañeros de negocios en el club. Nunca ha traicionado mi confianza. Tampoco traicionará la tuya.

Reichen se alisó el pelo de las sienes, luego señaló la puerta principal de la mansión.

—Vamos, déjame presentarte a alguna gente.

Poco más tarde, Tegan se hallaba sentado en un lujoso compartimento de terciopelo rojo dentro de un burdel de altísimo nivel llamado Afrodita. El lugar era jactancioso y caro, un patio de juegos para adultos lleno de mujeres hermosas, suntuosos muebles y una gran cantidad de placeres para obtener a un precio estrictamente negociado por adelantado. Tegan observó con bastante desinterés más de una pequeña orgía que tenía lugar abiertamente a la vista.

La clientela del club estaba formada casi de manera exclusiva por humanos, con la excepción de Reichen, que evidentemente no era un extraño en aquel

establecimiento. Se sentó frente a Tegan en el amplio compartimento, jugando distraídamente con los dedos en el hermoso brazo de la propietaria del Afrodita, la impresionante Helene. Más de una de las chicas se habían acercado para echarle una ojeada a Tegan. Le habían ofrecido bebidas, comida, compañía, y unas pocas tentaciones que estaban fuera de la carta general del club.

Cuando la última de las hermosas prostitutas se alejó de ellos presumiendo con sus tacones altos, Helene lo abordó de frente.

—Si tienes gustos personales, estoy segura de que podemos encontrar la manera de complacerte.

Tegan se movió incómodo en el suave asiento de terciopelo. Sus gustos personales estaban limitados a una única mujer, y ésta se encontraba en la finca de Reichen, probablemente deseando no haberlo conocido nunca.

—Aprecio la oferta —le dijo a Helene—, pero no he venido aquí a acostarme con nadie.

—Hemos venido con la esperanza de que puedas mantenernos informados sobre... cualquier actividad inusual que tenga lugar en la ciudad —intervino Reichen—. Debo pedir que sea de manera totalmente confidencial, por supuesto.

—Naturalmente —dijo ella, asintiendo con perspicacia—. ¿Estamos hablando de vigilar cualquier actividad humana inusual o de algo más?

—Ambas cosas —dijo Tegan. Puesto que Reichen obviamente la tenía al tanto de la existencia de la nación de vampiros y confiaba en que ella guardaría el secreto, Tegan no veía razón para medir sus palabras—. Estamos teniendo un incremento de renegados entre nuestra población de Estados Unidos. Creemos saber de dónde vienen, pero es muy probable que algunos de esos problemas estén ahora a punto de instalarse en Berlín. Si oyes cualquier cosa que se salga de lo corriente, es necesario que nos lo hagas saber.

La mujer inclinó la barbilla.

—Tienes mi palabra.

Le ofreció la mano a Tegan y él aprovechó la oportunidad para leer sus emociones. Al tocarla supo instantáneamente que no había nada deshonesto en sus intenciones. Creía lo que decía y su palabra era de fiar.

Tegan la soltó y se echó hacia atrás mientras una de las empleadas se acercaba a la mesa.

—Uno de mis clientes ha bebido demasiado —se quejó la chica—. Se está poniendo violento y descontrolado.

La sonrisa de Helene era serena, pero sus ojos fueron tan penetrantes como un rayo láser sobre su blanco.

—¿Me disculpáis? El deber me llama.

Se puso en pie y llamó a uno de los muchos guardias de seguridad para que la acompañara. En cuanto se hubo marchado, Reichen alzó una ceja a Tegan.

—¿Es encantadora, no crees?

—Tiene su atractivo, supongo.

Reichen afiló la mirada.

—Tengo curiosidad. ¿El celibato es algo a lo que se adhieren los de la Orden?

La pregunta estalló en su cabeza.

—¿De qué demonios estás hablando?

—Acabo de ver cómo te quitabas de encima a una docena de mujeres perfectas que se hubieran postrado a tus pies sólo por complacerte. Ningún hombre es capaz de tanto control. A menos... —Reichen se rio débilmente—. A menos que los rumores que circulaban la otra noche en la recepción fueran ciertos. ¿Tienes algo con la adorable Elise Chase? ¿Algo más aparte de los asuntos que os han traído a mi ciudad?

—No hay nada entre nosotros. —O al menos no debería haberlo. Y no lo habría, después del camino que habían tomado las cosas esa noche—. No quiero nada en absoluto de esa mujer.

—Ah. Estaba equivocado. Disculpa mi insinuación —dijo Reichen, obviamente captando en el tono de Tegan que el asunto no estaba abierto a la discusión.

Tegan se puso en pie.

—Me largo de aquí.

De pronto ardía en deseos de estar fuera patrullando, lejos de la explícita carnalidad del club. Y no confiaba en regresar a la finca con Reichen porque eso significaba volver a estar cerca de Elise.

—No me esperes levantado —gruñó, luego salió del lugar y se adentró en la noche.

Elise se despertó a la mañana siguiente justo después del alba, tras una noche de dormir poco y de forma interrumpida. En algún momento durante la noche, su instinto de supervivencia se había activado, y se había dado cuenta de que no podía permanecer más tiempo allí con Tegan y tener la esperanza de mantener el corazón intacto. Tenía que abandonar Berlín y regresar a Boston. Las pocas pertenencias que había traído estaban metidas en un pequeño bolso colocado junto a la puerta. Estaba duchada y vestida, y ya había llamado un taxi para que la recogiera y la llevara hasta el aeropuerto.

Había insistido en ir a Berlín con Tegan en primer lugar por la promesa que le había hecho a Camden, y porque quería jugar su papel para descubrir los secretos que pudieran esconderse en el viejo libro que Marek estaba tan ansioso por poseer. Pero le estaba fallando a Camden y se estaba fallando a sí misma... en cada segundo que malgastaba pensando en Tegan y en imaginar, sin ninguna esperanza, cualquier tipo de futuro con él.

Ya había cumplido con lo que vino a hacer a Berlín: Petrov Odolf sería interrogado, y Tegan sería recibido hoy en el centro de internamiento, con o sin la escolta personal de Elise. Ahora lo mejor que podía hacer era regresar a casa, donde los renegados y su líder representaban una amenaza inmediata y mortal.

Se oyó un golpe en la puerta, seguido de la suave voz femenina de una de las parientes de Reichen que vivían en el Refugio Oscuro.

—¿Hola? No quiero molestarte...

—No, está bien. Estoy despierta, pasa.

Elise cruzó la habitación desde la ventana, donde había permanecido caminando de arriba abajo los últimos minutos. Abrió la puerta, esperando oír que su coche había llegado. La joven compañera de sangre que esperaba allí sonrió tímidamente y le ofreció un teléfono sin cable.

—Una llamada para usted —le dijo—. ¿La quiere atender?

—Por supuesto. —Elise cogió el teléfono mientras la otra mujer se alejaba por el pasillo—. ¿Hola? Aquí Elise Chase.

Hubo un momento de silencio antes de que la compañera de Petrov hablara.

—Soy Irina. Nos conocimos ayer en el centro de internamiento.

—Sí, por supuesto. ¿Ocurre algo malo?

—No, nada malo. Espero que no te moleste que haya llamado. El director Jun me dijo dónde encontrarte...

—No me molesta en absoluto. —Elise entró en su habitación de invitada y se sentó en el borde de la cama—. ¿Qué puedo hacer por ti, Irina?

—Hoy encontré una cosa, y me preguntaba si podría serte útil.

—¿De qué se trata?

—Bueno, estaba almacenando algunas cosas de Petrov y encontré una caja de zapatos que contiene algunos objetos personales de su hermano fallecido. La mayoría no tienen importancia... fotografías, joyería, algunos objetos de escritorio con sus iniciales, ese tipo de cosas. Pero en el fondo encontré unas viejas cartas escritas a mano envueltas en una tela bordada. Elise, esas cartas que conservaba el hermano de Petrov... debió de haber pasado semanas escribiéndolas, pero están llenas de signos sin sentido. No estoy segura, pero creo que pueden ser los mismos signos extraños que Petrov comenzó a escribir antes de convertirse en renegado.

—Oh, Dios mío.

—¿Crees que estos escritos podrían servir de alguna ayuda?

—Realmente me gustaría verlos para averiguarlo. —La excitación creció en Elise mientras cogía un bolígrafo y papel y los metía en su bolso—. ¿Me dejarás hacerlo?

—Sí, por supuesto. Por eso he llamado.

Elise lanzó una mirada al bolso junto a la puerta y se mordió el labio. Podría volver a Estados Unidos en otro momento. Aquella nueva información podía ser muy importante.

—Cojo un taxi y estaré ahí en apenas unos minutos, Irina. Dame tu dirección y llegaré lo antes posible.

El taxi, un Mercedes de color crema, esperaba junto a la verja de la entrada, la cual estaba bajo la vigilancia de un secuaz desde el amanecer. Desde su privilegiado lugar de observación, a varios metros y oculto por la espesa vegetación de los alrededores, el secuaz observaba a través de unos prismáticos de alta precisión a la mujer rubia que se apresuraba a subir al coche.

La perra encajaba perfectamente con la imagen del vídeo que su amo le había enviado por *mail*. Para estar seguro, sacó la imagen del bolsillo de la chaqueta y volvió a mirarla. Sí, efectivamente era ella.

El secuaz sonrió mientras la mujer subía al taxi.

—Empieza la diversión —murmuró, dejando los prismáticos colgando del cordel sujeto a su cuello y abandonando el árbol tras el cual se ocultaba.

Se apresuró hasta su coche, que había dejado en la cuneta de un sendero cercano. Se subió en él, puso en marcha el motor y se marchó en busca de su presa.

Irina Odolf vivía en una casa pequeña y ordenada, en una calle residencial flanqueada por árboles, en las afueras de la zona oeste de Berlín. A Elise le sorprendió, aunque sólo hasta cierto punto, que la mujer hubiera decidido tener su hogar fuera de los Refugios Oscuros tras haber perdido a su compañero por culpa de la lujuria de sangre. Probablemente, ella en su situación habría decidido lo mismo.

—Había tantos recuerdos de lo que perdí cuando él se marchó —le explicó Irina

mientras Elise se sentaba a tomar café en la zona soleada del comedor. Puertas de cristales con estores verticales daban a un patio comunitario al que se accedía desde la parte trasera de varias casas—. Petrov y yo teníamos muchos amigos en los Refugios Oscuros, pero vivir allí sin él era demasiado duro. Supongo que si vuelve a casa... o, más bien, cuando vuelva a casa —se corrigió, acariciando distraídamente el borde de encaje del mantel—, cuando él vuelva regresaremos allí y empezaremos nuestra vida de nuevo.

—Espero que ese día llegue pronto para lo dos, Irina.

La compañera de sangre la miró sonriendo con los ojos llorosos.

—Yo también.

Elise tomó un trago de café, débilmente consciente del latido que comenzaba a aparecer en sus sienes. Había estado presente desde que subió al taxi que la trajo hasta allí, atravesando el centro de la ciudad, donde el estruendo de pensamientos humanos la había maltratado a través del metal y el vidrio del coche. Pero ella usó el control que Tegan le había enseñado, y lo peor de su dolor psíquico había disminuido hasta un nivel manejable.

Estar tan cerca de ese lote de humanidad fue realmente una prueba. El vecindario de Irina estaba formado por un conjunto de casa agrupadas, con un constante tráfico de coches circulando en ambas direcciones. Éstos añadían todavía más ruido al parloteo que llenaba su cabeza.

Pero por debajo del estruendo general de descontento que recibía, Elise detectó algo más oscuro, fuera de su alcance.

—¿Te gustaría ver las cartas?

La voz de Irina captó de nuevo la atención de Elise.

—Sí, por supuesto.

Siguió a la mujer fuera del comedor hasta un acogedor estudio al final del pasillo. Había un escritorio, de carácter muy masculino, situado en un rincón acogedor que invitaba a la lectura, los muebles estaban impecablemente pulidos y organizados, como esperando la inminente llegada de su dueño.

Irina condujo a Elise hasta el escritorio, donde había una caja de zapatos abierta al lado de una vieja tela. Sobre ésta descansaba una pila de papeles doblados.

—Aquí están.

—¿Puedo? —preguntó Elise, acercándose para coger el conjunto de cartas.

Irina asintió y ella desdobló la primera carta y la miró. Estaba llena de rápidos, violentos y torcidos garabatos. Las palabras eran prácticamente ilegibles, escritas en lo que parecía ser latín, por una mano que parecía guiada por la locura. Elise revisó los otros papeles, encontrando más de lo mismo.

—¿Crees que significa algo?

Elise negó con la cabeza.

—No estoy segura. Pero me gustaría mostrárselo a alguien. ¿De verdad no te importa que me los lleve?

—Haz lo que quieras. Para mí no tienen ninguna utilidad.

—Gracias.

Elise miró la tela que había sobre el escritorio. Era increíblemente hermosa, y evidentemente muy antigua. No pudo evitar pasar los dedos sobre los intrincados bordados con diseños de jardines medievales.

—Es precioso. Los detalles son increíbles, es como una pintura hecha con hilo.

—Sí, lo es. —Irina sonrió—. Y quienquiera que lo haya hecho tenía también un gusto por el capricho.

—¿Por qué?

—Lo noté cuando la tela estaba doblada alrededor de la pila de cartas. Déjame mostrártelo.

Dobló la tela cuadrada diagonalmente, doblando un extremo hacia arriba para que la esquina del diseño inferior de la izquierda y la del superior de la derecha se tocaran. En el lugar donde se encontraba el bordado revelaba la forma oculta de una lágrima cayendo en la cuenca de una medialuna.

Elise se rio, deleitándose con la inteligencia de la artista que había hecho el trabajo.

—¿La mujer que lo hizo era una compañera de sangre?

—Al parecer sí. —Irina cuidadosamente desdobló la tela otra vez—. ¿Debe de ser de la Edad Media, no crees?

Elise no podía responder aunque lo hubiera sabido. En aquel instante, un lacerante estallido de dolor atacó su mente. Era pura amenaza, algo diabólicamente malvado... y estaba de pronto muy cerca.

«Dentro de la casa».

—Irina —susurró—. Hay alguien aquí.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres con que...?

Levantó la mano para acallar a la mujer, luchando a través del asalto, con la mente llena de los violentos pensamientos del intruso.

«Es un secuaz, enviado con la misión de matar».

—Tenemos que salir de aquí ahora mismo.

—¿Salir de aquí? Pero yo no...

—Tienes que confiar en mí. Nos matará si nos encuentra.

Los ojos de Irina se llenaron de terror. Negó con la cabeza.

—No hay salida por aquí detrás. Sólo la ventana...

—¡Sí, deprisa! Ábrela y sal de aquí. Yo iré detrás de ti.

Elise cerró la puerta de la habitación en silencio, y luego puso el grueso sillón de cuero contra ella mientras Irina trataba de abrir la ventana del fondo. El secuaz avanzaba sigilosamente merodeando por el interior de la casa en busca de su presa, pero la ferocidad de sus pensamientos lo traicionaban como un grito de alarma que se disparaba.

Su amo lo había enviado para matarla, pero él quería hacer las cosas a su manera.

Hacerla sangrar. Hacerla gritar. Eso es lo que más disfrutaba de su trabajo.

Y estaba casi mareado ante la idea de poder practicar sus perversiones en dos mujeres en lugar de una.

Oh, Dios, pensó Elise, sintiendo una oleada de repugnancia en la garganta.

Recurrió al poder de la sangre de Tegan en su interior y a su propia determinación, esforzándose furiosamente por concentrarse, a pesar de la escalofriante certeza de lo que la acechaba en el pasillo.

—El pestillo de la ventana está atascado —jadeó Irina, forcejeando aterrorizada—. ¡No se abrirá!

Ese grito angustiado atrajo al secuaz como un faro. Se oyeron pesados pasos en el extremo del pasillo. Elise cogió un libro grueso de una estantería y corrió junto a Irina, allí golpeó la tapa dura contra la ventana para soltar el pestillo atascado.

—Ya está —dijo Elise cuando el mecanismo por fin se soltó. Tiró el libro y empujó el cristal a un lado, luego quitó la cortina y la dejó caer al suelo—. ¡Sube, Irina, vamos!

Oyó al secuaz abalanzándose hacia la habitación donde se escondían. Sus pensamientos eran malvados, negros y amenazantes. Oyó su rugido gutural un instante antes de que se lanzara contra la puerta. Las bisagras chirriaron con el impacto, y el marco se rajó cuando él reuló y volvió a lanzarse contra la puerta con una embestida terrible.

—¡Elise! —chilló Irina—. ¡Oh, Dios mío! ¿Qué está pasando?

Ella no respondió. No tuvo tiempo. Elise se abalanzó sobre las cartas, pero al girarse con ellas hacia la ventana, que era su única posibilidad para escapar, el secuaz abrió la puerta lo suficiente como para meterse en la habitación. Apartó el sillón de su camino y fue tras ella, blandiendo en la mano un cuchillo de caza con un aspecto atroz. Aulló, y al estirar sus facciones se destacó una espantosa cicatriz que le atravesaba la frente y le llegaba hasta la mejilla derecha. El ojo turbio a medio camino de la cicatriz brillaba con maldad.

—No se marchen tan rápido, damas. Vamos a divertirnos un poco.

Los dedos del secuaz se cerraron en torno al cuello de Elise antes de que pudiera escaparse. La tiró sobre la superficie del escritorio y se inclinó sobre ella. Le dio una bofetada tan fuerte con su enorme mano que se le nubló la vista y toda la mitad de la cara le ardía de dolor. Con un potente movimiento del brazo, él clavó la punta de la espada en la madera al lado de la cabeza de ella, deliberadamente apenas a un centímetro.

Su sonrisa estaba llena de humor sádico mientras apretaba los dedos contra su cuello.

—Juega limpio y tal vez te deje seguir viva —le mintió.

Elise pateaba y se retorció, pero era inútil. Con la mano libre trató de encontrar algo que pudiera servirle como arma. La caja de zapatos se volcó sobre el escritorio, derramando su extraña colección de gemelos, fotografías... y un abridor de cartas con

una perla en el mango. Elise trató de que el secuaz no se diera cuenta, pero estaba decidida a cogerlo.

—¡Suéltala! —gritó Irina.

—Será mejor que no te muevas —gruñó el secuaz, lanzándole una mirada de advertencia—. Quédate ahí quieta, perra, o tu amiga se va a comer el acero.

Elise cerró los ojos mientras Irina sollozaba junto a la ventana, paralizada de terror. Pero en ese momento en que el secuaz estaba distraído, los dedos de Elise se cerraron en torno a la empuñadura del abridor de cartas. Sabía que era un pobre competidor contra el cuchillo de su atacante, pero era mejor que nada.

En cuanto pudo sostenerlo con firmeza, Elise levantó el arma improvisada recorriendo un amplio arco. Con ésta golpeó al secuaz en un lado del cuello.

El profundo pinchazo lo hizo apartarse de ella con un aullido, hurgando con los dedos en la herida sangrante. Elise no se dio cuenta de que él blandía su propio cuchillo hasta que fue hacia ella. Ella se escabulló, escapando por poco de su golpe torpe y agresivo.

El secuaz se tambaleó un poco, apretándose el cuello con la mano y mirando aturdido cómo su camisa se ponía roja por la sangre derramada.

—¡Jodida perra!

Cargó de nuevo contra ella, usando todo su peso y logrando tirarla al suelo. Elise se revolcó en un esfuerzo por liberarse de él, pero era un hombre grande y estaba furioso. Consiguió rodar sobre su espalda, sosteniendo el abridor de cartas con fuerza en la mano, atrapada entre los brazos y las costillas del secuaz.

Vio el cuchillo cerca de su rostro.

—No —gritó, mareada por el peso de él y el fétido olor acre de su sangre derramada—. ¡Maldita sea, no!

Asestó al secuaz una puñalada a ciegas con el abridor de cartas. Le dio en las costillas, otra herida profunda que lo hizo aullar de dolor. Él se echó hacia atrás, asfixiándose y resollando, dándole a Elise la oportunidad de escapar.

—¡Oh, Dios! —gritó Irina, completamente horrorizada—. ¿Qué ha pasado? ¿Quién es este hombre? ¿Qué quería de nosotras?

—¡Irina, salgamos de aquí! —gritó Elise, cogiendo las cartas y empujando a la otra mujer hacia la ventana abierta.

Las dos saltaron, aterrizando en la hierba helada. Elise vio al secuaz sentado en el suelo dentro, pálido y sin poder ir a ninguna parte. Pero ella no se atrevió a relajarse un segundo.

—Tenemos que salir de aquí, Irina. ¿Tienes un coche?

La mujer no respondió, su piel estaba tan blanca como la nieve que había fuera. Elise la cogió de los hombros y se encontró con su afligida mirada.

—¿Tienes un coche, Irina? ¿Puedes conducir?

Un brillo de atención apareció en sus ojos.

—¿Qué? Oh... sí... mi coche está aparcado ahí. Cerca del callejón.

—Entonces vamos. Tenemos que irnos.

Un alboroto en el vestíbulo del Refugio Oscuro despertó a Tegan de una ligera cabezada en su habitación de invitados. Algo iba mal. Realmente mal. Oyó la voz de Elise —en un tono elevado, muy distinto de su calmado tono habitual— y se levantó de un salto inmediatamente, con todos sus sentidos en estado de alerta.

Desnudo excepto por los tejanos azules que se puso mientras caminaba por el pasillo, registró los sonidos del llanto apagado de una mujer. No era Elise, gracias a Dios, pero ella también estaba allí, hablando rápido y claramente preocupada.

Tegan fue hasta la escalera y lanzó una mirada hacia la entrada de la finca. Lo que vio casi le hizo caerse de donde estaba.

Elise, que acababa de regresar quién sabe de dónde, estaba cubierta de sangre.

«Maldito infierno».

Él se balanceó sobre sus talones, sintiendo que el estómago le pesaba como una piedra y se le caía hasta las rodillas. Elise estaba empapada de escarlata. La parte delantera de sus ropas estaban manchadas de un rojo intenso, como si alguien le hubiera abierto la yugular.

Sólo que no era su sangre, advirtió cuando el olor metálico se coló por sus orificios nasales. Era sangre de otra persona, de un ser humano.

En ese momento sintió un profundo alivio.

Hasta que una ira desesperada lo inundó.

Se agarró a la barandilla y saltó por encima, aterrizando en el suelo del vestíbulo al tiempo que profería un insulto entre dientes. Elise apenas lo miró mientras avanzaba hacia ella, con el cuerpo temblando por la intensidad de su furia. Toda la atención de Elise se hallaba concentrada en la afligida y aturdida Irina Odolf, que se había desplomado en un banco tapizado cerca de la puerta principal.

Reichen vino de la cocina con un vaso de agua que le entregó a Elise.

—Gracias, Andreas. —Ella se volvió para ofrecérselo a la otra compañera de sangre, que lloraba sin parar—. Aquí tienes, Irina. Bebe un poco si puedes. Te hará sentir mejor.

Tegan no vio que a la otra mujer le ocurriera nada malo, aparte de la conmoción. Elise, sin embargo, estaba como si acabara de salir de un frente de guerra. A un lado de la cara tenía una contusión amoratada que iba desde la mandíbula hasta la parte superior de su mejilla.

—¿Qué demonios ha pasado? ¿Y qué narices hacías fuera del Refugio Oscuro?

—Bebe —insistió Elise a la mujer a su cuidado, ignorando a Tegan—. Andreas, ¿tienes una habitación tranquila donde Irina pueda descansar un rato?

—Sí, por supuesto —respondió Reichen—. Hay un salón en el primer piso.

—Gracias. Eso estará bien.

Tegan observó cómo Elise tomaba el control de la situación, dando órdenes con

suavidad, de una manera tan natural. Tenía que admirar su fuerza en medio de la evidente crisis, pero maldita fuera, estaba furioso.

—¿Quieres explicarme por qué estás aquí con una contusión y bañada en sangre?

—Fui a ver a Irina esta mañana —respondió Elise, todavía evitando encontrarse con su mirada enfadada—. Un secuaz por lo visto me siguió...

—Dios santo.

—Entró en la casa de Irina y nos atacó. Yo me encargué de él.

—Te encargaste —dijo Tegan con tono sombrío—. ¿Qué ocurrió? ¿Luchaste con ese desgraciado de mierda? ¿Lo mataste?

—No lo sé. No nos quedamos a averiguarlo.

Le quitó el vaso a Irina, que no había bebido mucho por otra parte, y lo dejó en el suelo.

—¿Puedes ponerte en pie? —preguntó a la mujer, con voz cariñosa y preocupada. Cuando la compañera de sangre asintió, Elise colocó la mano bajo el brazo de ella y la ayudó a levantarse—. Vamos a llevarte a otra habitación donde podrás descansar mejor, ¿de acuerdo?

—Permíteme —dijo Reichen, moviéndose suavemente y apoyando el peso de Irina sobre su cuerpo. Cuidadosamente, la condujo fuera del vestíbulo, a través de unas grandes puertas dobles.

Cuando Elise comenzó a seguirlos, Tegan la alcanzó y la tomó de la mano.

—Elise, espera.

Ya que no tenía alternativa, ella se detuvo. Luego dejó escapar un lento suspiro y se volvió hacia él.

—De verdad no necesito tu desaprobación precisamente en este momento, Tegan. Estoy agotada, y quiero quitarme estas horribles ropas. Así que si pretendes aleccionarme, vas a tener que esperar...

La atrajo hacia él y la hizo callar envolviéndola en un intenso abrazo.

No podía dejarla ir. No podía hablar. Tenía el pecho acongojado por una emoción que no quería reconocer y que sin embargo no podía negar. Esa emoción lo desgarraba, apretándole como un torno el corazón.

«Ah, mierda».

Elise podría estar muerta. Consiguió escapar, es cierto, pero había corrido serio peligro con ese secuaz y había muchas posibilidades de que las cosas acabaran fatal.

Él podía haberla perdido mientras dormía. Cuando ella estaba fuera de su alcance y él era incapaz de protegerla.

Esa idea lo golpeó con fuerza.

Con una profundidad inesperada.

Todo lo que podía hacer ahora era abrazarla. Como si no quisiera dejarla marchar nunca.

Elise había esperado ira por parte de Tegan. O tal vez una arrogante censura masculina. Nada podía sorprenderla más que sentir sus brazos rodeándola con fuerza.

Dios santo, ¿acaso él estaba temblando?

Ella permaneció en la cálida y fuerte jaula de su abrazo y sintió que algo de su tensión nerviosa comenzaba a quebrarse. El miedo que le helaba los huesos pero que había rechazado permitirse sentir comenzó a colarse en sus miembros. Se apoyó en la fuerza de Tegan, levantando las manos para dejarlas descansar sobre los duros músculos de su espalda desnuda, mientras apoyaba su mejilla ilesa en la suavidad de su pecho.

—Hay unos papeles —consiguió decir por fin—. El hermano de Petrov Odolf escribió un puñado de cartas. Creí que podían ser importantes. Es por eso que fui a ver a Irina.

—Todo eso no me importa. —La voz de Tegan sonó profunda y vibrante junto a su oído. Él apretó las yemas de los dedos contra sus hombros para apartarla y mirarla a los ojos. Su mirada verde esmeralda era penetrante e intensamente seria—. Dios santo, no me importa nada de eso ahora.

—Puede significar algo, Tegan. Hay unos versos extraños...

Él negó con la cabeza, frunciendo el ceño.

—Puede esperar.

Se inclinó hacia ella y al parecer le quitó una mancha de la barbilla. Luego levantó su rostro hacia el de él y la miró durante un largo momento antes de besarla.

Fue un beso breve y tierno, lleno de una dulzura que le robó el aliento.

—Todo lo demás ahora puede esperar —dijo con calma, pero con una oscura ferocidad en su voz—. Ven conmigo, Elise. Ahora quiero cuidar de ti.

La llevó de la mano desde la escalera principal hasta su habitación de invitada en el segundo piso. Ella entró con él, y se detuvo cuando él cerró la puerta tras ellos. Él vio el bolso de viaje en el suelo y la miró con actitud interrogante.

—Tenía planeado marcharme de Berlín hoy y regresar a Boston.

—¿Por culpa mía?

Ella negó con la cabeza.

—No, por culpa mía. Porque estoy confundida con muchas cosas, y no me concentro en lo que importa. Lo único que debería importarme es...

—Tu venganza.

—Mi promesa, sí.

Tegan se colocó frente a ella, su ancho pecho llenando su visión, irradiando un calor que ella deseaba desesperadamente sentir de nuevo contra sí. Cerró los ojos y comenzó a desabrocharse con cuidado la blusa manchada de sangre. Él la ayudó a quitarse la pegajosa prenda de seda y la dejó caer al suelo.

Tal vez ella debería sentir cierta incomodidad, o al menos resistencia, al permitir

que él la desvistiera después de lo horribles que se habían puesto las cosas entre ellos la noche anterior. Pero estaba mareada por la sangre de su ropa, y había en ella una parte débil y afligida que necesitaba los cuidados de Tegan. Su forma de tocarla era protectora, no sexual, pura firmeza ahora. Capaz y compasiva.

Sus pantalones arruinados fueron lo siguiente, junto con los calcetines y los zapatos. Y entonces allí estaba frente a él, sólo con braguitas y sujetador.

—La sangre del secuaz ha traspasado la ropa hasta tu piel —dijo él, frunciendo el ceño mientras pasaba la mano por su hombro manchado y a lo largo de sus brazos. En el cuarto de baño adyacente, se encendió la ducha—. Te lo limpiaré.

Ella entró con él en el espacioso cuarto de baño, sin decir nada mientras él le quitaba con cuidado sus últimas prendas.

—Vamos —dijo él, guiándola hacia la pared de ladrillo vitrificado que separaba la gran zona de la ducha del resto de la habitación.

Un cálido vapor los alcanzó cuando se acercaron al agua.

—Te vas a empapar —dijo Elise cuando Tegan se metió bajo la ducha con ella sin quitarse los pantalones.

Él se encogió de hombros. El agua cayó sobre él, sobre su pelo rojizo y las franjas de músculos de su pecho y de sus brazos. Riachuelos en cascada cayeron sobre las bellas líneas de sus *dermoglifos* y sobre la oscura tela vaquera que cubría sus largas y poderosas piernas.

Ella lo miró y se sintió como si lo estuviera viendo con ojos nuevos, como si lo viera por primera vez. No había duda de que era un solitario, un hombre letal, entrenado para matar y capaz de un estado de apatía casi total. Pero había también una sorprendente vulnerabilidad en él ahora que estaba de pie frente a ella, totalmente empapado, ofreciéndole la mano amablemente.

Y si el guerrero que había en él la hacía detenerse, esa nueva visión era todavía más inquietante.

La hacía desear correr a sus brazos y quedarse allí para siempre si pudiera.

—Ponte bajo el agua conmigo, Elise. Yo haré el resto.

Ella sintió que sus pies se movían y los dedos de su mano iban a descansar en el cálido centro de la palma de Tegan. Él la atrajo hacia la suave lluvia de la ducha, apartándole el pelo de la cara mientras los dos se empapaban juntos.

Elise se deshizo con el agua caliente y el calor todavía mayor del cuerpo de Tegan contra el suyo. Permitted que le enjabonara la piel y que le pusiera champú en el pelo, encantada de ese placentero contacto después de un día tan horrible.

—¿Sienta bien? —preguntó él mientras la enjuagaba. Ella sintió penetrar la vibración de su voz en la piel y en los huesos, a través de las yemas de sus dedos.

—Sienta de maravilla.

«Demasiado», pensó. Cuando estaba con Tegan, especialmente de esa forma, olvidaba su dolor. Le hacía aceptar de manera sencilla el vacío que había existido durante tanto tiempo en su corazón. Su ternura la hacía sentirse entera y capaz de

ahuyentar la oscuridad. Ahora mismo, mientras la acariciaba y la mantenía protegida en sus brazos, la hacía sentirse amada.

Eso la tentaba a imaginar un futuro donde podría ser feliz otra vez. Completa otra vez, junto a él.

—Estoy fallando con la promesa que hice a mi hijo —dijo ella, esforzándose por separarse del reconfortante contacto de Tegan—. Lo que debería estar haciendo es asegurarme de que la muerte de Camden no fue en vano.

Algo se encendió en los ojos de él, sólo para apagarse un instante después cuando dejó caer sus espesas pestañas mojadas. Luego cerró el agua.

—No puedes pasarte la vida viviendo para los muertos, Elise.

Cogió una de las toallas dobladas y amontonadas en un estante alto construido sobre el mármol de la ducha. Cuando le entregó la toalla, Elise se encontró con su mirada. La angustia que vio en sus ojos la hizo retroceder.

Él le devolvió una mirada llena de desolación. Era el dolor de una vieja herida, todavía no curada.

Ella nunca lo había advertido antes porque él no se lo había dejado ver.

—¿Te culpas a ti mismo por lo que le pasó a tu compañera, verdad?

Él la miró durante un largo y silencioso minuto, y ella estaba segura de que se lo negaría con actitud distante. Pero de pronto él soltó un taco y se pasó los dedos por el pelo mojado.

—No pude salvarla. Ella dependía de mí para estar a salvo, pero yo le fallé.

Elise sintió un dolor en el corazón.

—Debías de amarla mucho.

—Sorcha era una chica dulce, la persona más inocente que he conocido nunca. No se merecía la muerte que tuvo.

Elise se envolvió con la toalla mientras Tegan se sentaba en el banco de mármol que había en el compartimiento de la ducha. Sus muslos estaban separados y sus codos descansaban sobre las rodillas.

—¿Qué sucedió, Tegan?

—Después de que la capturaran, unas dos semanas más tarde, sus raptos me la devolvieron. Había sido violada, torturada. Y como si eso no fuera lo bastante cruel, aquel que la tenía también se había alimentado de ella. Volvió a mí transformada en la secuaz de uno de aquellos que la habían tratado brutalmente.

—Oh, Dios, Tegan.

—Devolvérmela así fue peor que matarla, pero supongo que lo que querían era dejarme esa tarea a mí. No pude hacerlo. En mi corazón, yo sabía que ella ya no estaba, pero no podía acabar con su vida.

—Por supuesto que no —le aseguró ella suavemente, con el corazón roto por él.

Elise cerró los ojos y murmuró una oración en voz baja mientras se dejaba caer en el banco junto a él. No le importaba si él rechazaba su compasión, ella necesitaba estar cerca. Él tenía que saber que no estaba solo.

Cuando puso la mano en sus hombros desnudos, él no se apartó. Volvió la cabeza hacia ella encontrándose con su mirada compasiva.

—Traté de que se repusiera. Pensé que si le extraía suficiente sangre y le daba mucha de la mía... si podía alimentarla de mis venas y extraer el veneno de las suyas... tal vez se produjese un milagro que la hiciera revivir. Así que me alimenté para alimentarla. Arrasé con toda la sangre que pude durante varias semanas. No tenía control. Estaba tan consumido por la culpa y la necesidad de curar a Sorcha que ni siquiera noté lo rápido que estaba cayendo en la lujuria de sangre.

—¿Pero no caíste, verdad? Quiero decir, no puede ser, ya que ahora estás sentado aquí.

Él se rio amargamente, con un sonido brusco y tosco.

—Oh, sí que caí. Caí como todos los adictos. La lujuria de sangre me habría transformado en un renegado si no hubiera sido por Lucan. Él me detuvo y me metió en una celda de piedra a esperar hasta que cesara la enfermedad. Durante varios meses, casi muero de hambre, pues me alimentaba tan sólo con las cantidades mínimas para que continuara respirando. La mayor parte de esos días, imploraba la muerte.

—Pero sobreviviste.

—Sí.

—¿Y Sorcha?

Él negó con la cabeza.

—Lucan hizo por ella lo que yo no tuve la fuerza de hacer. La liberó de su sufrimiento.

El corazón de Elise se estremeció al comprenderlo.

—¿La mató?

—Fue un acto de piedad —respondió Tegan con tensión—. A pesar de eso, lo he odiado durante los últimos cinco siglos desde entonces. Finalmente, Lucan demostró por ella más compasión de la que yo tuve. Yo la habría mantenido con vida sólo para evitar sentirme culpable de su muerte.

Elise acarició con la palma de la mano la fuerte espalda de Tegan, conmovida por su compasión y por el amor que le habían arrebatado hacía tanto tiempo. Ella había creído que él era frío y carente de sentimientos, pero eso era sólo por lo bien que ocultaba sus emociones. Sus heridas eran más profundas de lo que nunca hubiera imaginado.

—Siento mucho todo lo que has pasado, Tegan. Ahora lo entiendo. Ahora lo entiendo todo.

—¿De verdad?

La miró a los ojos con una mirada sombría y penetrante en su intensidad.

—Cuando te vi ahí abajo cubierta de sangre... —se interrumpió bruscamente, como si fuera incapaz de encontrar las palabras—. Ah, joder... No quería volver a sentir jamás esa clase de miedo y de dolor, ¿lo entiendes? No quería permitirme

volver a sentirme nunca cerca de nadie.

Elise lo miró en silencio, oyendo sus palabras, pero sin saber con certeza lo que significaban. ¿Estaba diciendo que la quería?

Él pasó los dedos con delicadeza por la zona amaratada de su mejilla.

—Te quiero —le dijo. Era una sencilla respuesta a la pregunta que había leído al tocarla. La atrajo hacia sí, simplemente abrazándola, acariciando distraídamente su brazo con el pulgar—. Contigo... creo que sería muy fácil quererte mucho, Elise. No estoy seguro de que sea un riesgo que pueda permitirme.

—¿No puedes... o no quieres?

—No hay diferencia. Es sólo una cuestión semántica.

Elise apoyó la cabeza sobre su hombro. No quería escuchar eso ahora. No quería dejarlo ir.

—¿Entonces dónde nos lleva ahora esto? ¿Qué hacemos a partir de aquí, Tegan?

Él no dijo nada en un sentido ni en otro, se limitó a abrazarla con fuerza y a darle un tierno beso en la frente.

El resto del día lo pasaron revisando de manera confusa un conjunto de tácticas e información reunida. Al ponerse el sol, Reichen envió a una pareja de sus asociados a la residencia de Irina Odolf. El informe que vino de vuelta era que el secuaz se había marchado, evidentemente por su propio pie, a pesar de que Elise sin duda había causado un gran daño al bastardo, a juzgar por la cantidad de sangre que había quedado en la escena.

Armado con la descripción que ella le dio, Reichen ya estaba en la ciudad en busca de posibles pistas. Tegan se moría de ganas de que localizaran a ese maldito desgraciado, porque estaba ansioso por terminar lo que Elise había empezado.

En cuanto a ella, por mucho que Tegan quisiera tenerla entre sus brazos, o mejor aún, desnuda en su cama, sabía que era un camino que sólo lo conduciría cada vez más adentro de un territorio complicado. En lugar de eso, había concentrado su atención en el diario que habían interceptado a Marek y en el puñado de cartas que Elise había recuperado entre las pertenencias de Petrov Odolf.

Ambas cosas contenían ejemplos del mismo tipo peculiar de frases:

castillo y granja se unirán bajo la luna creciente
hacia las tierras fronterizas del este gira la vista
en la cruz yace la verdad.

Era una especie de acertijo, pero qué significaba —si es que significaba alguna cosa— estaba por ver.

Petrov Odolf no parecía entenderlo tampoco, a pesar de que su compañera de sangre afirmara que había estado escribiendo esas mismas palabras compulsivamente justo antes de convertirse en renegado. Igual que había hecho su hermano antes que él.

Y también como aquel a quien había pertenecido el viejo diario con el símbolo dermoglífico del dragón garabateado en sus páginas.

Ahora Tegan se hallaba de pie en la celda de Petrov Odolf, mirando al renegado con muy poca paciencia. Él y Elise llevaban en el centro ya una hora, y se encontraban exactamente en el mismo punto que cuando habían comenzado a interrogar a Odolf.

Le habían reducido la medicación, así que al menos el renegado estaba consciente, pero muy lejos de la lucidez. Con su cuerpo atrapado dentro de una jaula vertical de acero y malla, sus musculosos brazos atados a los lados y grilletes en los pies, Petrov Odolf parecía en todo la bestia que era. Su enorme cabeza se hundía sobre su pecho y los brillantes ojos ámbar se movían de un lado a otro de la celda sin llegar a enfocar nada. Gruñía y bufaba a través de sus largos colmillos, y luego volvía a iniciar otra tanda de lucha inútil contra sus cadenas.

—Dinos lo que significa —le pidió Tegan, hablando por encima del barullo del

metal y los resoplidos animales sin sentido—. ¿Por qué tú y tu hermano escribíais esas frases?

Odolf no respondió, sólo continuó luchando contra sus ataduras.

—Castillo y granja se unirán bajo la luna creciente —recitó Tegan—. Hacia las tierras fronterizas del este gira la vista. ¿Eso es una localización? ¿Qué significa para ti, Odolf? ¿Qué significaba para tu hermano? ¿El nombre de Dragos significa algo para ti?

El renegado se sacudió y se tensó hasta que su cara pareció a punto de explotar. Echaba la cabeza de atrás hacia delante, rugiendo furiosamente.

Tegan soltó un suspiro de frustración y se volvió hacia Elise.

—Esto es una maldita pérdida de tiempo. Él no nos va a servir para nada.

—Déjame intentarlo —dijo ella.

Cuando ella se adelantó, a Tegan no le pasó inadvertido que la fiera mirada de Odolf la siguió por toda la habitación. Los orificios nasales del renegado se agitaron cuando su cuerpo adicto a la sangre comenzó a captar su aroma.

—No te acerques a él —le advirtió Tegan, lamentando haberle prometido a Elise que únicamente usaría las armas con el renegado como último recurso. Su primera línea de ataque era una jeringa de emergencia con un sedante que le había dado el director Kuhn—. Esa distancia es suficiente, Elise.

Ella se detuvo a varios pies de distancia del renegado. Cuando habló, su voz sonó llena de paciencia y comprensión.

—Hola, Petrov. Me llamo Elise.

La pupilas elípticas se estrecharon aún más en el centro de los ojos ámbar de Odolf. Todavía jadeaba por el esfuerzo, pero algo de su lucha cesó cuando concentró su mirada en Elise.

—He conocido a Irina. Es muy agradable. Y te quiere mucho. Me ha dicho cuánto significas para ella, Petrov.

Odolf permanecía quieto en su jaula. Elise se acercó un paso más. Tegan le gruñó una advertencia, y ella se detuvo aunque no le parecía estar haciendo nada temerario.

—Irina está preocupada por ti.

—No está a salvo —murmuró Odolf, de manera casi imperceptible.

—¿Quién no está a salvo? —preguntó Elise con suavidad—. ¿Irina no está a salvo?

—Nadie está a salvo. —Movié la enorme cabeza adelante y atrás como si lo atacaran. Cuando lo superó, Odolf despegó los labios dejando asomar sus enormes colmillos y respiró hondo.

—En la cruz yace la verdad —murmuró en la exhalación—. Gira la vista... gira la vista.

—¿Qué significa, Petrov? —Elise le leyó el pasaje entero—. ¿Nos lo puedes explicar? ¿Dónde oíste esto? ¿Lo leíste en alguna parte?

—Castillo y granja se unirán —repitió—. Hacia las tierras fronterizas del este gira

la vista...

Elise se adelantó otro medio paso.

—Estamos tratando de entenderlo, Petrov. Dinos lo que sepas. Puede ser muy importante.

Él gruñó, echando la cabeza hacia atrás sobre los hombros, estirando muy tensos los músculos de su cuello.

—Castillo y granja se unirán bajo la luna creciente... Hacia las tierras fronterizas del este gira la vista... En la cruz yace la verdad.

—Petrov, por favor —dijo Elise—. Necesitamos tu ayuda. ¿Por qué hay algo que no está a salvo? ¿Por qué crees que nadie está a salvo?

Pero el renegado ya no la escuchaba. Con los ojos totalmente cerrados y la cabeza echada hacia atrás, murmuraba esas frases sin sentido una y otra vez, rápido y jadeante soltaba esa corriente de locura.

Elise volvió a mirar a Tegan.

—Tal vez tengas razón. Puede que no sea más que una pérdida de tiempo.

Él estaba a punto de mostrarse de acuerdo cuando Odolf de repente comenzó a reírse por lo bajo. Con la boca totalmente abierta, dejó caer la cabeza y comenzó a susurrar en voz tan baja que Tegan apenas podía oírlo. Captó pedazos del acertijo, y luego Odolf pestañeó y de repente fue como si una claridad cristalina surgiera en su mente.

Con una voz completamente racional y coherente, dijo:

—Allí es donde se esconde.

A Tegan se le heló la sangre en las venas.

—¿Qué has dicho? ¿Dónde se esconde quién? ¿Marek?

—Escondite. —Odolf rio débilmente, comenzando de nuevo a deslizarse en su locura—. Escondite, escondite... En la cruz yace la verdad.

Una vez más, Tegan consideró el glifo encontrado en el diario. El linaje de la estirpe al que pertenecía se había extinguido hacía mucho tiempo. Pero tal vez Marek no era el único que había regresado de su supuesta muerte.

—¿Se trata de Dragos? ¿Está vivo?

Odolf negó con la cabeza, con los ojos serenamente cerrados. Se lanzó de nuevo al estribillo del acertijo, murmurándolo con voz cantarina y enloquecida.

—¡Maldita sea! —gruñó Tegan, caminando hacia la jaula—. ¿Está Dragos escondido en alguna parte? ¿Él y Marek forman algún tipo de alianza? ¿Han estado tramando algo juntos?

Odolf dejó su cantinela, pero no respondió. Ni siquiera cuando Tegan se agarró al metal de la jaula donde estaba y comenzó a sacudirla. Odolf no parecía estar consciente; el renegado había quedado mentalmente fuera de juego.

—Mierda. —Tegan se pasó una mano por el pelo. En el bolsillo de su abrigo, el móvil comenzó a vibrar al recibir una llamada. Lo abrió de golpe y contestó con un ladrido—. ¿Sí?

—¿Algún progreso? —Era Reichen.

—No mucho.

Detrás de él, en la jaula, Petrov Odolf intentaba morder el aire, gruñendo y maldiciendo. No tenía sentido quedarse allí por más tiempo. Tegan le hizo un gesto a Elise para que lo siguiera fuera de la celda hasta el cuarto de observación adyacente.

—Acabamos de terminar —le dijo a Reichen—. ¿Has averiguado algo del secuaz?

—Sí, tenemos algo. Estoy en Afrodita con Helene. Ella ha visto a ese hombre aquí una o dos veces. Tuvo algún problema con él, de hecho. —Reichen se aclaró la garganta, titubeando—. Él... al parecer trabaja para un club de sangre aquí en la ciudad, Tegan. Probablemente busca mujeres para abastecerlo.

—Dios. —Tegan miró a Elise, sus venas se pusieron tirantes ante la idea de que ella estuviera cerca de semejante escoria. Los clubes de sangre, aunque ilegales entre la estirpe, habían sido en una época el tipo de entretenimiento preferido de cierta clase de vampiro. Proporcionaban comida a las gentes aburridas y acomodadas, y también para aquellos cuyos apetitos tienden hacia la crueldad—. ¿Tienes idea de dónde puedo encontrar ese sitio?

—Naturalmente, para evitar llamar la atención, los clubes raras veces permanecen en el mismo lugar. Helene ya ha enviado algunas antenas para investigar. Probablemente, sabrá algo dentro de una hora.

—Me pongo en camino.

—¿Qué ocurre? —preguntó Elise mientras él cerraba el teléfono y lo guardaba en el bolsillo.

—Tengo que encontrarme con uno de los contactos de Reichen en la ciudad. Ella tiene alguna pista sobre el secuaz que te atacó.

Elise arqueó la ceja.

—¿Ella?

—Helene —dijo Tegan—. Es la humana amiga de Reichen. —La viste anoche cuando lo recogimos en la puerta de su club, Afrodita.

Los ojos de Elise revelaron que recordaba muy bien la mujer semidesnuda que caminó con Reichen hasta el bordillo.

—Muy bien —dijo asintiendo con la cabeza—. Entonces vamos a hablar con ella.

Tegan se estiró para cogerla del brazo cuando ella comenzó a avanzar por el pasillo.

—No voy a llevarte al club de Helene, Elise. Te dejaré de vuelta en el Refugio Oscuro...

—¿Por qué? —Elise se encogió de hombros con indiferencia—. No me asusta ir a un club nocturno.

Las crudas imágenes que Tegan había visto en el Afrodita la noche anterior acudieron a su mente con vívido detalle.

—Es... bueno... no es el tipo de club que tú crees. No te sentirías cómoda allí.

Créeme.

Sus ojos se abrieron con asombro al comprenderlo.

—¿Me estás diciendo que es un burdel?

Él no respondió enseguida, ya que ella no necesitaba que le explicaran las cosas con todo detalle. La observó mientras asimilaba la idea, frunciendo el ceño.

—¿Estuviste allí?

Tegan levantó los hombros ligeramente, preguntándose por qué diablos se sentía mal al reconocerlo.

—Reichen me llevó allí anoche para presentarme a Helene.

—Anoche —dijo ella, afilando su mirada de un púrpura pálido—. Anoche te fuiste a un burdel... después de que nosotros... Oh, de acuerdo, ya veo.

—No es lo que estás pensando, Elise.

Tuvo el repentino y absurdo impulso de asegurarle que no había pasado nada cuando estuvo en el Afrodita, pero Elise no parecía interesada en atender ninguna excusa. Con movimientos bruscos, se puso el abrigo y comenzó a abrochárselo.

—Creo que ya estoy lista para ir, Tegan.

Él le siguió los pasos mientras ella se dirigía hacia el pasillo.

—No estaré mucho rato con Reichen. En cuanto acabe regresaré al Refugio Oscuro y podemos intentar extraer algún sentido de lo poco que hemos sacado de Odolf esta noche.

Elise se volvió para mirarlo.

—Podemos hablar de eso de camino hacia el club Afrodita —dijo—. Yo voy contigo.

Él se enfrentó a su mirada inquebrantable y dejó escapar una risa derrotada.

—Haz lo que quieras. Pero no digas que no te avisé.

A pesar de vivir una existencia protegida en los Refugios Oscuros, Elise nunca se había considerado una mojjigata. Pero al entrar con Tegan por la puerta trasera privada del Afrodita recibió una lección instantánea en erotismo.

Fueron conducidos por un hombre enorme y musculoso vestido de traje oscuro. Llevaba un receptor inalámbrico en la oreja, con un pequeño micrófono que llegaba cerca de su boca y su perilla. Habló por el micrófono, presumiblemente avisando a su jefa de que sus invitados ya habían llegado, y acompañó a Tegan y a Elise a través del piso principal del club.

Adornados con brillantes colores de carnaval y suntuoso mobiliario y accesorios con elementos dorados, el salón y el área del bar eran un banquete visual. Había hermosas mujeres desnudas recostadas sobre sofás con pieles de animales, algunas de ellas entreteniendo a un cliente o dos, a la vista de todos. Otras actuaban juntas, besándose y acariciándose entre ellas ante hombres que llevaban batas de seda o toallas de sauna y las contemplaban con miradas embelesadas y ardientes.

En otro nido con cojines cercano al bar, un hombre era atendido por cuatro mujeres a la vez. Elise tuvo que ahogar un grito ante la erótica mezcla de brazos y piernas morenas. Incluso por encima del latido de la música que salía a través de los parlantes, ella podía oír el roce de las pieles, los gemidos de placer y gritos roncros de éxtasis que venían de prácticamente todos los rincones del salón.

Rodeada de tantos seres humanos, Elise tenía que soportar el zumbido grave de su talento, que despertó a la vida tan pronto como entraron al local. Afortunadamente, la mayoría de entradas que le llegaban eran expresiones de una lujuria natural, algunas de ellas muy gráficas, pero nada lo bastante perturbador como para causarle verdadero dolor.

Recordó el consejo de Tegan y buscó en su mente una de las voces más inofensivas que llenaban su cabeza. Se concentró en esa, usándola para sofocar las otras mientras recorría el lugar.

Cuando le lanzó una mirada a Tegan, vio que éste la estaba observando. Si había advertido alguna de las cópulas que tenían lugar en público a su alrededor, no parecía nada perturbado. No, parecía estar más interesado en valorar su reacción. Su mirada era dura y penetrante. Su mandíbula parecía lo bastante apretada como para destrozarle los dientes.

La intensidad de su mirada le hizo sentir calor en su interior. Elise pestañeó y miró hacia otra parte. Pero apartar la vista de él significaba ver más cosas del club. Más sexualidad cruda y explícita, lo cual sólo contribuía a hacerla más consciente de Tegan y de la vívida imagen de lo bien que se sentían sus cuerpos juntos.

No pudo sentirse más aliviada cuando su acompañante se detuvo ante un ascensor y los hizo entrar en él.

Subieron hasta el cuarto piso. El ascensor se abrió hacia una *suite* de paredes de vidrio preparada para ser utilizada de oficina y a la vez de dormitorio. Reichen se dispuso a recibirlos, levantándose de la lujosa cama redonda, donde estaba tumbado en una posición elegante. Su camisa blanca estaba desabrochada y colgaba suelta, y sus finos pantalones grises mostraban su esbelta cintura y su pecho suave y musculoso. Los *dermoglifos* del vampiro se arremolinaban en torno a sus pectorales con intrincadas florituras, resaltando la masculina belleza de sus formas.

Parecía acostumbrado a inspirar admiración, y se limitó a sonreír a Elise y a Tegan cuando entraron en la habitación.

—No pensé que fueras a venir aquí acompañado, Tegan —dijo, tomando la mano de Elise con galantería—. Espero que no estés demasiado conmovida.

—Para nada —dijo ella, esperando que no se notara su incomodidad.

Reichen la llevó junto a la mujer alta y morena que Elise había visto la noche anterior. La mujer llevaba un sencillo pero sofisticado suéter de color marfil y pantalones a juego. Eso le daba aspecto de estar en una sala de reuniones más que en un burdel. Su largo cabello negro estaba recogido con un moño suelto, sujeto con un par de palillos chinos con brillantes conchas.

Era la viva imagen de la profesionalidad, un curioso contraste con las imágenes de vídeo de la pantalla que había tras ella en la pared de la oficina. Mientras estas imágenes de gente del piso principal del club se estremecían en la pantalla, la mujer meramente se limitó a sonreír de forma agradable cuando Reichen y Elise se colocaron frente a ella.

—Esta es Helene —dijo Reichen—. La dueña del club, y también una amiga de confianza.

—Hola —dijo Elise, ofreciéndole la mano—. Es un placer conocerte.

—Igualmente —respondió ella con su tono semejante a un ronroneo. Dio a Elise un apretón de manos firme, aunque femenino, que hizo eco con la expresión de confianza que brillaba en sus ojos oscuros. Esa mirada segura se deslizó hacia Tegan y educadamente fingió falta de familiaridad, en un gesto de cortesía hacia Elise—. Hola y bienvenidos a Afrodita, los dos.

—Me alegro de volver a verte, Helene —dijo Tegan, con un tono cortante totalmente fingido—. Reichen me ha dicho que tienes alguna pista.

—Sí, la tengo.

La mujer captó el tono «asunto de trabajo» de Tegan y fue hasta un ordenador portátil que tenía en su escritorio. Lo abrió y marcó algo en el teclado. Detrás de ella, la pantalla de vídeo de la pared se puso negra, y luego apareció la imagen congelada de un hombre sentado en el bar del club captada por un vídeo de vigilancia. La cicatriz en el rostro del secuaz lo hacía identificable al instante.

—Es él —dijo Elise. Todavía podía sentir sus duras manos en ella, y aún podía oír sus horribles pensamientos sonando en sus oídos.

—Estuvo aquí muy pocas veces. Era un gilipollas, muy asqueroso con las chicas. Le prohibí la entrada hace un par de meses. No fue hasta después que oí rumores sobre su conexión con los clubes de sangre. —Helene lanzó una mirada a Elise—. Hoy tuviste suerte. Me alegra saber que le hiciste daño.

Elise no se sentía nada orgullosa de lo que había hecho. Pero sobre todo, tembló por dentro al oír mencionar los clubes de sangre. No se oía hablar de ellos en Boston desde hacía décadas, debido sobre todo a las enérgicas medidas de la Agencia para acabar con las operaciones ilegales. Quentin despreciaba especialmente esos lugares, que no eran más que un deporte organizado donde seres humanos eran capturados para servir de juguetes a retorcidos miembros de la estirpe. Pensar que ella e Irina habían estado a punto de servir como suministro para ese tipo de actividad le heló la médula de los huesos.

La dura mirada que le dirigió Tegan le demostró que la idea le gustaba tan poco como a ella.

—¿Tienes alguna pista de dónde se encuentra la zona de los clubes? ¿Alguna idea sobre quiénes son los socios de ese tipo? ¿Alguien que sepa su nombre o dónde encontrarlo?

Helene asintió y tecleó algo más en el ordenador.

—Tengo algunos amigos íntimos entre la policía. No sorprende que este secuaz no sea un extraño para los de la ley. —Se dirigió hasta una impresora láser que había detrás del escritorio y cogió un folio de papel que salía de la máquina—. Pude conseguir su informe de arresto más reciente, que dice su nombre y la última dirección que se le conoce.

—Además de ser hermosa está llena de recursos —dijo Reichen con orgullo cuando Helene le pasó el informe a Tegan.

Elise observó que Tegan asimilaba cada detalle del informe, afilando la mirada y en actitud calculadora. Alzó la vista hacia Reichen.

—¿Puedes llevar a Elise de regreso al Refugio Oscuro?

—Por supuesto. Será un placer.

—¿Qué vas a hacer, Tegan? —Aunque hizo la pregunta, ella sabía sus intenciones. Iba a matar al secuaz que la había atacado. Elise podía ver que su parte de guerrero aparecía, y su vista estaba concentrada en un blanco con atención letal—. Tegan, sólo... ten cuidado.

Él la miró durante un largo momento, luego volvió a dirigirse a Reichen.

—Llévatela de aquí. Me encontraré con vosotros en el Refugio Oscuro cuando termine.

Elise quería lanzarse a sus brazos, pero Tegan ya se dirigía hacia el ascensor, un guerrero solitario con un único objetivo. Eso es lo que era, y siempre lo sería.

Cerró los ojos mientras él se metía en el ascensor y las pulidas puertas metálicas se cerraban. Sus sentidos le siguieron el rastro mientras descendía, su lazo de sangre con él estaba vivo y palpitante en sus venas. Esa era la única parte de él que podía realmente asir; no estaba segura de si alguna vez volvería a tenerlo lo bastante cerca como para algo más.

Tegan se puso de rodillas sobre el tejado, con sus ojos concentrados en la ventana iluminada y sin cortinas del edificio que tenía enfrente. El secuaz llevaba quince minutos hablando por teléfono. A juzgar por la velocidad con que se movían sus labios y la expresión de preocupación que distorsionaba su rostro, parecía que estaba tratando de resolver algún asunto realmente jodido. Sin duda era su amo quien estaba al otro lado de la línea, recibiendo la desagradable noticia de que sus órdenes no habían sido ejecutadas del modo previsto.

Tegan retorció los labios mientras observaba cómo el secuaz sufría y caminaba de un lado a otro por el mugriento agujero de rata que era su apartamento. Tenía el cuello vendado con una gruesa gasa, y una mancha de sangre había traspasado la blanca venda allí donde Elise había herido al bastardo. Su pecho desnudo tenía un vendaje similar, y por la forma en que se agarraba las costillas al hablar, Tegan supuso que probablemente tenía también una perforación en un pulmón.

Cerca de él, en una mesa de café llena de revistas porno y botellas de cerveza vacías, había una camisa empapada de sangre y cajas abiertas con suministros médicos. Más gasas de algodón, cinta adhesiva quirúrgica y hasta un rollo de hilo de sutura usado y una aguja de coser curvada. Evidentemente había estado ocupado procurándose él mismo sus primeros auxilios desde que huyó del apartamento de Irina.

«Un esfuerzo inútil», pensó Tegan con sombría satisfacción cuando el secuaz terminó abruptamente la llamada y dejó el teléfono móvil sobre la mesa.

Desapareció en otra habitación y salió un segundo más tarde, poniéndose con cuidado una camisa de franela. Se la abrochó, se guardó el teléfono en el bolsillo de los tejanos, cogió su abrigo y se dirigió hacia la puerta.

Tegan ya estaba en la acera cuando el secuaz salió del edificio. Se interpuso en su camino y le dio un brusco empujón con una orden mental.

—¡Qué demonios! —La expresión de ira del secuaz pronto se transformó en una expresión de alarma en cuanto Tegan le mostró los colmillos—. ¡Oh, mierda!

Se dio la vuelta para entrar corriendo al edificio, pero Tegan le bloqueó el paso con su velocidad sobrenatural. Agarró al secuaz de la garganta, apretando los dedos con fuerza alrededor de su grueso cuello.

—¡Aaaaag! —gritó el secuaz, resollando y luchando por liberarse.

—Sí, probablemente esto duele —dijo Tegan con frialdad, aumentando la presión para permitir que sólo un mínimo soplo de aire entrara en los pulmones del secuaz—. ¿Hoy tuviste algún pequeño problema en la ciudad, verdad?

—Suel... ta...

Tocándolo, Tegan podía saber, por los recuerdos del secuaz, lo que había ocurrido en casa de Irina Odolf. Leyó la ira del secuaz, su sorpresa ante la respuesta de Elise,

su asqueroso intento de hacerla sufrir intensamente por eso si no hubiera conseguido escaparse de él.

—¿Quién te envió tras ella? —le preguntó Tegan, sabía de quién se trataba, pero necesitaba oírlo—. ¿Quién es tu amo, maldito enfermo de mierda?

—Vete a la mierda, vampiro —jadeó el secuaz, pero por dentro estaba muerto de miedo y lleno de dolor. Su mente reveló el nombre a Tegan a través del contacto, aunque su lengua se negara a hablar.

«Marek».

A Tegan no le sorprendió mucho que el hermano de Lucan hubiera ordenado aquello. No le cabía duda de que el poderoso vampiro contaba con una gran red de mentes humanas esclavas a su disposición. Dios sabía que llevaba muchos años haciendo de forma encubierta el trabajo de base para cumplir con cualquiera que fuese el oscuro plan que el engañoso cabrón de mierda estaba maquinando.

Pero no fue la ira hacia Marek lo que llevo a Tegan a apretar con más fuerza el cuello herido del secuaz, por más que se dijera a sí mismo que simplemente estaba eliminando un miembro más del ejército de su enemigo. Lo que llenaba la mente de Tegan mientras le quitaba la vida a ese lamentable individuo era la idea de que ese humano había puesto sus manos en Elise.

Aquel secuaz había disfrutado haciéndole daño, por eso Tegan se daba el gusto de la venganza al acabar con ese maldito desgraciado.

—¿No te gusta el cordero?

Elise salió de su ensimismamiento y dirigió la mirada hacia Reichen, al otro lado de la íntima mesa del restaurante.

—No es eso, está delicioso. Todo está riquísimo, Andreas. Realmente no tenías que haber hecho esto.

Él hizo un gesto con la mano restándole importancia, pero su sonrisa estaba llena de orgullo.

—¿Qué clase de anfitrión hubiera sido si no te diera ni una comida adecuada en todo el día? Me pareció que lo único que podía ser adecuado era traerte a uno de los restaurantes más distinguidos de la ciudad.

Estaban sentados en el restaurante de lujo de uno de los hoteles más exclusivos de Berlín. Tras saber que Elise llevaba varias horas sin comer, Reichen había insistido en desviarse hacia allí al salir del club de Helene.

Él no estaba tomando nada, por supuesto. Los de la estirpe sólo podían consumir comida preparada en muy pequeñas cantidades, una práctica que reservaban para los escasos momentos en que a un vampiro le resultaba necesario fingirse humano.

Elise casi no había comido, a pesar del hecho de que la comida y el vino que tenía ante ella eran extraordinarios. Por mucha hambre que tuviera, no tenía sin embargo apetito. Difícilmente podía pensar en comer cuando Tegan estaba fuera en alguna

parte, luchando en sus batallas.

A través de la ventana de su izquierda, podía ver cómo la ciudad nocturna centelleaba llena de vida. Dejó que su mirada vagara entre la maraña de peatones pululando, el ajetreo del tráfico y la hermosa puerta de Brandenburgo iluminada.

Ninguno de los humanos que había ahí abajo tenía la mínima pista sobre la guerra que avanzaba entre la estirpe. Pocos entre los habitantes de los Refugios Oscuros lo sabían. Aquellos que estaban en posición de conocer el conflicto de los renegados giraban la mirada a otra parte, confiando en los políticos y en el protocolo para mantener las cosas en su lugar. Todo el mundo se ocupaba de su propia vida, inconscientes, cómodamente ignorantes, mientras Tegan y los otros miembros de la Orden se ensuciaban las manos y arriesgaban sus vidas para mantener la frágil paz entre la estirpe y el vínculo que los hacía dependientes de la humanidad.

Ella había sido una de esas personas protegidas mucho tiempo. Cuando miraba al otro lado de la mesa al atractivo y sofisticado Reichen, recordaba lo fácil que había sido su vida anteriormente. Había vivido en el cómodo regazo de la riqueza y los privilegios como la compañera de Quentin Chase. Una parte de ella advertía lo fácil que sería regresar a ese tipo de existencia, fingir que nunca se había enterado de las cosas espantosas de las que había sido testigo durante los meses pasados fuera de los Refugios Oscuros, o que no había hecho las cosas terribles que se había convencido a sí misma de hacer para vengar la muerte de Camden.

La parte cobarde de ella se preguntaba si tal vez todavía no era tarde para regresar a su antigua vida y olvidar que había conocido a un guerrero llamado Tegan.

La respuesta estaba en la forma en que su pulso se aceleró con sólo pensar en él.

Su sangre nunca lo olvidaría, no importaba lo lejos que se marchara. Y tampoco lo haría su corazón.

—¿Prefieres probar otro plato? —preguntó Reichen, inclinándose sobre la mesa y tocándole la mano—. Puedo avisar al camarero...

—No, no es necesario —le aseguró, sintiéndose maleducada y desagradecida ante su amabilidad. Tegan probablemente no necesitaba su preocupación. Sin duda no la querría. No podía evitar los sentimientos que tenía por él, pero eso no significaba permitir que la consumieran—. Gracias por traerme aquí, Andreas. No recuerdo la última vez que probé un vino y una comida tan exquisitos. Quentin y yo disfrutábamos de estupendas cenas juntos, pero desde su muerte, supongo que ya no vi razón para seguir saliendo.

Reichen frunció el ceño en actitud jocosa, como si nunca hubiera oído algo tan absurdo.

—Siempre hay una razón para disfrutar de los placeres de la vida, Elise. Yo personalmente no creo en la privación. Bajo ninguna de sus formas.

Elise sonrió, sabiendo que él estaba coqueteando deliberadamente.

—Con ese tipo de filosofía de vida, apuesto a que habrás roto un buen número de corazones.

—Sólo unos pocos —admitió sonriente.

Él se reclinó en su asiento con un brazo colgando del respaldo, su perfil aristocrático resaltaba a la cálida luz de las velas que parpadeaban encima de la mesa. Con su pelo negro saliéndose de la coleta y su camisa blanca hecha a medida desabrochada un poco más de lo decente, Andreas Reichen tenía el aspecto de un rey indulgente vigilando a sus súbditos desde lo alto de su torre.

Pero había en él un aire inquieto que contrastaba con su habitual actitud despreocupada, tal vez un indicio de cansancio. Había una sabiduría cínica en sus ojos que indicaba que a pesar de todo su encanto fácil, ese hombre había visto más oscuridad que la que estaba dispuesto a revelar.

Elise se pregunto si, a pesar de sus privilegios y sus costumbres libertinas, Andreas Reichen tal vez tendría en él algo de guerrero.

—¿Qué pasa con Helene? —Elise no pudo evitar preguntarle por la asombrosa mujer que, a pesar de no ser una compañera de sangre, parecía saber mucho acerca de la nación de los vampiros, debido a su aparente relación con Reichen—. Tú y ella... ¿os conocéis hace mucho?

—Hace unos pocos años. Helene es una amiga. Es mi huésped de sangre en ocasiones, y disfrutamos estando juntos, pero es principalmente una cuestión física.

—¿No estás enamorado de ella?

Él se rio.

—Helene probablemente diría que sólo soy capaz de amarme a mí mismo. Supongo que no es del todo falso. Nunca he conocido a una mujer que me tentara a establecer una unión permanente. Por otra parte, ¿quién estaría lo bastante loca como para comprometerse conmigo? —preguntó, dedicándole una sonrisa deslumbrante que hubiera hecho que cualquier otra mujer se ofreciera como voluntaria de un salto.

Elise bebió un sorbo de vino.

—Creo que eres un hombre muy peligroso, Andreas Reichen. Cualquier mujer debería tomar la precaución de proteger su corazón contigo.

Él arqueó una ceja, con un aspecto desenfadado y serio a la vez.

—Yo nunca te rompería el corazón, Elise.

—Ah —dijo ella, chocando su copa contra la de él en un fingido brindis—. Ahora mismo acabas de confirmar mi teoría.

Tegan regresó a la finca de Reichen de un humor de perros. El secuaz que podría haber asesinado a Elise estaba muerto, y eso era una buena noticia, pero al extraer el último aliento de ese humano, Tegan había obtenido dos datos graves y preocupantes.

El primero era que Marek había dado la orden de asesinar a Elise a varios secuaces de su red en Berlín. Lo cual significaba que Tegan tenía que sacarla de la ciudad lo antes posible.

Ya había puesto ese plan en marcha. Se había comunicado con Gideon, y éste iba

a encargarse de que el avión privado de la Orden estuviera listo para partir del aeropuerto de Tegel dentro de una hora.

La segunda cosa que había comprendido esa noche era que, por mucho que se esforzara en negarlo, Elise le importaba mucho. Le importaba de una manera que casi no podía entender. La quería como si fuese de su familia, y más aún. Esa certeza se le había manifestado con toda claridad cuando la vio regresar del ataque del secuaz, cubierta de sangre. La respetaba, no únicamente por su coraje, sino también por su fuerza. Era una mujer extraordinaria, mucho más de lo que él nunca esperaría merecer.

Ni siquiera era capaz de fingir que podía resistirse a ella. Caminar con ella dentro del club de Helene le había resultado casi insoportable. Únicamente podía pensar en lo que deseaba hacer con ella. Había notado su mirada incómoda cuando atravesaron el lugar, y no le había pasado inadvertido el hecho de que su pulso se había acelerado, lo bastante como para que él sintiera la vibración de sus latidos en su propio cuerpo.

Elise no podía saber lo mucho que él deseaba meterse con ella en una de las lujosas alcobas del Afrodita, desnudarla y sumergirse en su suave y húmedo calor. Simplemente pensar en ello ahora le provocaba una gran erección.

Y luego estaba su lazo de sangre. Eso era sin duda lo peor de todo. Por mucho que le ofendiera el hecho de pensarlo, ansiaba que llegara la próxima vez que Elise se llevara su vena a la boca. Le gustaba saber que era su sangre la que le daba fuerza, ayudándola a dominar ese don psíquico que una vez había estado a punto de destruirla.

Su sangre la haría permanecer viva prácticamente para siempre si completaban su vínculo. Todo lo que él tenía que hacer era beber de ella, y estarían entonces irremediablemente unidos.

Sí, eso era exactamente lo que deseaba.

Y qué diablos, por fin tenía que reconocerlo, al menos para sí mismo.

La amaba.

Y de ahí venía la gravedad de su estado actual. Entró en el Refugio Oscuro, que se hallaba en silencio excepto por los pocos residentes que no habían salido aquella noche. Tegan fue hasta la habitación de invitados de Elise y llamó a la puerta. No hubo respuesta. Lo intentó de nuevo, sintiéndose como un idiota cuando una de las mujeres jóvenes se acercó por el pasillo.

—Buenas noches —dijo la mujer, sonriendo amablemente.

Tegan hizo un gesto cortante y esperó hasta que ella bajara las escaleras hacia el piso principal de la mansión. Llamó a la puerta una última vez, luego la abrió y entró en la habitación vacía.

¿Dónde diablos estaba? ¿Y dónde se había metido Reichen? ¿Por qué no habían vuelto todavía?

Un temblor de pánico le recorrió la espina dorsal.

«Ah, Dios. Y si le había pasado algo...»

Se acercó a las contraventanas que se abrían a un pequeño balcón que daba a los jardines de la finca, sin saber muy bien con qué intención lo hacía. Una ráfaga de aire frío le llegó desde fuera y escuchó los rumores de la noche.

«*Si alguno de los secuaces de Marek había conseguido encontrar a Elise mientras estaba fuera...*»

Fue entonces cuando el Rolls-Royce negro de Reichen entró con suavidad por el camino, haciendo una elegante maniobra para detenerse ante la entrada principal de la mansión.

A Tegan le sobrevino una oleada de alivio cuando el conductor se bajó del coche y abrió la puerta de los pasajeros. Ayudó a bajar a Elise, y Reichen salió tras ella.

—Gracias de nuevo por la cena —dijo Elise, mientras Reichen caminaba junto a ella y le ofrecía la mano para ayudarla a subir los peldaños de la mansión.

—Ha sido un enorme placer, sinceramente.

Un sentimiento masculino primitivo y posesivo se percibía en el tono íntimo que Reichen usaba con Elise.

—Tal vez pueda convencerte para que prolongues tu estancia en Berlín —dijo él acercándose más a ella, de modo que su gran figura se alzaba sobre Elise dejándola fuera de la vista de Tegan—. Me gustaría mucho conocerte mejor, Elise.

Tegan apenas fue capaz de contener un gruñido cuando Reichen la tocó, inclinándose hacia ella para darle un beso que sin ninguna duda era algo más que un beso de amigo.

Ella no retrocedió. No le dio una bofetada ni echó a correr escandalizada.

¿Y por qué debería hacerlo?

Tegan no le había dado ninguna razón para no considerar a otros hombres. No, prácticamente la había empujado a los brazos de Reichen. Debería sentirse aliviado de que pudiera encontrar un compañero en otra parte. Sin duda él no era un gran premio.

Elise merecía a alguien mejor que él... o mejor que Reichen. Y Tegan estaba dispuesto a decírselo, aunque le doliera.

Su humor de perros empeoraba con cada segundo que ella pasaba allí fuera junto a otro hombre, así que entró en la habitación y decidió esperarla.

Elise se apartó de aquel beso tan inesperado, apretando los dedos contra sus labios. Había sido agradable, aunque breve, pero ella no sentía absolutamente nada por aquel hombre atractivo que la miraba con un silencio incómodo, aunque comprensivo.

—Lo siento, Andreas. No debería haberte dejado hacer eso.

Cuando bajó la mirada, avergonzada, él le levantó suavemente la barbilla para mirarla a los ojos otra vez.

—La culpa es mía. Debería habértelo pedido primero. No —se corrigió al momento—. Debería haberme dado cuenta de que tu corazón ya está comprometido. Me di cuenta, de hecho, pero supongo que quería asegurarme de que no tenía una oportunidad. No tengo... ninguna oportunidad, ¿verdad, Elise?

Ella le sonrió como disculpándose y lentamente negó con la cabeza.

—Ah, ya me lo temía. Ese afortunado bastardo. —Reichen soltó el aire, manipulando la delgada tira de cuero que le sujetaba la coleta y apartándose con la mano las ondas sueltas y oscuras—. Creo que por fin he agotado mi caridad con relación a ese guerrero. Después de perder esta partida con él, Tegan no tendrá más remedio que aceptar que mi deuda está totalmente saldada.

A Elise la alentó ese elogio, aunque no estaba segura de que fuese del todo válido. Tegan no la había solicitado, a pesar de los sentimientos que ella albergaba por él. De hecho parecía más bien mantenerla a distancia. Probablemente hasta se sentiría aliviado si ella de repente desarrollase sentimientos de afecto por otro hombre.

Pero eso no iba a pasar. Reichen tenía razón; su corazón ya no era libre para entregarse a otro. Pertenecía a Tegan, lo quisiera él o no.

Miró a los asombrosos ojos oscuros de Reichen.

—Eres un buen hombre, Andreas. Un hombre muy bueno.

Él ahogó un grito dramáticamente.

—¡Basta, te lo ruego! Ya has destrozado bastante mi orgullo por una noche. Soy un demonio y un canalla, no lo olvides.

Elise se rio y se puso de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Gracias por la cena. Gracias por todo, Andreas.

Él asintió, luego se adelantó unos pasos para abrir la puerta de la casa para ella.

—Buenas noches, preciosa —le dijo. Luego esperó en el vestíbulo mientras ella subía las escaleras hasta su habitación de invitada.

Tegan oyó sus leves pasos deteniéndose ante la puerta de la habitación. Esperó en silencio, sigilosamente, hasta que el pomo de cristal giró y la puerta se abrió hacia dentro. Elise dio tan sólo un paso, luego se detuvo a escuchar. Su vínculo de sangre la

hizo inmediatamente consciente de la presencia de él. Y él lo supo por el suave cambio en su respiración y porque sus ojos lo buscaban alrededor de la habitación.

—¿Tegan?

Encendió la luz. Se adentró en la habitación. Él permaneció inmóvil, observando cómo ella se frotaba los brazos por el frío mientras cruzaba la gruesa alfombra e iba hasta las contraventanas que estaban abiertas. Miró hacia el balcón, con movimientos cautelosos e inseguros.

—¿Tegan... estás ahí fuera?

El dulce aroma de ella le llegó a través de la helada brisa de la noche. Y el aroma de Reichen también, un trasfondo de intenso aroma almizcle que hizo afilarse los dientes de Tegan. Los celos se desataron en él, crudos y feroces.

Instintivamente masculinos.

Cuando ella se echó hacia atrás para cerrar las puertas, Tegan bajó de la esquina de la habitación donde había estado suspendido como una araña. Cayó en silencio tras ella, y su cuerpo le impidió el paso cuando ella se dio la vuelta y ahogó un grito.

Sorprendida, abrió los ojos con asombro.

—¡Tegan! ¿Dónde esta...?

La atrajo hacia él con un fuerte e inflexible abrazo y la besó en la boca. Su beso fue enérgico, deliberado. Un animal poniendo su huella en lo que es suyo y sólo suyo.

Elise no se resistió. Él sintió que sus manos le rodeaban el cuello y sus dedos se unían detrás de su nuca para apretarlo más fuerte. Ella le devolvió el beso, suspirando dentro de su boca mientras él le separaba los labios colocando la lengua entre ellos, con la necesidad de saborearla.

Con la necesidad de reclamarla.

Dios, cómo lo hacía arder. Cada célula de su cuerpo se encendía con hambre de ella. No podía ser suave, no cuando todos sus instintos más primarios se habían despertado y estaban completamente excitados. Todo lo que tenía de la estirpe respondió también, la lujuria afiló sus pupilas y alargó sus colmillos. Empujó su pelvis contra las tiernas curvas del cuerpo de Elise, dejándola sentir la dura cresta de su miembro. Ella gimió mientras la apretaba, con el corazón acelerado tamborileando en los oídos de él.

—Oh Dios, Tegan —dijo ella, y su voz era un jadeo de aire cálido que pudo salir cuando él por fin se apartó de la exuberante dulzura de su boca—. Me encanta que estés aquí. Estaba preocupada por ti esta noche.

Él emitió un gruñido grave en el fondo de su garganta.

—Sí, me di cuenta. Vi lo preocupada que estabas, ahí abajo entre los brazos de Reichen.

—Nos viste...

Él sonrió, dejando ver los colmillos.

—Todavía puedo notar su sabor en tus labios.

—Entonces también debes notar el hecho de que él no es el hombre que deseo —

dijo ella, sin estremecerse en absoluto mientras él pasaba la boca a lo largo de su suave mejilla, hacia aquel tierno lugar justo debajo de su oreja—. Eres tú, Tegan. Quiero estar contigo. Por si no lo habías notado, estoy enamorada de ti.

Él gruñó, sosteniendo sus brazos para apartarla y poderla mirar. Esas eran las palabras que él deseaba oír, las palabras que estaba dispuesto a sonsacar de ella tras sorprenderla en los brazos de otro hombre. Sin embargo, éstas lo intimidaban. De repente se le secó la boca.

Ella era tan hermosa, tan llena de coraje.

Toda su violencia lo abandonó al contemplar sus profundos ojos color amatista. Pasó los dedos por la delicada línea de su mandíbula, casi incapaz de respirar cuando ella inclinó la cabeza hacia un lado para él, dejando expuesta la vulnerable columna de su garganta. No pudo resistirse a tocar la zona donde su pulso latía con más fuerza. Ese aleteo bajo la yema de sus dedos fue como una marca que abrasara su piel. Pasó el pulgar sobre la piel suave, y luego se inclinó con delicadeza para poner la boca sobre la tierna arteria que latía transportando la vida de Elise.

La boca se le llenó de saliva, inundándolo con la necesidad de probarla ahora y sellar su unión completamente.

Pero Tegan se limitó a besarla.

Con manos respetuosas, levantó el borde de su suéter y se lo quitó cuidadosamente. Con ternura, le acarició la piel suave. Ella suspiró mientras le tocaba los pechos, y los pezones se alzaban como oscuros capullos de rosa bajo el fino satén de su sujetador. Le desabrochó el cierre de delante y la desnudó mirándola agradecido.

—Eres tan hermosa —le dijo, dejando que sus dedos se deslizaran por la parte inferior de sus cremosos senos.

Se inclinó y tomó uno de sus pezones de un rosa oscuro dentro de su boca. Sus colmillos ahora estaban enormes, y tuvo mucho cuidado para no hacer un rasguño con el borde afilado contra la suave piel mientras con la lengua chupaba el delicado guijarro de carne. Fue muy delicado. La sostuvo como si estuviera hecha de cristal, como si cada centímetro de ella fuera precioso y frágil. Un tesoro del cual no fuera digno y sin embargo estuviera decidido a cuidar.

Los brazos de Elise se aferraron a sus hombros. Se mantuvo pegada a él, arqueándose hacia él como para que prodigara la misma atención al otro pecho. Él dejó que su boca viajara por su vientre mientras sus manos se ocupaban de quitarle los pantalones y las braguitas. La piel de sus caderas era terciopelo contra la palma de su mano. Besó la delgada curva de su pelvis y luego siguió más abajo, hacia el elegante recorte de vello rubio y rizado entre sus piernas.

Le separó las piernas y puso la boca en su sexo, recorriendo con la lengua el húmedo calor de su centro. Se estremeció mientras él se deleitaba en ella, sintiendo el cuerpo flojo y blando en sus brazos mientras él la levantaba y la llevaba a la cama. Ella yacía contemplando por debajo de los pesados párpados cómo él se desvestía, y

el hambre en su mirada era como un calor físico sobre la piel de él.

Desnudo y completamente excitado, Tegan se mantuvo de pie al borde del colchón y dejó que ella se recreara contemplándolo. Contuvo la respiración cuando se incorporó y se acercó a gatas hasta él. Sus manos eran curiosas e interrogantes, suaves pero firmes, cuando agarró su miembro congestionado y lo acarició desde la punta hasta los testículos, y luego de nuevo en dirección contraria. Se relamió los labios, alzando la vista como interrogándolo.

Cuando él dejó escapar el aire en un grave suspiro ella tuvo suficiente permiso. Tegan la vio descender hacia él separando los labios húmedos para tomar la cabeza de su miembro en la boca. Él gimió, enterrando los dedos en su cabello corto y rubio y sorbiendo el aire, torturado por la suavidad y firmeza con que ella deslizaba la lengua por esa zona de carne tan sensible.

Ella aumentó el ritmo y él se precipitó rápidamente hacia el límite de su control. Con un gruñido de placer, él se separó de la devastadora dulzura de su boca y la empujó sobre el colchón. Se puso encima de ella y la besó profundamente, sintiendo la ferocidad de su deseo a través de todas las zonas de contacto de sus cuerpos.

—¿Me quieres dentro de ti, Elise?

—Sí —jadeó ella, arqueándose hacia arriba para encontrarse con su cuerpo—. Te necesito dentro de mí, Tegan. Ahora.

Él estaba demasiado dispuesto para que fuese una orden. Empujando en una larga caricia, él llenó su ceñido canal, haciéndola gritar suavemente. El cuerpo de ella lo ordeñó, las paredes de su sexo agarrándose a él como un puño húmedo y caliente. Tegan movía las caderas, contemplando la emoción en el bello rostro de Elise.

—Eres tan deliciosa —le dijo, inundado por el único deseo de complacerla.

A ella, su mujer.

Su compañera.

Su amor.

Pudo sentir el orgasmo de ella creciendo junto al suyo. Ahora ella jadeaba, retorciéndose para recibir cada duro empujón de sus caderas y gimiendo a modo de protesta cada vez que él se retiraba ligeramente. Ella giró la cabeza hacia un lado, junto al brazo de él. Con un delicioso sonido animal, mordisqueó su muñeca, apretando sus preciosos dientes blancos contra su piel. El pinchazo de su pequeño y desafilado mordisco fue un erótico dolor que lo atravesó como una flecha.

—¿Sí? —dijo él, mirando sus ojos hambrientos—. ¿Quieres beber de mí mientras hago que te corras?

Ella asintió débilmente y le dio otro pequeño mordisco a modo de respuesta.

—Eso está hecho, corazón. Pero no será de la muñeca esta vez. —Apretándola contra él, rodó sobre su espalda y la colocó a horcajadas sobre él—. Quiero sentirte en mi cuello, Elise. Quiero abrazarte mientras bebes de mí. Quiero sentir cómo me muerdes.

Al tocarla, notó su inseguridad.

—Nunca lo he hecho de esa manera.

—Bien —dijo él, completamente complacido al oírlo—. Yo nunca le he pedido a nadie que lo haga. ¿Lo harás entonces, Elise?

Ella frunció el ceño, pero clavó los ojos en su garganta.

—No quiero hacerte daño.

Él se rio, adorándola por su preocupación.

—Ven aquí —le dijo, llevando las manos a su nuca y guiándola hacia la columna expuesta de su cuello—. Hunde tus dientes en mí, Elise. Sáciate.

Ella se dobló sobre él, sus cuerpos íntimamente unidos y sus ojos cerrados. Él sintió su aliento cálido deslizándose en su mejilla cuando ella descendió. Sus labios ardientes se apretaron bajo su oreja y se separaron. Él notó su lengua mojada, y luego la dura hilera de dientes que se posicionaban sobre su vena.

En el instante en que ella lo mordió, Tegan casi explota en su interior. Atravesó su piel con un afilado y delicioso estallido de dolor que hizo que sus caderas corcovearan sobre el colchón. La agarró del culo y empujó dentro mientras ella se asombraba de la herida que le había hecho. Empezó a cabalgarlo, cayendo sobre él con dureza y luego alzándose lentamente a lo largo de su miembro. Los sonidos húmedos de su boca bebiendo cerca de su oído eran extremadamente eróticos, y sus gemidos de placer y ronroneos húmedos la cosa más lujuriosa que había oído nunca.

Cuando echó la cabeza hacia atrás y gritó con el estallido de su orgasmo, Tegan perdió completamente el control. Se sentó, enganchando las piernas de ella alrededor de su cintura mientras continuaba sacudiéndose en su interior. Ella se aferró a él mientras su cuerpo se estremecía alrededor de su sexo, meciéndose contra él, oleada tras oleada de liberación. Tegan pasó la palma de la mano sobre su piel brillante, atrayéndola hacia él para probar la tentadora curva de carne donde su cuello y su hombro se encontraban.

Debería haberlo pensado mejor.

Oh, diablos. Quizás aun pensándoselo mejor lo hubiera hecho.

El repiqueteo de su corazón latía contra su boca. Tegan lo siguió, moviéndose por la garganta de Elise hasta que su boca quedó suspendida sobre esa tierna zona de piel bajo su oreja. Ella gimoteó mientras él vacilaba allí, lamiendo con la lengua la línea de su arteria.

Sus colmillos latieron al mismo ritmo del pulso de ella, todos los instintos de la estirpe se alzaron ante la tentación que estaba tan a punto de consumarse.

Las manos de Elise rodearon su cabeza.

—Tegan... Oh, por Dios... hazlo.

Él la mordisqueó, tan sólo para probar su entereza. En respuesta, ella se ensartó más profundamente en su miembro, frotándose contra él mientras otro orgasmo la sacudía.

Fue demasiado como para poder soportarlo.

Tegan le sostuvo la cabeza hacia un lado con una mano y bajó la boca hasta su

cuello. Sus colmillos se hundieron en él fácilmente, agujas afiladas penetrando su tierna piel como un cuchillo caliente a través de la mantequilla. Ella gritó cuando él tomó el primer trago de su vena. Su cuerpo se arqueó en sus brazos como el de un felino, y luego se relajó con una calma lánguida mientras él bebía.

Oh Dios, sabía tan dulce. La boca de él se llenó con un súbito torrente de su sangre, el aroma de brezo y rosas colmaba sus sentidos. Él estaba sediento de ese sabor, no podía recordar haber probado nunca nada tan exquisito como el gusto de Elise en su lengua, la vibrante esencia de su sangre circulando por su cuerpo, aligerándolo por dentro. Con cada trago de su vena, el hambre de Tegan por Elise no hacía más que aumentar. La lujuria que había sentido antes por ella era tan sólo un pálido reflejo del deseo que ahora conocía. El deseo de posesión estalló en él como una tormenta. Rugió del ansia por esa mujer... su mujer ahora, de manera irreversible.

Irrevocable.

La tumbó debajo de él y dejó que la bestia que se había despertado tomara ahora el control.

Elise no pudo hacer más que aferrarse a Tegan mientras él la cubría con su cuerpo y la conducía hacia otro aplastante orgasmo. Se deleitó con la sensación de sus largos colmillos penetrando profundamente su cuello, con la fuerte succión de su boca extrayendo la sangre de su garganta y completando así su vínculo de sangre.

No había ahora ninguna suavidad en él. Su firme autocontrol se había desplomado, y ella nunca había visto nada tan excitante como Tegan presa de ese estado salvaje que lo había invadido en el momento en que probó el primer trago de su sangre.

Él prolongó en ella una ola interminable de placer, haciéndole el amor hasta que ambos estuvieron saciados y jadeantes, yaciendo lánguidos el uno en brazos del otro. Cuando todo terminó, él pasó la lengua sobre los pinchazos que le había hecho, sellando la herida con un tierno beso de amante.

—¿Estás bien? —le preguntó, deslizando los dedos a través de su pelo.

—Mmmm —asintió Elise, aturdida pero animada al mismo tiempo—. Estoy muy bien.

De hecho, nunca había estado mejor. A pesar de que no le había pasado inadvertido que cuando le dijo a Tegan que lo amaba, él no le había devuelto el sentimiento. Tal vez era un poco tarde para preocuparse por eso, pero ahora que lo peor de sus hambres había sido atendido, la realidad estaba a punto de estropear las cosas.

—No he dicho esas palabras desde hace mucho tiempo, Elise. Y no creo que las vuelva a decir.

—No hagas eso. —Ella se sentó y se apartó de él, incómoda por el hecho de que

él invadiera sus emociones al tocarla—. Y no te sientas como si tuvieras que decir algo amable simplemente por lo que acaba de pasar aquí.

—No me siento como si tuviera que decir nada.

—Bien. Por favor, no lo hagas. No creo que pudiera soportar tu caridad ahora mismo.

Él se acercó y le tomó las manos.

—Si te digo que me cabreó ver que besabas a Reichen y que no quiero volver a ver que besas a otro hombre nunca jamás, no es porque sienta que tengo que decírtelo.

Elise lo miró fijamente, casi sin atreverse a respirar. Sus ojos teñidos de ámbar le sostenían la mirada con intensidad, su pupilas aún delgadas por el deseo. Al hablar, su voz sonaba tosca, y las puntas de sus colmillos brillaban.

—No siento que tenga que ser amable por lo que acabamos de hacer aquí, así que no es por eso que te digo que tú eres diferente a cualquiera de las mujeres que he conocido antes. No estaba preparado para ti, Elise. Diablos... ni por asomo.

Ella bajó la mirada hacia sus manos unidas, sus dedos fuertes, firmes y protectores, siempre tan suaves con ella a pesar de estar entrenados para la guerra y el combate.

—No tiene nada que ver con la caridad por mi parte el hecho de que te diga que espero que jamás desees a otro hombre como me deseas a mí. —Exhaló una risa irónica—. ¿Si te amo? Oh sí, que Dios me proteja, pero sí.

—Tegan —susurró ella, levantando una mano para apoyarla en su mejilla. El mordisco que ella le había hecho ahora ya estaba curado, su piel cicatrizada. Tocó la marca con ternura, y luego lo miró a los ojos—. Bésame otra vez.

Él separó las comisuras de sus labios mientras la atraía hacia sus brazos. Apenas habían conseguido empezar cuando un zumbido hizo que la cabeza de Tegan se girara hacia un lado con un gruñido.

—¿Qué es eso? —preguntó ella mientras él saltaba de la cama y sacaba el teléfono de sus pantalones tirados en el suelo.

—Es nuestro regreso a Boston. He arreglado un vuelo para esta noche.

Respondió la llamada, y su tono volvió a ser al instante cortante y serio como el de un guerrero.

—Sí. Bien. Aeropuerto de Tegel. Terminal de la compañía. Salida en una hora.

Elise se deslizó del colchón y se puso de pie junto a Tegan, desnuda y hermosa. Lo envolvió con sus brazos, apretando su cuerpo contra los duros músculos de su espalda. Le mordió un hombro, sonriendo al ver cómo se le ponía la carne de gallina en los bellos *dermoglifos* de sus brazos. Oyó su gruñido de interés y no pudo evitar reírse cuando él le lanzó una mirada encendida.

—Será mejor que lo retrases para dentro de dos horas —dio instrucciones a la persona del otro lado de la línea—. Acaba de ocurrir algo.

Elise bajó la mirada cuando él se dio la vuelta. Efectivamente acababa de ocurrir

algo, y era algo bastante impresionante. Ella retrocedió, mordiéndose los labios cuando Tegan desconectó la llamada, con los ojos clavados en ella.

Dejó el teléfono a un lado.

Y luego se abalanzó.

Durmieron durante la mayor parte del viaje de regreso a Boston, Elise cómodamente acurrucada en los brazos de Tegan. Él le contó que el secuaz que las había atacado a ella y a Irina estaba muerto. También le comunicó que esa mente humana esclava era tan sólo una de las que había recibido por parte de Marek la orden de darle caza en Berlín. Elise había aceptado la noticia con su calma y comprensión habitual, pero Tegan no podía evitar abrazarla con fuerza mientras dormitaba en su regazo.

Marek era un enemigo traicionero. Había sido un guerrero formidable, implacable en la batalla, a veces innecesariamente cruel. Tegan había conocido bien al hermano mayor de Lucan, y le había confiado la vida más de una vez en el campo de batalla. Lucharon codo con codo en los Viejos Tiempos, cuando la estirpe era joven y los problemas con los renegados eran algo corriente. Marek había sido uno de los miembros fundadores de la Orden, pero siempre había sido algo descontrolado. Obstaculizaba las órdenes de su hermano más joven, Lucan, que fue fundador de la clase de los guerreros y era líder por naturaleza, dos cosas que Marek parecía incapaz de aceptar. La impaciencia y la arrogancia eran los rasgos más fuertes de Marek, precisamente las dos características que le impedían obtener el respeto que él creía merecer.

El hecho de que hubiera estado supuestamente muerto durante tanto tiempo — unos seis siglos— sólo para reaparecer en Boston con planes que evidentemente tenían como blanco la Orden, parecía indicar que Marek había aprendido algo acerca de esperar el momento oportuno. Había demostrado mucha paciencia permaneciendo escondido durante tanto tiempo, y Tegan no tenía ninguna duda de que el vampiro había usado todos esos años en su beneficio. Tenía un plan, y avanzaba lento pero seguro a la hora de ponerlo en funcionamiento. Que el nombre de Dragos apareciera de repente por el medio, junto con las crípticas incoherencias de Odolf, daba la pista de un problema de naturaleza muy vieja.

Tegan abrió el diario y leyó de nuevo los extraños pasajes. Tenían que indicar un lugar, ¿pero cuál? ¿Y qué significaba?

«Ahí es donde se esconde», había soltado Odolf.

Tegan no creía que se refiriese a Marek. ¿Pero era posible que fuese Dragos? ¿O tal vez alguien en quien la Orden todavía no había puesto el radar?

Fuera lo que fuese lo que perseguía Marek, y fuera cuál fuese el secreto que había angustiado a Petrov Odolf y sus parientes, no se trataba de una buena señal para nadie.

Cuando el avión aterrizó en Boston, Tegan telefoneó al recinto y pidió a Gideon que llamara a los demás para una reunión. Iban a tener que salir en busca de Marek, dondequiera que se hallase, y asegurarse de que la Orden iba un paso por delante de

él.

Uno de sus secuaces estaba muerto, de acuerdo con el último informe de Berlín. Marek estaba enfurecido por haber perdido otro de sus peones, pero dado que el humano había fallado en el cumplimiento de su tarea, Marek esperaba que al menos el secuaz hubiera sufrido en los momentos finales de su vida. Y la ferocidad del asesinato no dejaba duda de que había sufrido mucho, su cuerpo estaba roto y ensangrentado, casi irreconocible. Era un hecho sorprendente considerando que el que mató al secuaz había sido sin duda Tegan.

Tegan había matado al secuaz que Marek envió para deshacerse de la mujer de los Refugios Oscuros, no con la inmaculada y fría eficacia que lo caracterizaba, sino con furia evidente.

Lo había matado para vengarse.

Que hubiera actuado de este modo sólo podía significar una cosa: a Tegan le importaba esa mujer.

Marek apenas podía esperar encontrar la ocasión para explotar esta debilidad del guerrero. Casi había destruido a Tegan una vez a través de su amor por una mujer; qué gratificante sería usar su nuevo afecto para acabar con él de una vez por todas.

Qué satisfactorio sería acabar con todos los de la Orden y asumir el lugar que le correspondía como gobernante de la estirpe. Era en eso en lo que llevaba trabajando desde hacía mucho tiempo, un plan que requería más paciencia de la que él mismo se había creído capaz.

Llevaba siglos soñando con el momento de su coronación, desde que el guerrero Dragos le había confiado un poderoso y terrible secreto.

Marek se levantó de su escritorio y caminó hasta la alta ventana desde la cual se divisaba el valle de Berkshires iluminado por la luz de la luna en la distancia. Los bosques eran frondosos, tanto como cualquier bosque medieval. El paisaje le recordaba a aquel de los Viejos Tiempos, el lejano pasado de la Orden.

Fue entonces cuando una guerra atroz tuvo lugar entre la nación de los vampiros. Ésta enfrentó a los padres contra los hijos, excepto que los padres en aquel escenario eran una banda de despiadadas criaturas de otro mundo: los Antiguos, alienígenas que llegaron a la tierra miles de años atrás y se alimentaban de sangre humana para sobrevivir. Los hijos que tuvieron, criaturas híbridas engendradas por la semilla alienígena en el vientre de mujeres humanas, constituyeron la primera generación de la estirpe.

Marek, Lucan y Tegan estaban entre esos excepcionales hijos. Vieron, como testigos de primera mano, las atrocidades perpetradas por los Antiguos sobre la humanidad, a veces la matanza de pueblos enteros, vidas arrebatadas para alimentar los apetitos feroces de los vampiros. Esa carnicería nunca había perturbado a Marek del mismo modo que a su hermano más joven.

Mientras Lucan despreciaba el terror que provocaban los Antiguos, Marek a menudo se mostraba indulgente. El poder de provocar pánico y matar casi sin recursos era algo embriagador, y más de una vez él se preguntaba si la estirpe no debería simplemente esclavizar a sus huéspedes humanos y reclamar el planeta para ellos. Marek había estado sembrando esas semillas de descontento entre los Antiguos durante un tiempo, cuando todos sus planes cayeron de pronto en picado.

En un ataque de lujuria de sangre, su padre alienígena acabó con la vida de la madre de Lucan y Marek. La criatura la mató salvajemente, y Lucan, reclamando justicia, le cortó la cabeza al vampiro en intercambio. Con ese asesinato a uno de los Antiguos, Lucan declaró la guerra a los pocos que quedaban como él y todo aquel que los servía. Lucan formó la Orden, incluyendo en ella también a Marek. Junto con Tegan y otros cinco vampiros de la primera generación prometieron terminar con la masacre y dar comienzo a una nueva vida para la estirpe.

Qué intenciones tan nobles y elevadas.

Marek apenas podía contener su risa desdeñosa, incluso ahora. No había sido el único de la Orden a quien se le ponían los pelos de punta ante la visión de pacífica coexistencia con la humanidad que tenía Lucan. Otro guerrero, Dragos, finalmente confesó a Marek que tenía ideas diferentes para el futuro de la estirpe.

Y aún más interesantes, de hecho inició los pasos para asegurar ese futuro.

Mientras la Orden estaba en guerra con los Antiguos que habían sobrevivido, cazándolos uno por uno en una batalla que llevó años completar, una de esas terribles criaturas permaneció.

Dragos y su padre alienígena hicieron un pacto. En lugar de matar al vampiro, Dragos lo había ayudado a esconderse.

No fue hasta bastante tiempo más tarde, cuando Dragos recibió una herida mortal en combate, que escogió confiar el secreto a Marek. Pero el bastardo no quiso revelarlo todo. Dragos se negó a dar a Marek la localización de la cripta donde el Antiguo dormía en un estado de prolongada hibernación.

La furia de Marek ante aquella omisión había sido incontrolable. Puso la espada en el cuello de Dragos y, con un golpe furioso, envió al vampiro y a su crucial información directo a la tumba.

Marek había acudido a la única persona que podía serle útil: Kassia, la compañera de sangre de Dragos. Pero la mujer era astuta, y sabía que si su compañero había perecido en manos de Marek, pronto el mismo peligro podría llamar a su puerta.

Cuando Marek llegó al castillo de Dragos para sonsacarle el secreto a esa mujer —extraerlo literalmente si era preciso— Kassia había frustrado sus planes quitándose la vida.

Desde entonces, Marek había estado obsesionado con descubrir el secreto de Dragos. Estaba dispuesto a matar y torturar por ello. Hacía mucho tiempo que se había deshecho de su honor, fingiendo su propia muerte, y había traicionado a sus parientes, todo por la oportunidad de ser quien desatara el antiguo terror y poder

usarlo al servicio de sus propios caprichos.

Finalmente, tras una búsqueda interminable, recientemente había dado con la primera pista realmente útil: el nombre de Odolf, una familia de la estirpe de los Viejos Tiempos que había tenido un estrecho contacto con la compañera de Dragos, Kassia. Ella les había entregado algo de gran valor siglos atrás, pero ni siquiera bajo tortura Marek había conseguido obtener las respuestas que buscaba.

Y ahora la Orden estaba cada vez más cerca de la verdad. Marek apretó con fuerza la mandíbula ante la idea. No había trabajado tan duro y esperado todo ese tiempo sólo para ver cómo las cosas se le escurrían de los dedos. Simplemente rechazaba considerar esa posibilidad.

Sería él quien iba a ganar.

La verdadera batalla sólo estaba comenzando.

Pocos minutos después de llegar al recinto, Tegan mostró a Elise el camino hasta sus habitaciones, para que pudiera ducharse y descansar, y se dirigió al laboratorio tecnológico, donde la Orden se hallaba reunida a petición suya. Cuando entró, Lucan, de pie junto a Gideon en la zona de ordenadores, le hizo un gesto de saludo con la cabeza. Niko, Kade y Brock se sentaron alrededor de la mesa en el centro de la habitación, los dos nuevos reclutas, muy integrados, intercambiaban bromas con Dante y Chase acerca de los renegados eliminados durante la semana y quién de ellos tenía mejor ojo.

Pero fue ver a Río lo que hizo que Tegan abriera la boca de asombro y satisfacción. El español estaba apoyado contra la pared del laboratorio, separado de los demás, ensimismado pero alerta. Un aire resuelto emanaba de él como una corriente eléctrica. Levantó la barbilla ante la llegada de Tegan, y el lado del rostro donde tenía la cicatriz se puso tirante con su sonrisa sombría.

Los ojos topacio, un día llenos de vida, eran de piedra ahora, y tenían la gravedad de la tumba.

Tegan miró a sus hermanos, algunos de los cuales habían luchado a su lado durante siglos, otros que aún debían ser probados de verdad, y no pudo dejar de sentirse orgulloso por estar incluido entre sus filas. Durante mucho tiempo, había creído estar solo en esa guerra. Claro que Lucan y los otros siempre lo respaldaban, pero Tegan luchaba en cada batalla como si le perteneciera solo a él.

Había vivido cada día de su vida regodeándose en su oscuro aislamiento... hasta que una valiente preciosidad le enseñó a no temer la luz. Ahora que la había encontrado, quería asegurarse de que la oscuridad que él conocía nunca alcanzara a tocarla.

Y eso significaba mantenerla a salvo de Marek.

—¿Qué sacasteis de Petrov Odolf? —preguntó Lucan cuando Tegan dejó la bolsa de lona con su equipo encima de la mesa.

—La mayor parte del tiempo habla como un chalado. Y el resto del tiempo está catatónico. —Tegan sacó las páginas escritas a mano que habían conseguido de Irina. Se las entregó a Lucan—. Antes de convertirse en renegado, Odolf escribía compulsivamente y en secreto. Por lo visto su hermano, que también se convirtió en renegado algún tiempo antes que él, había estado obsesionado con un hábito similar. ¿Te resulta familiar?

—Mierda. Es lo mismo que encontramos en el diario que Marek andaba buscando.

Tegan asintió.

—Odolf dijo algo extraño en uno de sus pocos momentos de lucidez. Cuando Elise y yo le preguntamos qué significaba ese acertijo, él dijo: Ahí es donde se esconde.

—¿Dónde se esconde quién? —preguntó Gideon, quitándole las hojas a Lucan y dándoles un rápido examen visual. Leyó uno de los versos en voz alta—. ¿Esta referencia es algún tipo de localización?

—Tal vez. Odolf no supo decirlo. Quizás no lo sabe. —Tegan se encogió de hombros—. Esto es todo lo que nos dio, antes de volverse totalmente incoherente. No pudimos llegar más lejos.

Dante abandonó su postura relajada apoyado sobre la mesa, se enderezó y sus pies golpearon el suelo.

—Sea lo que sea lo que signifique, es lo bastante importante como para interesar a Marek. Eso no puede ser una buena señal.

—Y está dispuesto a matar a todo aquel que se interponga en su camino —añadió Tegan—. Tras descubrir que estábamos en Berlín, Marek dio órdenes de matar a Elise a algunos de los secuaces de la ciudad. Uno de ellos estuvo condenadamente a punto.

—Maldito cabrón de mierda —soltó Lucan, con las facciones endurecidas por la ira.

—Ella hirió al bastardo y afortunadamente logró escapar. Esa misma noche yo acabé con él. —Tegan sintió que Chase lo miraba desde el otro extremo de la habitación, y él le devolvió una mirada franca—. Elise se ha vuelto... muy importante para mí. No voy a permitir que nada le ocurra. Daría mi vida por mantenerla a salvo.

Chase lo miró durante un largo momento, luego asintió con tensión.

—¿Qué hay del glifo que encontraste en el diario? Ese símbolo pertenecía a uno de los primeros guerreros, ¿no es así? ¿No era de un hombre de la primera generación llamado Dragos?

—Sí —dijo Tegan—. Tiene que haber alguna conexión, pero no estoy seguro de cuál es. Sé que Dragos está muerto. Lucan puede responder por eso, ya que él vio el cuerpo.

El líder de la Orden inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

—Su compañera de sangre también lo vio. Evidentemente ver a su compañero

muerto debió de ser demasiado para Kassia, pues esa misma noche se quitó la vida.

Nikolai gruñó.

—¿Entonces, qué tenemos aquí? Nuestra propia versión de Romeo y Julieta, un maldito renegado recitando acertijos, un glifo sin salida garabateado en los márgenes de un viejo libro enmohecido, y Marek en el medio de todo.

—Pregunta a Marek y comenzarás a obtener respuestas —señaló Dante, con una voz grave y letal.

Tegan asintió.

—Es cierto. Pero primero necesitamos encontrarlo.

—Eso no será fácil —dijo Gideon—. Parece estar en las profundidades subterráneas desde que lo atacamos el verano pasado.

—Entonces lo sacaremos de allí como la alimaña que es —gruñó Río—. Lo arrancaremos de raíz y calcinaremos a ese maldito cabrón.

Tegan lanzó una mirada a Lucan, que absorbía la conversación en estoico silencio. En medio de las conversaciones sobre enemigos y batallas a veces era fácil olvidar que Lucan y Marek eran parientes de sangre.

—¿Estás de acuerdo con todo esto?

La mirada plateada que le devolvieron los ojos de Tegan era inquebrantable.

—Sea lo que sea lo que esté haciendo Marek hay que detenerlo. De eso no hay duda. La cuestión es cuándo y con qué medios.

Elise oyó voces femeninas mientras caminaba por el pasillo en dirección a las habitaciones de Tegan. Las risas apagadas y la conversación distendida la atrajo, recordándole las amigas de las que había disfrutado en los Refugios Oscuros, cuando su vida parecía tan llena. Aunque ya no se sentía tan vacía como en los últimos meses, había un espacio en su corazón que estaba abierto, un pequeño vacío que le hacía echar de menos el hecho de pertenecer a una comunidad.

No sabía qué pensarían de ella las otras mujeres. Aunque a ella le pareciese que habían transcurrido años, tan sólo habían pasado unos pocos días desde la confrontación que tuvo con Tegan frente a los demás de la Orden, cuando él sugirió públicamente que ella necesitaba un hombre dispuesto a ser su huésped de sangre sin lo sagrado del voto. Sólo lo había hecho para protegerla, pero si las compañeras de sangre del recinto lo sabían, probablemente sería objeto de lástima por su parte, si no de burla. Habría pocas mujeres en los Refugios Oscuros capaces de volver a mirarla a los ojos después de una cosa así.

Al acercarse a la puerta abierta de la habitación donde estaban reunidas las compañeras de los guerreros, Elise iba preparada para recibir saludos cautelosos y comenzar a oír discretos susurros en cuanto pasara.

—¡Elise, bienvenida de vuelta! —exclamó Gabrielle en el instante en que sus ojos marrones se detuvieron en ella—. Oímos que tú y Tegan acababais de regresar. Estaba a punto de ir a buscarte. ¿Quieres unirte a nosotras?

Las mujeres habían dispuesto un pequeño surtido de frutas y quesos esparcidos sobre la mesa de café del centro de la biblioteca. Tess estaba colocando platos pequeños y ya había uno extra esperando a Elise. Savannah estaba de pie ante un aparador de cerezo oscuro sacando el corcho de una botella de vino blanco fresco. Levantó la vista hacia Elise y sonrió mientras comenzaba a servir varias copas.

—¿Quieres un poco? —le preguntó.

—Bueno. —Elise entró en la acogedora habitación y aceptó la copa que le ofrecía Savannah—. Gracias.

La incomodidad con que esperaba encontrarse no tuvo lugar. Tan pronto como se sentó con las otras mujeres, Elise fue bombardeada con preguntas acerca del viaje, sobre lo que ella y Tegan habían logrado descubrir y sobre cosas relacionadas con Petrov Odolf y el diario que Marek estaba tan decidido a conseguir.

No estaban interesadas en cotilleos o escándalos, y Elise se sorprendió a sí misma entregándose con soltura a la conversación con esas tres mujeres perspicaces e inteligentes. Les contó todo lo que sabía, relatando los detalles de las visitas que ella y Tegan habían hecho al centro de internamiento.

Cuando acababa de comenzar a hablarles de los escritos que Irina le había entregado, Tess dejó su copa de vino de golpe y frunció el ceño.

—¿Qué te ha pasado en la cara? Está amoratada.

Elise asintió, tocándose distraídamente la marca que aún tenía en la mejilla y la mandíbula.

—Oh, me lo hizo un secuaz.

—Dios santo. —Savannah ahogó un grito, y su preocupación hizo eco también en Tess y en Gabrielle.

—¿Te duele? —le preguntó Tess, levantándose de la mesa y poniéndose de rodillas junto a Elise.

—Al principio sí. Ahora ya no tanto.

—Déjame ver. —Con cuidado inclinó la cabeza de Elise. Cuando su mano descansó sobre su contusión, Elise notó un cálido hormigueo esparciéndose desde la palma de la mano de la mujer hasta las yemas de los dedos. La compañera de Dante había usado su toque sanador con Elise ya antes, pero eso no la hizo maravillarse menos ante el talento de Tess. El trauma de la herida desapareció, fue extinguiéndose hasta que no quedó ni el más ligero malestar.

Elise se entregó a la relajante sensación que la embargó cuando Tess retiró la mano.

—Tu don es extraordinario.

La preciosa mujer se encogió de hombros como si la incomodara el halago.

—Hay ciertas cosas que están más allá de mi habilidad. No puedo quitar cicatrices o curar heridas que ya tenían que haberse curado por sí mismas. Algunos daños son irreversibles. Estoy aprendiendo eso con Río.

Savannah acarició la mano de Tess.

—Está mucho mejor desde que trabajas con él. El hecho de que esté siempre fuera de la cama se debe sobre todo a ti.

—No, es la furia lo que lo guía —dijo Tess—. Que haya podido curar algunas de sus heridas físicas es sólo accidental.

—Río resultó herido en la emboscada que le tendió un renegado el verano pasado —explicó Gabrielle a Elise—. Salió muy malherido de una explosión de metralla, pero lo peor de todo fue descubrir que había sido su compañera de sangre quien había tendido la trampa a la Orden para el ataque.

El corazón de Elise se encogió ante la idea.

—¡Qué horror!

—Sí, lo fue. Eva traicionó a Río y a los demás por Marek. Lucan era el primer objetivo de la explosión. Se suponía que tenía que haber muerto esa noche, pero la bomba sólo le hirió. Él y Río fueron alcanzados, pero Río sufrió el peor impacto. — Gabrielle bebió un trago de vino, con la mirada seria y pensativa—. Yo estaba allí cuando Eva confesó lo que había hecho... y cuando se quitó la vida.

—Fueron días oscuros —dijo Savannah—. Fue realmente muy duro perder a Eva de ese modo. Yo creía que era una amiga. Lo que le hizo a Río y a los demás es imperdonable.

—Río ciertamente no lo perdonará —añadió Tess—. Dante y yo estamos muy preocupados por él. A veces me pregunto si no está demasiado dañado por dentro. Cuando trabajo con él, hay veces que tengo la sensación de estar ante alguien que sostiene una granada y solamente espera una excusa para poder soltarla.

Savannah soltó una risita irónica.

—La verdad es que Río hasta consigue que Tegan parezca la viva imagen de un hombre normal y equilibrado.

Elise bajó la mirada, sintiendo que sus mejillas se ruborizaban ante la mención de Tegan. Cuando alzó la vista comprobó que Gabrielle la observaba.

—¿Estuvo demasiado terrible en Berlín? Tegan no pone las cosas fáciles a los que están a su alrededor.

—No. De hecho estuvo bien —dijo Elise, alzándose en su defensa—. Fue amable y protector... bueno y también frustrante y complicado. Es el hombre más intenso que he conocido nunca. Y él es... es mucho más de lo que la gente cree.

Advirtió el silencio de la habitación. Tres pares de ojos femeninos estaban clavados en ella, la mirada de las compañeras de los guerreros hizo que ardiera su rostro.

—Elise —dijo Gabrielle lentamente y con los ojos brillantes al entenderlo—. ¿Tú y Tegan... de verdad?

Antes de que ella pudiera negarlo o admitirlo, se vio envuelta en el abrazo de la feliz mujer. Las otras dos compañeras de sangre tuvieron su turno para felicitarla también, haciendo que ella se emocionara en medio de esa hermandad de mujeres que estaban tan dispuestas a aceptarla en su círculo.

Fue a través de una mirada llorosa y húmeda que Elise alcanzó a ver por primera vez el tapiz que colgaba en el rincón de la pared más alejada de la biblioteca. Los colores de la escena medieval eran deslumbrantes, en esa representación de un caballero a caballo que tenía tanto detalle como si estuviera pintada sobre un lienzo.

La complejidad del trabajo con la aguja era extraordinariamente... familiar.

Inconfundible.

Ella había visto una pieza tan intrincada como esa cuando se encontró con Irina Odolf. El bordado que envolvía el montón de cartas que Irina había encontrado.

—Ese tejido —dijo, casi incapaz de respirar—. ¿De dónde procede?

—Es de Lucan —dijo Gabrielle—. Lo hicieron para él en el siglo XIV. Hace mucho tiempo, cuando la Orden era todavía nueva.

La excitación aceleró el pulso de Elise.

—¿Quién lo hizo? ¿Tú lo sabes?

—Una mujer llamada Kassia —dijo Gabrielle—. Era la compañera de sangre de uno de los miembros originales de la Orden. Lucan dice que su talento con el hilo y la aguja no tiene comparación, lo cual puedes comprobar simplemente viendo el detalle de esa pieza. Según él, este fue el último tejido que hizo Kassia, y el más extraordinario. Es Lucan en su caballo de guerra...

—¿Puedo mirarlo? —preguntó Elise, caminando hacia la pared para revisarlo de cerca.

En una cima distante detrás del caballero del encabritado semental, había un castillo en llamas bajo la luna. Una medialuna creciente.

Y bajo las pezuñas del caballo, el campo pisoteado y lleno de surcos de tierra.

«Castillo y granja se unirán bajo la luna creciente».

La extraña adivinanza daba vueltas en su mente, con el tono de la atormentada voz de Petrov Odolf.

«No podía ser... ¿sí podía ser?».

Elise pasó la mano por los delicados puntos del bordado. Todo en él había sido tejido con deliberado cuidado. Y en la esquina inferior de la derecha estaba la marca de la tejedora, el símbolo de una compañera de sangre, igual que aquel que Irina le había mostrado en el otro bordado.

¿Había allí un mensaje oculto en alguna parte?

¿Escondido allí todo este tiempo?

—¿Qué pasa, Elise? —Gabrielle fue tras ella—. ¿Ocurre algo?

El corazón de Elise estaba acelerado.

—¿Podría descolgarlo de la pared?

—Supongo que... sí, claro. —Se puso de pie sobre los cojines del sillón situado junto al tapiz y se estiró para descolgarlo del gancho que lo sujetaba a la pared. Gabrielle sostuvo el tapiz con cuidado entre sus manos—. ¿Qué quieres que haga con él?

—Déjalo extendido, por favor.

—Despejaré la mesa —dijo Savannah, y ella y Tess se pusieron rápidamente a retirar la comida y los platos para hacer espacio—. Ya está.

Elise estaba junto a Gabrielle mientras ésta extendía el tapiz. Examinó la pieza en silencio durante un momento, recordando el resto de los crípticos versos:

«hacia las tierras fronterizas del este gira la vista
en la cruz yace la verdad».

—Me gustaría probar una cosa. Necesitaré doblar la tela, pero te prometo que tendré mucho cuidado.

Gabrielle asintió y Elise dobló la parte superior del tapiz hacia el centro del dibujo, luego levantó la parte inferior de la pieza, doblándola de manera que el castillo y los campos que había debajo de la montura de Lucan se encontraron.

—Castillo y granja se unirán bajo la luna creciente —murmuró, observando cómo las dos partes del dibujo que se unían formaban una nueva imagen.

—Parece una cordillera de montañas —dijo Tess, cuando una clara formación rocosa se hizo visible en el bordado—. ¿Cómo has sabido hacer eso?

—El diario de Odolf contenía extraños acertijos, las mismas frases misteriosas que Petrov Odolf repitió obsesivamente durante semanas antes de enfermar de lujuria de sangre y transformarse en renegado. Dios... parecía un rompecabezas que nunca

lograríamos resolver.

Gabrielle abrió los ojos con asombro.

—¿Quieres decir que este tapiz tiene algún tipo de relación con todo eso?

—Eso creo —susurró Elise. Observó el diseño doblado—. «Hacia las tierras fronterizas del este gira la vista...» Tal vez si giro el tapiz hacia la izquierda...

Le dio al tejido un giro de noventa grados, para que la parte de arriba quedara orientada hacia el este. El centro doblado estaba ahora vertical. Y del interior del diseño emergía otro, que evidentemente resultaba visible sólo desde este nuevo ángulo. El fino perfil de una cruz estaba bordado en la tela, y en el centro de ésta podía leerse una palabra.

—Praga —leyó Elise en voz alta, atónita de que una voz de hace tanto tiempo de pronto hablara a través del hilo y la tela de su labor—. El secreto, sea cual sea, se esconde en Praga.

—Esto es increíble. —Savannah ahogó un grito.

Se acercó y pasó los dedos por encima del texto oculto. Tan pronto como tocó el bordado, la mujer retrocedió como si se hubiera quemado.

—Oh, Dios mío. —Sus ojos marrones estaban consternados y abiertos con asombro. Puso la mano sobre la tela otra vez, manteniéndola allí en grave silencio.

—Savannah, ¿qué es lo que sientes?

Cuando por fin habló, casi no podía respirar por causa del terror.

—Este tapiz tiene muchos más secretos que contarnos.

Los guerreros se estaban preparando para salir a patrullar, cuando las puertas de vidrio del laboratorio tecnológico se abrieron de golpe y cuatro bellas mujeres entraron precipitadamente. Elise y Gabrielle llevaban el tapiz de la biblioteca de Lucan; Tess y Savannah caminaban tras ellas con una expresión seria en el rostro. Savannah parecía especialmente afligida, su boca era una delgada línea y sus manos se estiraban y se cerraban a los lados cuando caminaba.

Tegan se encontró con la mirada ansiosa de Elise.

—¿Qué es lo que ocurre?

—El tapiz —dijo ella, mientras lo colocaba encima de la mesa con la ayuda de Gabrielle—. Creo que hemos averiguado a qué se refiere el acertijo de Odolf.

—¿En serio?

—Sí. —Su expresión sombría revelaba que no iban a ser buenas noticias.

Tegan y los otros guerreros se reunieron alrededor de las mujeres.

—De acuerdo. Veamos lo que tenéis.

Él la observó, atónito y orgulloso, mientras ella recitaba cada misterioso verso y doblaba el diseño de acuerdo con él. Era increíble, y totalmente evidente ahora que Elise hacía la demostración para ellos. El tapiz estaba correlacionado de manera exacta con cada una de esas frases que antes parecían no tener sentido. Cuando Elise terminó su demostración, dio un paso atrás dejando que vieran un nuevo dibujo totalmente distinto: ese que Kassia había ocultado en los hilos mientras cosía la pieza durante años.

Elise respondió a la mirada curiosa de Tegan.

—Cuando estuve en casa de Irina, ella me mostró un bordado increíblemente minucioso. También tenía un diseño secreto tejido dentro de él. Cuando vi este tapiz en la pared, apenas hace un momento, supe que tenía que estar hecho por la misma persona. Cuánto más lo miraba más me preguntaba si había algo oculto en él.

Tegan sonrió. No le importó lo más mínimo que todo el mundo lo viera cogerla en sus brazos y besar amorosamente su frente.

—Buen trabajo.

—Conozco esa cordillera de montañas —dijo Lucan al inspeccionar el tejido.

Tegan asintió, identificando también la clara formación rocosa del nordeste de Praga.

—No está lejos de la región donde vivía en un tiempo la mayor parte de la estirpe.

—¿Entonces esto significa que estamos ante una especie de mapa? —preguntó Río—. ¿Y qué es lo que buscamos?

—No se trata de qué, sino de quién. —La suave voz de Savannah captó la atención de todos—. El tapiz señala el lugar donde Dragos ayudó a esconderse a alguien. El vampiro que lo engendró.

—¡Dios santo!

Tegan no sabía cuál de los guerreros pronunció la exclamación, pero todos entendían el peso de lo que Savannah acababa de decir.

—La compañera de sangre de Dragos tejió esta pieza especialmente para mí —observó Lucan frunciendo el ceño muy preocupado—. ¿Estás diciendo que Kassia ocultó deliberadamente este mensaje aquí? ¿Por qué? ¿Qué motivos podía tener para ello? ¿Y por qué diablos no vino directamente a contarme lo que quería contarme?

—Porque tenía miedo —dijo Savannah—. Le habían confiado un secreto terrible, y temía lo que pudiera ocurrir si lo confesaba.

Gideon miraba a su compañera.

—¿Sientes todo eso a través de la tela, cariño?

Savannah asintió.

—También hay más. Y no es nada bueno.

—Cuéntanoslo —dijo Lucan sombrío—. Todo lo que puedas leer en esta pieza... necesitamos saberlo.

La habitación quedó en silencio cuando Savannah se acercó y puso sus manos sobre el tapiz. El don de la compañera de sangre había sido útil para la Orden en el pasado, pero todos la observaron con expectación mientras ella comenzaba a absorber la historia emocional de la pieza, conscientes de que nunca habían necesitado tanto el talento especial de Savannah como esta vez.

—Kassia estaba atormentada por lo que sabía, pero Dragos la mantenía vigilada y ella sabía que si contaba el secreto su compañero lo descubriría. En ese caso podría cambiar de lugar lo que estaba escondiendo, y no habría esperanza de saber dónde. —Savannah cerró los ojos para concentrarse—. Kassia no tenía a nadie con quien compartir su carga, ni siquiera su más querida amiga, Sorcha.

La mandíbula de Tegan se puso rígida ante la mención de la dulce muchacha que encontró tan terrible final por culpa de sus fallos. Como para decirle que entendía lo que estaba sintiendo, Elise apoyó la mano suavemente sobre su brazo. Su manera de tocarlo estaba llena de cariño y compasión, su mirada era tierna.

Savannah continuó.

—Cuando Lucan pidió a Kassia que le hiciera este tapiz, ella se dio cuenta de que tal vez había una manera de advertirle de lo que Dragos había hecho. Así que mientras tejía aquel recuerdo para Lucan, añadió pistas y rezó para que algún día él las descubriera antes de que fuera demasiado tarde.

—¿Qué es lo que hizo Dragos? —preguntó Lucan, su voz profunda retumbó en el silencio del laboratorio—. ¿Cómo diablos comenzó todo este engaño?

Durante un rato, Savannah no habló. Lentamente retiró las manos, y cuando se volvió para mirar al líder de la Orden, sus hermosas facciones estaban lívidas.

—Cuando tú declaraste la guerra a los Antiguos, unos pocos meses antes de que se hiciera este tapiz, Dragos y la criatura alienígena que lo engendró forjaron un pacto. Dragos ayudó a su padre a escapar a las montañas antes de ponerse a luchar

junto a ti y el resto de la Orden.

Lucan tenía el ceño fruncido y la ira crecía en su tensa mirada.

—Dragos y varios otros lucharon contra aquel que los había engendrado. Dragos fue el único que salió de la escaramuza con vida. Tenía varias heridas...

—Todo fue parte de la artimaña —dijo Savannah—. Tras matar a los demás, Dragos escondió a su padre en una cripta protegida que construyó especialmente para él en las montañas de las afueras de Praga. Las heridas de Dragos eran de su padre, pero solo por contribuir a ocultar la verdad de lo que ocurrió realmente. El plan consistía en dejar al Antiguo en estado de hibernación hasta acabar con la Orden. Luego el Antiguo despertaría otra vez para alimentarse de nuevo y para dar comienzo a una nueva generación de la estirpe.

—Dios santo —murmuró Gideon, quitándose las gafas de color azul pálido y frotándose los ojos—. ¿Kassia sabía si Dragos tuvo la oportunidad de liberar a ese bastardo?

Savannah negó con la cabeza.

—No lo creo. No he captado nada que indique que ella supiera lo que iba a ocurrir. Dragos le dijo dónde estaba localizada la cripta, y eso es lo que ella bordó en el tapiz. Quería que Lucan tuviera las pistas por si algo le pasaba a ella.

—Oh, Lucan —dijo Gabrielle, rodeándolo con sus brazos.

—Hay... algo más —dijo Savannah—. Había un hijo. Kassia estaba embarazada cuando hizo este tapiz. Dragos estuvo fuera en una misión durante casi un año, tiempo suficiente para que ella tuviera a su hijo en secreto y lo enviara a vivir con otra familia de la estirpe antes de que Dragos regresase. Ella no estaba dispuesta a permitir que su único hijo fuera una víctima de la peligrosa alianza que había hecho su compañero, por eso dio los pasos necesarios para proteger al bebé y procurarle un futuro seguro.

—Déjame adivinar cuál era el nombre de la familia a la que Kassia acudió —dijo Gideon arrastrando las palabras.

Savannah asintió.

—Odolf.

—Si la información que tengo es correcta —intervino Kade—, los Antiguos eran capaces de hibernar durante muchas generaciones.

—Siglos —dijo Tegan, reflexionando sobre los salvajes seres extraterrestres que lo engendraron a él y al resto de la prole de la primera generación de la estirpe—. Hasta donde sabemos, el último de los Antiguos está todavía ahí fuera, escondido cerca de Praga y a la espera de ser liberado.

—Cristo —silbó Dante—. El mundo se convertirá en un lugar diferente si una criatura tan diabólica como esa vuelve a estar suelta.

Niko chasqueó la lengua.

—¿Y si hubiese alguien capaz de formar una alianza con un ser tan poderoso y letal? Alguien como Marek...

—No podemos correr ese riesgo —dijo Lucan—. Así que parece que tendremos que ir hasta Praga y ver qué encontramos allí.

—Reichen está tan sólo a unas horas de allí, en Berlín —dijo Tegan—. Se ofreció a ayudarnos en cualquier cosa que necesitésemos.

Lucan afiló la mirada, considerando la idea.

—¿Es de confianza?

—Sí —dijo Tegan, asintiendo con seguridad—. Yo respondo por él.

—Entonces llámalo. Pero dale los detalles mínimos. Y hazle saber que vamos en camino y que necesitaremos transporte. Podemos encontrarnos con él al llegar al aeropuerto de Tegel.

—¿No deberíamos ir directamente a Praga en lugar de encontrarnos antes con él? —preguntó Brock.

Tegan negó con la cabeza, comprendiendo la táctica de Lucan.

—Reichen puede ser de total confianza, pero no sabemos nada de quienes lo rodean. Marek ya está al tanto de que hay algo que nos interesa en Berlín. No tiene sentido que le señalemos Praga.

Lucan asintió.

—Cubriremos a Reichen una vez estemos allí.

—Bien —dijo Gideon—. Conseguiré una autorización para volar esta noche.

No hubo ninguna de las habituales bravuconadas de los guerreros mientras el laboratorio se vaciaba y todos se iban a prepararse para la misión. Tegan normalmente se hubiera retirado para estar a solas y pensar en paz. Pensó que probablemente era lo que debería hacer ahora, pero Elise entrelazó sus dedos con los de él y los dos se detuvieron en el pasillo vacío.

—¿Estás bien? —preguntó ella, con la mirada tan seria como la de él—. Si quieres estar solo, o si hay algo que necesites hacer...

—No, no quiero.

Estuvo a punto de desmentir lo que había dicho y soltarle alguna estupidez de las que normalmente habría dicho, pero las palabras no salieron. Y se dio cuenta de que no podía soltarle la mano.

Saldría al cabo de unas pocas horas, y las posibilidades de que no pudiese regresar eran condenadamente altas.

Aquella vez iba con una meta muy precisa: acabar con Marek personalmente. Aun si perdía la vida en el proceso. Tegan estaba más que dispuesto a declarar la guerra a Marek, y de una manera o de otra iba a acabar con ese maldito desgraciado.

—Vamos —le dijo a Elise, levantándole la barbilla y dándole un beso—. Sólo hay un lugar donde quiero estar ahora.

Elise y Tegan pasaron el resto del día en sus habitaciones haciendo el amor, y también evitando hablar de lo que el futuro podría traerles. Ella sabía que los secretos

que el tapiz había revelado tenían un gran peso sobre él —sobre todos los de la Orden—, pero Tegan parecía especialmente distante al anochecer, cuando todos los del grupo se prepararon para partir. Estaba totalmente retraído, como si se hubiese marchado ya, luchando contra el fantasma de un enemigo que lo había atrapado desde hacía ya demasiado tiempo y tenía que ser por fin exorcizado.

La llamada que había hecho a Reichen hacía unas horas trajo malas noticias: Petrov Odolf había sufrido una recaída en la lujuria de sangre y no se recuperaba. Según informaba el centro de internamiento, el renegado se había puesto cada vez más inestable las horas después de que Tegan y Elise abandonaran el lugar. En algún momento de la noche, tuvo violentos ataques y agredió a uno de sus cuidadores, casi matándolo en un ataque de rabia.

En cuanto a Tegan, parecía escéptico respecto al informe que el director Kuhn comunicó a Reichen. No confiaba en él, y de hecho le encargó a Reichen la misión de obtener más respuestas sobre el estado del renegado.

—Ten cuidado —le dijo Elise mientras se dirigían al área central del recinto para encontrarse con los demás.

Tegan se detuvo y la besó apasionadamente, pero sus ojos estaban distantes.

—Te quiero —le dijo ella, acariciándole la fuerte mandíbula y tratando de aliviar la preocupación que latía como un pájaro enjaulado dentro de su pecho—. Será mejor que regreses pronto junto a mí, ¿lo entiendes? Prométemelo.

Los sonidos de los otros guerreros hablando más adelante en el pasillo distrajeron su atención. El equipo y las armas hacían ruidos metálicos, y las voces masculinas retumbaban contra las paredes de mármol.

Su mundo lo estaba llamando, el deber al que había jurado obedecer mientras viviera.

—Tegan, prométemelo —dijo ella, obligándolo a mirarla—. No hagas ninguna hazaña heroica.

Las comisuras de sus labios se torcieron en una sonrisa irónica.

—¿Yo un héroe? Ni lo sueñes...

Ella sonrió con él, pero sentía los pies de plomo mientras siguieron avanzando por el pasillo hasta encontrarse en el lugar donde esperaba el resto de la Orden.

Todo el mundo estaba allí. Elise vio los rostros serios de las otras compañeras de sangre. Tess y Gabrielle se abrazaban a sus compañeros antes de que llegara el tiempo de partir. Habían acordado que Gideon se quedara en el recinto, para que pudiera monitorizar la operación desde la base y servir de punto de contacto a los que estuvieran en el campo de batalla.

La mayor sorpresa era Río. El guerrero recuperado iba vestido con traje de combate y esperaba junto al resto, con sus ojos topacio llenos de furia. Su cuerpo musculoso irradiaba pura malicia, y Elise de pronto entendió las preocupaciones de Tegan respecto a él. Resultaba aterrador, simplemente con verlo quieto allí.

Elise contuvo la urgencia de sostener la mano de Tegan con más fuerza al notar

que él flexionaba el brazo, preparándose para unirse a sus hermanos.

Dios, ella no quería dejarlo marchar.

No ahora que acababan de encontrarse.

—Bien —dijo Lucan, fijando una mirada ardiente en cada uno de los guerreros—.
Pongámonos en marcha.

Andreas Reichen esperaba con dos Mercedes en la pista del aeropuerto de Tegel cuando la Orden llegó a Berlín. Tegan hizo las presentaciones muy rápido mientras los guerreros lanzaban sus equipos en el interior de los vehículos y se subían para dirigirse hasta la finca de los Refugios Oscuros de Reichen, que les serviría de base provisional.

—Es un honor poder ayudar —dijo Reichen a Lucan y a Tegan mientras los tres hombres cargaban el último de los bolsos y el armamento—. A menudo me he preguntado cómo debe de ser estar en la Orden como uno más entre vosotros.

—Ten cuidado con lo que desees —le advirtió Lucan—. Depende de como vayan las cosas hay bastantes posibilidades de que te acabemos reclutando en nuestro bando.

—Trata de no parecer tan entusiasta —dijo Tegan, captando el brillo de ilusión en los ojos del civil—. ¿Qué has averiguado sobre el centro de internamiento?

Reichen negó con la cabeza.

—Un final mortal, literalmente, me temo. Odolf no dejaba de empeorar. Tuvo un feroz ataque de lujuria de sangre, con violentas convulsiones. Finalmente empezó a lanzar espuma por la boca. El cuidador con quien hablé me dijo que fue muy extraño, como si Odolf tuviera la rabia. Unas horas después lo llevaban al depósito de cadáveres.

—Mierda. —Tegan intercambió una mirada con Lucan, su furia no hacía más que aumentar. Ese suceso llevaba escrita la firma de Marek—. La espuma que Odolf escupía... ¿era rosada y con un olor repugnante?

Reichen frunció el ceño.

—No lo sé. Podría hacer más preguntas, investigar...

—No, olvídalo. Yo me encargaré —dijo Tegan.

Lucan sabía exactamente dónde quería llegar.

—Estás suponiendo que a ese renegado se le administró carmesí...

—Sólo hay un modo de descubrirlo. Estaré de vuelta en un par de horas.

—En un par de horas estará amaneciendo —le advirtió Lucan.

Tegan alzó la vista hacia el cielo todavía oscuro, la luna orientada hacia el oeste.

—Entonces será mejor que dejemos de cotorrear para que pueda irme cuanto antes. Me reuniré con vosotros en el Refugio Oscuro.

—Tegan. Maldita sea...

Oyó la seca exclamación de Lucan tras él, pero ya estaba atravesando la pista de asfalto y dirigiéndose hacia el complejo del aeropuerto para salir a las calles.

El director Heinrich Kuhn se hallaba en su oficina del centro de internamiento,

rellenando varios documentos referidos al paciente recientemente fallecido, cuando recibió una llamada desesperada de un guardia de seguridad. Un hombre de la estirpe —un guerrero de la primera generación a juzgar por su tamaño y su poder—, se había infiltrado a través de las puertas exteriores e interiores y estaba ahora en alguna parte del centro.

—¿Disparamos a matar, señor? —preguntó el jefe de seguridad, con un filo de ansiedad en la voz.

—No —replicó Kuhn—. No hay que matarlo. Pero capturadlo como sea y luego traédmelo.

Kuhn colgó el teléfono. No tenía ninguna duda sobre quién era el intruso. Ya había sido advertido de que la Orden no andaría lejos en cuanto la noticia de la muerte de Petrov Odolf comenzara a circular. Lamentaba en primer lugar haber permitido que ese guerrero llamado Tegan entrara al centro, él y también la mujer que venía de parte de la Agencia. Su trabajo consistía en proteger a sus pacientes, de las aflicciones de fuera y también de las que hay dentro de sí mismos. En eso había fallado a Petrov Odolf una vez más al permitir que lo viera su último visitante.

Era el miedo que le inspiraba ese individuo lo que hacía que el director caminara ahora arriba y abajo de su oficina. De algún modo, en contra de todo lo que él creía correcto, había consentido ser reclutado para una conspiración que había tenido como consecuencia el sufrimiento espantoso de Petrov Odolf y finalmente su muerte. A Kuhn le había sido prometida una experiencia personal muy similar a esa si no demostraba ser útil para su nuevo y letal conocido.

Tal vez lo más prudente sería escabullirse antes de que la situación se pusiera todavía peor. Después de todo, se acercaba peligrosamente el amanecer y no iba a quedarse allí sentado esperando que más problemas llamaran a su puerta.

«Demasiado tarde», pensó al cabo de un segundo.

Kuhn no estaba exactamente seguro de cuándo había sentido el primer movimiento de aire a su alrededor, pero cuando se volvió para mirar las puertas cerradas de su oficina, se encontró con unos ojos verdes fríos y letales.

—*Guten morgen, Herr Kuhn.* —La sonrisa del guerrero era escalofriante—. He oído que ha habido algunos problemas en su pequeño manicomio.

Kuhn se inclinó ligeramente detrás de su escritorio.

—No sé muy bien a qué se refiere.

En un velocísimo movimiento, el guerrero atravesó de un salto la habitación y aterrizó encima del escritorio.

—Petrov Odolf ha muerto. ¿Se te había ido de la cabeza?

—No —replicó Kuhn, dándose cuenta de que ese hombre le inspiraba tanto miedo como aquel otro que había matado a Odolf—. Ha sido lamentable, pero estaba muy enfermo. Más de lo que sospechaba.

El director deslizó cuidadosamente una mano bajo el borde del escritorio, en busca del botón que haría sonar una silenciosa alarma. Apenas tuvo tiempo ni de

pensarlo cuando notó un cuchillo afilado apuntándole la barbilla.

—Yo en su lugar no haría eso.

—¿Qué quieres?

—Quiero ver el cuerpo.

—¿Para qué?

—De ese modo sabré mejor si has de morir o no.

—¡Oh Dios! —gimió Kuhn—. ¡Por favor, no me haga daño! ¡No tuve otra elección... se lo juro!

—Lo juras.

La respuesta burlona estaba llena de desprecio. El puñal en la garganta de Kuhn fue reemplazado por una mano que la oprimió con fuerza. Había un calor que viajaba a través de esa mano, de ese contacto agotador; Kuhn sintió una especie de invasión que lo drenaba y como el zumbido de mosquitos en su cerebro.

Los fríos ojos verdes clavados en su mirada atónita se afilaron aún más.

—Estás mintiendo, maldito cabrón. Tú y Marek...

El sonido de la puerta de la oficina de Kuhn arrancada de sus bisagras llenó el aire. Hubo un repentino estallido de disparos, el tiroteo procedía nada menos que de cuatro guardias de seguridad que se colaron dentro y abrieron fuego contra el agresor de Kuhn.

El guerrero rugió mientras los guardias intervenían todos a la vez. Tan pronto como Kuhn sintió liberada su garganta se echó hacia atrás, lo más lejos que pudo del vampiro. Observó con enorme alivio cómo éste se desplomaba sobre el escritorio y finalmente caía al suelo.

Un gruñido sin palabras salió de su boca floja, y los ojos despiadados se echaron hacia atrás en sus cuencas. Kuhn reunió ahora coraje y se aproximó a la bestia caída. Observó la colección de dardos con tranquilizante clavados en su cuerpo.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó uno de los guardias.

—Sí —respondió Kuhn, a pesar de que aún seguía temblando por el altercado—. Esto será todo por ahora. No quiero que este incidente sea registrado de ninguna manera, ¿entendido? A todos los efectos, si alguien pregunta, esto no ha ocurrido. Yo mismo me encargaré de que el intruso sea sacado de este centro.

Cuando los guardias se marcharon, Heinrich Kuhn cogió el teléfono móvil que le había sido entregado y marcó el único número programado en el aparato. Cuando oyó la voz grave respondiendo al otro lado, Kuhn le dijo:

—Acaba de llegar algo interesante. ¿Te gustaría que te lo entregara?

Lucan supo que algo iba mal incluso antes de que comenzara a amanecer. Ahora que faltaban tan sólo un par de horas para el mediodía, sólo podía suponer lo peor. No era inusual que Tegan fuera solo a cumplir sus misiones personales, pero esta vez se había pasado de autosuficiente. No había regresado del centro de internamiento. No

había llamado para dar un informe, y no existía ni una señal de teléfono móvil que indicara dónde se encontraba o en qué tipo de lío se había metido.

Las llamadas al centro habían resultado inútiles. Según todos aquellos con los que había hablado Lucan, Tegan no había llegado allí. En cuanto a la información acerca de la muerte de Odolf, todas las investigaciones eran manejadas personalmente por el director del centro, Heinrich Kuhn, que no estaría localizable hasta que regresara al trabajo al caer la noche.

A Lucan no le gustaba nada el punto muerto al que se llegaba a través de la burocracia, particularmente ahora que tenía la desagradable sensación de que Tegan tenía problemas.

—¿Nada todavía? —Dante salió de la habitación donde él, Reichen y el resto de la Orden estaban organizando el viaje nocturno a Praga. El guerrero dejó escapar un suspiro cuando Lucan negó con la cabeza—. Sé que esta misión es crítica, Lucan, pero maldita sea. No me siento bien dejando atrás a Tegan.

—No lo haremos. —Lucan se encontró con la mirada seria de su hermano—. Necesito que tú y Chase dirijáis la misión. Yo me quedaré aquí y localizaré a Tegan.

—¿Cómo vas a hacer eso? No tenemos ni idea de dónde está, ni siquiera sabemos si estará dentro de la ciudad. El trabajo va a ser eterno si planeas ir puerta por puerta.

Lucan negó con la cabeza.

—Creo que tengo una manera mejor de encontrarlo.

La mente de Tegan se despertó antes que el resto de su cuerpo. Le ardía la garganta, todavía cubierta del residuo de la droga que le habían disparado los guardias de Kuhn. Ya no se hallaba en el centro de internamiento; su olfato se lo indicó. En lugar del hedor a clínica de ese lugar, sintió el olor a madera vieja y ladrillo, y también un matiz de pintura fresca, que provenía de algún lugar encima de su cabeza...

Y cerca, el olor de un cadáver reciente. El aroma empalagoso de sangre de la estirpe derramada y coagulada, en grandes cantidades, flotaba en el aire como una gruesa mortaja.

No necesitaba tratar de mover sus miembros para saber que se hallaba encadenado. Sentía el peso de las esposas y las cadenas en las muñecas y los tobillos, y su cuerpo estaba extendido entre dos grandes vigas de madera.

Por encima de su cabeza, más arriba de aquella estructura que lo aprisionaba, distinguió el ruido de los cuervos que pasaban volando. A pesar de que la oscuridad lo envolvía, afuera era de día, razonó mientras los graznidos se alejaban. Debía de llevar allí —dondequiera que estuviera—, unas cuantas horas.

Despegó apenas un párpado, incapaz de abrir el ojo del todo. Su visión era borrosa, y al instante el vértigo lo hizo hundirse aún más en sus cadenas.

—Al fin despierto —dijo una voz que Tegan fue capaz de reconocer incluso en ese estado medio drogado—. Esos idiotas empleados de Kuhn casi te matan con sus dardos tranquilizantes. Y ese es un privilegio que pretendo reservar para mí.

Tegan no respondió. No lo habría hecho, aun de haber conseguido que su lengua adormecida articulara las palabras. Marek no merecía ninguna clase de respeto.

—Despierta —ordenó cortante—. ¡Despierta de una jodida vez, Tegan, y dime dónde está!

Unos dedos fuertes le agarraron un mechón de pelo y le levantaron la cabeza con brusquedad, cuando él ni siquiera tenía fuerzas para poder levantarla por sí solo. Recibió un duro puñetazo a un lado de la cara, pero apenas lo registró por efecto del sedante.

—¿Necesitas que me ponga un poco convincente?

Marek lo soltó dejándolo desplomarse de nuevo y las tablas de madera del suelo crujieron cuando se alejó unos pasos. Al momento volvió a acercarse. Tiró de la cabeza de Tegan hacia atrás y colocó algo debajo de su nariz. Cuando recibió un puñetazo en el estómago, aspiró profundamente.

Esa reacción involuntaria consiguió que los finos polvos viajaran a través de sus orificios nasales y su boca abierta. Tosió, atragantándose con la repugnante sustancia, y supo instantáneamente lo que Marek acababa de darle.

—Aquí lo tenemos. Un poco de carmesí debería apresurar las cosas.

Marek se apartó mientras Tegan trataba de escupir la droga. Fue inútil. Podía sentir el carmesí filtrándose en su senos nasales, pegándose en el fondo de su garganta. Como una corriente eléctrica disparada directamente en su cerebro, la droga le provocó espasmos y temblores. Sintió cómo ésta era absorbida en su corriente sanguínea y cómo el calor viajaba a lo largo de sus extremidades colgadas. Cuando el temblor inicial disminuyó, Tegan abrió los ojos y clavó una mirada asesina en su captor.

Marek se cruzó de brazos, sonriente.

—¿Ya estás conectado de nuevo?

—Jódete. —Trató de bajar los brazos, pero las cadenas lo impedían. Tenía la mente clara, pero su fuerza física no estaba a la par. Necesitaría tiempo, o una dosis más fuerte y arriesgada de carmesí, para librarse de los efectos de los sedantes.

—¿Dónde está, Tegan? ¿Ya has encontrado el escondite? —Los ojos de Marek estaban ocultos detrás de unas gafas oscuras, pero Tegan sentía el calor furioso de su mirada—. Sé que la Orden tiene el diario. Sé que has visto el acertijo. Y sé que hablaste con Petrov Odolf. ¿Qué es lo que te dijo?

—Está muerto.

—Sí —asintió Marek cortésmente—. Una sobredosis de carmesí, como sin duda sospechabas cuando fuiste a ver a *Herr Kuhn*.

La mirada de Tegan siguió el gesto despreocupado que hizo Marek hacia la fuente del fétido olor a muerte de la habitación. El torso sin cabeza del director Kuhn yacía en el suelo cerca de una espada de ancha hoja empapada de sangre.

Marek se encogió de hombros.

—Ha traicionado su misión. Todas las ovejas temblorosas y desventuradas que habitan los Refugios Oscuros han traicionado su misión, ¿no estás de acuerdo? Han olvidado sus raíces, si es que alguna vez realmente las entendieron. ¿Cuántas generaciones han sido engendradas desde la antigua e ilustre primera generación de la que tú y yo somos parte? Demasiadas, y cada generación es más débil, con la sangre diluida por los genes de esos *homo sapiens*. Es hora de empezar de nuevo, Tegan. La estirpe necesita cortar sus ramas atrofiadas y dar comienzo a un nuevo reino con el poder de la Primera Generación. Quiero ver prosperar a la estirpe. Quiero que nosotros seamos los reyes, como debe ser.

—Estás loco —gruñó Tegan—. Y sólo quieres poder para ti. Como siempre ha sido.

Marek se mofó.

—Merezco gobernar. Yo soy el mayor, y no Lucan. Tengo una visión más clara sobre cómo debe evolucionar nuestra raza. Los humanos deberían esconderse de nosotros, viviendo para complacernos, y no de otra manera. Lucan no lo veía así. Y ahora tampoco. Su humanidad es la peor de sus debilidades.

—Y la tuya siempre ha sido tu arrogancia.

Marek gruñó.

—¿Y la tuya cuál es, Tegan? —Su tono era demasiado ligero, demasiado burlón en su intento de parecer casual—. La recuerdo muy bien, ya sabes... a Sorcha.

Tegan odió con una fuerza infernal oír el nombre de esa chica inocente en los labios de su enemigo, pero tragó saliva para controlar la furia que estaba creciendo en su interior. Sorcha estaba muerta. Él finalmente se había permitido dejarla ir, y Marek no conseguiría acosarlo con su recuerdo.

—Sí, ella era tu debilidad. Lo sabía cuando fui a buscarla esa noche. ¿Lo recuerdas, verdad? La noche que fue raptada de tu hogar cuando tú estabas fuera patrullando con mi hermano en una de esas misiones interminables.

Tegan alzó la mirada hacia Marek.

—Tú...

La sonrisa del vampiro era cruel, llena de diversión.

—Sí, yo. Ella y la compañera de sangre de Dragos eran uña y carne, por eso yo esperaba que Sorcha pudiera revelarme el secreto que Dragos se había llevado a la tumba, y que Kassia me había negado quitándose la vida antes de que yo pudiera arrancárselo. Pero Sorcha no sabía nada. Bueno, no mucho. Sabía que Kassia tenía un hijo que había entregado a alguien, un heredero de quien ni siquiera el propio Dragos tenía noticia.

«Ah, mierda». Tegan cerró los ojos, comprendiendo ahora exactamente todo lo que Sorcha habría tenido que soportar de la mano de Marek.

—Se quebró fácilmente, pero yo sabía que lo haría. Nunca fue fuerte. Sólo una chica dulce que confiaba en que tú la mantendrías a salvo. —Marek hizo una pausa, como si se detuviera a reflexionar—. Ni siquiera valió mucho la pena convertirla en secuaz, ya que había revelado todos sus secretos con los primeros dolores de la tortura.

—Maldito cabrón de mierda —aulló Tegan—. ¡Eres un enfermo y condenado cabronazo! ¿Por qué? ¿Por qué se lo hiciste entonces?

—Porque pude —respondió Marek.

El rugido de Tegan hizo eco en las vigas del lugar, haciendo vibrar las ventanas pintadas de negro que había en lo alto del techo. Luchó contra sus cadenas aprovechando el momentáneo estallido de adrenalina, pero sólo consiguió acabar tosiendo y agotado. Los grilletes que le sujetaban las muñecas volvieron a hundirse ante su peso, pues sus muslos estaban demasiado débiles para mantenerse tensos y así sujetarlo.

—Y porque puedo, Tegan —añadió Marek—, voy a matarte a ti y a todo lo que te importa si no me dices qué mierdas significa la adivinanza. ¡Dime dónde está el Antiguo!

Tegan jadeó, colgando impotente en sus cadenas. Los sedantes estaban volviendo a afectarlo, consiguiendo que la cabeza le diera vueltas. Marek lo observaba con calma indiferente, aunque se mantenía fuera de su alcance. Muy despreocupado, caminó hasta la puerta e hizo entrar a dos de sus guardias secuaces. Señaló con

desprecio el cuerpo de Kuhn.

—Llevaos de aquí ese cadáver podrido y quemadlo.

Después de que sus criados se apresuraran a cumplir con sus órdenes, Marek volvió a dirigir la atención a Tegan.

—Parece que necesitas un tiempo para pensar en lo que te he pedido. Así que piensa, Tegan. Piensa concienzudamente. Y hablaremos un poco más cuando regrese.

Elise miró el rostro de Gideon cuando se acercó a las habitaciones de Tegan para ir al encuentro de ella y supo que algo terrible había sucedido.

—Es Lucan —dijo él—. Necesita hablar contigo.

Ella cogió el teléfono y tragó saliva antes de responder.

—¿Qué le ha ocurrido? —Fue lo primero que dijo, sin molestarse en saludar cuando cada célula de su cuerpo se había puesto de repente alerta—. Lucan, dime que él está bien.

—Yo... no estoy seguro de eso, Elise. Algo no va bien.

Ella escuchó rígida mientras Lucan le explicaba la desaparición de Tegan. Llevaban varias horas sin verlo y sin saber nada de él. Lucan enviaría al resto de la Orden a Praga junto a Reichen al caer la noche, pero él se quedaría y empezaría a buscar a Tegan. No tenía muy claro por dónde empezar, ni cuánto tiempo le llevaría registrar la ciudad en busca de alguna pista que indicara su paradero. Como sospechaba que ella y Tegan tenían un vínculo de sangre, la mejor manera de seguir su rastro sería a través de Elise.

—No podemos estar seguros —dijo Lucan—, pero hay bastantes posibilidades de que esté en manos de Marek. En ese caso, no tendremos mucho tiempo antes de que...

—Salgo ahora mismo. —Ella miró a Gideon, que esperaba fuera—. ¿Puedes conseguir un vuelo ahora mismo?

—El avión de la Orden está todavía en Berlín, pero puedo tratar de conseguir otro chárter.

—No hay tiempo —dijo ella—. ¿Qué me dices de un vuelo comercial?

Él frunció el ceño, preocupado.

—¿De verdad quieres ir sentada en un avión durante medio día con unos doscientos humanos? ¿Crees que estás preparada para eso?

Ella en realidad no estaba segura, pero eso no iba a detenerla. Si tenía que subirse a un avión lleno de convictos asesinos lo haría con tal de asegurarse de que Tegan estuviera bien.

—Hazlo, Gideon, por favor. El primer avión que puedas conseguirme.

Él asintió y se alejó apresuradamente por el pasillo para encargarse de todo.

—Estaré allí en cuanto pueda, Lucan.

Ella captó el tono de prudencia en su voz. Lucan no estaba convencido de que

podieran hacer algo por Tegan, incluso si lograban encontrarlo.

—De acuerdo —dijo—. Habrá un coche en la pista para recogerte y traerte a la finca de Reichen. Empezaremos la búsqueda en cuanto llegues.

El vuelo hasta Berlín fue largo y difícil. Elise pasó cada durísimo minuto, cada hora, decidida a ser más fuerte que la habilidad que había conseguido dominarla durante tanto tiempo. Le estaba agradecida a Tegan por haberla ayudado a superar lo peor, no sólo por haberle enseñado cómo manejar su don psíquico, sino también por el amor que le inspiraba, que la hacía seguir adelante a pesar de que la terrible y familiar migraña comenzara a latir en sus sienes cuando apenas llevaba una hora de vuelo.

Elise lo superó porque tenía que hacerlo. Porque la vida de Tegan podía depender de ella ahora.

Dios, no podía fallarle en esto.

Podía enfrentarse a cualquier cosa menos a perderlo.

Tan pronto como las ruedas del avión tocaron el suelo aquella noche, la determinación de Elise para encontrar a Tegan y llevarlo de vuelta a casa sano y salvo se redobló. Salió corriendo de la terminal y se encontró a Lucan esperándola fuera junto al bordillo, donde estaba aparcado uno de los coches de Reichen.

—¿Te das cuenta de que si lo encontramos Tegan me matará por haberte metido en esto? —le dijo Lucan cuando ella se acercó al coche. Lo dijo en clave de broma, pero a ella no le pasó desapercibido que no había ni un atisbo de humor en sus ojos grises.

—Cuando lo encontremos, Lucan, no si lo encontramos. No puede existir otra posibilidad. —Ella metió su bolso en el maletero y se subió al coche—. Más vale que empecemos. No pienso descansar esta noche hasta que registremos cada calle de la ciudad.

Dante, Reichen y el resto de la Orden detuvieron los dos coches en un tramo de la carretera bordeado de un bosque iluminado por la luz de la luna, a una hora de Praga. El bosque de esa zona era frondoso, únicamente unas pocas luces de algunos hogares remotos brillaban en la oscuridad. Salieron de los coches, los siete vestidos con trajes de combate negros y armados hasta los dientes con pistolas, miles de balas de titanio y un buen alijo de explosivos.

Cada uno de los hombres de la estirpe llevaba una gruesa espada enfundada cargada en la espalda; herramienta nada convencional para un combate moderno, pero totalmente necesaria cuando se trataba de lidiar con algo tan terrible y poderoso como la criatura que pretendían despertar de su plácido sueño.

—Éste debe de ser el lugar —dijo Dante, señalando la irregular silueta de las montañas que tenían ante ellos—. Ese contorno es exactamente igual al dibujo del tapiz de Kassia.

—Probablemente nos llevará un par de horas subir hasta allí —señaló Niko. En sus mejillas aparecieron los hoyuelos de su entusiasta sonrisa, y los destellos blancos de sus dientes brillaron en la oscuridad de la noche—. ¿A qué estamos esperando? Vamos a por ese cabrón.

Dante lo detuvo con una mano firme, frunciendo el ceño ante el fervor del joven.

—Controlaos todos. Esto no es un jodido juego. No es como las otras misiones que hemos hecho. La criatura que está oculta en esa montaña no es un vampiro común y corriente. Imaginad a Lucan y a Tegan juntos... mierda, y a Marek en el medio también... y todavía no andaréis ni cerca para haceros una idea de lo que esa criatura es capaz de hacer. Es cien veces más poderoso que un guerrero de la primera generación.

—Pero su cabeza puede ser separada de su cuerpo igual que la de cualquiera de nosotros —señaló Río con voz grave y letal—. Esa es la manera más rápida de matar a un vampiro.

Dante asintió.

—Y sólo vamos a tener una oportunidad para acabar con él, no más. En cuanto encontremos la cripta y entremos en el interior, nuestra primera prioridad será atravesar el cuello del bastardo con nuestro acero más afilado.

—Y tenemos que hacerlo antes de darle la oportunidad de despertarse —añadió Chase—. Si dejamos que esa cosa se levante antes de que estemos en el lugar y preparados para darle muerte, hay muchas posibilidades de que ninguno de nosotros consiga salir de allí.

—Por favor, que alguien me recuerde por qué no quería ser contable cuando era pequeño —bromeó Brock.

Niko se rio.

—Porque los contables no hacen explotar las cosas.

—Y tampoco chamuscan muchos chupasangres —añadió Kade, siguiendo la broma.

Brock respondió con una sonrisa ancha y resplandeciente.

—Oh, sí. Ahora me acuerdo.

Dante dejó que todos se familiarizaran con el plan, los más jóvenes descargando la tensión nerviosa a través del humor y envalentonándose. Pero cuando el equipo comenzó a llegar a la zona del bosque donde se hallaba la pendiente de roca, todos quedaron serios y en silencio. Ninguno de ellos estaba seguro de qué les esperaba al final del viaje, pero estaban preparados para descubrirlo juntos.

Elise no sabía muy bien cuánto tiempo llevaban conduciendo. Fácilmente, algunas horas. Circularon a través de todos los barrios de la ciudad, los opulentos y los deteriorados, deteniéndose a intervalos regulares para que ella escuchara las oscuras calles y callejones, esperando que en sus venas despertara la conciencia, la

ferviente esperanza, de que Tegan se hallase cerca.

Ella no quería abandonar.

Ni siquiera ahora que comenzaba a acercarse el amanecer.

—Podemos hacer otro recorrido a través de la ciudad —dijo Lucan. El guerrero de la primera generación estaba tan poco dispuesto a abandonar a Tegan como ella. A pesar de que la luz del día era una amenaza mucho mayor que cualquier enemigo mortal.

Elise tocó la gran mano del guerrero mientras éste giraba el volante para adentrarse en otra calle.

—Gracias, Lucan.

Él hizo un gesto con la cabeza.

—¿Lo quieres mucho, verdad?

—Sí. Él... lo es todo para mí.

—Entonces será mejor que no lo perdamos, ¿verdad?

Ella le sonrió y negó con la cabeza.

—No, será mejor... oh, Dios mío... Lucan. Ve más lento. ¡Para el coche!

Él frenó inmediatamente, deteniéndose en una elegante calle residencial. En cuanto el vehículo se paró, Elise bajó la ventanilla. La fría brisa de febrero se coló en el interior.

—Está aquí —dijo ella, sintiendo un hormiguelo en sus dedos.

Se concentró en esa sensación, adentrándose en ella, tratando de adivinar su fuente. Era Tegan, no tenía la menor duda. Y el calor que circulaba en su corriente sanguínea no era un calor agradable, sino un ácido ardiente.

El calor abrasador del dolor.

—Oh, Dios. Lucan, está retenido en algún lugar de esta calle... estoy segura. Y está herido. Está... muy malherido. —Cerró los ojos y la sensación se hizo más intensa ahora que el coche se adentraba en el camino hacia una de las casas—. ¡Date prisa, Lucan! Lo están torturando.

A ella le entró un mareo, tanto por la idea de que Tegan estuviese siendo torturado como por la corriente de angustia que atravesaba cada célula de su cuerpo. Pero resistió, buscando algún signo de que se estaban acercando. El pinchazo de dolor que la asaltó cuando se detuvieron ante la puerta de una mansión de madera y piedra le indicó que lo habían encontrado.

La casa estaba apartada de la calle, silenciosa, pero bien cuidada. Obviamente alguien vivía allí. En el garaje había aparcado un Sedán Audi blanco. En el centro del jardín, de la rama de un pino, colgaba un comedero con semillas para pájaros. Y también podía verse un trineo para niños.

—Aquí —le dijo a Lucan—. Es esta casa.

Lucan frunció el ceño mientras asimilaba los mismos detalles que ella acababa de observar, pero apagó las luces y el motor.

—¿Estás segura?

—Sí. Tegan está atrapado ahí dentro.

Ella observó cómo Lucan se ponía sus armas. Llevaba ya todo un arsenal —dos grandes revólveres y un par de puñales enfundados— pero sacó una cartera de cuero de detrás del asiento de pasajeros y abrió la cremallera del bolso para coger todavía más.

Alzó la vista hacia ella y murmuró una maldición.

—No sé si será seguro para ti esperar aquí...

—No importa —dijo ella—, porque no pretendo hacerlo. Puedo ayudarte a encontrarlo cuando estemos dentro.

—De ninguna manera, Elise. Es jodidamente peligroso. No puedo llevarte ahí dentro. No lo haré. —Cargó uno de los revólveres y lo enfundó. Luego cogió otro cuchillo y un rollo de cable de la bolsa y se los guardó en uno de los bolsillos de su chaqueta de combate—. En cuanto me dirija hacia la casa, quiero que tú te sientes aquí y cojas el volante. Conduce hasta...

—Lucan. —Elise se encontró con sus serios ojos grises y le sostuvo la mirada—. Hace cuatro meses creí que mi vida había terminado. Mi corazón estaba desgarrado por culpa de Marek y de los renegados que lo sirven. Ahora, por algún milagro del destino, soy feliz de nuevo. Nunca creí que fuese posible. Nunca había conocido este tipo de amor, el amor que siento por Tegan. Así que si tú crees que yo voy a quedarme sentada aquí esperando o que voy a huir para estar a salvo sabiendo que él tiene problemas, sabiendo que él está sufriendo... bueno, lo siento, pero ya puedes olvidarlo.

—Si es mi hermano quien lo tiene retenido aquí, y está bastante claro que así es, los dos lo sabemos, entonces no hay modo de saber lo que podemos llegar a encontrarnos. O lo que puede haber pasado cuando todo termine. Incluso es posible que ya hayamos perdido a Tegan.

—Necesito saberlo, Lucan. Preferiría morir tratando de ayudarlo antes que quedarme aquí o marcharme.

Una lenta sonrisa se dibujó en los labios del aterrador líder de la Orden.

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que eres una mujer testaruda?

—Tegan debe de habérmelo dicho una o dos veces —reconoció ella con ironía.

—Entonces supongo que él entenderá a lo que tuve que enfrentarme cuando te vea conmigo. —Le entregó un puñal enfundado sujeto por un cinturón de cuero.

Elise se colocó el arma en torno a la cintura y ajustó la hebilla del cinturón.

—Yo ya estoy lista, cuando tú quieras.

—De acuerdo —dijo él, sacudiendo la cabeza dándose por vencido—. Vamos en busca de nuestro chico.

Salieron del coche y rápidamente, pero con cuidado, se aproximaron a la residencia humana. Al acercarse al lugar, Elise fue asaltada por el sufrimiento de Tegan y por la conciencia de que había secuaces en la propiedad. Su mente se llenó con un concierto de pensamientos corruptos y horribles voces latiendo en su

conciencia.

—Lucan —susurró, queriendo advertirle—. Hay secuaces ahí dentro, más de uno.

Él asintió y se movió hacia ella para que lo siguiera de cerca. Zarandeó un enrejado de madera que subía por un lado de la casa, comprobando su resistencia.

—¿Puedes escalar?

Ella se agarró a la improvisada escalera y comenzó a subir. Lucan se encontró con ella arriba, pues no le llevó más de un segundo llegar hasta la terraza del segundo piso impulsándose con sus poderosas piernas para dar un flexible salto. Aterrizó sin hacer ruido y le ofreció su mano para ayudarla a subir el resto del camino.

En el patio de baldosas había un par de contraventanas abiertas, cuyas finas cortinas blancas se agitaban como fantasmas. Elise pudo ver a una mujer en camisón que yacía inmóvil en el suelo dentro de la habitación. Tenía el brazo estirado y una herida salvaje en la muñeca, que descansaba sobre un charco de sangre derramada.

—Marek —dijo Lucan en voz baja, como explicación de la carnicería—. ¿Estarás bien si pasamos por aquí?

Elise asintió. Ella lo siguió a través de la escena de reciente violencia, pasando ante la mujer humana muerta y su marido, que evidentemente había intentado sin éxito evitar el feroz ataque del vampiro. La garganta de Elise se llenó de bilis cuando salieron al pasillo y hallaron el cuerpo de un niño.

«Oh, Dios».

Marek había tomado la casa, matándolos a todos.

Lucan trató de protegerla cuando pasaron junto al niño, cogiéndole la muñeca y haciendo que se colocara detrás de él mientras hacía un registro visual del pasillo. Ella sintió el súbito estallido de dolor mental, pero no vio al secuaz hasta que estuvo ante ellos, pues había salido de una de las habitaciones mientras se acercaban. Lucan silenció al esclavo de Marek antes de que el humano tuviera la oportunidad de gritar una advertencia. Deslizó un puñal haciendo un corte profundo en la garganta del secuaz y éste cayó sin vida al suelo. Lucan no se detuvo. Pasó por encima del cuerpo, esperando hasta que Elise hizo lo mismo.

Cuando se acercaron a la escalera que conducía al piso superior de la casa, las venas de Elise se encendieron con una especie de corriente eléctrica de intuición. Casi podía sentir el corazón de Tegan latiendo en su propio cuerpo, y su respiración dificultosa era como una opresión en sus propios pulmones.

—Lucan —susurró, señalando la puerta abierta—. Es Tegan. Está ahí arriba.

Él se movió con facilidad en la oscuridad y escudriñó las escaleras.

—Mantente muy cerca de mí, siempre detrás.

Subieron juntos los estrechos peldaños. Al final había una puerta cerrada con candado. Lucan levantó la cerradura de metal. Se volvió para mirar a Elise y, aun en la oscuridad, ella pudo advertir la expresión que parecía recomendarle que juntara coraje para lo que pudiera haber al otro lado.

Tegan estaba vivo detrás de esa puerta, de eso ella estaba segura, y eso era lo

único que necesitaba saber.

—Hazlo, Lucan —susurró.

Él se abalanzó contra la puerta como un tren de carga, blandiendo un enorme cuchillo y clavándose al guardia secuaz que se dispuso a atacarlos. Elise contuvo un grito cuando otro se acercó y recibió la misma recompensa, y terminó reducido a un montón de carne sobre el suelo de madera lleno de sangre.

Pero fue la visión de Tegan lo que casi le arranca un agudo aullido de la garganta. Estaba sujeto a un par de gruesos troncos con grilletes en las muñecas y en los tobillos, su cuerpo encorvado, colgando flojo de sus cadenas. Su hermoso rostro estaba prácticamente oculto por los mechones de pelo empapado de sudor y bañado en sangre, pero Elise pudo ver aun así las heridas. Sangraba y estaba lleno de golpes por la reciente tortura, su cuerpo todavía no había tenido tiempo de recuperarse del abuso sufrido en sus tejidos y en sus huesos.

Ella creyó que estaba inconsciente hasta que advirtió la visible tensión que de pronto apareció en sus músculos. Él sabía que ella estaba allí. Sintió su presencia, del mismo modo que ella había notado la de él.

—Tegan... —Echó a correr hacia él, pero retrocedió cuando él levantó la cabeza y ella vio la lacerante furia de sus ojos—. Oh, Dios mío... Tegan.

—¡Lárgate de aquí! —Su voz sonaba áspera y cruda. Los ojos ámbar la miraron feroces desde ese rostro magullado y lleno de rabia y dolor animal. Sus colmillos eran enormes, más letales de lo que ella los había visto jamás. Se retorció contra las cadenas que lo sujetaban—. ¡Maldita sea! ¡Lárgate de aquí ahora mismo, joder!

—Tegan. —Lucan se adelantó, acercándose al guerrero con cautela pero sin vacilar. Llegó hasta él para coger una de las esposas que le sujetaban las muñecas—. Vamos a sacarte de aquí.

—Vete —gruñó.

Lucan olió el aire.

—¿Qué mierdas...? —Pasó el pulgar por debajo de la nariz de Tegan, donde se había formado una débil costra rosada—. Ah, mierda, Tegan. ¿Es carmesí?

—Marek... me ha dado mucha cantidad de esa mierda, Lucan...

Tegan gruñó, sus pupilas cada vez más delgadas en medio de aquel brillo ámbar.

—¿Lo entiendes ahora? Es lujuria de sangre. Estoy acabado.

—No, no lo estás —le dijo Elise.

—Dios —siseó él a través de los enormes colmillos—. Déjame... ¡dejadme los dos! Si quieres ayudar, Lucan, sácala de aquí. Llévatela bien lejos.

Elise caminó hasta él y le tocó con suavidad el pelo apelmazado.

—No me voy a ninguna parte. Te amo.

Mientras ella trataba de calmar a Tegan, Lucan separó los grilletes y las cadenas del poste con un poderoso movimiento de su arma. El brazo derecho de Tegan cayó flácido, con un ruido de metal. Cuando se disponía a liberarle el otro brazo, Tegan gruñó una advertencia:

—*Lucan...*

Demasiado tarde.

Sonó el brusco estrépito de un arma de fuego en la tenue luz del salón y un estallido color naranja llegó desde el hueco de la escalera. Lucan recibió el disparo en la espalda y se desplomó sobre una rodilla. Se oyó otro disparo, pero un sonido metálico mostró que había errado y había golpeado contra la piedra.

Siguió el tiroteo y mientras tanto dos secuaces y un renegado —los esbirros de Marek, cada uno llevando armas semiautomáticas— entraron corriendo y disparando sin parar. Elise sintió que un gran peso la envolvía, empujándola hacia un abrigo de duro músculo. El aliento de Tegan sonaba ronco en su oído, pero su brazo libre la rodeaba, su cuerpo se doblaba sobre ella para protegerla de los disparos.

Ella se sintió impotente viendo a Lucan luchar contra tres enemigos mientras ella se acurrucaba protegida por el cuerpo de Tegan. Lucan logró esquivar la mayoría de los tiros, pero muchos de ellos lo alcanzaron. El guerrero de la primera generación aguantó el asalto, devolviendo los tiros mientras el bailoteo del combate convertía el salón en un caos de humo y estruendo. El renegado se derrumbó durante la lucha, abatido por las balas cubiertas de titanio que usaba Lucan. Su cuerpo chisporroteaba y se convulsionaba sobre el suelo, retorciéndose durante su rápida agonía.

Cuando uno de los secuaces se acercó más, fijando su mirada en Lucan, que estaba esquivando los disparos del otro al tiempo que los devolvía, Elise se dispuso a buscar la empuñadura de su arma. La sacó de la funda, consciente de que tendría que lanzarla por el aire y que tendría una sola oportunidad de acertar.

Tegan gruñó su nombre a modo de advertencia mientras ella se escabullía de sus brazos. Se puso en pie y rápidamente levantó el brazo, apuntó y arrojó el arma por los aires.

El secuaz rugió cuando el puñal se clavó profundamente en su brazo. Retrocedió, disparando todavía su arma y salpicando las vigas de balas. Algunas se incrustaron en el techo negro y el sonido de cristales rompiéndose fue un contrapunto ominoso a la batalla que tenía lugar abajo.

—Oh, Dios. —Elise ahogó un grito cuando los fragmentos pintados cayeron de la claraboya rota del techo.

El techo era de cristal, recientemente pintado de negro para impedir que entrara el sol. Marek debía de haber tomado esa precaución de inmediato cuando se instaló en la casa de los humanos.

Ahora, cuando otro gran pedazo de cristal se rompió y cayó al suelo, Elise alzó la vista hacia el cielo sobre su cabeza.

Un cielo que lentamente se teñía de rosa con los primeros rayos del amanecer.

Habían estado registrando el irregular y empinado peñasco durante varias horas y todavía no había ni rastro de la cripta. La noche empezaba a extinguirse. Ninguno de los guerreros que escalaban las rocas tenía mucho cariño por el sol —especialmente Dante, después de haber recibido una desagradable dosis de rayos UV unos meses atrás—, pero como generación posterior de la estirpe, podían soportar la luz del sol durante un corto periodo de tiempo. Con la ayuda de sus trajes de protección solar eran capaces de doblar esta exposición.

No era lo mismo para el Antiguo al que trataban de dar caza. Si la primera generación nacida de este alienígena comenzaba a ampollarse al cabo de unos diez minutos, la piel y los ojos del Antiguo eran alérgicos a los rayos UV y se incineraban en cuestión de segundos. Ese era un plan aceptable en caso de que la Orden fallara al tratar de cortarle la cabeza.

Asumiendo que finalmente pudieran encontrar el escondite del chupasangre en algún lugar de esas rocas inhóspitas.

Dante lanzó una mirada tasadora al cielo.

—Si no encontramos el escondite en la próxima media hora, será mejor que volvamos atrás.

Chase asintió. Se hallaba de pie junto a Dante en la entrada de una estrecha cueva donde había botellas desechadas de cerveza y los viejos restos de una fogata de campamento.

—Tal vez nos equivocamos. Algunos podríamos bifurcarnos para ir a lo largo de la cresta más lejana y revisar las proximidades de la cumbre.

—Tiene que ser aquí —dijo Dante—. Recordad el tapiz. La cordillera que bordó Kassia es esta, justo donde estamos. Nos hallamos cerca, estoy seguro...

—Eh, D. —Nikolai estaba sentado en una roca a varios metros por encima de la boca de la cueva—. Río y Reichen acaban de encontrar otra entrada por aquí arriba. Es muy estrecha, pero sirve para adentrarse en lo profundo de la montaña. Deberías echar un vistazo.

Dante y Chase subieron rápidamente para reunirse con los otros. La entrada de la cueva —si es que podía considerarse una entrada— era una hendidura vertical en la roca. Lo suficientemente pequeña como para permanecer oculta a menos que uno se hallara directamente encima de ella, y sin embargo lo bastante ancha como para que un hombre pudiera deslizarse a través de ella entrando de costado y con cuidado.

—Hay marcas de cincel —observó Dante, pasando la mano a lo largo del borde de la abertura—. A juzgar por lo desgastadas que están deben de llevar aquí mucho tiempo. Este podría ser el sitio.

Seis miradas serias lo observaron atentamente mientras él desenvainaba la espada y daba instrucciones para la operación. Él iría en primer lugar, para comprobar hasta

dónde llevaba la entrada y si había algo al otro lado. Los demás esperarían sus órdenes; dos haciendo guardia a la entrada de la cueva, y los otros preparados para ir tras él al recibir su señal si es que efectivamente habían dado con la cripta.

Se deslizó con dificultad entre las dos planchas verticales de roca, con la cabeza orientada hacia la extrema oscuridad que tenía ante él. El olor de estiércol de murciélagos y de moho agredía sus sentidos cada vez más a medida que se adentraba en la cueva. El aire era frío y húmedo. No se escuchaba el menor ruido, únicamente el suave roce de sus movimientos cuando avanzaba.

En algún momento del camino, advirtió que avanzaba con menos dificultad. Las paredes comenzaron a ensancharse notoriamente hasta que finalmente se abrieron a una espaciosa caverna en lo profundo de la montaña.

Dante tropezó con algo que crujió bajo su bota.

Su vista era muy aguda en la oscuridad, y lo que vio consiguió helarle la sangre en las venas.

«Dios santo».

Habían encontrado el secreto de Dragos. No existía ninguna duda. Dante se hallaba parado en medio de la cámara de hibernación del Antiguo, una cripta forjada en la ladera de una montaña, tal y como revelaba el tapiz de Kassia.

Dante no era capaz de articular palabra —diablos, casi no era capaz ni de respirar—, pero al cabo de unos momentos se hallaba reunido junto a sus compañeros.

—Dios bendito —murmuró uno de ellos, de modo apenas audible.

Río musitó una oración en español para todos.

—Que Dios nos ayude.

Tegan levantó la cabeza, dirigiendo una mirada fugaz e insegura a la claraboya rota del techo.

«Joder».

No se atrevió a mirar mucho. Aunque apenas comenzaba a amanecer, la luz que se filtraba era como ácido vertido sobre sus retinas. Lucan estaba notando los efectos también. Tenía todavía una herida en la pierna, lo que quedaba del impacto de bala que le había disparado el secuaz haciéndolo caer al suelo. Como vampiro de la primera generación, podía absorber más daño que otros de su raza, su cuerpo expulsaba las balas que no había podido esquivar y las heridas sangraban pero ya estaban empezando a curarse.

Pero se encontraba bajo el techo abierto, y pequeños brotes de humo comenzaban a salir de su piel expuesta. Bramó, transformado por su rabia. Sus labios se separaron cuando los colmillos salieron de las encías y sus ojos se pusieron de un ámbar brillante.

El secuaz comenzó a retroceder, al darse cuenta de contra qué se estaba enfrentando. Lucan se apartó de la luz y apretó el gatillo de su 9 milímetros. Disparó

una vez. El secuaz se desplomó, pero todavía no estaba muerto. Lucan le disparó otra bala y acabó con el bastardo.

Luego se hizo el silencio.

El sonido hueco de un cartucho vacío.

Al mismo tiempo, las capacidades de Tegan, propias de un guerrero de la primera generación, volvían a la vida. Pero todavía no tenía la fuerza física para romper las cadenas que lo retenían. Y tampoco estaba seguro de si debía hacerlo. El carmesí que le habían hecho ingerir retumbaba en cada célula de su cuerpo, corrompiéndolo como el veneno que era.

Sentía crecer su lujuria de sangre, que lo impulsaba a saciar la sed que intentaba gobernarlo.

Rugió cuando Elise se acercó a él para intentar quitarle las esposas.

—¡Apártate, maldita sea! No quiero que estés aquí. Lárgate ahora que todavía puedes.

Ella continuó tironeando, sin hacerle ningún caso.

—Tiene que haber alguna manera de sacarte esto.

Él vio como los ojos de ella recorrían la habitación, en busca de alguna herramienta.

—¡Elise, maldita sea!

Ella salió disparada hacia uno de los secuaces muertos y sacó una semiautomática de debajo del pesado cuerpo.

—Coge esto —le ordenó, colocándole el arma en la mano libre—. Dispara a las cadenas, Tegan. ¡Hazlo!

Él vaciló, y ella le quitó precipitadamente el revólver.

—¡Maldita sea, si no lo haces tú lo haré yo!

No tuvo la oportunidad. El revólver cayó al suelo, y de repente Elise fue tironeada por unas manos invisibles que la trasladaron varios metros. Se desplomó en el suelo, aterrizando sobre los cristales rotos. El aroma de brezo y rosas inundó la habitación.

Marek estaba de pie ante la puerta abierta, con una espada en una mano y señalando con la otra en dirección a Elise, sujetándola con el poder de su mente. Con la mente también le apretó la garganta, impidiéndole respirar. Ella se ahogaba y se agitaba ante la tirante franja de energía que la estaba estrangulando.

—Está sangrando, guerrero —dijo Marek para provocar a Tegan—. Y qué sedientos están tus ojos de renegado.

Lucan extrajo un cuchillo de su cintura y lo arrojó a través del aire. En el mismo instante, Marek cambió el foco de atención, concentrándose en el cuchillo volador y desviándolo con el pensamiento. Impertérrito, Marek avanzó unos pasos, riéndose al ver la cara sangrante de Lucan, abrasada por el sol.

—Ah, hermano mío. Tu muerte será especialmente dulce después de todos estos años esperándola. Sólo deseaba que pudieras vivir para ver el principio de mi gobierno antes de decirnos adiós.

Marek levantó su espada y la blandió con fuerza. Lucan se apartó en el último segundo, y el arma de su hermano sólo logró clavarse en las tablas de madera. La cuchilla entró profunda en el suelo, y momentáneamente quedó congelada allí.

En un velocísimo movimiento, Lucan se puso en pie. Agarró la primera cosa que pudo encontrar, sus manos se cerraron en torno a un tubo de cobre que iba a lo largo de la pared. Tironeó de él para arrancarlo. El agua salió a chorros de varias conexiones como en una pequeña fuente.

—¡Lucan! —gritó Tegan cuando Marek liberó su espada y se giró para atacar a su hermano.

Lucan paró el golpe, bloqueando la espada desde abajo con el largo tubo de cobre. Éste se dobló por la presión, pero Lucan lo sostuvo con fuerza, con la furia llameando en sus ojos ámbar. Las gafas oscuras de Marek se torcieron en la refriega, revelando todavía más brillo ámbar cuando hermano y hermano se encontraron en una puja asesina por el control. Marek trató de asestar un golpe más duro con la espada, inclinando la cuchilla con toda la considerable fuerza de su brazo derecho. Lucan no cedió ni un ápice. Los dos guerreros de la primera generación gruñían en ese punto muerto al que habían llegado.

Encima de ellos, el cielo se volvía más brillante, más caliente, quemándolos a los dos cada vez que la luz tocaba la piel expuesta.

Liberada de la opresión de Marek, Elise tosía y jadeaba, luchando por respirar. Su dolor era para Tegan como un golpe físico. Y la visión de su sangre —las brillantes laceraciones rojas en sus manos y en su rostro— envió una corriente de adrenalina a través de las venas de Tegan. De un fuerte tirón arrancó las cadenas de su mano, bramando hacia las vigas.

Y frente a él, el punto muerto entre Marek y Lucan estaba cobrando un giro peligroso. Ocurrió en un instante, Marek soltó una maldición despiadada, y eso fue lo único que se vio venir. Se echó encima de Lucan y lo sujetó con el brazo derecho, mientras con su mano libre buscó en su camisa y sacó un pequeño vial de polvos rojos. Con un rápido movimiento de la muñeca, el carmesí voló hasta el rostro de Lucan, formando una capa de polvo fino en sus ojos y en sus mejillas. Sin querer soltó el tubo.

«Ah, mierda».

«Lucan».

Marek retrocedió con una sonrisa mientras su hermano se echaba hacia delante. Levantó la espada por encima de su cabeza. Y en el preciso instante en que iba a comenzar a bajarla, un repentino rayo de luz le dio en la cara, justo sobre los ojos. Fue un poderoso rayo de sol de un brillo perforante, que quemó los ojos de Marek y casi ciega también a Tegan.

Él apartó la mirada y vio a Elise de rodillas junto a los cristales rotos. En sus manos sostenía un fragmento grande, con firmeza, totalmente resuelta, arrojando la luz deliberadamente sobre el rostro de Marek.

Era la oportunidad que Tegan necesitaba.

Cruzó la habitación a grandes zancadas e hizo girar las cadenas que colgaban de sus muñecas. Atrapó el cuello de Marek con una de ellas, apretando con fuerza y consiguiendo que el vampiro cayera al suelo. Enroscó la otra cadena alrededor del brazo de Marek que sostenía la espada, haciéndole soltar el arma. Marek luchó contra Tegan con el poder de su mente, pero cada intento era bloqueado por la furia de Tegan. Aplastó al bastardo con un pie, ignorando sus súbitos ruegos de piedad y de perdón.

—Esto termina aquí —rugió Tegan—. Éste es tu final.

Tegan desligó la cadena del brazo de Marek y recuperó la espada. Vio la sombría señal de asentimiento de Lucan cuando levantó el arma por encima del cuello de Marek. Éste aulló una maldición, y luego quedó en silencio cuando Tegan descendió la espada en un rápido golpe letal.

—¡Tegan! —gritó Elise, corriendo hacia él ahora que todo había terminado.

Se arrojó a sus brazos, ayudándolo a desenrollar sus cadenas del cuerpo sin vida de Marek. Luego fue junto a Lucan y ella y Tegan lo ayudaron a moverse a un rincón más oscuro de la habitación.

Tegan vio cómo ella miraba con ansiedad el techo abierto.

—Vamos. Tengo que sacaros de aquí inmediatamente.

Los guio escaleras abajo y luego desapareció en uno de los dormitorios. Volvió con un gran edredón y una gruesa manta de lana.

—Tapaos con esto —les dijo, ayudándolos a envolverse con las ropas—. Tapaos bien y yo os ayudaré a salir de la casa y meteros en el coche.

Ninguno de los dos guerreros tuvo nada que objetar. Dejaron que esa pequeña mujer —la compañera de Tegan, pensó éste invadido por un sentimiento de orgullo— los guiara a través de la luz del día hasta el coche de Reichen.

—Mantened las cabezas agachadas y cubiertas —les ordenó Elise. Cerró las puertas traseras del coche, luego corrió hasta el asiento del conductor y subió al vehículo. Encendió el motor y los neumáticos chirriaron en cuanto el coche se puso en marcha—. Voy a sacaros de este infierno.

Y por Dios, eso fue lo que hizo.

Elise contemplaba a Tegan mientras dormía, aliviada de que la terrible experiencia hubiera acabado. Con la muerte de Marek habría más curación por venir, no sólo para Tegan y para ella, sino también para Lucan y el resto de la Orden. Un capítulo oscuro de su pasado había terminado por fin, y los secretos se habían desvelado. Ahora todos podían mirar hacia el futuro y afrontar las nuevas pruebas que el día de mañana pudiera traer.

Elise había pensado que sentiría alguna especie de triunfo ante la muerte de Marek: aquel que era el responsable último del sufrimiento de Camden ya no existía. Había logrado cumplir con su promesa, con la ayuda de Tegan.

Sin embargo, no tenía una sensación de victoria, ahora que apartaba delicadamente un mechón de pelo, rojizo y suave, de la frente de Tegan. Se sentía ansiosa y preocupada. Desesperada porque estuviera totalmente recuperado.

El efecto del carmesí que Marek le había dado se le iba pasando poco a poco. Había estado durmiendo de manera irregular desde que regresaron a la finca de los Refugios Oscuros de Reichen. Tenía ataques de espasmos, y su piel todavía estaba fría al tacto.

—Oh, Tegan —susurró, inclinándose sobre él para darle un beso en los labios—. No me dejes.

Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas. Era la primera vez que se permitía quebrarse desde que habían regresado. La primera vez que se permitía considerar que podía darse la peor de las situaciones.

¿Qué ocurriría si Tegan no se recuperaba del todo? Había estado tan cerca de convertirse en renegado en una ocasión anterior... ¿qué ocurriría si se deslizaba en esa fosa de desesperanza? Y si lo hacía, ¿sería capaz de salir de ahí?

—No vas a librarte de mí tan fácilmente.

Ella no sabía con certeza si había oído las palabras en voz alta o si sólo eran un deseo en su corazón. Pero al apartarse de Tegan, se encontró mirándolo a los ojos, a esos hermosos ojos color verde esmeralda. Tan sólo quedaba en ellos un mínimo rastro del brillo ámbar.

Los labios de ella pronunciaron su nombre como si fuera un suspiro, una plegaria de gratitud. Lo besó apasionadamente y envolvió sus anchos hombros con los brazos. El gruñido de interés con que él respondió la hizo sonreír junto a su boca.

—Has vuelto —murmuró, llena de alivio.

—Mmm —gruñó él, levantando las manos para acariciarla—. He vuelto, compañera de sangre. Gracias a ti.

—Entonces, finalmente reconoces que me necesitas.

Él sonrió débilmente.

—Ven aquí conmigo. Quiero demostrarte cuánto.

Ella se subió a la cama con él, poniéndose a horcajadas sobre sus caderas y esperando que él la atrajera hacia sí y comenzara la seducción con la que era siempre tan hábil. Pero él se limitó a contemplarla. Le acarició la mejilla con dedos tiernos y reverentes.

—Lo reconozco —le dijo, con una mirada tan sincera que a ella se le encogió el corazón—. Lo reconozco ante ti ahora, y ante el mundo entero, para siempre. Te necesito, Elise. Te amo. Eres mía. Mi mujer, mi compañera, mi amada. Lo eres todo para mí.

A ella se le nubló la vista con lágrimas de felicidad.

—Tegan... te quiero tanto. Dime que esto es real. Dime que es para siempre.

—¿Crees que soy un tipo de hombre que se conformaría con menos?

Ella negó con la cabeza y se inclinó para besarlo con los ojos llorosos de alegría.

Durante un par de segundos ignoraron la serie de golpecitos secos que sonaron en la puerta, pero luego la profunda voz de Lucan se oyó al otro lado. Había un matiz de tensión en el tono del guerrero.

—¿Cómo va por ahí dentro?

—Pasa, Lucan —dijo Elise al líder de la Orden. Después de lo que habían pasado juntos ese día ya era su leal y querido amigo.

Se apartó del cuerpo de Tegan, a pesar del gruñido de protesta que él emitió, y se acercó a la puerta para recibir a Lucan. Estaba limpio y curado, pero todavía le llevaría algún tiempo recuperarse completamente. Dedicó a Tegan una sonrisa cansada mientras éste se sentaba en el borde de la cama.

—¿Qué tenemos? —preguntó Tegan, volviendo a adoptar la actitud de un guerrero, a pesar de haber pasado las últimas horas postrado—. ¿Qué ha ocurrido?

Lucan fue directo al grano.

—Dante y los demás acaban de llamar de Praga. Encontraron la cripta en las montañas, exactamente como indicaban las pistas de Kassia. Todo estaba allí. La cueva excavada dentro de la roca, una cámara de hibernación repleta de símbolos *dermoglifos* y los huesos de los humanos con los que Dragos alimentó a su padre como preparación para el largo sueño.

—¿Pero? —señaló Tegan, atrayendo a Elise hacia él como si quisiera apoyarse en algo firme.

—Pero estaba vacía. —Lucan negó con la cabeza, y se pasó la mano por el cabello oscuro—. La maldita cripta ya había sido abierta. Alguien liberó al bastardo. Sólo podemos hacer suposiciones sobre cuánto tiempo atrás, pero parece que hace años. Incluso décadas.

—¿Entonces... está en alguna parte ahí fuera? —preguntó Elise, aterrorizada por la confirmación de ese hecho terrible—. ¿Qué vamos a hacer?

—Empezaremos a buscarlo —dijo Tegan—. Dios, asumiendo que el Antiguo está vivo podría hallarse en cualquier parte. Es como buscar una aguja en un pajar.

Lucan asintió.

—Y vamos a necesitar todos los recursos que podamos conseguir. Ahora descansad. Regresaremos a Boston cuando los demás vuelvan de Praga esta noche.

Tras decir esto, Lucan se volvió y se dirigió hacia la puerta. A la mitad del camino se detuvo. Regresó de nuevo junto a Tegan, con expresión seria.

—Desde el principio, Tegan, tú has sido para mí un hermano, por encima de cualquier vínculo de sangre. Y todavía lo eres.

Tegan sentía lo mismo, a pesar de todo lo que habían pasado. O tal vez precisamente por eso.

—Siempre tendrás todo mi apoyo, Lucan. Puedes contar con eso.

Lucan le tendió la mano. Cuando los dos guerreros se estrecharon las manos, Tegan sintió el calor de la amistad y de la hermandad circulando entre ellos. Le sorprendió lo mucho que le agradaba recibir este afecto. Y lo mucho que lo echaba de menos.

Lucan asintió. Los ojos del poderoso vampiro de la primera generación tenían la calidez inconfundible del respeto cuando se volvió hacia Elise.

—La Orden está en deuda contigo —le dijo, ofreciéndole ahora la mano a ella—. Por lo que hiciste para revelarnos el secreto de Dragos, y por lo que has hecho hoy aquí por Tegan y por mí... Yo personalmente estoy en deuda contigo. Gracias, Elise.

Ella sacudió levemente la cabeza mientras colocaba sus dedos en la ancha palma de la mano de él.

—No es necesario que me lo agradezcas. Me siento feliz haciendo todo lo que pueda por ayudar a la Orden. Y a Tegan.

Lucan sonrió mientras se llevaba su mano a los labios. Su beso de gratitud fue casto y sincero, pero aun así hizo gruñir un poco a Tegan.

—Tienes una buena pareja —dijo Lucan, deslizándose su sabia mirada hacia Tegan.

—Sí, lo sé —reconoció Tegan sin el menor asomo de duda. Sonrió a Elise y el deseo chispeó en sus ojos como cada vez que la miraba y se decía que, por algún milagro del destino, ella era suya—. Tengo una pareja maravillosa.

Lucan asintió.

—Ahora descansad. No volveré a molestaros hasta que estemos listos para partir hacia Boston.

Tan pronto como se marchó, Elise envolvió a Tegan en un amoroso abrazo, y sus labios ardían con el calor de una promesa cuando lo besó. Él se sintió arropado por la fuerza de su amor, y supo que no importaba lo oscuros que pudieran ser los días que estaban por venir, pues siempre tendría esa luz que lo alumbraría. Le devolvió el beso y eso lo hizo despertar a la vida, en varios sentidos.

—Ya escuchaste a Lucan —murmuró ella junto a su boca, con una sonrisa—. Necesitas descansar.

—¿Entonces? —gruñó él, dándole un mordisco juguetón en el labio inferior.

Elise se rio.

—Entonces será mejor que esperemos a hacer esto cuando lleguemos a nuestro

hogar.

Tegan la atrajo a la cama y suavemente la hizo rodar colocando su cuerpo excitado encima del de ella. Miró sus ojos grandes color lavanda, que lo dejaron sorprendido de tanto amor que reflejaban.

La besó lentamente, tiernamente, sinceramente.

—Estoy en mi hogar —le dijo, su voz áspera por la emoción mientras se apretaba contra ella—. Este es el único hogar que siempre necesitaré.

Agradecimientos

Quiero dar las gracias a mi agente y a todo el mundo en Bantam Dell por la constante confianza en mí y por la maravillosa atención que dan a cada uno de mis libros. Gracias también a mis correctores, lectores y otras personas que trabajan entre bastidores. (¿Qué tal, Destiny y Jeremy?).

Un abrazo enorme a mis colegas escritores por ser tolerantes con mis largos silencios y, sin embargo, estar ahí para animarme y mantenerme en mi sano juicio siempre que lo he necesitado. Gracias especialmente a Kayla Gray, Jaci Burton, Larissa Ione y Stephanie Tyler por ser simplemente extraordinarias.

Y mi especial gratitud para tres bandas increíblemente maravillosas, cuya música contribuyó enormemente a darle vida a esta historia en mi imaginación. Mi inspiración (y una permanente y cotidiana adicción) es debida a la maestría de Collide, H.I.M. y Black Lab.



LARA ADRIAN (Michigan, EE.UU., 1996). Cuyo nombre real es Tina St. John es una escritora norteamericana. De pequeña solía ocultarse de las criaturas nocturnas metiendo todo su cuerpo debajo de las sábanas de su cama. Su mayor miedo era ser mordida por un vampiro y convertirse en una criatura espectral.

Unos años más tarde, fascinada por la literatura de Bram Stoker y Anne Rice, comenzó a plantearse la idea de aquellos miedos hasta que al final acabó aceptándolos como un anhelo de caminar entre las sombras. Lo que la llevó a convertirse en escritora.

Tras ser consciente de que ella no podría vivir jamás una experiencia similar, empezó a desarrollar en su mente historias fantásticas en las que un hombre apuesto, sensual y peligroso la invitaba a vivir un sin fin de historias y sueños maravillosa. De esta forma nació la serie de vampiros conocida como «Razas de Medianoche».

Lara Adrian cuenta con un linaje real que se remonta a la corte del rey Enrique VIII.

En la actualidad reside en la costa de Nueva Inglaterra, rodeada de cementerios, tiendas urbanas y fabulosas vistas al océano atlántico. Felizmente casada, Lara Adrian continúa fascinando al público con sus narraciones y así lo demuestran los catorce países que ya han adquirido los derechos para las publicaciones de sus libros.

En 2008, el éxito internacional le llegó tras la traducción de su novela de «Razas de Medianoche» al alemán, y desde entonces no ha parado de cosechar éxitos y de fascinar al mundo con sus obras.

Notas

[1] El Centro Betty Ford es una clínica privada, situada en California, dedicada a la rehabilitación de personas con adicción a las drogas y el alcohol. (N. de la T.). <<